

# CÉSAR Y CLEOPATRA

Philipp Vandenberg



de

Lectulandia

Una apasionante desmitificación de dos figuras legendarias: Cayo Julio César y Cleopatra. Él era un romano de la baja aristocracia, un hombre de leyes mediocre que se convirtió en emperador y ensanchó más que ningún otro las fronteras del imperio. Ella era una oscura princesa de origen macedonio, menos bella de lo que afirma la leyenda, y la mujer capaz de conquistar al invencible César. Fue por decisión de éste que se la elevó al trono de Egipto, y fue él quien ordenó que se considerase divina su imagen, equiparándola con Venus. Ambos mantuvieron una intensa relación que cambiaría el curso de la historia.

**Lectulandia**

Philipp Vandenberg

# **César y Cleopatra**

ePub r1.0

Titivillus 20.05.16

Título original: *Cäsar und Kleopatra*

Philipp Vandenberg, 1986

Traducción: María Antonieta Gregor

Retoque de cubierta: Harishka

Imagen de cubierta: *Julio César y Cleopatra* de Jean-Léon Gérôme

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

## César

*Eres en verdad un universo, oh Roma,  
pero sin el amor, el mundo no sería mundo,  
Roma tampoco sería Roma.*

*Elegías*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

## Capítulo uno

Roma es el polvo de Cartago, el centelleante mármol de Atenas, la opresiva estrechez de Esparta y la infinita anchura de Babilonia. En ella vemos a la Tebas de las cien puertas, a la Corinto amoral, a los cíclopes de Troya y a las incontables almenas de Jerusalén. Se encuentran aquí industriosos efesios, cultos alejandrinos, ociosos de Antioquía y delfianos mojigatos, prostitutas que estampan su huella en el polvo de la calle, silenciosos filósofos y ricachones jactanciosos rodeados por un ejército de esclavos, mendigos harapientos, oradores encaramados en dorados podios y masas en el barro. Se ven cortesanas transportadas en literas y esclavos semidesnudos, gladiadores, llorosas y caras sicofantes, calumniadores profesionales y nomencladores que susurran al oído de su amo el nombre del que viene a su encuentro. Roma, un intrincado laberinto de calles y callejuelas estrechas inaccesibles a los carruajes, con tabernas en cada esquina y comidas baratas, como las cantineras, en su mayoría malolientes. Desde los pisos superiores de las torres habitacionales, adosadas sin orden ni concierto y ventiladas por pequeños ventanucos, a veces hasta cae mierda, *sit venia verbo* (con perdón de la palabra). Los senadores, ataviados con sus togas de orlas purpurinas, se dirigen con premura al Foro para conocer las últimas novedades del acta diurna, los periódicos murales que los esclavos copian para sus amos. Se ven dioses vernáculos: Júpiter y Venus, y otros extranjeros cuyos nombres nadie conoce, provenientes de África y Asia, así como obras de arte de Grecia, ¡qué delicia! Y todo se ofrece a la vista al unísono, no en intervalos de países y años, no de un momento a otro, sino en una sola ciudad: Roma.

«Si las calles estuvieran más despejadas y no fueran tan peligrosas para los pensadores», se lamentaba en la Via Apia, entre Samnio y Apulia, el más grande de los poetas de Roma, Quinto Horacio Flaco, hijo de un liberto de Venusia. Sacudido en sus años tempranos y, sin duda, no mimado por su progenitor (que solía limpiarse la nariz con la manga), decía pestes del caos romano. «Aquí eres embestido por un presuroso intendente de obras con su ejército de mulas y porteadores; allí sobresale de una enorme enredadera una viga o un sillar; aquí se cruza en tu camino una pesada y chirriante carroza fúnebre; allí corre un perro rabioso; aquí te sale al encuentro un puerco despavorido y embarrado. De pronto, entre esta congestión reparo en uno que recita versos.»

Y Juvenal, el orador, poeta y satírico, se quejaba de que en Roma no se podía siquiera salir a cenar sin haber hecho antes testamento: «En la carreta que avanza hacia ti se bambolea un largo tronco, en otra llevan madera de pino amontonada en altas pilas que trepidan y amenazan a los transeúntes. Cuando vuelca una carreta cargada de bloques de mármol ligúrico, y la carga se desploma sobre una densa muchedumbre, ¿qué queda de los cuerpos?» Para poder dormir en Roma, al decir de

Juvenal, era menester ser muy rico. El escándalo era indescriptible y muchos romanos habrían muerto tras enfermar por falta de sueño. Sólo se podía hallar el reparador descanso nocturno en las fincas rurales, fuera de la ciudad.

En la centuria anterior a la venida de Cristo poblaba la ciudad de las siete colinas un millón de personas: pululaban, reventaban por todas las costuras, rezumaban de las paredes como el leonado Tíber en su pantanoso cauce, y cada día eran más.

Roma, cien años antes de Cristo: depravada riqueza junto a la miseria administrada, ciudad de millonarios y menesterosos a merced de la asistencia pública con derecho, uno de cada dos, a 44 medidas de trigo al mes. Roma, ciudad de los marginados y truhanes, metrópoli, ciudad madre de la loba que devoraba todo lo que se le antojaba peligroso: Alba Longa, la capital del Lacio; Veyes, la ciudad de los etruscos; Capua, segunda ciudad en importancia del país itálico; Cartago, en África; Corinto, en Acaya; Numancia, en el nordeste de España. Roma: megalópolis, comunidad megalómana cuyos innumerables grupos de intereses la hacían ingobernable, ciudad de parásitos, aborrecida, temida en todo el Imperio, por chupar la sangre del campo como una garrapata hinchada a punto de reventar, *tempus edax*, época voraz.

Roma: desconsiderada, despiadada, cruel, sanguinaria ya desde sus comienzos, que Marco Terencio Varrón fijó con exactitud el 21 de abril de 753 a. C. En aquel entonces, Rómulo debió matar a su hermano gemelo Remo, descendiente del héroe troyano Eneas, por haber saltado por encima del pequeño muro que aquél había tendido alrededor de su aldehuela, y así continuó a través de las centurias. En Roma, siempre rigió el puño, nunca la cabeza como en Atenas. Las cabezas, como el mármol, eran importadas de Acaya, los perfumes de los ungüentos, del Asia y el grano, de Egipto. No se preguntaba por el intelecto, sino por el dinero. Desde los días de la República dos cónsules conducían los negocios de Estado, administraban justicia, controlaban la administración militar y civil y dieron sus nombres al año; el tiempo no se contaba.

Quien era dueño de un millón de sestercios, tenía derecho a un asiento en el Senado, donde distraían su tedio eméritos funcionarios encumbrados, y controlaban todos los cargos importantes: la política exterior, las finanzas y la religión.

Quien poseía un caballo y 400.000 sestercios era un miembro de la Orden Ecuestre. Al menos, eso sonaba distinguido, pertenecía al mundo de los negocios, a la nobleza adinerada, no apta para desempeñar cargos, pero todavía en la capa superior. Por debajo de ese nivel, el destino estaba señalado de antemano. Si se era uno de los *humiliores*, de los impotentes, apenas se tenía una oportunidad. Sin embargo, se formaba parte de la masa de los pobres con derecho a voto (y ese voto era capital; quien lo quisiera debía pagarlo) o, al menos, a formular promesas. De los esclavos, la mercancía humana, no se hablaba.

En la centuria anterior al nacimiento de Cristo los partidos no eran sino asociaciones de intereses, en ningún caso de correligionarios que se reunían para

representar determinados ideales. Por dinero, a menudo se vendía el alma, y preferentemente, la convicción. *Ubi bene, ibi patria* (donde estoy bien, allí está mi patria). Quien se elevaba por encima del término medio, siempre encontraba adeptos, sin importar que fuese más rico, hermoso, brutal, locuaz, generoso o desvergonzado que los demás. Los romanos estaban ávidos de lo extraordinario, de superioridad. No se sentían bien sino cuando tenían un ídolo al cual adorar: el general victorioso en toda batalla, el orador de verbo más contundente, el gladiador que más fuerza derrochaba, la cortesana devoradora de hombres, el suicida que había encontrado la forma más fascinante de dejar de existir.

Desde un principio, el hombre del que nos ocuparemos en estas páginas no disponía de una pronunciada conciencia de superioridad, no tenía ideas elitistas, ni estaba dotado de la arrogancia del rango. Lo único que podría reprochársele era su vanidad. El apelativo Cayo, uno de los dieciocho que había entonces, lo había heredado de su padre. Éste, llamado también Cayo Julio César, no pasó a la historia más que por su original manera de morir, idéntica, además, a la de su propio abuelo: su deceso se produjo a temprana hora de la mañana, mientras se calzaba.

El verdadero apellido, Julio, lo llevaban todos y cada uno de los miembros de la familia de los Julios, una antiquísima estirpe noble de Alba Longa que aseguraba descender de dioses y héroes: Afrodita, la belleza sobrenatural, había seducido al troyano Anquises en el monte Ida y al cabo de nueve meses había dado a luz a Eneas, aquel que más tarde se llevaría en brazos a su padre lisiado fuera de la Troya en llamas, modelo de pintores románticos, pero también acicate para el prosaico Schliemann, empeñado en encontrar las ruinas de aquella ciudad. Según la leyenda, Eneas surcó con su nave las aguas del Egeo hasta que, en Delos, el oráculo le aconsejó poner proa hacia tierra italiana, patria de sus antepasados, una empresa que, como se sabe, se perpetuó durante muchos años.

Su tercer nombre, César, era el patronímico menos común de todos. Aludía al procedimiento ginecológico empleado en el parto, que tuvo lugar el 13 de julio de 100 a. C., por *sectio caesarea*. El concepto existía desde el siglo III, en el que vino al mundo de tan extraña manera uno de los antepasados de César. ¿*Facta aut licta* (verdad o ficción)? El hecho es que Plinio informa que Escipión el Africano, Manilio y el primero de los Césares fueron extraídos del útero de sus madres quirúrgicamente, y de tal suerte nacieron bajo signos propicios. Pero también es un hecho que, en aquel entonces, las madres morían después de una cesarotomía. La ginecología es una ciencia del Renacimiento. ¿Cómo pudo entonces Aurelia, la madre de Cayo Julio César, llegar a la edad de sesenta años? César no desmintió nunca esta versión y permitió de buen grado que lo llamaran por su forma de nacer. Los errores acerca de este hombre comienzan ya con su nacimiento.

No había nada, absolutamente nada de extraordinario en ese niño descrito como pálido, de alcurnia, pero sin fortuna, y eso era en Roma una lacra semejante a la lepra. Así transcurrieron la infancia y la pubertad de ese niño hasta que cumplió los



trece años; sus padres decidieron proveer a su vástago de algo mejor y consiguieron que el cargo de sacerdote de Júpiter fuera para ese adolescente alto, delgado y de extremidades endebles. Papá Cayo, *pretor urbanus* en Pisa, así como edil y procónsul en Asia, o sea, gobernador, puso en juego todas sus relaciones para obtener el cargo para su primogénito, no sólo porque prometía un elevado prestigio social, sino también porque significaba considerables emolumentos para el investido. Un sacerdote no debía trabajar durante el resto de sus días, más aún, le estaba prohibido ver trabajar a los demás.

La dignidad imponía dos condiciones: un sacerdote de Júpiter debía mantenerse al margen de la política y la ley sagrada sólo le permitía tener una mujer para toda la vida, harta ironía para un hombre que habría de ser el político más grande y también uno de los mayores amantes con que Roma contó. Cuando apenas había cumplido los trece años, el joven Cayo Julio César había agotado ya el contingente que le correspondía: sus padres lo habían prometido a una niña, presumiblemente menor aún que él, llamada Cosutia, perteneciente tan sólo a la Orden Ecuestre, pero en compensación muy rica, como supo informar Suetonio, el biógrafo de los Césares, en el siglo I d. C. A los doce años las niñas ya eran núbiles: así se decía entonces. Sin embargo, a poco de fallecer su padre, el joven Cayo disolvió el compromiso no consumado, y se casó, contando ya dieciséis años, con la bellísima hija del cónsul Lucio Cornelio Cinna, un romano influyente, quien poco antes de la boda, o quizá poco después, halló la muerte durante una insurrección. Aparentemente, fue un matrimonio de fuerza mayor, pues al poco tiempo Cornelia, así se llamaba la elegida del joven Cayo, dio a luz una niña a quien, de acuerdo con la vieja tradición, llamaron Julia. Cayo, el padre adolescente, no podía sospechar que su inesperado matrimonio por amor podría conllevar más adelante un peligro político.

La dicha conyugal de los jóvenes duró apenas dos años, al cabo de los cuales Cayo Julio César tuvo que separarse de su esposa en cumplimiento del deseo del dictador Lucio Cornelio Sila. Aunque de la misma familia, Cornelia no agradaba a Sila. La detestaba porque Cinna, el padre de ésta, había sido su mayor enemigo, y todo cuanto le recordara a él debía ser olvidado. Nos encontramos así en el centro del caos político del siglo I a. C.

Enigmático y bizco: así se describe a Lucio Cornelio Sila. Un tipo feminoide, rubio, de ojos azules, que se embriagaba en las tabernas de Roma en compañía de artistas y meretrices, bebiendo la mayoría de las veces más de lo que podía pagar, hasta que una rica cortesana le legó toda su fortuna. Sila no era ningún tonto; todo lo contrario: era culto, locuaz y ya había logrado desempeñarse como cuestor, pretor en Roma, propretor en Cilicia, y hasta cónsul. La fortuna parecía haberse aferrado a sus talones. De todos modos, Sila fue siempre el hombre adecuado en el momento adecuado, resuelto, jamás remilgado con los amigos, y mucho menos con los enemigos.

De acuerdo con un decreto del Senado, Sila tuvo que emprender una campaña

contra Mitrídates, el rey del Ponto, quien, poco a poco, se fue convirtiendo en una amenaza para el Imperio romano. Cruel y artero, el bárbaro helenizado del extremo sur del mar Negro aprovechó las querellas políticas de la ciudad del Tíber y, paulatinamente, fue conquistando toda el Asia Menor. Sila sería el elegido para poner fin a esa situación. Una misión nada fácil, para la cual el exitoso propretor de Cilicia parecía predestinado, y casi imposible, pues en Italia había estallado una guerra entre aliados en la que los romanos tenían en servicio a catorce legiones.

El trasfondo de la desavenencia en el propio país era la exigencia, por parte de las tribus itálicas, de gozar del total derecho de ciudadanía romana, que, después del asesinato del tribuno reformador Marco Livio Druso, parecía haber quedado anulado. Publio Sulpicio Rufo se hizo cargo de su herencia política y, al hacerlo, se enfrentó con Sila. Al elocuente Sulpicio Rufo no le resultó difícil movilizar las masas, y, por resolución popular, encomendar al general Cayo Mario el mando supremo contra Mitrídates. Entonces, Sila hizo algo que nadie había osado hacer hasta entonces: con sus tropas se apoderó de Roma, declaró a Mario y a sus adeptos enemigos del pueblo, *hostes publici*, y abolió las resoluciones de Sulpicio, al que sin duda habría eliminado con la espada, si otros no se le hubieran anticipado. Ya tenía, pues, las espaldas libres para emprender la campaña contra Mitrídates y no había que perder un segundo más. Las provincias de Asia, Cilicia, Bitinia, Misia, Frigia, Licia, Panfilia, y Caria ya habían caído; en la conquista de Éfeso los asiáticos habían dado muerte a 80.000 romanos e itálicos; las provincias ya veneraban a Mitrídates como al «nuevo Dionisio», nuevo amo del mundo oriental. Atenas, Esparta, Beocia y la isla de Eubea, impresionadas por sus triunfos militares, se pusieron también de su lado. Sila cruzó con sus legiones hasta Epiro y saqueó a su paso templos y santuarios en Delfos, Olimpia y Epidauro para mejorar el estado de la caja de guerra. No fue la primera manifestación de la barbarie romana en aquellos lugares. Los tesoros en oro y plata fueron literalmente convertidos en dinero, expresión de centenaria devoción. El cuestor Lucio Lucinio Lúculo y su hermano menor, Marcos, los fundieron y acuñaron monedas de oro y plata. Todavía hoy se habla del «oro de Lúculo».

Los romanos castigaron las mentiras de aquel hombre que, en mejores tiempos, había anunciado allí que el conflicto bélico era el padre de todas las cosas. Quedó en claro que, ante todo, no era más que un enterrador. Los plátanos de la Academia proporcionaron la leña para la construcción de las máquinas de sitio. El 1 de marzo de 36 a. C. cayó Atenas y las instalaciones portuarias del Pireo fueron pasto de las llamas: era el comienzo de una devastación que se prolongaría durante varios decenios. 250.000 infantes, 50.000 jinetes, 130 carros de ruedas guarnecidas con metal, una fuerza cinco veces mayor a la suya esperaba a Sila en Queronea, ciudad famosa por haber sido el escenario donde el padre del gran Alejandro infligió una decisiva derrota a tebanos y atenienses. Trescientos ochenta años más tarde vería en ella por primera vez la luz del mundo el hombre a quien debemos una detallada descripción de esa batalla: Plutarco.

Según escribe el gran historiador de la Antigüedad, los bárbaros se rieron y se burlaron de la catastrófica inferioridad de sus oponentes. La sola magnificencia de las armaduras bárbaras, el brillo dorado y plateado de sus escudos y los abigarrados colores de las cotas de armas médicas y escitas habrían infundido pavor a los romanos. Sin embargo, gracias a la traición de un camino resbaladizo y a la táctica de poner fuera de combate los carros del enemigo, la situación cambió inesperadamente. Los romanos se embriagaron en la lucha, fueron ganando ventaja y a cada avance batían las palmas y soltaban burlescamente un «¡Más!», como era costumbre en las carreras de carros que se celebraban en su patria. Sila ganó la batalla y sólo perdió a catorce de sus hombres, dos de los cuales volvieron a aparecer al caer la noche. Una leyenda, sin duda. Los generales victoriosos nunca registran pérdidas. Los tebanos vencidos debieron pagar un amargo tributo. Sila los obligó a llevar a cabo enormes reparaciones de guerra, no para su propio bolsillo, como tal vez cabía esperar, sino para restituir a Apolo de Delfos y a Zeus de Olimpia el botín que se habían llevado de sus santuarios.

Mitrídates desapareció en Queronea. El fracaso militar debió de confundirlo, pero estaba lejos de darse por vencido. Reunió un nuevo ejército y, medio año más tarde, en el otoño de 86, volvió a enfrentarse a Sila, de nuevo sin éxito. La vanidad se apoderó de Sila: se hizo llamar Epafrodito (el favorito de Afrodita) y, jactancioso, mandó acuñar monedas e inscripciones con el título honorífico *Imperator*.

La noticia de los triunfos estratégicos de Sila causó poca admiración en Roma: bajo el severo régimen de los cónsules Cinna y Cayo Papirio Carbón, muchos de los hombres influyentes se pasaron al partido del *imperator* triunfante y Sila se creó involuntariamente nuevas hostilidades y fue declarado enemigo del Estado. Al año siguiente se llegó a un acuerdo pacífico con Arquelaos, el general de Mitrídates, por el cual el belicoso rey del Ponto conservó su antiguo Imperio y los romanos recuperaron las provincias de Asia y Paflagonia; al rey Nicomedes se le adjudicó Bitinia, y a Ariobarzanes, Capadocia. Además, Sila obtuvo 2.000 talentos en concepto de indemnización de guerra y 70 naves. Es comprensible que Mitrídates, refugiado en Pérgamo, diera su conformidad a esta paz impuesta a regañadientes. Sila le había permitido conservar su diestra, asesina de tantos romanos, pero no sin hacerle saber que debería habérselo agradecido de rodillas.

En Roma y en el territorio itálico imperaba el caos cuando Sila regresó a Brundisium (Brindisi). La guerra de aliados estaba concluida, aunque sólo oficialmente; todos los itálicos al sur del Po habían obtenido la ciudadanía romana. Pero ni la *Lex Julia* que concedía la ciudadanía a todos los itálicos fieles, ni la *Lex Plautia Papiria*, una amnistía general que se concedía a los sediciosos tras la capitulación, restablecieron realmente la paz. Sila reconoció la validez de las nuevas leyes creadas durante su ausencia; sin embargo, le llevó un año y medio abrirse camino hacia Roma, y debió batirse en tres cruentas batallas hasta que el 1 de noviembre de 82 logró dominar, cerca de la puerta Collina de Roma, a los últimos

samnitas rebeldes, los mandó ajusticiar por millares, saqueó sus ciudades y mató a sus habitantes.

Circularon listas negras con los nombres de 40 senadores, 1.600 miembros de la Orden Ecuestre y 4.700 romanos que, al regreso de Sila a Italia, lo habían combatido o tan sólo habían argumentado en su contra. *Proscriptio* fue una palabra que infundió pavor: era la proclamación de que aquellos cuyos nombres aparecieran en las pizarras y listas expuestas en todos lados serían considerados, hasta el 1 de junio de 81, libres como pájaros y se les podría dar muerte sin que el asesino mereciera por ello pena alguna; más aún, sería premiado con dos talentos. La fortuna de un proscrito pasaba a manos del Estado y sus hijos y nietos ya no podían acceder a cargo público alguno.

Sila mandó anunciar que habrían de llamarlo Felix, el dichoso, y redactó una ley, la *Lex Valeria*, que lo convertía en dictador, en soberano absoluto. Todos los romanos se estremecieron ante la idea: el de soberano absoluto era un título que se había otorgado por última vez ciento veinte años atrás, que siempre se había asociado a un estado de emergencia nacional, y que entregaba a un solo hombre todo el poder de resolver las crisis a su mejor entender, y sin tener que dar justificación alguna ni ante el Senado ni ante el pueblo.

Éste era el omnipotente dictador a quien se enfrentaría el joven de dieciocho años. Cayo Julio César hizo saber a Sila que no tenía intención de separarse de Cornelia sólo porque Cinna, su difunto suegro, hubiese sido enemigo del dictador. Esta primera muestra de intrepidez hubiera podido costarle la vida. En una situación análoga, un hombre como Pompeyo se habría sometido al dictado de Sila, pero Cayo no se dejó impresionar ni por la confiscación de la dote de Cornelia y la pérdida de su herencia, ni por su propia expulsión del sacerdocio de Júpiter. Sin embargo, como Sila lo declaró su enemigo, juzgó aconsejable desaparecer y preparar su futura carrera política de incógnito. Amigos influyentes lo ayudarían en su propósito.

Julio, presa de la fiebre durante largos días, cambió de escondite noche tras noche y, más de una vez, tuvo que hurgar en el fondo de su bolsillo para liberarse de los esbirros de Sila. Cualquiera podía ser comprado, desde un cónsul hasta un liberto, todo era cuestión de precio. El régimen de terror de Sila privó de seguridad a los individuos: los mejores amigos se trocaban en enemigos, los maridos eran traicionados por sus mujeres y los hijos, por sus madres. Cundió el pánico. ¿Quién sería el próximo?

Lucio Catilina, asesino de su propio hermano, asedió con éxito al dictador para que proscribiera posteriormente el asesinato como ofrenda. Sin embargo, para beneficiarse con el premio «por gratitud» mató a otro proscrito, presentó a Sila la cabeza cercenada, y se lavó las manos con el agua bendita del templo de Apolo. En Preneste, un centro de la resistencia, habrían sido ajusticiados 12.000 hombres de una vez. Entretanto, desde un estrado del Foro el dictador se complacía en subastar la fortuna requisada o la derrochaba con mujeres hermosas, artistas y cantantes. Ofrendaba un décimo de sus bienes recién adquiridos a Hércules, fuente de energía

de sus proezas. Sila pretendía ganar amigos celebrando para el pueblo festines de largos días; se transportaban enormes cargamentos de manjares exquisitos, y todas las noches se arrojaban los restos al Tíber. El vino que se escanciaba, observa Plutarco, tenía cuarenta años de añejamiento.

Por mediación de Mamerco Emilio y Aurelio Cotta, dos parientes cercanos, así como de las vírgenes vestales (a quienes no se podía rechazar petición alguna), Cayo Julio César logró finalmente que Sila cambiara de opinión. El dictador lo indultó, no sin emitir una observación premonitoria: aquel por quien daban la cara en ese momento sería la ruina de la aristocracia a la que defendían. Había en él algo más que un Mario.

César desconfiaba de la palabra del dictador, así que, a pesar del indulto, creyó prudente volver la espalda a la capital por unos años. La provincia de Asia se le antojaba bastante vasta, e ingresó como oficial en el Estado Mayor del pretor Marco Minucio Termo. Tres años de entrenamiento militar en el oriente del Imperio no fueron particularmente emocionantes; sin embargo, el joven, que tenía ya veinte años, se destacó en dos ocasiones hasta tal punto que los historiadores antiguos tomaron nota de su actuación: se distinguió en la toma de la isla Lesbos, cuyos habitantes simpatizaban aún con Mitrídates, rey del Ponto. Si bien ignoramos exactamente cómo sucedió la toma de la capital, Mitilene, debió de ocurrir de una manera tan espectacular que los superiores del joven Cayo le asignaron la corona de ciudadano, una simbólica corona de hojas de roble tan honrosa como efectiva, porque en los teatros todos los espectadores debían ponerse de pie cuando el portador de esa distinción entraba en su palco. Enviado a Bitinia, al sur del mar Negro, en una misión diplomática, el distinguido Cayo habría de hacer recordar a su rey Nicomedes la convenida cesión de una flota, lo cual en efecto realizó, pero «no sin que corriera el malévolo rumor —censura Suetonio—, de haber entregado su castidad al monarca».

César arrastró a su zaga este desliz homosexual con Nicomedes durante el resto de sus días, algo poco comprensible, pues era muy natural que un joven romano de la nobleza también tuviera no sólo una amiga, sino también un amigo, con el que compartía el lecho. El rumor tal vez lo explicaba el hecho de que jamás se hablaba de ello públicamente. De cualquier manera, la conducta del joven Cayo les resultó a los soldados demasiado llamativa. A los pocos días de haber regresado de Bitinia, viajó de nuevo al mar Negro para encontrarse con Nicomedes aduciendo un pretexto poco convincente. Decenios más tarde, con motivo del triunfo de las Galias, sus legionarios se mofaban aún de él en unos versos: «César conquistó la tierra gala, pero Nicomedes conquistó a César. Sin embargo, Nicomedes no se jactó de ello.»

Todavía encontraremos más indicios de las inclinaciones homosexuales de César. Existió un caballero romano llamado Mamurra, más tarde nombrado por César *Praefectus fabrum*, que no ocultó su relación con Julio. Este advenedizo se construyó una casa en el monte Celio, el lugar más distinguido, y le robó la amante al poeta Valerio Cátulo, quien le respondió con un epigrama referido a Cayo Julio César.

Mamurra se sintió así puesto en evidencia. Le hizo saber a César que Cátulo se disculpaba y con un banquete enterraron su enemistad. Finalmente, tenemos noticias de Rufio, «su licencioso amante», según lo describe Suetonio, durante su permanencia en Alejandría junto a Cleopatra. A él le encomendó el *imperator* el mando de las tres legiones que habían quedado. ¿Cayo Julio César, homosexual?

Sin duda, el joven Cayo evidenciaba afectaciones propias de una mujer, vestía ropas llamativas como un pavo real, llevaba zapatos rojos de tacones a la usanza de los anteriores reyes de Alba, una sortija de oro con la efigie de su madre original, Venus, una túnica provista de largos flecos, ceñida con negligencia, y el cabello largo. ¡Qué chocante debió de resultar en la antigua Roma! Su aspecto provocaba burlas. Suetonio dice textualmente: «En el cuidado corporal era casi un exquisito, no sólo se hacía rasurar y cortar el cabello meticulosamente, sino que, al decir de algunos, también se hacía arrancar uno por uno los pelos de todo el cuerpo.» Sila advertía por su parte con desdén: «¡Cuidaos del mozalbete mal ceñido!» Y, más tarde, Cicerón observó: «Cuando veo el exagerado esmero con que cuida su cabello y cómo se rasca la cabeza con un solo dedo, se me antoja imposible que este individuo pueda concebir en su mente tamaño crimen como la destrucción de la forma de Estado romana.»

*Trahit sua quemque voluptas.* Cada cual se pone lo que le viene en gana. César se sentía atraído por todo lo bello: mujeres bellas, hombres bellos, atavíos bellos, cosas bellas. Su casa, situada en el poblado barrio de Subura, entre el Quirinal, el Viminal y el Esquilino, el mismo en el que vino al mundo, era según parece modesta, pero amueblaba con refinamiento. Poco tiempo después de que finalizara la construcción de su villa del lago Nemi, mandó demolerla porque no respondía a su gusto. Coleccionaba cuadros, objetos de arte, vasos de adorno y lo fascinaban las perlas y las gemas. Un hecho casi ignorado: en su breve campaña a Britania el *imperator* compró perlas.

Se encontrara donde se encontrara, solía rodearse de belleza. En sus campañas los esclavos debían arrastrar baldosas poligonales de mármol y mosaicos, con los cuales el *imperator* dotaba a su tienda de general de un agradable revestimiento. En casa contemplaba a sus cuidadosamente escogidos esclavos: esbeltos y de exquisitos modales. Era un esteta en todos los sentidos.

César no era homosexual, sino bisexual, y, como veremos, de instintos desmedidos, unos instintos que debieron de hacerle sufrir, por lo menos en sus años mozos, cuando intentaba refrenarlos. Más tarde, su calidad de magno *imperator* le permitió dar rienda suelta a sus sentimientos y esa libertad se hizo proverbial: «¡Ciudadanos, cuidado a vuestras mujeres que viene el calvo!» El calvo era Cayo Julio César.

Su calidad de dictador atraía los corazones de las mujeres, y aquellos que no se inflamaban por él eran «conquistados» por la fuerza. César era en todos los aspectos el paradigma del conquistador. Cualquier resistencia significaba para él un desafío. De acuerdo con la ley, los delitos sexuales de César hubieran bastado para que

permaneciera entre rejas durante toda la vida; es más, por reincidencia incluso le hubieran podido sentenciar a muerte. Pero... *quod licet Jovi, non licet bovi...*, es decir, lo que a Júpiter está permitido, está muy lejos de permitírsele a la plebe.

Julio amaba a todas las mujeres: a las meretrices, cuyo idioma no conocía, y también a las esposas de sus amigos. Era un amante que pagaba caro sus amoríos. Según informa Suetonio, fue un esclavo de la voluptuosidad, y esa flaqueza le costó mucho. El historiador griego Dión Casio dice de César que tenía un temperamento muy erótico. Habría mantenido relaciones con muchas mujeres, en realidad, con todas las que le salieron al paso.

En cambio, hacía gala de templanza en otros dominios. Hasta sus enemigos confirmaban su continencia en la bebida. Respecto a la comida, evidenciaba cualidades que rayaban en la frugalidad: no era exquisito y hasta comía hortalizas preparadas con unto en lugar de aceite de oliva. Las ulteriores excepciones respondieron a una profunda desesperación. En su ambigüedad en el dominio sensual, César fue un hombre excesivo y ascético al mismo tiempo, pero también modesto, reservado, circunspecto e intelectual.

De todos modos, la contingencia arruinó la fama del joven Julio en Roma. Sin previo conocimiento de César, se presentó en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia, una delegación romana que encontró a Cayo en compañía del monarca y algunos hombres que bailoteaban con movimientos afeminados: fue un escándalo que agitó a los chismosos de la capital. Al fin y al cabo, Cayo Julio César tenía mujer y una hija. El escándalo no tuvo consecuencias para él gracias a la caótica situación imperante en la capital, donde Sila estaba abocado a reestructurar el sistema.

La creación de más cargos provocó nuevos conflictos. A través de las *Leges Corneliae* los miembros del Senado pasaron de ser 300 a 600, de preferencia *equites* y centuriones elegidos por el pueblo; se crearon nuevos puestos oficiales; Sila aumentó el número de cuestores y funcionarios de finanzas a veinte y el de los pretores *equites* a ocho. Nuevos tribunales debieron ocuparse de los asesinos, envenenadores y falsificadores de testamentos que proliferaban en alarmante proporción, pero su medida más drástica fue la abolición del reparto de grano en Roma.

Inesperadamente, en el año 79, Sila depuso la dictadura, aunque no porque durante su régimen trienal de terror hubiera quedado consolidado el Estado. No: un oráculo había vaticinado al dictador la muerte en la plenitud de su dicha y, dado que en su situación ya no cabía esperar más felicidad, Sila decidió retirarse a su finca rural, cerca de Puteoli, y escribir sus memorias como político retirado. (Era algo usual en aquellos tiempos.) Ésa fue la versión oficial de la justificación de su retiro, pero más tarde se supo que una terrible enfermedad había atacado al dictador. Plutarco la describe así: «Durante mucho tiempo, Sila ignoró que padecía una inflamación de las entrañas que luego le infestó toda la carne y se transformó en piojos; de modo que, aun cuando se los quitaban de día y de noche, los parásitos eliminados constituían siempre una fracción de los nuevos que aparecían y colmaban

con esa secreción putrefacta cada prenda de vestir, el baño, el agua del lavatorio y las comidas. Varias veces al día se sumergía en agua para enjuagarse el cuerpo y asearse, pero de nada le valía, la descomposición avanzaba rápidamente y todo intento de limpieza resultaba ineficaz.»

Es difícil averiguar de qué alevosa enfermedad cutánea se trataba. Con certeza, los piojos solos no causaron la muerte del dictador. Sila falleció de un vómito de sangre dos días después de haber concluido sus memorias. El día previo a su deceso presencié todavía cómo estrangulaban en su dormitorio a un funcionario que debía impuestos.

Cayo Julio César se enteró de la desaparición de Sila estando en Cilicia, a 3.000 kilómetros de distancia de Roma, donde servía en el Estado Mayor del gobernador Publio Servilio Vatia y, al punto, resolvió regresar a la capital. Todavía no alimentaba ningún plan político y vislumbraba su futuro como abogado. Ésta era una profesión de escaso prestigio a la que podía acceder cualquiera que se sintiera capacitado para ejercerla, la preferida por los jóvenes ambiciosos, pues, en caso de tener éxito en la defensa, podían conseguir su buen dinero. Según Plutarco, el joven Cayo era de segunda clase. En todo caso, eso debió de querer decir cuando escribió que ninguno de los oradores le había disputado el segundo lugar. César perdió su primer juicio, pero ganó el segundo con mucha osadía. Inesperadamente, se ganó simpatías, sobre todo entre la gente humilde. A todos daba la mano y dedicaba alguna palabra amable.

Por cierto, fue consciente de su ineficiencia, pues a los dos años de su primera aparición como retórico, el joven Julio viajó a Rodas, donde Apolonio gozaba de la fama de ser el más grande orador de su tiempo. Con él también había aprendido un tal Marco Tulio Cicerón, el indiscutido abogado estelar de la Roma de aquellos días.

Cicerón era oriundo de Arpino, tierra natal de Mario y, a diferencia de César, ya en sus años mozos evidenció un genial dominio de la palabra. Cicerón no podía jactarse como César de sus antepasados nobles: era un *homo novus*, un advenedizo, y no le fue nada fácil imponerse. No lo consiguió hasta ese proceso, en el que el umbrío Sexto Roscio luchó por sus derechos y el joven orador de veintiséis años se levantó y, en voz alta y vigorosa, dijo: «Creo que vosotros, jueces, os maravilláis: hay aquí tantos oradores importantes y tantos hombres del mayor prestigio que asisten como espectadores, y precisamente yo me he levantado para abogar en su defensa. Sin embargo, no me puedo comparar con ellos en experiencia, talento y consideración...»; luego Cicerón denunció el delito sin parangón que se había cometido contra un terrateniente umbrío, falsamente incluido en las listas de proscripción de Sila y posteriormente asesinado. Sexto Roscio, su hijo, reclamaba en ese momento la fortuna confiscada. Hubiera podido creerse que el joven abogado estaba arriesgando su vida en su alegato, pues en definitiva se trataba de probar un delito al gran dictador, pero Cicerón hizo gala de extraordinaria destreza al no responsabilizar directamente a Sila, sino a las adversas circunstancias de una época difícil.



Cicerón ganó el proceso y se convirtió en el hombre del momento. Los clientes lo asediaron, pero el joven y celebrado abogado optó por viajar a Grecia para acabar de pulirse junto a maestros tales como Zenocles de Adramitio, Dionisio de Magnesia, el cario Menipo y Apolonio de Rodas. Por supuesto, también es admisible que el motivo para ese viaje de instrucción fuera el que defendía Plutarco. A su juicio, Cicerón había huido a Grecia por miedo a Sila. Fuese como fuere, después de exhaustivos estudios junto a Apolonio, éste manifestó: «A ti, Cicerón, te alabo y admiro, pero deploro la suerte de Grecia, pues veo que los únicos privilegios que aún nos quedaban se irán contigo para beneficio de los romanos: la cultura y la oratoria.»

Aunque sólo le llevaba seis años, este Marco Tulio Cicerón fue un ejemplo para César. Julio aspiraba a hablar como Cicerón y, por tal motivo, fue en busca de Apolonio.

Necesitaba que sus discursos perdieran aparatosidad, ampulosidad. Anhelaba aprender a hablar con la agudeza de Cicerón: «Creo que vosotros, los jueces, os maravilláis...»

Durante la travesía, César fue apresado por unos piratas y estuvo cautivo en una isla durante cuarenta días. Los malhechores exigieron rescate. Julio envió gente de su comitiva a las ciudades costeras de Asia Menor para reunir la considerable cantidad exigida: 50 talentos. Su reacción fue típica: en la certeza de que no había otra salida (una fuga era demasiado arriesgada), aceptó pagar el humillante rescate, pero dijo en broma que crucificaría a cada uno de los piratas, y la broma se tornó en fatal realidad. Apenas recobrada su libertad reunió una pequeña flota, apresó a sus captores y los hizo crucificar en Pérgamo.

Ya en sus años mozos se distinguió por su resolución para llevar a cabo toda empresa. Desconocía la vacilación y la cavilosidad. Primeramente reflexionaba, y luego actuaba con certera decisión. Interrumpió de súbito sus clases de oratoria junto a Apolonio cuando Mitrídates, el belicoso rey del Ponto, provocó una tercera guerra contra Roma al ocupar Bitinia. Nada logró retenerlo en la isla de las Rosas. Se embarcó rumbo al Asia Menor, formó a su alrededor una pequeña tropa y prestó su apoyo a las ciudades costeras, necesitadas de ayuda. Éstas, así dice Suetonio, en un principio dudaron de rendir obediencia a Roma. Julio no había recibido orden oficial alguna para la realización de tal empresa, de modo que cuesta imaginar lo que habría sucedido si en un encuentro con las fuerzas de combate pónicas hubiera sufrido una derrota. Pero salió victorioso, al igual que el cónsul Lucio Licinio Lúculo, quien, acreditado como general en las provincias orientales, venció a Mitrídates en una batalla naval.

En el año 73 César regresó a Roma. Entretanto, en la capital, el miedo a la arbitrariedad del dictador cedió ante el pavor que causaban los esclavos rebeldes. Un maestro de esgrima tracio de nombre Espartaco, hecho prisionero de guerra en Italia y convertido luego en esclavo, había tramado una conspiración en la escuela de gladiadores de Capua junto con 70 celtas y tracios. Los revolucionarios, sin embargo,

fueron descubiertos y tuvieron que huir. En el camino se les fueron uniendo cada vez más esclavos, descontentos con su destino. La insurrección abarcó toda la Campania y la Lucania, y pronto los romanos se vieron frente a un ejército de 60.000 rebeldes. De espaldas contra el muro, los esclavos alcanzaron triunfos militares, pero luego hubo disensiones entre Espartaco y Crixo, el conductor de los celtas. Mientras éste insistía en continuar la lucha, Espartaco pensó en conducir a los esclavos liberados a Tracia o a las Galias, para fundar allí una colonia de hombres libres. Fue el principio del fin. Crixo y los celtas fueron derrotados por los romanos en Apulia, mientras que Espartaco y la mayoría de sus adeptos cayeron en Lucania después de una heroica lucha junto al río Silaro. Los soldados romanos capturaron a 6.000 sobrevivientes y los crucificaron a lo largo de la Via Apia.

En la victoria contra los esclavos rebeldes participó un hombre que daría mucho que hablar: el general Cneo Pompeyo. Era apenas algo mayor que César, pero, a sus veintisiete años, había disfrutado ya del primer cortejo triunfal por Roma, un pomposo homenaje tributado a los generales victoriosos que (ésta era la condición) hubieran pasado a degüello a no menos de 5.000 enemigos en una guerra justa (*bellum iustum*). Pompeyo, al igual que César, un joven noble, había reconquistado en 82 a. C. la insurrecta Sicilia para Sila, y derrotado, ese mismo año, a Cneo Domicio Ahenobarbo, un yerno de Cinna proscrito por Sila que había encontrado el apoyo del rey Hiarba en África.

Una expedición militar en España estuvo a punto de fracasar. Sertorio, un équite sabino rebelde que aseguraba estar en contacto con los dioses inmortales a través de una corza blanca, había sido durante años el rey no coronado de los hispanos, reacios a aceptar la suerte de convertirse en una provincia romana. Los dos primeros encuentros cerca de Lauro y Sucro concluyeron con una absoluta derrota de Pompeyo. El Senado hizo oídos sordos a las demandas de auxilio provenientes de España. Al fin y al cabo, Pompeyo había emprendido su aventura militar a pesar de la resistencia de los senadores. Los purpurados no reaccionaron hasta que Sertorio, en su arrogancia, amenazó con marchar contra Italia: entonces enviaron en su ayuda a Metelo Pío, el veterano y experto guerrero procónsul de Hispania ulterior, la parte occidental de la península ibérica, y, unidos, ganaron la vanguardia.

Ésta era la situación cuando Cayo Julio César, un don nadie de veintisiete años sin ingresos, orador de profesión, volvió a Roma. César padeció por su insignificancia, pero también lo hicieron padecer las circunstancias políticas, los poderosos partidarios de Sila, con quienes, como hombre de la nobleza, debía simpatizar. Pero, para ellos, Julio era demasiado mediocre, muy poco radical, demasiado decente, de modo que lo ignoraron. En cambio, entre la gente modesta, el joven y amable aristócrata fue ganándose cada vez más simpatías. Fue probablemente en esa época, a comienzos de los 70, cuando César debió de considerar por primera vez la posibilidad de convertirse en político. Lo único que había aprendido era a hablar: sería político, la profesión ideal.

## Capítulo dos

La política, se dice, es el arte de lo posible. En Roma, en cambio, la política siempre fue el arte de lo imposible. Esto fue así tanto en los años de la República como en los del Imperio. *Quot homines, tot sententiae* (tantos hombres, tantas opiniones). Para los romanos, política era un vocablo extraño, no lo conocían. A la participación del individuo en el Estado, llamado por los griegos *politeia*, confrontaban el concepto de *civitas*, que podía significar, asimismo, mayoría organizada como derecho civil o ciudadanía. Los romanos tuvieron en el correr de los siglos una constitución madura, pero esta anticuada institución se conservó, sin remedio, como una constitución de los gobernantes, jamás de los gobernados.

En el año 510 a. C. la nobleza urbana de Roma se levantó contra el dominio extranjero de los etruscos. Un puñado de patricios decidió dar a su población sin murallas un carácter estatal y la llamaron *res publica* (cosa pública), Estado, comunidad. No era más que una sociedad de dueños de esclavos, con una asamblea de ciudadanos para los libres, diferenciada en derechos y obligaciones de acuerdo con las clases pudientes, con un consejo elegido o sorteado de ilustres senadores y dignatarios de duración fija y, por tanto, limitada. Al cabo de dieciséis años ya se produjeron las primeras luchas de clases entre patricios y plebeyos, y concluyeron con una concesión de los gobernantes: la comunidad plebeya obtuvo un sacrosanto tribuno del pueblo que representó sus intereses frente a los patricios.

Desde entonces las querellas y las disputas en el seno de la sociedad romana no tuvieron fin y, lo que no lograron los etruscos, celtas, cartagineses y macedonios a pesar de su despliegue de fuerzas de combate de miles de millones de hombres lo consiguieron los romanos por sí solos: condujeron su propio Estado al borde del abismo.

En una época, los campesinos constituyeron el sólido núcleo de la ciudadanía romana: se proveían a sí mismos y a otros de alimentos básicos y prestaban servicio militar... Era un privilegio de los terratenientes. La conquista de nuevas provincias y la imposición de tributos extranjeros, sobre todo en forma de grano, trajeron consigo una reestructuración de la economía romana. Los campesinos no podían competir con el grano barato, o incluso gratuito, proveniente de las provincias. Como consecuencia se produjo un catastrófico empobrecimiento de su clase.

El romano invertía el noventa por ciento de su presupuesto en alimentación, la mayor parte en grano. Era un apasionado consumidor de pan y la carne no solía formar parte de su menú. En una ocasión las tropas de César llegaron a amotinarse por no recibir para comer más que carne. En el campo se vivía en forma autárquica: la tierra alimentaba a su dueño. En la ciudad, un obrero ganaba dos sestercios al día, medio denario de plata. Por él obtenía un *modius* de trigo, una fanega equivalente a

8,75 litros de contenido, ración que alcanzaba para un día. Pero si el obrero tenía mujer y tres, cuatro o cinco hijos, esa fanega de trigo no cubría el mínimo necesario para subsistir.

En su mayoría, los soldados eran indemnizados con tierras, pero, como ya se ha dicho, sólo podía ser soldado quien era terrateniente. No es extraño que esto provocara disturbios sociales, pero estos disturbios sacudían a la capital de una comunidad que durante generaciones había estado en guerra con alguno de sus vecinos o vecinos de sus vecinos. En Roma, la palabra *pax* se había olvidado, tal como la diosa epónima, y, cuando por primera vez reinó la paz en el Imperio, antes del nacimiento de Cristo, los romanos se mostraron tan desconcertados que no la pronunciaron sino con un complemento, tan extraña se les antojaba. Hablaban de la *Pax Augusta*.

Todos los intentos de reforma fracasaron deplorablemente. El último fue el de los Gracos, dos hermanos plebeyos que en su calidad de tribunos del pueblo representaban la causa de los humildes. El mayor de ellos, Tiberio Sempronio Graco, exigió una ley agraria que no permitiera a ningún romano tener una porción de tierra mayor de 500 yugadas del *Ager publicus*. Lo que excediera ese límite debía confiscarse y distribuirse entre los conciudadanos pobres. El Senado, sin embargo, se encargó de sofocar estos tímidos intentos de elaborar una legislación social y su promotor fue finalmente asesinado. No le fue mejor a Cayo Sempronio Graco, también él tribuno del pueblo, también él empeñado en imponer una ley agraria: fracasó ante la resistencia organizada de los senadores y acabó por suicidarse en el Aventino.

Escribe Plutarco que, en aquel entonces, había en Roma dos partidos: el de Sila y el de Mario, este último humillado, desunido y condenado a no tener trascendencia. Los dos Gracos habían dejado de existir hacía ya bastante tiempo; Sila murió en el año 78, y Mario, ocho años antes, pero, tal como rivalizaron ambos en vida, sus adeptos siguieron siendo enconados enemigos; enemigos en el correcto sentido de la palabra, no adversarios políticos.

El concepto de democracia de los romanos era de una naturaleza muy particular: cada ciudadano con derecho a voto (con exclusión de las mujeres, los libertos y los esclavos) era un pequeño dictador, insistía terminantemente en su opinión, y las de los demás significaban para él una especie de declaración de guerra.

César se convirtió en partidario de Mario por un motivo especial: su tía Julia era la esposa de Mario y Cayo la amaba entrañablemente. En consecuencia, desde joven tuvo contacto con el importante político, elegido cónsul no menos de diecisiete veces, y, entre 104 y 101, cuatro veces consecutivas, dejándose de lado la carencia prescripta. Los romanos lo creían el único hombre capaz de proteger el Estado de los ataques de los germanos, y no sin razón, ya que fue Mario quien organizó por primera vez un ejército profesional.

Esta reforma del ejército fue en el fondo una reforma social. Las guerras

interminables en las que se desangraba sobre todo la clase media habían convertido al proletariado empobrecido en una masa imprevisible y peligrosa.

Mario reclutó para sus legiones a elementos de esa masa, obligó a los soldados bien pagados a cumplir dieciséis años de servicio, y les prometió una moderada previsión para la vejez. Con estas legiones Mario venció a ambrones, teutones y cimbras. Los romanos pudieron respirar aliviados y honraron al triunfante general con una *supplicatio* sin igual, pues si había un enemigo al que temían los romanos, ése eran los germanos.

En tal *supplicatio*, una fiesta en acción de gracias que fue anunciada por los magistrados, los templos permanecieron abiertos días enteros y hombres y mujeres con coronas de flores y guirnaldas ofrendaron al general y a los dioses libaciones e incienso. A Sila, el codicioso general, tanta celebración no le hizo ninguna gracia. En sus tiempos de cuestor los triunfos de Mario ya lo habían hecho sufrir y, a pesar de los suyos, que en la guerra de la Alianza fueron muy notables, el mandato de su contrincante se prorrogó. En la primera guerra contra Mitrídates, se confió el mando del ejército a Mario y Sila se vio obligado a marchar contra Roma. La hostilidad entre Mario y Sila fue la madre de la dictadura.

A la muerte de Sila, Cayo Julio César era aún una hoja en blanco en la política romana. No tenía contactos y debió someterse al penoso servilismo para lograr ascender. Su familia contaba con una cuantiosa clientela, necesaria para la elección de un cargo, pero requería ser bien tratada y eso costaba dinero. Quien deseaba ganar poder e influencia debía ascender por la escala de cargos establecida: cuestor, edil, pretor, cónsul.

El cargo de cónsul significaba ciertamente el mayor prestigio, pero, en la mayoría de los casos, también inmensas deudas. Toda una vida no alcanzaba para saldarlas, y debía recurrirse entonces a una única salida: la guerra. Sí, la guerra, proficuo negocio para el general victorioso, a quien le correspondía la mayor parte del botín, así como de los tributos anuales y las represalias, o bien, transcurrido un año, un negocio más proficuo aún: el cargo de gobernador de una provincia conquistada, llamada proconsulado. Podía entonces robar con la anuencia oficial. El propio Juvenal, para quien nada era sagrado, llegó a ponerse serio: «Si por fin pones pie en la provincia largo tiempo añorada como gobernador, pon medida y freno a tu ira, modera también tu codicia, ten compasión de los aliados empobrecidos; no ves más que huesos secos, sin médula; ten en cuenta la advertencia de las leyes, el encargo del Senado.»

Nadie siguió nunca su consejo.

La carrera de César en la función pública comenzó como cuestor en la más oscura de las provincias: Hispania ulterior, en nada comparable a la cuestura urbana de Roma. Un cargo de irrisorio prestigio, pero ligado a una invalorable ventaja; desde los tiempos de Sila los cuestores investían en todo caso el grado más bajo en el Senado. Cayo Julio César había conseguido un purpurado, mérito que, lejos de haber obtenido de favor, como era entonces habitual, había ganado legalmente. El cargo

alcanzaba para mantenerlo, nada más, y no se prestaba, pues, en absoluto para ir pagando la devoradora carga deudora de Julio. Las deudas que le calcula Plutarco, el griego, al asumir el cargo, eran de 1.300 talentos, equivalentes a 7,8 millones de dracmas: una fortuna. Para darle mayores visos de realismo digamos que equivalía al sueldo anual de 30.000 trabajadores.

El peso de semejante deuda le hubiera quitado el sueño a cualquiera, pero no a él. Julio jamás hablaba de dinero y no tenía escrúpulo alguno en seguir pidiendo prestado más y más, como si estuviera muy seguro de su causa y de que sólo era cuestión de tiempo que pudiera saldar con intereses y costas todos sus compromisos. César jugaba haciendo grandes apuestas. Una vez decidido a convertirse en político, la carrera fue la meta declarada de su vida, y cuanto más ascendía en la escala, tanto más se acrecentaban sus deudas. La alternativa respecto del camino elegido significaba, pues, total aniquilamiento económico y físico. En el curso de los años, César luchó cada vez más por sobrevivir y cada uno de sus actos debe contemplarse teniendo en cuenta este aspecto. Muchas de sus acciones serían del todo inexplicables de otra manera.

Al fallecer su tía Julia, la viuda de Mario, César aprovechó la oportunidad para pronunciar en el Foro un brillante discurso fúnebre; hizo llorar a los ociosos romanos agradecidos por cualquier diversión (en aquel entonces se lloraba con placer) y, después de la descarga emocional, no se guardó de señalar claramente la divina prosapia de esa familia de la cual él, Cayo Julio César, también formaba parte. Cuando, pocas semanas más tarde, se produjo el deceso inesperado de su joven esposa Cornelia, no le arredró repetir ese dudoso culto de la imagen.

Nadie lo había hecho hasta entonces, observó Plutarco, pues nunca se dedicaban tales discursos a las difuntas, a menos que hubieran sido mujeres de grandes dotes. César hizo en el Foro demostración de apasionado dolor con palabras y ademanes y, de este modo, se ganó la simpatía de las masas. «La turba amó en adelante en él al hombre de sentimientos tiernos, profundamente emotivo», escribe el historiador griego, no exento de ironía.

Cuando apenas acababa de regresar de la provincia, el viudo tan profundamente afligido contrajo nupcias por segunda vez. La elegida se llamaba Pompeya y era pariente lejana de Pompeyo el Grande, nieta del ex cónsul Quinto Pompeyo Rufo y, al parecer, tan insignificante, que los historiadores antiguos apenas la mencionaron, salvo en relación con un discutido episodio que condujo a un ulterior divorcio y al expresar la sospecha de que César sólo se casó con ella por su dinero, lo cual se consideraba casi una certeza. En todo caso, no fue el amor lo que lo unió a Pompeya, sino más bien su carrera, planificada sobre el escritorio, como un plan del Estado Mayor, para culminarla a cualquier precio: de cuestor a edil, de máximo funcionario policial a supervisor de templos, calles y mercados, guardián de la caja del Estado y asesor de urbanismo.

Lo que más adelante convirtieron en máxima los emperadores de Roma, ya lo

había reconocido Cayo Julio César: la mejor manera de alcanzar prestigio en Roma era mediante la erección de suntuosas construcciones y la planificación de juegos grandiosos. Dice el historiador romano Suetonio sobre César: «Durante su desempeño como edil, embelleció además el Foro, el *Comitium* y las basílicas, y también el Capitolio con peristilos erigidos provisoriamente para servir de museos. No sólo daba luchas de animales y juegos junto con sus colegas, sino también solo, gracias a lo cual se cosechó la gratitud del pueblo. A causa de esto, su colega Marco Bíbulo manifestó que a él le sucedía lo que a Pólux, el hijo gemelo de Zeus, pues del mismo modo que al templo que se había erigido en el Foro en honor de los dos gemelos siempre se lo llamaba Templo de Cástor, tanto su generosidad como la de César, se atribuía siempre sólo a éste.»

Esta generosidad calculada demandaba sumas de dinero desorbitantes cada vez mayores y César, que habría dilapidado muy pronto la dote de Pompeya con tal fin, tuvo que endeudarse de nuevo, y hacía ya mucho tiempo que había cruzado el umbral que le permitía jugarse el todo por el todo. Pero ¿qué otra alternativa quedaba? Era corto el camino que llevaba del Capitolio a la roca Tarpeya, del centro del poder al empinado despeñadero, al que los romanos arrojaban a los condenados a muerte y con cada paso que daba para comprar la adhesión de las masas, César se acercaba más al precipicio.

En consecuencia, fue muy oportuno el deceso en el año 63 del *Pontifex Maximus*, el sumo sacerdote y jefe del colegio sacerdotal integrado por muchos centenares de cabezas, custodio vitalicio de la religión del Estado y, por ende, más influyente que cualquier funcionario electo. César proclamó su candidatura, lo cual fue motivo de estupefacción. La *Regia* que se levantaba en la Via Sacra, sede del sumo sacerdote en el Foro Romano, atraía a ancianos del mayor prestigio, como Isaurico y Cátulo, cuya palabra en el Senado tenía un peso decisivo. En cambio, César, que entonces tenía treinta y siete años, encontró escepticismo en el Senado y sus posibilidades parecían muy exiguas. Sin embargo, emprendió una lucha electoral de acuerdo con todas las reglas, pronunció sublimes palabras, repartió regalos y se ganó entre el pueblo tantas simpatías que Cátulo, que se había hecho grandes ilusiones respecto al cargo, ofreció a su postulante una elevada suma a cambio de que retirara su candidatura.

César calculó fríamente que el título vitalicio de Pontifex Maximus era mucho más proficuo, y la fama y la influencia que suponía ese cargo para quien invistiera esa dignidad, invalorable. Debido a sus deudas, el día de la elección Julio se encontró en una situación desesperada y su madre rompió a llorar cuando su hijo se despidió de ella. César la consoló, pero en sus palabras había un deje de humor tétrico: volvería a verla ya fuera como sumo sacerdote o como proscrito.

Tras una dura lucha, así informa Plutarco, el Senado y el pueblo de Roma eligieron a Cayo Julio César como Pontifex Maximus. Hubo una conmoción entre los encumbrados señores de la nobleza, pues para ellos el candidato de la plebe de ninguna manera encajaba en el perfil. Sobre todo les asaltó el temor de que, con su

estilo de lucha electoral, pudiese alcanzar cualquier magistratura del Estado cuando le viniera en gana.

El año de este primer gran triunfo, Marco Tulio Cicerón ocupó el consulado. Cicerón era tan vanidoso como César y no menos ambicioso; sin embargo, a pesar de su origen bajo, era adicto a la nobleza en tanto que César, el descendiente de aristócratas, representaba la causa de los plebeyos. El excelente jurista y orador pronto se transformó en adversario del Pontifex Maximus, para quien la política de manera alguna era tabú. Al contrario, su palabra tenía mucho peso en las cuestiones políticas. No es de extrañar, pues, que Cicerón y César fueran rivales desde un principio. El programa político de Cicerón, *concordia bonorum* (concordia de los buenos), se convirtió para los adeptos de César en invectiva o en frase ridícula, tan indigna de crédito como todos los partes de las victorias del cónsul sobre Mitrídates, varias veces derrotado, pero que siempre desencadenaba nuevas guerras.

Hombres como Cicerón y César no se dan en un siglo más que una sola vez, y la tragedia de ambos consistió en haber pisado al mismo tiempo el mismo escenario para desempeñar el mismo papel: el del protagonista. El gran Esquilo no podría haber encontrado mejor antecedente para una tragedia y ésta comenzó con el asunto Catilina.

Lucio Sergio Catilina era una versión en miniatura de César, pero nada más que una miniatura. También él provenía de una antigua familia patricia empobrecida y se vio obligado a pasar por la carrera burocrática, siempre con un pie en la prisión. En el año 66 aspiró al consulado, fracasó y, desde ese momento, volvió a intentarlo una y otra vez, sin éxito. Hacía ya tiempo que estaba endeudado hasta el cuello. En este aspecto tampoco se diferenciaba de Julio, pero mientras éste jamás hablaba de dinero (ni que decir de sus deudas), Catilina enarboló su quiebra como programa, escribió sobre su bandera la promesa de una amortización general de las deudas y un nuevo reparto de tierras. Como resultado obtuvo el aliento de la nobleza empobrecida, así como el de la plebe y los veteranos.

Se sobreestimó a sí mismo y a sus adeptos. A diferencia de Cayo Julio César, le faltaba poder de convicción en su oratoria. Sin embargo, fracasar ante Cicerón no era vergonzoso. Pero cuando en 63 Catilina falló una vez más en su intento de poder acceder al Consulado en el año 62, no vio otro camino que el de la violencia. El asesinato del cónsul Cicerón sería la señal para el golpe de Estado. Preparado por chapuceros, el atentado, previsto para el 7 de noviembre de 63, fracasó: durante los días previos a su ejecución, había sido el tema predilecto de las charlas en la ciudad.

Días más tarde, Marco Tulio Cicerón se presentó ante el Senado, donde también se encontraba Catilina, como si no hubiera pasado nada y pronunció sus famosas *Catilinarias*: «*Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra.*» «¿Hasta cuándo abusarás aún de nuestra paciencia, Catilina? ¿Cuánto tiempo nos escarnecerán aún tus desatinadas maquinaciones? ¿Cuál es el límite de tu fanfarronería y desenfrenada osadía? ¿No te has percatado de la ocupación nocturna del Palatium, de



las rondas de la policía por la ciudad, de la intranquilidad del pueblo, de la cohesión de todos los ciudadanos de intenciones honestas? ¿Las extremas medidas de seguridad de este lugar para la sesión del Senado no te causan ninguna impresión? ¿Tampoco la mirada y la expresión de los hombres aquí reunidos? ¿No adviertes que todos tus planes son conocidos? ¿No ves que por saber todos estos hombres de tu conspiración, ésta ya está completamente abortada? ¿Crees que ninguno de nosotros sabía lo que maquinabas la noche pasada y la anterior, dónde estabas cuando te reunías con tus secuaces y qué planes has concebido? *O tempora o mores!*... ¡Qué tiempos, qué costumbres!»

Cicerón, el cónsul, formuló una tras otra sus preguntas retóricas, las arrojó con grandes ademanes a la rueda de ilustres, sin esperar ninguna respuesta, de acuerdo con el estilo griego. Los senadores escucharon fascinados, cada uno se distanció en lo personal de los manejos contra el Estado, y ese mismo día Catilina abandonó la ciudad. El fallido conjurador huyó a Etruria, donde se reunió con su compinche Cayo Manlio y un grupo de soldados desorganizado, aunque formado por 20.000 hombres. Cuando la noticia llegó a Roma, incluso los más incrédulos debieron convencerse: Catalina planeaba un derrocamiento. El Senado declaró a Catilina y a Manlio enemigos del Estado.

El papel de César en esa conspiración nunca llegó a dilucidarse del todo. A juicio de Plutarco, Julio estaba confabulado con Catilina, y Cicerón lo sabía, pero carecía de pruebas. César, según el historiador griego, había empezado a dar sus primeros pasos hacia su objetivo de transformar progresivamente el Estado romano en una monarquía. Sin embargo, Plutarco también aseguró en ocasiones que, a pesar de tener Cicerón en las manos las pruebas contra Julio, no las esgrimió por temor a sus adeptos y a su gran prestigio.

*Non liquet*, solían decir los jueces en el proceso penal romano cuando faltaban pruebas para una condena. El asunto aún no está aclarado. Con la retórica se ahorraban un veredicto. Cicerón, el cónsul, tenía muchas dudas acerca de lo que debía hacerse y, como era propio en él, titubeó. La tendencia a la duda era un aspecto de su carácter que lo diferenciaba por completo de César, quien aborrecía la vacilación, tanto como Catón el Viejo aborrecía a Cartago.

Finalmente, Terencia, la emancipada esposa del cónsul (y quizá no la mejor elección de su vida), convenció a Cicerón para que tomara su decisión. Al realizar con las sagradas vestales el sacrificio cotidiano, había surgido de repente de las cenizas del fuego apagado una llama aguzada que las sacerdotisas interpretaron como indicio de que en Cicerón se había encendido una luz. Para bien de la patria, debía actuar deprisa. Al día siguiente Marco Tulio Cicerón se presentó ante la Asamblea del Pueblo y dio los nombres de los conjurados. César no estaba entre ellos. ¿O se ocultó en uno de esos seis grupos que el cónsul denigró como adeptos de Catilina?

En su segundo discurso contra el conspirador, Cicerón manifestó: «El primer grupo lo integran quienes tienen grandes deudas, y mayores posesiones. Su apariencia

es muy digna, puesto que son latifundistas, pero sus intenciones y el motivo que los mueve son harto ignominiosos.

»Al segundo grupo pertenecen aquellos que, a pesar de su carga de deudas, alientan esperanzas en un imperio de la fuerza y, a toda costa, quieren apoderarse del poder. Se creen capaces de alcanzar, en tiempos de confusión, cargos honoríficos con los que no podrían contar de ninguna manera de haber tranquilidad en el Estado.

»El tercer grupo es el de los ya avanzados en años, pero que aún se mantienen vigorosos gracias al ejercicio físico. Proviene de las poblaciones fundadas por Sila. Como aventureros construyeron para sí grandes obras, se hicieron con las mejores fincas rurales y numerosa servidumbre, gozaron de opíparos festines y, de ese modo, contrajeron ingentes deudas. Esta gente también azuzó a los paupérrimos habitantes del campo a realizar correrías.

»El cuarto, es un montón muy abigarrado de gente: la que vive desde hace mucho tiempo en la opresión y no tiene esperanza alguna de salir a flote; la que por desidia, mala administración o grandes gastos está hundida en deudas; también aquella que, fastidiada por los emplazamientos de la justicia, las sentencias y la subasta forzosa de sus propiedades, ha abandonado la capital en gran número y se ha refugiado en ese campamento.

»Al quinto grupo pertenecen los asesinos de parientes y bandidos, en pocas palabras: todos los delincuentes. Su número es tan grande que la prisión del Estado no puede abarcarlos a todos.

»El último grupo, no sólo por su número sino también por su carácter y modo de vida, son los emparentados en mentalidad con Catilina, sus elegidos, sus favoritos y sus amigos íntimos. En esta guardia, también se encuentran los jugadores de dados, todos los adúlteros y todos los elementos sucios y sinvergüenzas. Si no se marchan, si no se les da muerte, sabed: con ellos siempre quedará en el Estado un vivero de catilinaros, aun cuando Catilina desaparezca...»

Cicerón injurió a los adeptos de Catilina llamándolos canallas y exhortó a los ciudadanos a formar por propia iniciativa grupos de autoprotección destinados a vigilar sus casas de noche y de día. Al cabo de unas cuatro semanas fueron apresados cinco cabecillas, pero Catilina no estaba entre ellos. La noche del 3 de diciembre el cónsul se dirigió al pueblo con patéticas palabras y en su tercer discurso contra Catilina anunció la exitosa derrota del complot.

El cuarto y último discurso lo pronunció dos días más tarde, frente al Senado. Los purpurados tuvieron que oír dos discursos: el cónsul designado, Décimo Silano, pidió la pena de muerte para los conspiradores; Cayo Julio César, en cambio, abogó por la prisión perpetua, pues, tal como argumentó a ejemplo de los filósofos griegos, los dioses inmortales no contemplaban la muerte como un castigo, sino como un descanso de las fatigas y sufrimientos, palabras casi cínicas en boca de un romano que no entendía ni el idioma de los griegos ni sus ideas, y, para muchos, sobrada prueba de que César simpatizaba con los conjurados. Los cónsules, provistos con el

*Senatus consultum ultimum*, la resolución de calamidades públicas, exigieron la pena de muerte para los sublevados y el 5 de diciembre de ese mismo año se llevaron a cabo los ajusticiamientos. Pocas semanas más tarde, Catilina fue descubierto en la Italia superior y cayó en combate.

El asunto Catilina, más que una intentona fracasada, fue un detonante para la destrucción del poderío del Senado que dividió a Roma en dos campos y el anuncio de una nueva época: el fin de la plutocracia, el principio de la verdadera democracia... y, sin embargo, nada más que una ilusión.

Para Cicerón y César el caso Catilina tuvo consecuencias distintas: para Cicerón significó el principio del fin de su carrera política; para César, en cambio, comenzó una incontenible ascensión.

La noche siguiente a la ejecución, Marco Tulio Cicerón les gritó a las personas, a los curiosos y simpatizantes que se encontraban en el Foro discutiendo: «¡Ellos vivieron!» La frase se convirtió en Roma en un dicho proverbial para aludir a las personas que encontraron la muerte de la peor manera.

Y mientras unos aplaudían desde los tejados al paso del cónsul, otros se unían contra Cicerón; entre éstos se contaba César, así como los tribunos Metelo y Bestia. Hasta sus propios amigos se hartaron de su hábito enfermizo de alabarse a sí mismo.

En cada sesión del Senado, frente a toda asamblea popular, en cada proceso, Cicerón traía a colación su famoso logro, el de haber salvado a la patria de la caída que la amenazaba. Plutarco menciona en tono de mofa: «Al final también llenó sus libros y escritos con esos elogios a su propia persona, y su palabra, antes tan bella, que ejercía tanta atracción y rezumaba ingenio, se tornó odiosa y repugnante a sus oyentes porque esta falta de tacto se le pegó como una maldición.»

Dos ejemplos entre muchos: Marco Tulio Cicerón decía en un discurso en defensa de Arquias, un poeta residente en Roma que había sido acusado de haber obtenido la ciudadanía romana por medios subrepticios: «En todos mis actos, desde el primer momento de su ejecución, he tenido la conciencia de dispersar con ellos la semilla de mi fama por todo el mundo y toda la eternidad.» Y, años más tarde, en la defensa de Sestio, acusado debido a actos de violencia: «Con mi dolor y mis cuitas os he salvaguardado a vosotros y a vuestros hijos de asesinatos e incendios, devastación y saqueos y fui el único que salvó dos veces al Estado: una, por mi memorable hazaña, la otra, por mi infortunio.» *Vanitas vanitatum et omnia vanitas* (Vanidad de vanidades y todo es vanidad).

Como ya se dijo, Cayo Julio César no era menos vanidoso que su adversario político, pero la vanidad no le afloraba a los labios de manera tan pretenciosa. Tampoco podía darse ese lujo en calidad de abogado de la gente humilde y César lo sabía. Mortificado en su vanidad, reaccionaba por un lado sin mesura, pero, al mismo tiempo, con extrema habilidad. En el año 62 a. C. los romanos murmuraban que el Pontifex Maximus, en ese tiempo también pretor y uno de los ocho jueces supremos del Imperio, descuidaba demasiado a Pompeya, su segunda esposa. Ésa fue la razón

por la que, al cabo de cinco años de matrimonio, Pompeya empezara un romance con un adolescente de deslumbrante belleza llamado Publio Claudio, conocido en toda la ciudad por su carácter atrevido y licencioso.

Los amoríos de su propia mujer con otro hombre afectaron profundamente a Julio, pero no podía permitirse el lujo de hacer un escándalo. César quiso, en primer lugar, asegurarse e hizo vigilar cuidadosamente los aposentos de su esposa. Encargó a Aurelia, su madre, una matrona celosa de la moral, que no le quitase el ojo a Pompeya. Por supuesto, todo esto no respondió tanto a los celos que pudiera sentir por su esposa cuanto a su propio honor.

Pero el amor despierta la inventiva: Publio Claudio, para quien no había distancia demasiado grande, ni ventana demasiado alta cuando se trataba de llegar al lecho de una bella mujer, se presentó en la fiesta de la *Bonna Dea* ataviado con ropas de mujer, disfrazado de arpista. Esa misteriosa ceremonia de sexualidad femenina no toleraba la presencia de hombre alguno. Una sierva de Aurelia empezó a sospechar cuando oyó la voz de Claudio, en absoluto femenina, y los misterios fueron interrumpidos inmediatamente. Roma vivió un nuevo escándalo.

¿Cómo debía reaccionar César? Para no verse humillado le mandó a su esposa la carta de divorcio. Un tribuno del pueblo acusó a Claudio de profanar la religión. Se celebró un juicio y César fue invitado como testigo.

¿Adulterio? ¿Sacrilegio? César adujo no saber nada al respecto, ni poder imaginar tampoco que Pompeya le fuera infiel.

Los jueces lo miraron desconcertados. ¿Por qué se había divorciado de su mujer, entonces?

¿Por qué? César sonrió. Porque no toleraba en su casa la presencia de ninguna mujer sobre la cual hubiera caído tan sólo la sombra de una sospecha.

Aunque algunos tildaron su reacción de golpe magistral para reconquistar el honor deteriorado, Plutarco, un siglo y medio más tarde, sugirió que César pudo querer hacer con ello un regalo generoso a la plebe, al pueblo que amaba a un hombre joven como Claudio. Sin duda, su actitud le valió todavía más simpatías. Claudio fue declarado inocente por un jurado sobornado.

César, que, a diferencia de Cicerón, había nacido con el instinto de político y estadista, no rompió con Claudio, por un lado porque ello hubiera sido una prueba del adulterio cometido por su ex esposa y, por otro, porque Claudio alimentaba ambiciones políticas. Quería ser tribuno del pueblo y consideraba a Cicerón como enemigo personal, algo que Julio no podía ver sino con buenos ojos. Esta circunstancia le permitía no tener que atacar a Cicerón con sus propios medios. César se contentaba con mover con hilos invisibles al enemigo y detractor de su rival, y Cicerón tenía sobrados detractores. Su tendencia a emitir en cualquier ocasión comentarios formulados brillante y artísticamente mereció cada vez más críticas, sobre todo en las ocasiones en que lo más conveniente era callar. *Cum tacent, clamant*. Quien calla, otorga, había clamado Cicerón en su primera catilinaria, pero el

cónsul no callaba jamás, siempre tenía algo que decir respecto a todo, hasta emitió comentarios sobre el hablar: *De oratore*.

¿Y Cayo Julio César?

Era un virtuoso del silencio, pero cuando abría la boca, proporcionaba informaciones, opiniones y relataba hechos fundados, y la audiencia lo escuchaba. Mientras Cicerón soñaba con la imagen ideal de la época de los Escipiones y su ideología romántico-conservadora, decorada con el velo de la filosofía griega del Estado, César tildaba la reverencia por el conservadurismo de hipocresía. A pesar de su cultura, la filosofía siempre le repugnó y presumiblemente jamás leyó los seis libros de Cicerón, *De Republica*.

Si se hiciera un recuento de los pronombres personales de los que se abusa en los escritos de Cicerón, el «yo» se llevaría la palma. Tal vez fue ése el motivo por el cual Cayo Julio César redactó en tercera persona sus grandes obras sobre la guerra de las Galias, y la guerra civil. «Había despertado en él la esperanza de poder concluirlo todo sin lucha, ni un solo herido...»

Sin embargo, César no era menos culto que Cicerón. Al igual que éste había sido adiestrado por maestros griegos en la oratoria aticista, un lenguaje más sencillo (no simple) desprovisto de la ampulosidad, el ritmo audaz y el estilo cortante del asianismo. En su juventud había escrito dos epopeyas: una sobre Heracles y otra sobre un viaje a Munda. Ambas se perdieron, así como también sus discursos; los de Cicerón, en cambio, se conservaron.

Separaban a Cicerón y a César el partido por el cual peleaban y el carácter. Uno era un esteta, un conservador vacilante y medroso, un teórico, no un constructor. El otro, el polo opuesto: pragmático y realista, revolucionario agresivo e intrépido, anticipado en pensamiento y acción. A ambos los perseguía la soberbia y la conciencia de haber sido llamados para una misión; pero César era más hábil a la hora de camuflar su sentimiento de superioridad y su falta de consideración... En todo caso, mientras necesitara de la plebe como masa electoral para su carrera oficial.

No fue hasta haber alcanzado el consulado cuando se burló despiadadamente de los demás y no lo amilanó denigrar en un escrito difamatorio al difunto Catón, figura simbólica de la vieja República. Más tarde, en el pináculo de su poder, Julio se rodeó de advenedizos y no romanos, políticos aficionados y diletantes cuyo consejo ni buscaba ni tampoco necesitaba... Una regla de la política seguía todavía vigente: cuanto más fuerte es el estadista, más mediocres son los hombres que lo rodean; un conductor político débil se rodea con frecuencia de consejeros que lo superan.

Julio tenía ya treinta y ocho años. Ciertamente, había logrado avanzar un buen tramo en la jerarquía de la función pública, pero todavía no se podía hablar de una carrera, de laureles sobre los cuales descansar.

## Capítulo tres

La pedregosa senda de la cuesta ascendente estaba sembrada de obstáculos y César sufrió por las resistencias que tuvo que vencer en su carrera. Todos los cargos le costaban más de lo que le reeditaban. Concluida su pretoría en el año 61, César debía ser designado propretor en la «lejana» España. Eso fue precisamente lo que convocó a sus numerosos acreedores a elaborar un plan. Le prohibieron abandonar la ciudad convencidos de que bajo la presión de sus deudas, Julio jamás regresaría a su suelo natal. Craso, llamado *el rico*, quien había encontrado favor en Julio, aportó entonces una fianza de más de 850 talentos y César pudo partir.

En su ardua travesía de los Alpes, la columna llegó a una aldea anónima donde la pobreza asomaba por todas las ventanas. Uno de los acompañantes del propretor designado formuló entonces una pregunta en tono de chanza: «¿Aquí también se disputarán los puestos, se aventajarán unos a otros y los poderosos se envidiarán entre sí?»

César respondió ceñudo: «Preferiría ser el primero aquí que el segundo en Roma.»

Envuelto en su carrera pública y en sus inmensas deudas, Julio sufrió por la falta de fortuna y buscó esforzadamente su reafirmación. Se dice que lloró al leer la biografía de Alejandro Magno y, a los amigos que inquirieron la razón de sus lágrimas, les respondió: «¿Acaso no tengo motivo para llorar cuando, a mi edad, Alejandro había extendido su dominio sobre tantos pueblos, mientras yo no he realizado aún proeza alguna?» Alejandro murió a los treinta y tres años.

En España, César se entregó a una actividad frenética. Reclutó hombres hasta elevar a 30 el número de las 20 cohortes ya existentes; con su ejército pertrechado de nuevo marchó contra los galaicos al noroeste y los lusitanos al sudoeste de la península, y, a los pocos días, ya se encontró en la costa atlántica. El sometimiento de otras tribus y los tributos cada vez más provechosos significaron a la postre tanta ganancia para el propretor de Hispania Ulterior que pudo pensar en saldar sus deudas e incluso en apartar una suma para su peculio. Una vez que hubo devuelto el dinero a sus propios acreedores, Julio reformó la deuda en la provincia: cada deudor debía dejar por año dos tercios de sus ingresos a los acreedores hasta que la deuda estuviera cancelada y el tercio restante no podía ser reclamado ni tocado. Acciones de esta naturaleza, entre las cuales también se contaba la reconciliación de ciudades hostiles, le permitieron a César ganarse muchas simpatías, de modo que, al llegar el mes de junio del año 60, pudo emprender el regreso a Roma satisfecho y de buen humor.

Julio se había ganado el respeto de la gente que tenía voz y voto en la capital y despertaba en ellos un interés teñido de curiosidad. Pero a partir de ese momento, liberado del odio del deudor que es obligado a entonar el canto de sus acreedores,

César se convirtió de pronto en una personalidad política que se imponía tomar en serio.

Naturalmente, enseguida se levantaron los opositores conscientes del peligro que emanaba de Julio. Peligro, porque su meta era idéntica a la de ellos.

Allí estaba Pompeyo, sagaz y taimado, acuciado por un gran afán de notoriedad, general excelente, amado por sus soldados, casi adorado, y, por lo tanto, extremadamente peligroso. Ni la propia Roma parecía segura ante él.

Y también estaba Craso, venal, corrupto y astuto. César era más inteligente, sensato y genial que esos dos personajes juntos y, por añadidura, tenía dotes de buen político, orador y artista; sin embargo, todavía le hacían sombra, seguramente por el dinero.

Que estos tres hombres se aliaran en un triunvirato fue bastante asombroso, y lo cierto es que se debió a la destreza política de César. Catón el Joven, biznieto del legendario Catón el Censor, comentó en relación con la extraña confabulación, que la vieja República no fue arruinada por la disensión de los tres, sino por su unión.

Este Catón, que acababa de cumplir los treinta y cinco años, era un republicano convencido y representante de la aristocracia del Senado. Como tribuno del pueblo había solicitado la ejecución de los catilinarios culpables. La agudeza de su lengua, que predicaba moral política ininterrumpidamente, era temida: parecía sólo una cuestión de tiempo que estallara el conflicto con los tres.

Catón no estaba solo. Marco Tulio Cicerón también se opuso con violencia al triunvirato. Sin embargo, apreciaba a Pompeyo, y Craso no le impresionaba en absoluto. Si en verdad emanaba de él algún peligro, era debido a su dinero. César, en cambio, se le antojaba la personificación de la obsesión por el poder.

En su carrera, a César aún le faltaba alcanzar la más alta magistratura del Estado: el consulado. Cuestor, edil, pretor... En breve tiempo había recorrido la escala de cargos oficiales existente. En el desempeño de cada función había acrecentado el número de sus adeptos y no había duda de que sería elegido cónsul por el pueblo romano.

La solicitud para aspirar al cargo supremo, que se otorgaba por un año, debía ser entregada al Senado por el postulante en persona antes de principios de julio del año anterior. Así estaba prescrito. En junio de 60, César regresó a Roma después de haber cumplido durante un año escaso el servicio de propretor en Hispania Ulterior. Parecía tener prisa. Por un lado, le urgía entregar su solicitud para el cargo de cónsul y, por otro, no podía pensar en otra cosa que en su entrada triunfal. Sin embargo, la ley prohibía que los generales romanos que regresaban de tierras extranjeras y aspiraban a un triunfo pusieran pie en la ciudad con anticipación.

Julio nada deseaba tanto como un triunfo. ¿Había mayor dicha en la vida de un romano que entrar en la capital, de pie sobre un carro de combate, anunciado por fanfarrias y batir de timbales, envuelto en el perfume del fuego del sacrificio y rodeado por el júbilo de las masas, portador de esclavos y botines, y admirar el propio

genio de haber vencido al menos a 5.000 enemigos y haber conducido un *bellum iustum* (una guerra justa)? Exigió cuatro caballos blancos que habrían de llevarlo desde el Campo de Marte hacia el Foro Romano por la Via Sacra, hasta el templo de Júpiter Optimus Maximus, en lo alto del Capitolio. Vestiría la toga púrpura, levantaría el cetro con el águila y un esclavo sostendría sobre su cabeza la corona de laurel, murmurando una y otra vez las palabras: *Respice post te, hominem te esse memento* (Mira hacia atrás y recuerda que eres un hombre).

¿El triunfo o el consulado?

César acampó frente a la ciudad y ordenó a algunos miembros de su comitiva que se adelantaran para averiguar ante el Senado si podían entregar ellos la solicitud. Impresionados por los logros del propretor en España, la mayoría de los miembros del Senado se mostraron favorables a su proposición. Pero entonces Catón dio comienzo a un discurso que parecía no tener fin, insistió una y otra vez en las letras de la ley y habló y habló. Ya se aproximaba el crepúsculo y Catón todavía seguía con su perorata.

Hasta el último de los ilustres purpurados se percató entonces de su carrera contra el tiempo, un juego casi invencible en refinamiento: de acuerdo con la ley vigente, el Senado ya no podría tomar resolución alguna una vez que el sol se hubiera ocultado tras el Foro. Pero al *imperator* apostado frente a las puertas de la ciudad se le acabó la paciencia y cuando supo de la pérfida jugada de ajedrez de su opositor, decidió renunciar al triunfo y anunciar en persona su candidatura al consulado.

Aun sin el triunfo, las oportunidades de César para aspirar al consulado no eran malas. Había vuelto a casa cargado de dinero y honra. A Catón le sabía mal que Julio incrementara su fortuna por la cesión de una provincia que le correspondía al cabo de un año de ejercer el consulado.

Los adversarios de César en el Senado consiguieron otorgarle como provincia al cónsul del año 59 los «bosques y pasturas de Italia», que no prometían el más mínimo ingreso y equivalían en realidad a una ofensa. Con eso alimentaron la esperanza de hacer desistir a César de su candidatura. Sin embargo, Catón y sus secuaces subestimaron la vasta visión de Julio y su avidez de poder. A pesar de todo, se postuló y la asamblea del pueblo eligió a Cayo Julio César por un año para el desempeño de la suprema magistratura de la República romana. Marco Calpurnio Bíbulo, yerno de Catón, fue propuesto como segundo cónsul por los optimates, el partido conservador del gobierno. Bíbulo y César ya habían trabajado juntos como ediles y pretores y los senadores esperaban que también ocuparían satisfactoriamente el cargo supremo del Estado.

Pero Julio era demasiado fuerte para su compañero y muy pronto una total resignación del otro siguió a las primeras tensiones. En Roma empezaron a decir en tono de broma que esto o aquello no había sucedido durante el consulado de César y Bíbulo, como rezaba la fórmula oficial, sino durante el consulado de Julio y César. Su estrella ascendió a partir de ese momento rauda como un cometa, brillante e



imperturbable en su trayectoria.

*De iure*, César investía la magistratura más poderosa del Estado, pero *de facto* tuvo que compartirla con Pompeyo y Craso. Convinieron que en el Estado no debía ocurrir nada que reprobara uno de los tres. A partir de entonces empezó a hacer historia el tan a menudo llamado primer triunvirato, aunque en realidad no era más que una unión privada sin trascendencia alguna en el derecho público.

«El propio Pompeyo ha precipitado su caída —se quejaba Cicerón en una carta de julio del año 50 dirigida a su acaudalado amigo Ático, instalado en Epiro—. Dado mi amor por él esto me lastima amargamente. Me temo que nadie está de su parte, debió unirse a César y Craso. Estoy preocupado por su posición. Como amigo, me siento ligado a él, y por eso no combato su causa, pero tampoco la apruebo para no desmentir la política que he mantenido hasta ahora. Mi camino sigue siendo el mismo. En el teatro y entre los artistas se ha visto muy claramente cuál es la inclinación del pueblo. En los combates de gladiadores no necesitaba sino aparecer con su proclama: ¡Siempre el mismo concierto de silbidos! En los Juegos Apolinarios el actor Difilo le puso el ojo encima y no lo perdió de vista. El verso: “A nosotros nos va miserablemente, mientras que tú eres el grande” hubo de repetirlo miles de veces. Bajo el mismo clamor le lanzaba a Pompeyo las palabras: “Llegará la hora en que deplorarás amargamente tu heroicidad” y otras cosas por el estilo. Parecían versos compuestos a propósito de nuestra época por un adversario de Pompeyo. El pasaje “Cuando no haya ley ni obligue costumbre alguna...” provocó estruendosa aclamación. Los aplausos se acallaron inmediatamente cuando apareció César, pero tan pronto se presentó el joven Curión se reanudaron los gritos delirantes como en los tiempos en que nuestra República estaba aún sana y se tributaban por regla a Pompeyo. A César le causó un gran desagrado...»

Curión, un joven de veinticinco años, hijo de Cayo Escribonio Curión, orador y adversario de César, era amigo de Marco Antonio y representante de la misma línea política de su padre.

Presumiblemente, lo habrían reclutado para llevar a cabo un atentado contra Pompeyo; sin embargo, éste no llegó a perpetrarse y, más tarde, César supo atraerlo a su lado.

Desde siempre en la antigua Roma, las resoluciones aisladas de un individuo o de una camarilla estuvieron ligadas a peligros. El pueblo quería tener la sensación de que se le tenía en cuenta y, cuando se quería que los romanos apoyaran decisiones políticas que no entendían, era menester comprar la anuencia de la mayoría silenciosa. Nadie lo sabía mejor que César. Entre sus primeros actos oficiales como cónsul se contaba un proyecto de ley en favor de los más pobres entre los pobres, o sea, de las masas de Roma: unos 20.000 ciudadanos romanos con familias integradas por tres o más hijos debían obtener del Estado, en los campos esteláticos y en la Campania, tierras cuya explotación les prometía un ingreso asegurado.

Los plebeyos vitorearon y homenajearon a Julio como a su salvador; los

optimates bramaron en el Senado, acusándolo de querer comprar la adhesión del pueblo a costas del Estado. Hubo un primer choque en la Curia, donde el Senado celebraba sus sesiones y, en su transcurso, el cónsul reprochó a los optimates el intento de introducir una cuña entre él y el pueblo. Adujo que la soberbia y el rigor del Senado lo obligaban a buscar respaldo fuera de la Curia. Apenas proferidas esas palabras, abandonó el Foro precipitadamente acompañado de Craso y Pompeyo. César se colocó entre ambos y acalló la algarabía del pueblo con un movimiento de la mano: el cónsul preguntó con astucia si su proyecto de ley tenía la aprobación del pueblo. Sí, sí, mil veces sí, resonó por todas partes. «Entonces —continuó César— necesitaría su ayuda.» Sus oponentes amenazaron con combatir sus propuestas con la fuerza de las armas. Se elevó al punto un clamor furioso, el aire se llenó de puños apretados que se agitaban con violencia en dirección a la Curia. Pero Craso prometió públicamente su apoyo y Pompeyo gritó a voz en cuello que, si los otros venían con espadas, él llevaría además escudo. Bajo esta fuerte presión pública la ley fue votada por mayoría.

El cónsul Bíbulo había intentado en vano impedir dicha ley y, de este modo, se atrajo el odio del pueblo. Más de una vez se salvó por los pelos de ser víctima de un atentado. Por miedo a los asesinos pagados, Bíbulo se encerró en su casa hasta que finalizó su mandato. A partir de ese momento César gobernó solo.

Un día, Julio resolvió convertirse en suegro de Pompeyo entregándole en matrimonio a su hija Julia. Aunque la joven ya estaba comprometida con un tal Servilio Cepio, eso no era para César un error difícil de subsanar: simplemente mandó eliminar al novio. Por su parte, César desposó a la hermosa Calpurnia, hija de Lucio Pisón, a quien designó como su sucesor en el consulado. Catón fue el único que tuvo coraje para alzar su voz en contra de César. Se quejó ante el Senado de que era inadmisibles que se hiciera política mediante alianzas matrimoniales y que con las mujeres se procuraran cargos y provincias.

De hecho, los tres poderosos hacían sus tejes y manejes a su mejor entender. Pompeyo, acompañado de una horda de soldados bien pertrechados, se presentó ante la Curia y «convenció» al Senado de que, una vez terminado su mandato, se traspasaran a César las dos provincias galas de un lado y otro de los Alpes y el Illyricum completo. A cambio, debería tener a sus órdenes cuatro legiones durante un quinquenio. Solamente uno de los ilustres senadores levantó la mano para objetar: era Catón. César lo hizo sacar a rastras de la Curia por un lictor.

Plutarco observa que César sólo había querido intimidar a Catón: estaba convencido de que éste reclamaría enseguida la ayuda de los tribunos. Pero no lo hizo, dejó que el lictor lo condujera a la vecina prisión estatal mientras el pueblo lo seguía en silencio, lleno de respeto por su valiente postura. De modo que César se apresuró a mandar un tribuno y puso en libertad a Catón.

Cada vez fue mayor el número de senadores que no acudían a las sesiones, y finalmente dejaron de producirse las discusiones y violentas batallas verbales que,

hasta hacía pocos años, habían estado en el orden del día.

En esta situación, fue elegido tribuno Publio Claudio Pulcro, aquel adolescente que llevaba sobre la conciencia el matrimonio de César. Eso equivalía a un escándalo político, pues su ascendencia noble no le permitía ocupar tal cargo. No obstante, con la anuencia de los tres poderosos, cambió su gentilicio original, Claudio, por la forma plebeya Clodio. En Roma, nadie recordaba que ningún hombre de la nobleza hubiera aceptado jamás voluntariamente tal humillación.

Pero el paso era de mutua conveniencia: César, Pompeyo y Craso dispusieron, con Clodio, de un instrumento de poder sin escrúpulos, y el ex Claudio, por su parte, jamás habría alcanzado como noble la influencia que conquistó como tribuno. Al principio, Clodio pensó en convertirse en un hombre del pueblo e incluso prometió la distribución gratuita de raciones de cereales, pero pronto hubo de reconocer que este procedimiento excedía su situación financiera y la del Estado. En consecuencia, el neoplebeyo se puso a buscar nuevas fuentes de ingresos y dio con la isla de Chipre, gobernada por un rey de la dinastía egipcia de los Tolomeos, hermanastro de Tolomeo Auletes de Alejandría. Chipre había dejado de pertenecer a Egipto hacía ya mucho tiempo.

La conquista de una provincia siempre despertaba el entusiasmo de los romanos, al igual que el anuncio de grandes juegos, pero aquélla significaba además una nueva fuente de ingresos, nuevos tributos, mercadería exótica, esclavos baratos y nuevas posibilidades de trabajo. La anexión de la rica isla se encomendó a Catón, el viejo opositor de César: fue una jugada de ajedrez harto prudente. Si Catón fracasaba, quedaría arruinado políticamente, pero, en caso de salir victorioso, estaría ausente de Roma durante bastante tiempo, y César podría hacer y deshacer allí sin impedimentos. Y para que la cosa se prolongara por más tiempo también se encomendó a Catón el traslado de proscriptos a Bizancio.

Catón no pudo negarse, si bien con seguridad vio al trasluz el motivo de su elección. En todo caso, Clodio argumentó que se esperaban obtener en Chipre tan importantes riquezas que solamente el más honrado de todos los romanos podía llevar a cabo la misión sin reparos de ninguna clase. Catón ocupó, por tanto, la isla, acusó al Tolomeo reinante de colaborar con los temidos piratas, declaró destituido al monarca y proclamó el reino insular provincia romana. Con mucha hombría, Tolomeo rechazó el ofrecimiento romano de investir el cargo de sumo sacerdote en el templo de Afrodita en Pafo y, en lugar de eso, se suicidó.

Concluido su consulado, César se puso rumbo a Aquilea para asumir sus funciones de gobernador en las dos provincias galas. Había estacionadas allí catorce legiones, de las cuales tres le habían sido prometidas para la Galia Cisalpina y las otras para la Galia Transalpina. Los soldados le profesaron a Julio un afecto casi infantil, por ser tan distinto a todos los generales que Roma había producido hasta entonces. Se podía encontrar a César avanzando con sus soldados, vestido y armado como un legionario común, pero también cabalgaba con ellos, con las manos

cruzadas a la espalda y la mirada al frente, mientras dictaba cartas a dos escribientes que a duras penas lograban seguirlo. Consideraba que dormir era una pérdida de tiempo, de modo que se entregaba a los brazos de Morfeo con mucha resistencia, la mayoría de las veces sin hacer un alto, en carros o literas y, cuando pasaba la noche en el campo, no era él quien reclamaba para sí el lugar más cómodo y seguro, sino que se lo reservaba al más débil. ¿Amaba Julio a sus soldados?

De ninguna manera, los necesitaba.

La conducta de César generó en ellos simpatía y disposición para el sacrificio. Sólo así se entienden los enormes esfuerzos que exigió la guerra de las Galias, una expedición conquistadora de siete años de duración durante la cual —si debemos dar crédito a Plutarco— César tomó 800 ciudades, sojuzgó a 300 «pueblos» y se enfrentó a tres millones de enemigos, un millón de los cuales perdieron la vida y otro millón fueron tomados prisioneros.

Aun cuando la aventura de César en las Galias no se hubiera prolongado siete años, al menos lo debió de mantener ocupado por dos o tres años, tiempo suficiente para dar lugar a un vuelco político en la propia tierra. Sin embargo, los dos hombres a quienes hubiera considerado capaces de provocarlo estaban unidos a él por un pacto. No quedaba pues otro que Cicerón, cuya elocuencia, a pesar de las críticas de sus propios adeptos, todavía evidenciaba tener efecto. Al principio, César le tendió al retor puentes dorados, le ofreció el puesto de legado en la proyectada expedición guerrera, pero Cicerón le expresó su agradecimiento y rehusó, apelando a vanas excusas como la obligación de atender a un hermano que regresaba de Asia. Sin embargo, su amigo Ático le escribió que su consigna era la lucha.

Pasado un año, Cicerón habría de lamentar amargamente su rechazo, pues César le encargó a Clodio, el tribuno radical, que lo acechara hasta que lograra hacerlo salir de Roma. Clodio inició su cometido recurriendo al terror, y el orador ya no pudo transitar por la ciudad sin ser perseguido por hordas que lo escarnecían y le arrojaban piedras y excrementos. Finalmente, Clodio, amado en extremo por los plebeyos por ser responsable de la entrega de raciones gratuitas de cereales, consiguió acusar al ex cónsul de haber mandado ajusticiar a los partidarios de Catilina sin un juicio condenatorio.

Cicerón replicó que el caso databa de hacía cinco años y que en ese lapso nadie había expresado reparos. El gran retor, que realmente había querido el bienestar de la República y que, a diferencia de César, siempre había actuado sin pensar en provecho propio, dejó de comprender el mundo en el que vivía: se vistió con ropas de duelo, se dejó crecer la barba y el cabello como los bárbaros en señal de protesta, y, en discursos callejeros, trató de llegar al pueblo en demanda de auxilio. Pero no tuvo éxito: las hordas de Clodio boicotearon sus presentaciones.

Sin embargo, todavía encontró algo de solidaridad, sobre todo en la Orden Ecuestre, y 20.000 jóvenes acompañaron al orador en una demostración de protesta, pero la masa del pueblo se mantuvo reservada y no dejó traslucir compasión alguna.

A pesar de haber hecho mucho por Pompeyo, Cicerón no podía esperar de él ningún apoyo, puesto que acababa de convertirse en yerno de César. Al parecer, cuando fue a verlo a su finca rural en las montañas de Alba, Pompeyo, incapaz de presentarse ante el humillado retor, se había escapado por una puerta posterior.

Tampoco cabía esperar ayuda alguna de parte de los cónsules. Gabinio nunca había podido tolerar a Cicerón y Pisón se enroscó como una víbora y dio a entender si no sería lo mejor apartarse del camino del radical Clodio, acomodarse a los cambios de la situación y, tal como ya había hecho una vez, convertirse en el salvador de la patria. Con excepción de Lúculo, todos sus amigos le aconsejaron que siguiera ese camino. Cicerón ofrendó una estatua a Minerva, la guardiana de Roma, y hacia la medianoche, con un reducido séquito, abandonó la ciudad rumbo a Sicilia.

Clodio se enfureció cuando supo que el esteta se le había anticipado y, recurriendo a toda la influencia de que disponía, fomentó su proscripción. Como consecuencia, el exiliado no pudo instalarse en un radio de 750 kilómetros alrededor de Roma. Cayo Virgilio, propretor de Sicilia, envió al encuentro del orador un emisario para instarlo a mantenerse alejado de la isla. Después de una estancia de trece días en Brundisium, Cicerón, profundamente amargado, decidió continuar su huida a través de Macedonia hasta Cícico, una ciudad portuaria libre a orillas del mar de Mármara.

El 30 de abril del año 58 escribió la última carta en suelo patrio, con lágrimas en los ojos, como él mismo confiesa. La dedicó a su mujer e hijos y muestra a un hombre quebrantado que ha terminado con la vida e intenta justificarse casi con obstinación: «No tengo nada que reprocharme. Fui derrocado por haber cumplido con mi deber. Mi único error fue no haber perdido al mismo tiempo el honor y la vida. Si para mis hijos lo más importante es que siga viviendo, soportaré todo lo demás, aunque es intolerable. Ahí tienes: quería darte un sostén y no lo tengo para mí mismo siquiera. Envío de vuelta a mi leal liberto Clodio Filetero, pues ha contraído una enfermedad ocular. Salustio aventaja a todos en servicialidad. Pescenio muestra su mejor lado y abrigo la esperanza de que también se comportará contigo de la misma manera. En realidad, Sicca quería acompañarme, pero se ha marchado. Cuida de tu salud lo mejor que puedas y ten la certeza de que tu situación me aflige más que la mía propia. ¡Adiós, Terencia mía, mi buena y fiel esposa! ¡Y tú también, mi querida Tulia, tú también, mi Cicerón, la última esperanza que me queda, adiós!»

Lejos del país, su adversario político, Cayo Julio César, partió hacia la provincia para dar comienzo a la gran aventura de su vida. Tenía plena conciencia del riesgo al cual se exponía. La tribu céltica de los helvecios se había armado para emprender la invasión de la Galia occidental y esto amenazaba con generar un posible foco de intranquilidad. Con una única legión y un puñado de mercenarios reclutados precipitadamente, César partió en dirección al lago de Ginebra y dejó el grueso de sus tropas, tres legiones, en Aquilea, situada a unos cinco días de marcha de Roma.

La Galia abarcaba entonces la mayor parte de la Europa occidental, poblada por

ligures e íberos en el sur y, en el resto del territorio, por celtas, una mezcla de innumerables agrupaciones étnicas, de las que los germanos eran los más salvajes. En el año 113 a. C. habían sido ellos, los cimbrós y los teutones, quienes por primera vez invadieron la región itálica, y, un decenio más tarde, fueron derrotados por Mario en Aquae, Sextiae y Vercellae. La conquista de la estrecha región que se extendía desde Narbona, a orillas del Mediterráneo, hasta el lago de Ginebra le significó a Domicio Ahenobarbo buena fama, pero, sobre todo, mejor dinero, y, desde 118, la Galia Narbonense, así llamada por el puerto de Narbo, o la Galia Transalpina, pasó a ser provincia romana. Pero la Galia situada al norte de esta provincia era mucho más extensa que aquella pequeña comarca meridional.

*De iure*, la guerra de las Galias iniciada con la marcha junto al lago Ginebra fue un *bellum injustum*, una guerra injusta y no autorizada, porque ningún decreto del Senado o del pueblo le dio a Julio el poder de marchar contra las Galias.

Por ese motivo, a César le resultó muy oportuna la migración de los helvecios, que, en el año 61, tras dos años de preparativos, se pusieron en camino guiados por su príncipe tribal Orgetórix.

Fue una bienvenida ocasión para ordenar que aquellas tres legiones que había dejado en Aquilea acudieran a la Galia Transalpina y reclutar otras dos más. De este modo, el romano que desde un principio había tenido en vista conquistar las Galias dispuso de 36.000 infantes y 1.800 soldados de caballería.

César prohibió a los helvecios, unos 368.000 hombres, que cruzaran el Ródano, pues eso significaría un gran peligro para la provincia, y mandó arrancar el puente tendido sobre el río. Cuando el pueblo trashumante pretendió cruzar el Saona, afluente del Ródano, en balsas y canoas atadas unas a otras, César atacó a los helvecios en plena noche protegido por la niebla y los dispersó. Seguidamente, éstos mandaron emisarios para solicitarle que les asignara un nuevo hábitat, no sin anunciar que, de lo contrario, lucharían por conseguirlo y vencerían. César se sintió provocado por las amenazas y sitió a los helvecios en Bibracte, donde se defendieron encarnizadamente. Julio tuvo que admitir con respeto que no vio huir a uno solo de ellos. Sólo sobrevivió un tercio del pueblo. Con esta victoria, César quiso instituir un ejemplo. *Oderint, dum metuant* (Que lo odieran, en tanto lo temieran).

En su marcha hacia el norte le resultó muy conveniente que los galos, en lugar de constituir un pueblo unitario bajo una dirección central, fueran un conglomerado de tribus diversas, asentadas en regiones determinadas, más o menos accidentalmente, sin límites fijos y, en su mayoría, con pretensiones sobre el territorio de sus vecinos. Políticamente, si se puede utilizar la palabra en este contexto, había dos partidos. En todo caso, la mitad se inclinaba por los eduos y la otra, por los arverneses. Los eduos, ricos y poderosos, vivían entre Arar y Dubis. No menos poderosos se mostraban los arverneses en la región montañosa central, la actual Auvernia.

En la lucha por el predominio entre los galos, los arverneses reclutaron hacia el año 70 a. C. a 15.000 mercenarios germanos a la derecha del Rin. Les gustó tanto a

los germanos la vida civilizada de la Galia, a la otra orilla del río, que cada vez fueron más los que afluyeron hacia ese lugar y, al cabo de una década, ascendían a 120.000 almas. En rigor de verdad eran suebos, tribus germánicas nómadas que ora se afincaban en Bohemia, ora en las márgenes del Meno.

«Toda su vida —dice César en su parte de guerra— consiste en cazar y guerrear. Desde pequeños se los acostumbra a las fatigas y a los rigores. Quien logra mantener por más tiempo su castidad, cosecha entre ellos la más elevada fama. Esta conducta favorece el crecimiento, aumenta las fuerzas y robustece sus músculos. Consideran la mayor de las ignominias haber tenido relaciones con una mujer antes de cumplidos los veinte años. Sin embargo, a este respecto no hay secretos, pues acostumbran bañarse todos juntos en los ríos y no se cubren más que con pieles o pequeñas mantillas de piel que dejan al descubierto una gran parte del cuerpo.

»No cultivan el suelo con entusiasmo y la mayor parte de su alimentación consiste en leche, queso y carne. Nadie posee un terreno delimitado o campos propios; los funcionarios y príncipes reparten las tierras por un año entre las familias, clanes y otras asociaciones en el lugar que consideran conveniente y, al cabo de un año, los obligan a emigrar a otra parte. Para tal proceder esgrimen muchos motivos, entre otros, impedir que, inducidos por el acostumbramiento prolongado, truequen el oficio de la guerra por la agricultura; no deben aspirar a apropiarse de grandes predios, ni los más poderosos expulsar de su propiedad a los más débiles. Además, los disuaden de esmerarse en la construcción de su vivienda para protegerse del frío y del calor. Tampoco habrán de alimentar excesiva codicia por el dinero de los partidos y facciones. Confían mantener al pueblo unido en la igualdad si éste ve que su patrimonio no difiere del de los más poderosos.

»El mayor honor para las tribus consiste en haber assolado las más vastas comarcas a su alrededor, y haberlas convertido en páramos. Para ellos es una muestra de valentía expulsar de su tierra al vecino, dejar los campos yermos y que nadie se atreva a asentarse en la vecindad. Al mismo tiempo, creen aumentar su seguridad si eliminan el miedo a los ataques por sorpresa. Cuando una tribu conduce una guerra defensiva u ofensiva, elige a un caudillo al que se confía la conducción de dicha guerra y se le confiere poder sobre la vida y la muerte. En épocas de paz, no hay autoridades estatales comunes. Los caciques de los distritos y comarcas administran justicia entre su gente y arreglan las querellas. Los saqueos fuera de los límites de cada tribu no son causa de ignominia. Por el contrario, se jactan de practicarlos para ejercitar a la juventud y combatir el ocio. Cuando uno de los notables declara en la reunión solemne estar dispuesto a asumir la conducción, y convoca a aquellos que quieran seguirlo, se levantan quienes están de acuerdo con la empresa y el hombre, le expresan su adhesión y merecen la aprobación de la muchedumbre.»

El temido jefe de los germanos tenía por nombre Ariovisto y César lo llamó «rey de los germanos». Lo temía. Hablaba celta y latín, era extraordinariamente culto y un estratega nato. Estaba casado con una sueba y con la hermana del rey celta Voccio de

Nórico. Para neutralizarlo como adversario, César le propuso un pacto de amistad por el cual se otorgó a Ariovisto el título honorífico *rex et amicus populi Romani* (rey y amigo del pueblo romano).

Para un germano los títulos no eran más que humo. Probablemente, Ariovisto se burló de ese extraño procedimiento. En cualquier caso, rechazó la oferta de Julio. Cuando César, sabiendo que las tribus galas se sentían amenazadas por Ariovisto, le pidió que intercediera, éste le mandó decir que si deseaba algo de él, debía molestarse en ir a su encuentro, pues si en algún momento él deseaba algo de César, procedería de igual modo. Por otra parte, Ariovisto se preguntaba asombrado qué tenían que hacer los romanos en «sus Galias» sojuzgadas en guerra.

César le presentó al germano un ultimátum: ¡basta de política colonizadora a la izquierda del Rin, devolución de los rehenes eduos, suspensión de las violaciones de las fronteras! De lo contrario, ¡habría de contar con una intervención romana!

Las palabras de César no intimidaron a Ariovisto. Respondió que, de acuerdo con el derecho de la guerra, los vencedores podrían decidir, respecto a los vencidos, lo que se les antojara. Los romanos tampoco disponían de los vencidos según las leyes de otros, sino según su propio criterio. Si él, Ariovisto, no le decía al pueblo romano cómo representar un derecho, tampoco podía el pueblo romano cuestionar el suyo. Él había vencido a los eduos convirtiéndolos en sus tributarios y, si ese pueblo pagaba su tributo, ya no habría más luchas. Deseaba conservar a los rehenes y, por otro lado, no le agradaban en absoluto las amenazas. Hasta ese momento todo aquel que había combatido contra él, había sucumbido. Que César fuese a su encuentro; se daría cuenta entonces de lo que eran capaces los invencibles germanos, perfectamente adiestrados y, desde hacía catorce años, sin un techo sobre sus cabezas.

Eso fue ir demasiado lejos. Julio avanzó hasta la llanura de la alta Renania y entonces Ariovisto estuvo dispuesto a negociar; mandó decirle al romano que, ya que estaban frente a frente, podían reunirse para hablar. La mutua desconfianza exigió disposiciones de seguridad. Con legiones escalonadas en la retaguardia de ambos lados, César y Ariovisto negociaron montados a caballo y escoltados cada uno por diez hombres. No pasaron del intercambio de los argumentos conocidos; la tensa atmósfera parecía estar a punto de estallar y una repentina intranquilidad en las tropas germánicas decidió a César a suspender el diálogo.

El 14 de septiembre de 58 los romanos infligieron a los germanos una aplastante derrota en Mulhouse. Ariovisto escapó atravesando el Rin, sus dos esposas perdieron la vida durante la huida, una de sus hijas murió en manos de mercenarios romanos y las otras fueron tomadas prisioneras. César condujo sus tropas al cuartel de invierno, pero él volvió a la Italia superior para administrar justicia: era de su competencia en calidad de gobernador de provincia.

Desde el punto de vista militar, ese primer encuentro entre César y Ariovisto no fue sino una escaramuza apenas digna de mención, pero desde el punto de vista político la batalla tuvo mayor significación: César había realizado el primer intento



de frustrar por siglos una expansión germánica de poder. La victoria de Ariovisto sobre los romanos habría cambiado el curso de la historia en Europa central. Con su triunfo sobre los temidos germanos, Julio dio que hablar como general invencible y Pompeyo, cotriunviro de César, debió de temer por primera vez las cualidades estratégicas de su aliado.

Botines de guerra como los conseguidos por Pompeyo en sus expediciones al Asia llegaron en ese momento procedentes de las Galias, y César los hizo distribuir generosamente. Pompeyo propuso celebrar una fiesta de agradecimiento para Julio, pero, al mismo tiempo, diligenció la amnistía de Cicerón, sin lugar a dudas ni por compasión ni tampoco para reparar la injusticia cometida con el orador.

En Roma, la opinión pública, como solía suceder en aquellos días, cambió rápida y radicalmente, y la estrella de Clodio, coincidiendo con la merma en las donaciones de grano, empezó a perder brillo. Las malas cosechas habían impedido nuevas adquisiciones, el precio del pan aumentó excesivamente y Clodio era ya hombre muerto. Sin duda la mano de Pompeyo estaba detrás de ese incremento de los precios, adujo Clodio en su defensa, pero nadie le creyó; se le imputó un procedimiento demasiado duro e injustificado a raíz de sus acciones contra Cicerón, por quien los romanos sintieron repentina conmiseración.

Terencia dio a conocer las cartas que el elocuente proscrito había escrito con lágrimas en los ojos desde Macedonia a un público que nada amaba tanto como a la gente plañidera. Tanto se quejó Cicerón de su destino y el de su familia (cuyas fincas rurales fueron incendiadas y su mansión urbana, demolida) y tantas veces reiteró en sus cartas que las lágrimas le impedían seguir escribiendo, que el Senado resolvió por mayoría no volver a reunirse hasta contar de nuevo en su seno con la presencia de Cicerón. Las ciudades que habían brindado refugio al romano en su ostracismo ya no serían combatidas en adelante, sino elogiadas. También se resolvió reconstruir las propiedades de Cicerón a costas del Estado.

El 4 de septiembre de 57 Cicerón regresó a Roma y, según informa Plutarco, entró a la ciudad llevado a hombros, aclamado y aplaudido por los romanos. Incluso el propio Craso, quien nunca había simpatizado con el orador, se reconcilió con él para complacer a su hijo Publio, admirador del retor. *Pro domo* era el título del primer discurso que Cicerón pronunció frente a los pontífices; habló en él de su persona y de su casa en el Palatino, sobre cuyos cimientos Clodio había hecho erigir un templo de la libertad. Creía difícil recuperar su viejo prestigio y la acostumbrada influencia, pero al cabo de dos semanas ya escribía a su amigo Ático que había conseguido ambas cosas aun en mayor medida a la deseada. Sin embargo, estaba económicamente arruinado y podía estar satisfecho si su acaudalado amigo le daba crédito y buen consejo para, según palabras textuales de Cicerón, «volver de nuevo a las condiciones ordenadas».

Pero más profundamente le afectó la reacción de César, a quien el regreso del orador no pudo complacer de manera alguna. A pesar de no tener el derecho de

hacerlo, lo instó a reconciliarse con sus adversarios, a quienes había combatido desde el destierro. Dieciséis meses de ostracismo habían quebrantado la voluntad de Cicerón y le parecía demasiado peligroso oponerse a los apremios de César. «Si hablo del Estado —se quejaba a su amigo Ático—, como debo hacerlo, dirán que estoy loco; si hablo como me exigen que lo haga, me llamarán siervo; si callo, me tendrán por presionado y acorralado. ¡No puedes imaginar cuánto me hace padecer esto! Naturalmente, lo que más me fastidia y amarga es no poder quejarme siquiera, para no parecer desagradecido.»

A partir de ese momento, Cicerón se entregó a un insensato doble juego, indigno de un hombre de su inteligencia: alabó a César y elogió sus triunfos militares en las Galias y, al mismo tiempo, trató de enemistarlo con Pompeyo y atacar el triunvirato. Julio estaba demasiado ocupado en las Galias como para percatarse de este juego. Dependía sobre todo de las informaciones e indiscreciones que llegaban a sus oídos desde Roma y, en general, parecía importarle poco el estado de cosas en la capital. Más que las noticias que provinieran de allá, le preocupaban las zonas del norte de las Galias, donde los belgas, según había llegado a sus oídos, se estaban armando. En consecuencia, reclutó a toda prisa hombres para añadir dos legiones más a las seis que ya tenía.

A pesar de que los belgas daban la impresión de aventajar a los romanos por su físico robusto y su talla, César salió vencedor. Conquistó Bélgica, las actuales Normandía y Bretaña y, al año siguiente, Aquitania, una comarca de importancia estratégica situada al sudoeste de las Galias. Toda la Galia había quedado, pues, en manos de los romanos, desde el Oceanus Atlanticus hasta el Mare Internum, y César pudo empezar a pensar en emprender el regreso.

Entretanto, la deplorable suerte de Cicerón en el destierro le había valido grandes simpatías entre el pueblo. En las mismas condiciones, César las hubiera capitalizado, pero el orador carecía de instinto político. Casi de forma mecánica, no hacía sino sentarse con los demás y criticar todo cuanto sucedía a su alrededor, y no se preocupó en formarse un patrimonio que hubiera acrecentando su influencia. Le escribía a Léntulo: «O aprobamos, inconstantes, todo cuanto quiere un puñado de hombres, o bien nos conformamos con el hecho de que toda opinión contraria es inútil. Te escribo esto para que reflexiones cómo deberías comportarte. El Senado, la administración de justicia, el Estado, han experimentado un cambio radical. Uno debería tener descanso, y los influyentes no harían objeciones, siempre y cuando determinadas personas aceptaran someterse al yugo. Ya no se puede pensar en la dignidad de un consular, en un senador de inflexible firmeza. Los culpables son aquellos que han desavenido con el Senado a la Orden Ecuestre, tan sólidamente ligada con la nobleza a través de mí, y a Pompeyo, el hombre más importante.»

Previamente, Cayo Julio César, un brillante director, había puesto en escena un drama político, una obra de tres personajes, y él interpretó el papel principal, en tanto que sus dos compañeros actuaban en segundo plano, sin esforzarse. El otrora

poderoso Senado fue desplazado a la tribuna de los espectadores. En señal de protesta, los purpurados se vistieron de luto y entorpecieron las sesiones del Senado y también los juegos, donde la ausencia de las vistosas manchas de color se notaba más que en cualquier otra parte; el Senado había dejado de existir, al menos, en lo tocante al poder y la influencia.

Se lo repartieron entre Pompeyo, Craso y César. El fecundo Cicerón había contribuido involuntariamente al encuentro de los tres hombres a mediados de abril de 56, en Luca, en el límite meridional de la Galia Cisalpina, para renovar el pacto de amistad que habían celebrado hacía tres años y medio. El solo hecho de que se reunieran para testimoniarse mutua amistad señala que los tres no distaban de tenerse simpatía.

En rigor de verdad, los tres acariciaban la misma meta, el poder, pero cada cual recorrió una senda distinta y, al parecer, estaba señalado de antemano que dos de ellos quedarían en el camino. El acuerdo de Luca aseguró a Craso, cuyo más ferviente deseo era conseguir una posición rectora en el Senado, el proconsulado sobre la provincia de Siria y una expedición contra los partos; a Pompeyo se le adjudicaron, como campo de juego militar, las provincias de Hispania Ulterior e Hispania Citerior, pero ante todo debía poner las cosas en su lugar en Roma. Para llevar a cabo estos acuerdos ambos serían cónsules durante el siguiente año 55, así lo planeó el triunvirato. Las pretensiones de César parecían más bien modestas aun cuando bien meditadas: Julio reclamó la prolongación de su campaña en las Galias, la ulterior legalización de su empresa y más tropas, pagadas con dinero de la caja del Estado.

No es de extrañar que los senadores llevaran luto. Julio no sólo los había hecho a un lado al tomar su resolución en forma particular, sino que, por añadidura, pretendía que le financiaran la expedición ilegal a las Galias. Fuese como fuere, consiguió su propósito: cada una de sus demandas se cumplió (presumiblemente, importantes senadores fueron sobornados con el botín de guerra galo). Tal vez muchos senadores temieron también que el Senado fuera humillado si rechazaba las exigencias de Julio, pues éste las hubiera llevado a cabo de cualquier modo en virtud de una ley popular. ¿Acaso no debían tener presente, aunque menearan la cabeza, que Cicerón alababa a su rival en floridos discursos, que defendía a sus enemigos políticos, a los amigos de César, ante los tribunales, y que a instancia de ellos les tendía la mano a hombres cuyas infames maquinaciones había fustigado públicamente?

Por supuesto, Cicerón padeció bajo el dictado de Julio, a quien jamás llegó a ver. Tuvo que haberse despreciado a sí mismo por sus actos de animal amaestrado frente al invisible domador y, torpe como era cuando se trataba de consolidar su propia posición, buscó un camino por completo inusual, casi conmovedor, si se tiene en cuenta la desesperación que se ocultaba detrás de su proposición: con palabras rebuscadas, reflejo de lo penosa que debía de antojársele la situación, escribió desde su villa, en Anzio, a Lucio Lucceus, un escritor de segunda, hijo de Quinto. En las elecciones para cónsul de 61, Lucceus no había resultado electo por carecer de dotes

políticas, pero sus obras históricas le habían proporcionado cierto prestigio político. A este escritor recurrió Cicerón para pedirle que escribiera su biografía, la del orador y estadista, algo que no se había atrevido a decirle cara a cara hasta entonces. Debía consistir en una relación de sus acciones y padecimientos para edificación de todos. Esta carta al escritor, que se ha conservado, es uno de los más embarazosos, pero también el más humano, de los documentos de aquella época, espejo de la avidez de fama de los antiguos, grito de socorro de un cincuentón, quien en la angustia de ser ignorado, reclamaba reconocimiento frente a un César. En cambio, se sentía muy superior a un Pompeyo o un Craso.

Si comparamos los partes militares que Cayo Julio César enviaba a Roma, como era usual entonces, y los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* que más tarde alcanzaron forma literaria, resulta clara, con esta solicitud de Marco Tulio Cicerón, la razón por la cual Julio aventajaba al retor en tan gran medida, aun cuando éste fuere el más instruido, así como el motivo por el cual ambos habrían de ser antagonistas durante toda su vida. Sólo se atrevía a expresar su deseo en la distancia, le confesaba Cicerón al escritor; después de todo, una carta no se sonroja. No deseaba nada con tanto ardor como ser «ensalzado» por Lucceo en una biografía.

Un vez traspuestos los límites de la modestia, se imponía ser decididamente inmodesto y, en consecuencia, Cicerón dice textualmente: «Expón mis méritos con mayor calor de lo que tal vez responda a tu convicción y en este punto deja dormir un poco las reglas de la historiografía [...] Si consigo interesarte en la empresa, tendrás (estoy convencido de ello) un material a la medida de tu fuerza y tus dones. Pues, a mi entender, se puede hacer una obra de moderado volumen desde los comienzos de la conjuración hasta mi retorno, una obra en la cual podrías confirmar tu fina comprensión de las crisis políticas. En ella habrás de exponer las causas de los movimientos revolucionarios y los remedios para los males del Estado. Condenarás lo que se te antoje vituperable y reconocerás lo que merezca tu aprobación, mientras desarrollas la relación interna. Y si aprovechas como de costumbre la ocasión para hablar con libertad, señalarás en debida forma la perfidia, las intrigas, las traiciones que encontré en tantos hombres [...] Pero si mi ruego es inútil, tal vez habré de hacer algo que oportunamente hará menear la cabeza a algunas personas, pero que, de todos modos, se justifica por el ejemplo de muchos hombres importantes: seré mi propio biógrafo.»

El proyecto nunca llegó a materializarse, pero Cicerón tampoco fue su propio biógrafo. Con certeza, ya había desechado la idea cuando un año más tarde se decidió a escribir su obra *De Republica*, un diálogo del joven Escipión el Africano con sus amigos en el año 129 a. C.: una plática ficticia, remota, demasiado remota para sugerir referencias del momento, y, no obstante, de extrema actualidad. Se afirma en ella el espíritu platónico, la idea de la justicia, la filosofía de Aristóteles y Polibio y la estoica, y se muestra, con la contundencia de la palabra, con cuánto desenfreno el presente romano manejó la cosa pública y la expuso al aniquilamiento.

En Cicerón y en César se enfrentaban el ideal y la realidad. Aquí el filósofo que todo lo ponía en tela de juicio, aun su propia persona; allí, el pragmático seguro de sí mismo, en ocasiones su propio admirador, tan convencido de su misión como Catón de la destrucción de Cartago. Con el verbo violento de un predicador, pero igualmente sectario, Cicerón defendió el ideal de Estado republicano. «Padre de la patria»: este título honorífico fue el mayor beneficio que se le concedió en toda su vida; sin embargo, padeció porque no se le tributó el reconocimiento correspondiente a la figura de padre.

¿Y César? En su *Bellum Gallicum*, Julio creó con menos de 1.300 palabras (una fracción de la verbosidad ciceroniana) una obra maestra de la propaganda, justificación de una guerra no declarada, refinado autoincensamiento apenas perceptible, porque estaba escrita en tercera persona y no fue trasladada a la primera sino por la posteridad, pero también documentación fascinante, libro de geografía e historia en un lenguaje sobrio y objetivo, gramaticalmente exacto, un texto para los escolares. Hasta el propio Cicerón le tributó su admiración. Aquí, el pensador; allí, el hombre de acción.

## Capítulo cuatro

Menos comprensible aún que su relación con Cicerón fue la conducta de Pompeyo respecto de su aliado, César. Pompeyo, quien en esa época ya sabía que tenía en su contra a la mayoría del Senado, debió de dar su apoyo al pacto tripartito de Luca, sobre todo con la convicción de que durante la ausencia de César en las Galias podría asegurar su posición en Roma. Por su parte, Julio no veía la guerra en las Galias como una aventura exótica, sino como parte de su estrategia, de la planificación de su carrera, amén de un negocio lucrativo. Ya en aquel entonces, Pompeyo debió de decidir en secreto quién de los dos tendría a partir de entonces la palabra en Roma.

Mientras Cayo Julio César iba al encuentro de las tribus germánicas de los usipetros y tencterios, Pompeyo y Craso asumieron de común acuerdo el consulado en el año 55 y supieron eliminar al único candidato contrario, Lucio Domicio Ahenobarbo. En circunstancias aventureras corría tanto dinero como sangre. El tribuno Cayo Trebonio logró la sanción de una ley por la cual al finalizar su período de mandato se adjudicaría a Pompeyo la provincia de España y a Craso, la de Siria, por cinco años.

De este modo se crearon condiciones claras, pero tal decisión sólo sirvió a los tres grandes, no al Estado, no al pueblo, que siguió con sus cotidianas batallas callejeras, a menudo por motivos triviales, organizadas por promotores profesionales de disturbios. En Roma, hasta los niños sabían que Pompeyo y Craso no se soportaban, y ni los consejeros de César consiguieron trocar en simpatía su recíproca aversión. Por supuesto, los dos triunviros evitaban pelearse abiertamente, pero ¿por qué tenía cada cual su cohorte de activos partidarios?

Clodio, aquel tribuno radical y archienemigo de Cicerón, estaba en contacto con Craso; y Pompeyo se había asegurado los cruentos servicios de Tito Annio Milón, un adversario declarado de Clodio, adepto de los optimates y respaldado por una banda de gladiadores pagada a un elevado precio. Así como Clodio quizá no provocó, pero sin duda contribuyó al destierro de Cicerón, Milón desempeñó un papel determinante en su rehabilitación. Los dos tribunos trataron de llevarse mutuamente ante la justicia, pero el recíproco asesinato reputado falló: los hombres que movían los hilos de cada partido eran demasiado influyentes. Una avalancha de procesos de adeptos de ambos partidos exacerbó, sin embargo, visiblemente la situación y los romanos temieron una confrontación directa entre Clodio y Milón, lo cual no podía significar sino una guerra civil.

«Día a día aumenta mi preocupación por el Estado —escribía Cicerón a su amigo Ático—; encuentro aquí tantos equites y senadores que censuran de la manera más aguda la conducta de Pompeyo, en especial, que siempre esté viajando por el país.

¡Necesitamos paz! La victoria en el campo de batalla no puede traer sino desgracia, de ella surgirá el tirano...» Palabras visionarias del gran orador.

Julio aprovechó su ausencia en la lejana Galia para crear la apariencia de estar por encima de los partidos; acrecentó fama y fortuna y no tenía siquiera que preocuparse, porque Pompeyo administraba su provincia a través de legados, en tanto él permanecía en Roma, en Italia y buscaba comprar la adhesión de las masas con un teatro levantado en el Campo de Marte, que llevaba su nombre y un templo consagrado a Venus Victrix. En malos tiempos como aquéllos, el pueblo reclamaba pan antes que juegos. Ciertamente, la visión del monumental despliegue de magnificencia (600 mulas en una función teatral, un ejército de soldados de a pie, portador de diversas armas, y de a caballo en el escenario) produjo embarazo entre los asistentes y sofocó por completo el regocijo buscado. Cuesta reír cuando el estómago gruñe.

Con todo, el teatro de Pompeyo fue en más de un sentido una obra revolucionaria. En su construcción no se empleó madera, como era habitual entonces, sino piedra, como en los anfiteatros griegos, pero no estaba emplazado en la hoya de un valle, sino en terreno llano. El hemiciclo de las gradas destinadas a los espectadores, superpuestas en plano inclinado, constituían al mismo tiempo la escalinata que llevaba a un templo de varios pisos. Detrás del escenario se abría un parque poblado de árboles y adornado con estatuas. Lo remataba un peristilo con la estatua de Pompeyo. Los peldaños que conducían al peristilo habrían de alcanzar trágica significación en los Idus de marzo de 44. Desde un comienzo, este descomunal teatro debió de ser una espina en el ojo de Julio, y tal vez entonces ya había pensado cómo superar esa muestra de megalomanía.

En aquellos días, la guerra en las Galias se limitó sobre todo a la defensa contra las incursiones de los germanos. Los temidos bárbaros de los bosques orientales cruzaban a veces los lentos caudales del Rin inferior para merodear y cazar en las regiones vecinas que César ya había conquistado y consideraba territorio colonial romano. Para poner fin a esas incursiones en la región de los eburones y condrusos, César exigió a los príncipes tribales galos la constitución de un apropiado contingente de hombres a caballo y, con esos 5.000 jinetes, fue al encuentro de los germanos. *Si vis pacem, para bellum* (Si quieres la paz, prepárate para la guerra).

Bien podemos suponer que al hacer la descripción de los acontecimientos ulteriores César embelleció en cierto modo los hechos. De cualquier manera, Julio informa que a 18 kilómetros de la zona de colonización germana, le salieron al encuentro enviados germanos con el apremiante ruego de que no continuaran su avance. En el lapso de los tres días siguientes los germanos iban a negociar con los ubios un convenio de colonización. No obstante, así dice César textualmente, en esos días se adelantó seis kilómetros más para conseguir agua y tropezaron así con 800 germanos a caballo. Estos 800 hombres habrían sorprendido a sus 5.000 jinetes de una manera muy caprichosa, sin combatir jinete contra jinete. Los germanos saltaron

de sus cabalgaduras, hirieron las de sus enemigos desde abajo y, enseguida, se abalanzaron sobre los jinetes derribados. En su parte de guerra, Julio no mencionó la derrota que sufrió a pesar de su séxtuple superioridad numérica, pero se justifica con estas palabras: «Debido a esta refriega, creo no poder escuchar ya a enviados ni aceptar proposiciones de gente que, de una manera artera y ruin, pidió paz y luego cayó sobre nosotros sin motivo. Sin embargo, esperar a que el enemigo creciera en número y retornar a la caballería me pareció el colmo de la estupidez.»

Presumiblemente, al día siguiente de la batalla los príncipes y ancianos de los germanos comparecieron para excusarse por el ataque. La verdad es que César apresó a los jefes germanos y envió sus tropas contra el campamento del enemigo. Evidentemente, los germanos no estaban preparados para la lucha, ni su campamento guardaba parecido alguno con un cuartel militar, pues el propio Julio admite haber encontrado mujeres y niños entre sus carros. No obstante, César dio orden de atacar, una orden brutal que más tarde el pretor Catón esgrimiría como razón para exigir al Senado la entrega de César a los germanos. Sin éxito, pero con razón.

Al hacer prisioneros a los enviados, así como al causar la masacre ulterior, Julio había infringido normas de derecho reconocidas universalmente desde la Antigüedad. Como resultado, habrían sido diezmados 430.000 germanos, entre ellos numerosas mujeres y niños, u obligados a arrojarse al Rin en su huida. Un genocidio, nada atípico del carácter de César.

«Por muchos motivos», Cayo Julio César decidió cruzar el Rin. Para un romano, el Rin era el límite septentrional del mundo. Más allá se extendía la tierra de nadie, ignota, poblada de bárbaros. Él mismo afirmaba haber querido escarmentar a los germanos. Además, ellos, para quienes el Rin era el límite del dominio romano, habrían de temer por su propia seguridad. Los ubios ofrecieron embarcaciones a los romanos para el traslado de las legiones, pero el general temió ponerse en ridículo si usaba las pequeñas canoas, por lo cual mandó construir un puente de madera que sus pioneros no tardaron ni diez días en levantar.

Ni el lugar ni el objeto de la empresa han quedado del todo esclarecidos hasta hoy. Presumiblemente el tendido del puente se hizo en la región de Neuwied: tal vez César sólo quiso mostrar a los germanos que para las águilas de las legiones romanas no había fronteras. Julio marchó durante dieciocho días con su ejército a lo largo y a lo ancho del territorio germano, pero por donde pasara no encontraba sino aldeas abandonadas. Las personas y los animales se habían ocultado en el corazón inextricable de los bosques. César convirtió las casas en escombros y cenizas, se llevó consigo los cereales prontos a cosechar y mandó arrancar a sus espaldas el puente tan admirado.

Decepcionado tal vez por la inútil penetración en la Germania, Julio condujo sus tropas aguas abajo del Rin hasta las costas del canal, desde donde, en días diáfanos, emergían en el horizonte las costas de Britania. Al igual que Germania, era una comarca envuelta en leyendas pero, a diferencia de aquélla, se sospechaba que



Britania albergaba inconmensurables riquezas. Varios mercaderes le habían confirmado a César la existencia de un reino británico, pero no pudieron averiguar cuál era la extensión de la isla, ni tampoco su población y fuerza militar. Se imponía proceder con cautela. En consecuencia, César decidió enviar a Britania primeramente a Cayo Voluseno con una nave para explorar las posibilidades de desembarco y la fuerza militar del enemigo. Naturalmente, la empresa fracasó porque los britanos recibieron a los romanos con tan nutrido ataque que éstos no pudieron poner pie en la isla y, al cabo de cinco días, regresaron sin haber cumplido su misión. Para César fue un desafío.

Julio estimó suficientes 80 embarcaciones para el transporte de dos legiones, en total 12.000 hombres, provenientes del Loira y que ya había probado al luchar contra los vénetos en Bretaña. A dichas naves se sumaron otras 18 para los armamentos, los víveres y 30 soldados de caballería. El reducido número de embarcaciones de carga es en cierto modo un indicio de que el romano no se tomó particularmente en serio la empresa.

Cuando las naves de César llegaron a la costa de Britania a las cuatro de la madrugada de ese día, una lluvia de lanzas se abatió sobre los intrusos desde lo alto de los acantilados de Dover. Finalmente, y después de una lucha encarnizada, los romanos lograron desembarcar 10 kilómetros más al norte, cerca de la región de Walmer. Los britanos pusieron en juego su caballería y sus carros de combate, pero no lograron resistir la moral guerrera de los legionarios, así que emprendieron la retirada y enviaron emisarios con un ofrecimiento de paz. César exigió la entrega de rehenes, a lo cual accedieron los britanos, pero suplicaron paciencia, pues habrían de reclutarlos en el interior.

En la noche del 30 al 31 de agosto una repentina marejada destruyó varias de las naves romanas y dejó otra buena parte incapacitada para maniobrar. El pánico se apoderó de los legionarios, asustados ante la perspectiva de no poder regresar y morir de hambre y frío en el crudo invierno de la isla. De este modo, los agredidos aprovecharon el momento favorable para lanzar un renovado ataque, pero César logró desbaratarlo con éxito e impuso a los bárbaros doble cantidad de rehenes. Hacia la medianoche, César se hizo a la mar rumbo a las Galias antes de arriesgar allí su prestigio.

Era demasiado prudente para no darse cuenta de que, en semejante situación, era imposible conseguir una victoria total. El solo hecho de que las tropas romanas hubieran pisado suelo británico era ya propaganda suficiente para eclipsar todas las proezas de un Pompeyo o un Craso. En tales circunstancias, Pompeyo habría arriesgado hasta el último hombre y, probablemente también habría caído por la gloria de Roma. Craso, en cambio, habría tocado retirada y, al enfrentarse al hostil recibimiento de Dover, habría movilizado un ejército más numeroso para resultar vencido a la postre por el riguroso invierno nórdico. César sabía sacar la mejor ventaja de toda situación, pues luchara donde luchase, en las Galias o en Britania,

siempre lo hacía con miras a su futuro en Roma.

Durante tres semanas llegó a la capital, procedente de los campos de batalla, nutrida correspondencia repleta de exhaustivas descripciones geográficas e históricas. Los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* nacieron en realidad de un propósito utilitario, para glorificar las proezas de su conductor, pero, sin duda, respondieron también a una necesidad de proveer información general. A diferencia de lo ocurrido en aquella campaña en la lejana Britania, Cayo Julio César estuvo informado de todo cuanto ocurría en Roma a través de los dos puestos que había montado, uno en la región y otro en Roma. En el campo, el primer encargado de la oficina de información fue Pompeyo Trogo, pero en 54 a. C. fue relevado por Aulo Hircio, un hombre de confianza del general más esteta que militar.

En Roma, dirigía los asuntos de César su leal seguidor Opio, quien lo había acompañado a España y a Galia, pero, como ya no soportaba las penurias de las campañas, el general lo empleó en Roma como encargado de negocios. Más tarde, se le unió su amigo Lucio Cornelio Balbo, un acaudalado hispano a quien Pompeyo confirió la ciudadanía romana en virtud de sus méritos. Volveremos a oír hablar de ellos. Los dos encargados de negocios no sólo estaban bien informados por sus contactos, sino que, según parece, también emplearon espías y soplones que sobornaron a los mensajeros para que les abrieran las cartas. Así, Cicerón le recomendaba prudencia a su amigo Ático, pues debía de contar con que cualquier observación desfavorable llegaría a conocimiento de Julio.

Habida cuenta de los triunfos que con toda probabilidad iba a conseguir en Oriente el triunviro Craso, César no podía permitirse el lujo de considerar concluida la aventura en Britania. Ya a comienzos del año 54, durante el consulado de Lucio Domicio y Apio Claudio, Julio creyó firmemente en una conquista de la isla. Dan testimonio de ello sus esfuerzos para procurarse armamento, un equipamiento de 600 embarcaciones de carga y 28 naves de guerra especialmente construidas para la invasión (con casco plano a fin de facilitar el desembarco a tierra). El punto de partida de la nueva operación habría de ser el puerto de Itio, a unos 45 kilómetros de distancia del punto de desembarco previsto, cerca de la actual Sandwich. En esa ocasión, el general tuvo a su disposición cinco legiones, 30.000 hombres en la infantería y 4.000 en la caballería.

Para asegurarse de que los galos no aprovecharían su ausencia para rebelarse — las insurrecciones estaban en el orden del día— César tomó una lista, mandó llamar a todos los príncipes tribales galos y les comunicó que necesitaba su apoyo en Britania. El eduo Dumnórix, un caudillo particularmente ávido de poder, altanero e influyente (según afirmaba César) rehusó participar, so pretexto de que no soportaba las travesías por mar; sin embargo, al no conseguir convencer al romano, se escudó tras razones religiosas para no abandonar su tierra. Julio no transigió. Finalmente, el príncipe eduo emprendió la fuga con sus jinetes cuando los demás subían a bordo y César ordenó perseguirlo y darle muerte. De este modo, tendría a salvo la retaguardia

para la invasión.

A diferencia de lo que ocurrió en ocasión del primer intento, esta vez las legiones romanas no encontraron resistencia alguna. Al desembarcar en las inmediaciones de Sandwich, los britanos, que no habían visto nunca semejante armada, se retiraron. Los banqueros romanos habían aportado 200 transportes con la esperanza de participar del proficuo botín de guerra. Tal empréstito bélico fue el resultado de un diestro trabajo publicitario que Julio había mandado realizar en Roma, una mezcla bien dosificada de realidad y ficción. César describió Britania como una isla triangular, densamente poblada, con casas del tipo galo y grandes haciendas.

Para sorpresa de los romanos, los colonos, en su mayoría galos, sólo superados por nativos en el interior, no cultivaban cereales y su principal alimento era la leche y la carne vacuna. Criaban conejos, gallinas y gansos sólo como animales domésticos, cuyo consumo estaba vedado. Llama la atención esta contradicción: cubiertos de pieles, pintados de azul para combatir, de largas cabelleras y poblados bigotes, los britanos habrían dado muestras de una elevada cultura al pagar con monedas de oro y de cobre. Pero quizás esta información fue asimismo una artimaña de Julio para documentar la supuesta riqueza de la isla y estimular la disposición de los banqueros romanos a invertir. Sin embargo, fueron de mucha mayor significación las existencias de estaño. En aquel tiempo, este importante elemento para la fabricación del bronce sólo se explotaba en Britania.

Esa misma noche, Cayo Julio César emprendió el camino hacia el interior, pues no se fiaba de la paz y, como siempre, veía la mejor defensa en el ataque. Dejó atrás 10 cohortes y 300 jinetes, bajo el mando de Quinto Atrio, para protección de la flota. Una escaramuza nocturna y más combates en los días subsiguientes le resultaron a Julio ventajosos. Casivelauno, a quien las tribus britanas habían elegido como conductor, pudo oponer poca resistencia a la supremacía romana. Así pues, los invasores sufrieron menos pérdidas en combate que como consecuencia de la nueva tempestad, que dañó seriamente la flota. César avanzó hasta la región de Londres, pero no halló riquezas como en la Galia. En septiembre, emprendió el regreso a esas tierras decepcionado por tener que informar a Roma de la pobreza del botín. Los nobles adinerados de la metrópoli tuvieron que contabilizar sus inversiones como pérdidas. Y César aprendió una lección: podía hacersele la guerra al triángulo insular situado en el confín del mundo, pero no conquistarlo.

Dado el constante requerimiento de cooperación forzosa, se acumuló al parecer mucho odio entre los príncipes tribales galos. Las insurrecciones, que estallaban en todas partes de la región —y que iniciaron los carnutos en la comarca de Orleáns—, dieron mucho trabajo a los romanos, y Ambiórrix, príncipe de los eburones belgas en la región al norte de Lutecia, tuvo una destacada actuación, pues aniquiló toda una legión romana antes de batirse en retirada. Aunque César puso precio a su cabeza, y sus tropas peinaron toda la Galia en su busca, no consiguieron encontrarlo por ninguna parte. Cuando las legiones romanas sufrieron sensibles derrotas en diversas

comarcas, César se dejó crecer la barba y los cabellos como un doliente viudo y pronunció el solemne juramento de no usar ningún tipo de cosmético hasta haberse vengado de los galos.

Lamentablemente, el general olvidó anotar en sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias* cuándo volvió a requerir los servicios del barbero, pero lo cierto es que los tres años siguientes en la Galia no fueron sino una única campaña de represalia severa y cruel. Como no lograba apresar a Ambiórrix, César dio una lección ejemplar con Acco, príncipe de los senones. Después de la pérdida de dos cohortes romanas, llevó a cabo una investigación del alzamiento de carnutos y senones ante una dieta gala y condenó al cabecilla, Acco, a —palabras textuales del general— «una dura sentencia y lo mandó ajusticiar según la costumbre de sus antepasados». Eso significaba flagelación hasta morir y posterior decapitación.

No le fue mejor a Induciomaro, el jefe de los tréveros. Tras varias incursiones al cuartel de invierno de los romanos, Induciomaro de Labiena encontró la muerte y su cabeza se expuso en el campamento. Poco después, César se jactaba de que en la Galia imperaba la tranquilidad. La aventura gala parecía haber llegado a su fin.

Entretanto, en la capital la situación se había agudizado: Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, había fallecido al dar a luz. La noticia debió de ser un golpe muy duro para el general, tanto más cuanto que le acababan de comunicar el deceso de su madre, Aurelia. César, un hombre de cuarenta y seis años, podía resignarse a la muerte de su madre, pero la pérdida de su hija le afectó profundamente, toda vez que se decía que Julia era la única con quien se entendía sin reservas. Tras su fallecimiento, César se convirtió en un individuo aún más taciturno y sus decisiones, que nunca discutía ni consultaba con nadie, se tornaron menos previsibles.

En el aspecto político, la muerte de Julia tuvo consecuencias catastróficas. Había sido en realidad el lazo que mantenía unidos a los dos triunviros, César y Pompeyo. Aun cuando políticamente fueran tan incompatibles como un círculo y un cuadrado, amaban a la misma mujer. Pero el vínculo se había roto y, a partir de entonces, sus caminos ya no correrían paralelos, sino más bien al contrario: amenazaban con cruzarse peligrosamente.

A Pompeyo pareció afectarle menos que a Julio la ruptura del vínculo familiar; es más, le resultó conveniente, pues las rivalidades con el propio suegro no podían causar en el público ninguna buena impresión. Quien hubiera creído hasta entonces que el azar o el amor habían unido a Pompeyo y a Julia, iba a cambiar de opinión al contemplar la ulterior conducta de César: detrás de todo estaba su dirección de vastas miras.

Apenas concluido el año de duelo, César le ofreció en matrimonio a su sobrina nieta Octavia al triunviro viudo y, cuando Pompeyo declinó el ofrecimiento, no sin antes agradecerse, éste pensó seriamente en invertir los términos: para variar, podría ser él, Pompeyo, quien se convirtiera en su suegro. César se divorciaría sin duda de Calpurnia para desposar a la hija de Pompeyo. El trato no llegó a realizarse.

Es increíble hasta qué nivel podía denigrarse Julio, dejar atrás la decencia, traicionar el carácter y la personalidad, cuando amenazaba con escapársele de las manos el control de su empresa. Trataba a las mujeres como a legionarios, las juzgaba de acuerdo con su conveniencia. Ni su hija preferida, Julia, escapó a ese imperativo: es inevitable preguntarse si Cayo Julio César fue capaz de amar en realidad. ¿No estaría el dictador sometido a la dictadura de su razón?

En Roma, los enemigos de César no eran los únicos en protestar por la larga duración de la guerra de las Galias. ¿No había conquistado lo que había que conquistar? ¿No había cosechado inmensas riquezas, riquezas que hicieron olvidar sus anteriores deudas millonarias, riquezas que le permitieron comprar a funcionarios del Estado, pagar sobornos que hicieron incurrir a cada postor en tan grandes deudas que el interés se elevó del cuatro al ocho por ciento?

Cuando Cayo Julio César llamó en el año 53 a una votación popular que le permitiera postularse para el consulado *in absentia*, hasta el último de los romanos se percató de sus intenciones. Después de su consulado con Bíbulo en 59 a. C., no podría aspirar a un segundo consulado antes de 48, pues la ley exigía un intervalo de un decenio. Un general que anunciaba un triunfo tras otro en territorio galo, que impresionaba a la gente simple con sus fantásticos informes y a los influyentes con sus no menos fantásticos sobornos (mientras que a las damas les reservaba presentes aparte) podía estar seguro de su elección.

Pero ¿qué habría sucedido si César hubiera concluido la guerra de las Galias, dado de baja a su ejército y regresado a Roma? Como particular cuya fortuna decrecía día a día, habría perdido pronto influencia política. ¿Qué era en la actividad civil? Un abogado, ni siquiera tan bueno como Cicerón, a quien el dinero le hacía hablar hoy de una manera y mañana de otra. Su arma no era la lengua, sino la espada. En la Galia respondían a sus órdenes 10 legiones, menos onerosas que las hordas venales que representaban su causa en Roma.

*18 de enero del 52*

En la Via Apia, cerca de Bovilae, se encontraron Publio Clodio, el acólito de César, y Annio Milón, adepto de Pompeyo, con sus respectivas cuadrillas. Como particular, Milón había organizado brillantes juegos, pero no le significaron fama suficiente para ser elegido cónsul. No le quedó, pues, otra cosa que una montaña de deudas y el propósito de recuperar el dinero, sin importar su procedencia. Clodio acababa de abrir la campaña electoral que le ayudaría a obtener la pretoría y Milón decidió no limitarse a quedarse mirando de brazos cruzados. Sus secuaces dieron muerte a Clodio. Cuando las llamas de la pira mortuoria se elevaron al cielo durante la ceremonia fúnebre celebrada en el Campo de Marte, corrió la voz de que la Curia estaba ardiendo. Los partidarios radicales de Clodio le habían prendido fuego al

recinto de sesiones del Senado para demostrar cuán impotentes eran los purpurados. Los plebeyos no necesitaban al Senado. Roma estuvo una vez más al borde de la guerra civil y el Imperio necesitó de una mano fuerte.

En semejante situación el triunvirato César-Pompeyo-Craso se hubiera resquebrajado; habría bastado con que cualquiera de los tres hubiesen tomado partido por uno de ellos. Pero el destino trazó un camino diferente. En su intento de batir a los partos más allá del Éufrates, Craso sufrió una derrota en Carrae y, en su retirada hacia Siria, fue traicionado y asesinado. En la Galia se formó una oposición contra César, una coalición integrada por los hombres más poderosos del territorio alentados por un objetivo común: derrotarlo. El romano hubo de partir precipitadamente hacia la provincia por él conquistada. En Roma quedó Pompeyo y, como la situación jamás había sido tan grave, se hicieron oír voces en demanda de un dictador, de un hombre fuerte, sin escrúpulos respecto a un *collega*, capaz de actuar cuando y como lo requiriera el bien del Estado, sin la unanimidad del pueblo o del Senado. Era un proceso complicado que llevaba demasiado tiempo. Con Craso muerto y César en las Galias, la misión sólo podía recaer en Pompeyo y, de hecho, dos tribunos designados presentaron la moción de conferirle plenos poderes dictatoriales.

Sin embargo, las experiencias con Sila obstaculizaron la asunción del poder. Sin duda, César también se habría opuesto a que su rival gozara de plenos poderes, pues, bajo pretexto del bien del Estado, Pompeyo habría reclamado en cualquier momento las legiones que Julio tenía en las Galias para ponerlas bajo sus propias órdenes y, de este modo, interrumpir la carrera militar de César. En consecuencia, el Senado aprobó una moción por la cual Pompeyo sería nombrado *consul sine collega* por el año 52, un arreglo a medias que no podía dañar al Estado, pero que tampoco le serviría. Casado de nuevo, pero según su propio arbitrio y no el de César, Pompeyo nombró ese mismo año *collega* a su nuevo suegro, Quinto Metelo Pío. El antiguo sistema volvió a recuperar su orden, y el Senado se mostró satisfecho.

Tal vez, el restablecimiento de la dualidad de los cónsules tranquilizó también a Julio. De todos modos, Pompeyo no tenía intención de enemistarse con Julio en esa situación. No en esos momentos. Por el contrario, ¡le prestó dos de sus propias legiones para renovar su ejército bastante maltrecho! (más que un gesto noble, si Pompeyo no hubiera creído firmemente que el objetivo de César era permanecer en las Galias hasta acceder a su segundo consulado en el año 48, ése habría sido un acto de absoluta insensatez).

En realidad, al principio, todo parecía indicar que César estaría todavía unos años ocupado en la Galia, pues una y otra vez se producían insurrecciones entre las tribus galas. Apenas el general abandonaba el país para invernar, los galos renovaban su rechazo contra el dominio provincial romano. En conjunto, esas tribus galas se distinguían por su arrojo, pero carecían de la figura de conductor adecuada que aunara en su persona autoridad y resolución y supiera integrar en un ejército poderoso

e invencible a las bandas armadas. El único hombre que podía encajar en ese papel era Vercingetórix, de la tribu de los avernos.

Los galos ya habían matado a su padre Cedito por sospechar que aspiraba a predominar sobre los demás. Seguidamente, impulsado por su frenético odio contra los romanos, Vercingetórix trató de unificar a las tribus galas. Consiguió deshacerse de sus enemigos, aun de su propio tío Gaobanitio, obtener el título de rey y ganar para sí a los sillones, parisios, pictones, cadurcos (curcos), turones, aulesces, lemovices, andos y todas las tribus de la costa.

Vercingetórix procedió con férreo rigor, hizo purgar delitos con las llamas de la hoguera y no vaciló en usar la tortura, cortar orejas y hacer saltar ojos. Bajo tan severa disciplina, las tribus galas se fusionaron en un ejército bien preparado que, en principio, se limitó a aplicar la estrategia de la tierra incendiada. Reducían a cenizas las poblaciones que no debían caer en manos de los romanos y además minaban la moral de los legionarios de César con sus constantes ataques menores hasta el punto que, según Plutarco, cundió entre las tropas romanas un profundo desaliento. Al parecer, Cayo Julio César no era finalmente el hombre invencible que durante tantos años había dado la impresión de ser. Y lo más ignominioso fue que, en un combate en retirada en la comarca de los secuanos, situada entre Italia y la Galia sediciosa, perdió su espada corta.

En Vercingetórix le salió a Julio un serio adversario, tal vez el único que realmente se había enfrentado a él hasta entonces, el único peligroso, el único que se parecía a él: Vercingetórix era un pequeño César, orgulloso, seguro de su victoria, un general que sabía arrastrar consigo a sus guerreros.

Julio logró derrotar a los galos a costa de gran arrojo y Vercingetórix, junto con su ejército de 170.000 hombres, huyó a Alesia (hoy Alise-Sainte-Reine), al oeste del nacimiento del Sena, en busca de refugio, seguido por las legiones de César, que iniciaron un sitio de grandes proporciones. Pero pronto el propio romano se vio sitiado. Unos 300.000 galos rodearon la Alesia sitiada, una táctica del rey galo astuta y sagaz, desconcertante, según la propia descripción de César, y formulada con más claridad por Plutarco: «Encerrado y sitiado entre estos dos poderosos ejércitos, se vio forzado por las circunstancias a levantar dos cinturones de fortificación, uno contra la ciudad, el otro contra las fuerzas de apoyo que se acercaban como una marea, puesto que la unión de las masivas tropas enemigas hubiera significado su segura destrucción y la de los suyos. Así pues, la lucha por Alesia se hizo famosa por muchos motivos y con razón, pues la valentía temeraria y la ingeniosa astucia de que se hizo gala en esa lucha no tiene igual. Pero el mayor de los milagros es que César se batió contra las numerosas tropas de los agresores exteriores, y pudo vencer, sin que los defensores de la ciudad sospecharan lo más mínimo y, lo que es más asombroso aún, que ni siquiera los romanos del aro defensivo orientado hacia la ciudad se percataron de nada. No se enteraron del triunfo sino cuando escucharon, provenientes de Alesia, el llanto de los hombres y los lamentos de las mujeres que habían visto

cómo los romanos del otro lado arrastraban a su campamento masivas cantidades de escudos incrustados en plata y oro, corazas manchadas de sangre, utensilios para beber y tiendas galas. El poderoso ejército había sido diezmado en un abrir y cerrar de ojos, disipado como un sueño o un espectro. La mayoría cayó en combate. Finalmente, los defensores de Alesia acabaron por rendirse después de padecer ellos mismos miseria y haber puesto a César en duro aprieto. Vercingetórix, el comandante supremo en la guerra, se atavió y armó con magnificencia y cruzó la puerta montado en un corcel enjaezado con deslumbrantes arreos.»

Un hombre tan aguerrido como Vercingetórix y, por añadidura, dieciocho años menor que Cayo Julio César, despertó una gran admiración en el romano, quien lo mantuvo prisionero para mostrar al pueblo de Roma, en una posible entrada triunfal, al más valeroso de todos sus adversarios. Una idea fascinante. De haber vencido a César, Vercingetórix habría creado un imperio celta unificado y, en una expedición vindicativa contra Roma, se habría encontrado con Pompeyo, el gran *imperator*. En cambio, de este modo —según informa Plutarco— Julio alcanzó la misma altura de Pompeyo, nimbado por la victoria. A partir de ese momento no sería en nada inferior a Pompeyo, lo cual no hizo sino agudizar más la situación política: dos hombres de igual valía aspiraban secretamente a la dictadura.

Al decir de Plutarco, César habría perseguido ese plan desde un principio e hizo luchar a sus rivales como atletas, en tanto él se mantenía a bastante distancia. Sin embargo, lo mismo puede decirse de Pompeyo. Abrigaba la esperanza, más aún, como general estaba convencido de que Cayo Julio César no sobreviviría a la agotadora guerra de las Galias, pero se equivocó. A la derrota de Vercingetórix siguió el avasallamiento de Aquitania. En el año 50 Julio sólo se dedicó a la pacificación de la grande y rica Galia, dejó que imperase la clemencia y estableció tributos soportables, aunque suficientes para que afluyeran a sus bolsillos ríos de dinero y dádivas.

Cayo Escibonio Curión, tribuno del año 50, fue exonerado por César de la opresiva carga de sus deudas; Lucio Emilio Paulo, cónsul ese mismo año, recibió del mismo donante 1.500 talentos, con los cuales hizo construir, en el lado norte del Foro, la basílica Emilia que debía sustituir a la vieja basílica Fulvia. El cronista corrobora con desdén que en Roma, cuando un funcionario concluía su mandato, exponía sus mesas en el mercado, sobornaba desvergonzadamente al pueblo, y la masa comprada luchaba por el sobornante, no con la piedra de votar, sino con arco, espada y honda. Los charcos de sangre sobre la tribuna del orador, y hasta los muertos, no eran una rareza. Librado a la anarquía, el Estado iba a la deriva como un navío sin piloto.

*De facto*, habrá disponibles dos pilotos eficientes, pero *de iure* ninguno de los dos pudo mover una mano. Tanto el uno como el otro esperaron a que su rival tomara la iniciativa para reprocharle sus aspiraciones a la dictadura; ésa sería la señal para atacar, la chispa que haría estallar la guerra civil. César y Pompeyo se acechaban como dos gladiadores, siguiendo atentos los pasos del contrincante, secundados por



sus partidarios, que provocaban al oponente y le ponían piedras en el camino para hacerlo tropezar, para acumular puntos sin perdonar, para economizar las propias energías. De los secuaces de Pompeyo partió la demanda de reemplazar a Julio en las Galias por un nuevo gobernador provincial. Simultáneamente, Pompeyo exigió la devolución de las dos legiones prestadas: táctica de desmoralización para irritar al adversario. ¿Por qué Pompeyo había puesto sus legiones a su disposición, si poco después iba a reclamar su restitución?

Impertérrito, César reaccionó con prudencia: no mostró flaqueza y trocó la supuesta defensa en ataque. Cada legionario, informa Plutarco, recibió como regalo 250 dracmas y los oficiales encargados de llevar las tropas de vuelta sin duda bastante más, pues, a su regreso, los legionarios propagaron indiscreciones dirigidas a un fin preconcebido, según las cuales los soldados de César serían fervientes adeptos de Pompeyo y, sin vacilar, se volcarían a su lado tan pronto pusieran los pies de nuevo sobre suelo italiano. Una grosera mentira, opina el cronista, aunque tales habladurías alimentaron la vanidad y la infatuación de Pompeyo, que, convencido de que podría rematar a Julio en la senda política mediante discursos y proposiciones, no reclutó nuevas tropas.

Los frentes se endurecieron. El último intento de mediación de César, aunque su certeza no está probada, previó que tanto él como Pompeyo debían deponer las armas y dar de baja a sus respectivos ejércitos. El Senado lo aprobó casi por unanimidad. Curión, encargado de presentar la propuesta, fue aclamado como un victorioso paladín y le arrojaron flores y coronas, pero el suegro de Pompeyo se levantó para proponer que César fuese declarado enemigo de la patria y el cónsul Léntulo gritó que contra un ladrón se necesitaban armas, no votos. Se originó un tumulto y la asamblea se disolvió. Roma se enfrentó a los añicos de una inútil política de paz.

Celio, el edil, le describió la situación con enfáticas palabras a su viejo maestro Cicerón, quien, en agosto del año 50, viajaba de regreso a Italia, procedente de Cilicia: «No veo ninguna posibilidad de que la paz perdure más allá de este año y, cuanto más se acerca la hora en que habrá de decidirse la cuestión disputada, más evidente es el peligro. El punto por el cual los grupos de poder están en altercado es el siguiente: Cneo Pompeyo no quiere permitir que César sea cónsul sin que haya entregado antes su ejército y su provincia. Por su parte, César está convencido de que cuando se separe de su ejército, estará perdido. Sin embargo, se ha declarado dispuesto a hacerlo si Pompeyo entrega asimismo su ejército. De este modo, ese gran amor y estrecho vínculo de los cuales estaba celoso todo el mundo no conducirá a una disimulada rivalidad, sino a una guerra.»

De vuelta en Roma, Marco Tulio Cicerón intentó desesperadamente que ambos contrincantes se conformaran con un diminuto ejército y, cuando ya había logrado convencerlos, el cónsul Léntulo cayó en el Senado sobre los partidarios de César, los injurió de la peor manera y les achacó la culpa de la situación en que se encontraba el Estado en ese momento. Curión y Antonio, contra quienes iba dirigida en particular la

invectiva, fueron expulsados del Senado y huyeron de la ciudad en una carreta, disfrazados de esclavos. Éste fue motivo suficiente para que César relatar a sus adeptos lo que pasaría si las cosas seguían como hasta entonces: funcionarios del pueblo romano, elegidos con toda legalidad por los romanos, debían temer por sus vidas.

A finales del año 50 y principios del 49, se produjo un vuelco de los acontecimientos: César se preparó abiertamente para marchar sobre Roma, una actitud contraria a la ley, pues ningún general debía pisar suelo italiano, y muchos menos el de la capital, sin haber dado de baja a su ejército. El 7 de enero de 49 el Senado tomó una decisión precipitada: mandar que César volviera de las Galias y dar de baja a su ejército de diez legiones. La reacción de Julio al *Senatus consultum ultimum* (el ultimátum del Senado) no se hizo esperar: a los tres días cruzó con sus tropas el Rubicón, un río insignificante al norte de Italia que constituía el límite entre el Imperio y la Provincia; era apenas un arroyuelo, ¡pero cuánta significación habría de alcanzar!

Según informa Plutarco, esa noche César caviló en silencio, de pie junto a la orilla del río, indeciso por muy largo rato. Pero, finalmente, cerró los ojos y, como si se abalanzara desde un peñasco a un abismo ignoto, exclamó: «La suerte está echada.»

Al principio, César encontró poca simpatía en las ciudades de la Italia septentrional, y la mayoría tuvieron que ser tomadas por sus tropas. El 21 de febrero capituló la ciudad de Corfinium y por fin quedó libre el camino a la capital. En Roma, Pompeyo declaró el estado de sitio, invitó a todos los senadores a seguirlo y, esa misma noche, se marchó en dirección al sur. Todo sucedió tan aprisa que se omitieron hasta los sacrificios rituales prescritos al estallar una guerra. Los romanos huyeron por millares de la ciudad, mientras la población campesina empujaba por avanzar hacia Roma. Cuando César la tomó al cabo de dos meses, no resultó lesionado ni un solo individuo.

Pompeyo se había retirado a Brundisium, defendida por muros y fosos. Además, había mandado cavar vastas planicies alrededor y guarnecerlas de estacas aguzadas. Tanto pavor le inspiraban las legiones de César.

Cicerón comenta a Ático: «¡Este hombre demente y desgraciado que jamás vio ni un vislumbre de moral! Ansía hacerlo todo por su honor. Pero ¿dónde puede haber honor sin moral? ¿Es moral mantener su ejército sin orden del Estado? ¿Ocupar ciudades para abrirse camino hacia Roma? ¿Proponerse la cancelación de los registros de deudas, mandar llamar a los emigrantes y miles de otras monstruosidades?»

La suerte estaba echada. Imperó la guerra civil, desatada por un hombre cuya fama de importante general y estadista todavía hoy sigue incólume, un hombre que, con la conquista de las Galias, restableció el equilibrio entre las provincias orientales y occidentales del Imperio, un hombre que en tres décadas impuso contención en la

pacificada frontera del Rin a los romanos empeñados en invadir el oeste, un hombre que, consciente y arto, persiguió el tránsito de la vieja República a una nueva monarquía.

A los cincuenta años, Cayo Julio César era un personaje imperfecto. Las auténticas relaciones amorosas le parecían tan extrañas como la legendaria Britania, si se hace caso omiso de sus inclinaciones homosexuales. Eso no era amor; quizá más bien simpatía, pero no pasión. Sus dos matrimonios —digámoslo con claridad— no fueron sino puras uniones por conveniencia. Demasiado cerebral, César parece haber estado muy lejos de traducir la palabra amor en hechos. Las mujeres desempeñaron en su vida un papel subalterno, simplemente el de objeto para el macho, pero las hubo en cantidad. Y aunque antes de cumplir sus cincuenta años César hubiese llegado a estar enamorado alguna vez, el auténtico objeto de su pasión siempre fue su propia persona, su carrera.

*Improbe Amor, quid non martialia pectora cognis* (insaciable amor, ¡a qué no llevas a los corazones mortales!), decía Virgilio. Cayo Julio César contaba ya cincuenta y dos años cuando la pasión lo hirió como la flecha de un jinete asiático. Se encontraba en medio de la guerra y la mujer capaz de lograr tal obra de arte bien hubiera podido ser su hija. Vivía más allá del Mare Internum, en un país rodeado de leyendas y, desde su punto de vista, Roma, su historia y, por supuesto, también Cayo Julio César, se veían del todo diferentes.

## SEGUNDA PARTE

# César y Cleopatra

*Los hombres gobiernan a la República,  
las mujeres gobiernan a los hombres.*

CATÓN

# Capítulo uno

Aleandría, ¡qué ciudad! Roma podía ser más grande; Cartago, más extensa; y Atenas, mucho más antigua. Pero en Aleandría habitaban 700.000 egipcios, griegos y judíos, pueblos de tres partes del mundo. En su periferia el gran Alejandro había dibujado los contornos de esta ciudad en la arena. Desde hacía mil años se había levantado en ese lugar la aldea egipcia de Racotis y se cuenta que Alejandro habría arrojado su manto en el suelo, reseguído su contorno cuadrangular en la arena y, con un par de trazos horizontales y verticales, señalado las calles y edificios. Así y de ninguna otra manera habría de ser la décima y la más grande de las ciudades a la cual le daría su nombre.

Sólo Denócrates podía hacer realidad ese plano, el rodio propenso a lo superdimensional cuya fantasía parecía ser tan indómita como su energía. El propio macedonio tuvo que refrenarla cuando el arquitecto, con la ayuda de miles de manos munidas de cinceles, se propuso convertir en una colosal estatua del rey el peñascoso monte Atos, en la más oriental de las tres lenguas de tierra calcídica, en el lugar donde Mardonio naufragó en las espumosas aguas del mar. Pero Alejandro Magno impidió tal blasfemia contra los dioses, sabedor de que donde mejor se manifiesta la grandeza humana es en las obras, no en la piedra labrada.

La egipcia Aleandría creció sobre la margen occidental del valle del Nilo, sin llegar a alcanzar siquiera la mitad de la magnitud de Atenas, pero atrajo siete veces más habitantes: una burbujeante mezcla étnica de hombres procedentes de Oriente y Occidente, así como de los exóticos pueblos del sur del continente, incomprensible en su poliglotismo, mantenida su cohesión gracias al *koine*, el idioma griego universal, muy alejado de los chispeantes cantos de Homero y los amenazantes versos de Eurípides, tanto como lo estaba la provincia de Egipto de la capital ática.

Aunque cuando bandadas de aves picotearon la harina con la que Denócrates había marcado los muros Alejandro llegó a dudar de que los dioses aprobaran la construcción de una ciudad precisamente en ese lugar, entre el mar y el lago de Mareotis, muy pronto quedaron confirmadas las profecías del oráculo según las cuales esa ciudad de Alejandro no sólo proveería su propio sustento, sino también el de otras urbes.

Aleandría, ¡qué ciudad! La metrópoli se extendía a lo largo de la costa en una superficie de seis kilómetros por uno y medio, proyectada según el diseño de la jónica Mileto, atravesada por magníficas calles rectas, la principal de las cuales, de seis kilómetros de largo de oeste a este, llevó el nombre de «hipódromo», pues, a diferencia de Roma, adversa a los carruajes, allí los vehículos tirados por caballos pasaban a todo correr, tanto de día como de noche, ya que, al caer el crepúsculo se encendían centenares de lámparas de aceite en las arcadas que flanqueaban la arteria

y que, en las tórridas horas del día, brindaban sombra al paseante. En toda la Antigüedad jamás se vio más espléndida avenida.

Las primeras cinco letras del alfabeto griego sirvieron para designar a otros tantos distritos de la ciudad, en los cuales se distribuyeron sin aparente transición egipcios, griegos, macedonios, árabes, persas y judíos. Estos últimos afluyeron por decenas de miles para asentarse en el distrito oriental del Delta, seducidos por la promesa de que serían regidos por el mismo derecho que egipcios y helenos. Las colectividades vivían separadas, pero no segregadas, de modo que formaban una maraña cosmopolita de personas, el segundo mayor conglomerado humano del mundo, que rindió homenaje a la memoria del gran macedonio.

*Paidion* («hijito»), lo había llamado el anciano profeta en el oasis de Siva, pero, lo cierto es que el bárbaro augur tuvo dificultades con el idioma griego y, frente al gran general, vencedor del aborrecido persa Darío, balbuceó algo así como *Paisdios* y todos pudieron escucharlo. Sin embargo, en griego esa palabra no significaba sino *Hijo de Zeus* y, de este modo, Alejandro consideró confirmada su ascendencia divina. Confiado en sí mismo y seguro de la victoria, marchó a Oriente, conquistó la fortaleza de Tiro hasta entonces considerada inexpugnable, incendió Persépolis, arrasó Maracanda y llegó al Indo, donde rompió a llorar porque ya no le quedaba nada más por conquistar.

Pero Alejandro había abusado de su salud y sobreestimado su vigor físico, y tal vez su afición a la bebida contribuyó también a su temprana muerte. A los treinta y tres años dejó un Imperio cuyas dimensiones no se igualarían jamás.

Tolomeo, un macedonio de cuello de toro y ojos hundidos, guardián de Alejandro durante largos años así como su más apreciado general, recibió como prebenda aquella parte meridional del Imperio que a los demás generales les pareció poco digna de desear, Antípater se quedó con Macedonia, Lisímaco dispuso de Tracia, Antígono dominó en Licia, Panfilia y la Frigia Mayor, mientras que Seleuco se apoderó de la lejana Babilonia, lo cual no fue un desacierto, pero sí una temeraria empresa pródiga en consecuencias para la cual requirió la ayuda de Tolomeo.

En realidad, Tolomeo fue quien finalmente tuvo mejor suerte. Tanto él como los demás diádocos debieron luchar por la herencia histórica, pero cuando en el año 305 se arrogó el título de rey, su actitud despertó en los pueblos de las orillas del Nilo el recuerdo de un glorioso pasado, y Tolomeo se convirtió en el primero de una dinastía a la que dio su nombre y cuyo dominio se prolongaría por mucho más tiempo que el de los demás reinos de los diádocos.

¿Tolomeo, el macedonio, un faraón, hijo de Ra, el dios Sol?

En rigor, hacía más de seiscientos años que el reino del Nilo no lo gobernaban los egipcios. Sheshonk, fundador de la dinastía vigésimo segunda, descendía de mercenarios libios que emigraron al Delta del Nilo y, en las sucesivas centurias, el reino sufrió la dominación de asirios y persas. Así pues, Tolomeo, el macedonio, sin duda fue recibido con menos desconfianza que los asiáticos que lo precedieron.

*Soter* le llamaron al europeo encaramado en el trono de los faraones, lo cual significaba *salvador*. De hecho, Tolomeo se presentó como salvador del reino del Nilo, derrotó al codicioso diádoco Pérdicas e hizo de Alejandría una deslumbrante capital. No contento con eso, el macedonio extendió el dominio de Egipto hasta Cirene y Chipre, último relumbrón del antiguo poder del reino de los faraones que se expandía hasta el Éufrates, pálido reflejo de las áureas dinastías de pasados milenios y, sin embargo, una estirpe que en escasos trescientos años vio en el trono a quince reyes y dieciséis reinas.

Todos los herederos varones del trono de Horus llevaron con orgullo el nombre de Tolomeo, tomado de aquel primero que tuvo como padre al macedonio Lagos y por madre a Arsinoe. La dinastía en cuyo principio se hallaba Tolomeo se conoció como la de los Lágidas o Tolomeos y concluyó con Cleopatra, la séptima del mismo nombre en ese tiempo.

Animado por el anhelo de Alejandro, Tolomeo, el salvador, convirtió la ciudad al oeste del Delta en un Dorado para arquitectos intrépidos, mercaderes hábiles en los negocios y científicos ambiciosos. Se hablaba, pensaba y vivía a la manera helénica. El ejemplo de Alejandro Magno, cuya alma se creía que había volado al cielo, conmovió demasiado a los hombres de todos los países dominadores. Oriente no conocía arquetipo alguno al que valiera la pena imitar, de modo que lo helénico, lo griego, aunque ya había transcurrido una generación desde el elevado florecimiento de la Grecia clásica, ganó nuevamente influencia universal. La era del helenismo hizo su entrada.

Un distrito de la ciudad se reservó para el palacio real, que se prolongaba hasta una península, el cabo Lochias, con edificios cercados por columnas entre las que se deslizaba el viento proveniente del mar, parques y un jardín zoológico particular. Las calles, que se unían en ángulo recto, olían a lujo y bienestar: en ellas se hacía la moda, desfilaban los militares; en ninguna otra parte la arrogancia celebró mayores triunfos. A quien entrara en la arteria principal por el este, por la Puerta del Sol le esperaban seis kilómetros de lujo iluminado por el astro rey, moda muy ceñida de trajes variados, cabelleras de artístico rizado y bromas y chanzas interminables alternadas con pláticas llenas de ingenio, y, cuando dejaba la calle por el oeste, por la Puerta de la Luna, el día probablemente ya estaba declinando.

De la Alejandría helénica casi no quedaron ruinas. Habitada sin interrupción desde aquellos tiempos hasta hoy en día, lo viejo y decadente fue reemplazado inmediatamente por edificaciones nuevas. No obstante, se supone que Alejandría fue una ciudad de edificios altos, pues tenía el doble de habitantes que Cartago, pero ni la mitad de su superficie.

Los Tolomeos hicieron de la arquitectura espejo de su arrogancia y, en este sentido, también imitaron a sus gloriosos antepasados faraónicos: apilaron piedras como promesa y expresión de poder y decoraron sus obras con centelleantes ornamentos. La particular situación de Alejandría entre el mar y el lago Mareotis

requirió la construcción de dos puertos: un puerto interior, en el sur, y el gran puerto marítimo, en el norte. Un canal de comunicación con el brazo Canopo del Nilo posibilitó la navegación directa entre la nueva capital del reino y Menfis, la antigua.

La isla de Faros, situada frente a la costa, ofrecía protección natural contra las marejadas que levantaban las tempestades invernales, por lo cual los Tolomeos construyeron, allí donde la distancia entre la isla y tierra firme era menor, un malecón transitable de siete estadios de largo, de ahí su nombre de *heptastadion*, cruzado en dos puntos por puentes de arco que permitían el paso de botes pesqueros. Este malecón dividía el puerto. En la mitad occidental se zangoloteaban las pequeñas chalupas de los pescadores, mientras que la mitad oriental estaba reservada a la armada y a la flota mercante. Allí estaban emplazados los grandes astilleros y depósitos, protegidos al este por un malecón que, interrumpido por un angosto acceso portuario, iba del cabo Lochias a la punta oriental de Faros.

Justo donde el malecón tocaba la angosta lengua de la isla se elevaba un faro, tan alto y tan ancho que los antiguos lo contaron entre las siete maravillas del mundo. Los historiadores y arqueólogos todavía alimentan sospechas acerca de su altura y aspecto, pues aunque presumiblemente el faro se elevaba hacia el cielo más alto que las pirámides de Gizeh y prestó servicios durante un milenio y medio, no quedó de él ni una piedra. En 1303 y en 1326 d. C. dos terremotos provocaron el derrumbe del coloso. Con sus escombros, los navegantes medievales levantaron una fortificación en el mismo lugar, en ruinas desde hace mucho.

El primer Tolomeo, que empezó la construcción, y el segundo, que la concluyó en 279, vieron en el faro algo más que una obra utilitaria. De hecho, incluso se cuestiona si esta maravilla fue concebida originalmente como un faro. Lo que importaba ante todo era hacer ostentación de poder, riqueza y ambiciones de dominio. Como arquitecto se cita a Sostrato, un famoso artífice de su época cuyo nombre aflora también relacionado con el santuario de Delfos. A Sostrato le molestó la exigencia de Tolomeo de incluir en la obra una inscripción en la que se alabara al rey como constructor, cuando el verdadero arquitecto era él. En consecuencia, el astuto dorio esculpió la siguiente inscripción en el fundamento: «Sostrato, hijo de Dexifanes de Cnido, en nombre de todos los marinos, a los dioses salvadores.» Luego la cubrió con yeso, y sobre la superficie grabó una segunda leyenda de igual texto, pero con el nombre del soberano. De la misma manera que con el tiempo las arrugas surcaron el rostro del rey, las grietas fueron resquebrajando el yeso, que finalmente acabó saltando por completo: Tolomeo y Sostrato habían dejado de existir hacía ya mucho, pero, gracias a la artimaña del arquitecto, su timbre perduró a través del tiempo.

Debió de sentirse muy orgulloso de su obra, por la que Tolomeo Filadelfo le pagó en concepto de honorarios 800 talentos. Según informes de la Edad Media, la torre tenía una base cúbica sobre la que descansaba una pieza intermedia de contorno octogonal y de la mitad de la altura de la base. Sobre el sector intermedio se levantaba una torre de sección circular coronada en su ápice por una estatua de



Poseidón o de Isis. Se estimaba que tenía una altura de entre 104 y 227 metros. Mediante una escalera helicoidal, situada en su interior, se accedía a la cámara de iluminación superior, donde un juego de espejos concentraba, por la noche, el resplandor del fuego, y, de día, los rayos del sol, y dirigía la luz hacia el norte. Una embarcación griega o fenicia habría divisado el fuego de Faros a un día de travesía de distancia, o sea, a más de 100 kilómetros.

La torre se convirtió en el signo distintivo de Alejandría, más aún, Faros dio su nombre al dispositivo.

Cerca del palacio, los Tolomeos construyeron un mausoleo para albergar los restos del difunto Alejandro y cumplir así el deseo del gran macedonio de ser inhumado en Egipto, en el oasis de Siva. Sin embargo, Tolomeo Soter mandó trasladar el cuerpo de Babilonia a Menfis, donde encontró un lugar de reposo provisional, y no fue hasta tiempos de Tolomeo Filadelfo cuando los restos mortales de Alejandro encontraron por fin sepultura en Alejandría. Desde ese momento, todos los descendientes de aquella dinastía egipcia descansaron a su lado. De este modo, los nuevos soberanos de Egipto deseaban expresar que eran los verdaderos sucesores del gran general y monarca Alejandro.

Tolomeo, el salvador, hizo gala de gran sagacidad al buscar marido para sus hijas Arsinoe, Teoxene, Tolomea y Antígona. Los hombres a quienes ofreció con éxito a sus bellas hijas eran viejos rivales. Ciertamente, fue el más inteligente de los diádocos, un historiador de elevada cultura que escribió para la posteridad el relato de las guerras de Alejandro y, como político y experto en organización, muy superior a sus rivales. De todos los diádocos que se repartieron el Imperio de Alejandro, Tolomeo fue quien mayor relación tenía con el gran macedonio. En cualquier caso, al parecer había una cierta vinculación entre Filippo, padre de Alejandro, y Arsinoe, la madre de Tolomeo.

Por esa sola circunstancia, éste se sentía llamado a ser gobernador, no sólo de Egipto, sino de todo el Imperio. El propio Alejandro había fundado la capital y Tolomeo hizo todo cuanto estuvo en su mano para que se hiciera realidad el sueño del gran macedonio: convertir a Alejandría en la capital de todo el mundo helenístico y en centro universal de la ciencia. De tal manera que se desarrolló en ella una cultura propia con notoria influencia sobre la ciencia, la literatura y el arte. La cultura alejandrina rindió sus primeros frutos en las cortes de los soberanos helenísticos, en las cortes de los macedonios y seléucidas, así como en Egipto; pero muy pronto el centro cultural se desplazó a la capital del reino del Nilo.

La cultura es poder. Treinta y una dinastías faraónicas se lo habían enseñado a Tolomeo, y, en consecuencia, el historiador llegado al trono se dedicó a fomentar las artes y las ciencias en una medida no conocida hasta entonces. Fundó el Museo y la Biblioteca alejandrinos, favoreció el culto de Serapis y un culto imperial del glorificado Alejandro.

¿Dónde había habido hasta entonces una construcción como ese Museo, el hogar

de las musas danzantes? Este Museo, que seguía el modelo de la Academia de Platón, donde los filósofos atenienses se reunían en torno a un santuario de las musas, estuvo abierto a todos los discípulos de las nueve musas: Clío, la musa de la historia; Calíope, la musa del arte de narrar; Melpómene, la musa de la tragedia; Talía, la musa de la comedia; Urania, la musa de la astronomía; Erato, la musa de la danza; Euterpe, la musa de la música y de la lírica; Terpsícore, la musa del coro; y Polimnia, la musa de la pantomima.

Tolomeo siempre atraía al Museo alejandrino, situado en el interior del complejo del palacio, en la parte oriental de la ciudad, a los mejores de cada especialidad, y prodigaba a sus huéspedes comida y vivienda gratuita, además de un estipendio anual de doce talentos. Los venerables hombres de las artes y las ciencias también estaban exentos del pago de impuestos y de trabajo públicos. Por consiguiente, no era de extrañar que los mejores de su época afluyeran a Egipto con la esperanza de acceder a la corte de Tolomeo. Sin embargo, el soberano se reservó el derecho de selección.

Cuando un estudioso había logrado vencer los muros de mármol del Museo, podía dedicarse con libertad e independencia a la ciencia, el arte y la investigación, ponerse a discutir con el rey e incluso solicitar su atención. Hombres de rango y nombre, llegados de todas partes del mundo, cuando retornaban a sus tierras lo hacían llevando la cultura alejandrina hasta los rincones más remotos del Imperio.

Todo cuanto se elaboraba en materia de saber e investigación era dignamente guardado en la Biblioteca de Alejandría. En el edificio anexo al Museo se llegaron a atesorar hasta 700.000 rollos, toda la literatura griega desde *La Ilíada* de Homero, hasta el Antiguo Testamento en griego, pasando por los escritos de los filósofos helenos. El peripatético Demetrio de la escuela ateniense de Aristóteles comenzó la tarea de catalogar todas las existencias, una empresa necesaria dada la cantidad de material. El afán de archivar en la Biblioteca todo cuanto se hubiera escrito produjo extraños frutos: las autoridades aduaneras egipcias confiscaban todos los rollos que entraban en el país, los escribas se encargaban de copiarlos y luego se les entregaba la copia al dueño, mientras que el original pasaba a enriquecer la Biblioteca de Alejandría.

Alejandría, ¡qué ciudad! En parte alguna del mundo la tolerancia con quienes pensaban de distinto modo fue tan grande como allí. Tampoco podría imaginarse de otra manera la vida en esa metrópoli. En Faros se levantaban, al alcance de la vista y en armonía uno con otro, un templo de Isis y un templo de Apolo y, en el centro, había un santuario general donde se ofrecía a griegos, egipcios, fenicios, judíos y sirios la posibilidad de venerar a sus dioses primitivos. Se demostraba interés por las creencias de los demás, y llegaron a desarrollarse formas de culto mixtas.

La comunidad de muchas culturas y pueblos tuvo una fructífera influencia, sobre todo en la ciencia. Euclides, de la escuela platónica de Atenas, fue en Alejandría maestro de matemáticas y geometría, y Eratóstenes, filósofo, bibliotecario, preceptor de los príncipes y geógrafo. Calculó la circunferencia de la Tierra en 252.000

estudios. Hiparco de Nicea, geógrafo y astrónomo, elaboró un catálogo de estrellas; Aristarco de Samos propagó el sistema planetario heliocéntrico. A su juicio, el Sol y los astros fijos permanecían inmóviles, mientras que la Tierra y los planetas giraban alrededor del Sol. Herófilo de Calcedonia, anatomista y farmacéutico, disecó cadáveres humanos y creó raros medicamentos, como un ungüento oftálmico preparado con excrementos de cocodrilo. Eristrato de Ceos, anatomista y fisiólogo, expuso la teoría según la cual el cuerpo humano se componía de átomos rodeados de un vacío. Al mismo tiempo, describió la función de la válvula cardíaca.

Esto fue demasiado para los mundanos alejandrinos. La ciencia, protestaron, huroneaba en cosas de la vida, obstaculizaba a los dioses en su obra y, por tanto, era un sacrilegio por el que todos los hombres habrían de pagar. Cundió la intranquilidad y el monarca prohibió mediante edicto la infame investigación.

Ctesibio, hijo de un peluquero, se reveló como un verdadero genio durante el reinado de Tolomeo Filadelfo. Muchas de sus invenciones, de una gran diversidad, transformaron el mundo. Al intentar construir un dispositivo de elevación de espejos para el salón de su padre, Ctesibio empleó una pesa de plomo que se deslizaba hacia arriba y hacia abajo por un tubo. Los silbidos que producía según el tamaño del espacio de resonancia le dieron a ese hombre ingenioso la idea de construir, en base a este principio, un instrumento musical, y así nació el *hidraulis*, una especie de órgano. Mediante el aprovechamiento de la presión del aire y el agua inventó la manga de incendios; con ayuda de una tobera de precisión por la que goteaba agua regularmente, se levantaba un flotador, y éste movía una aguja que marcaba las horas. Los relojes de Ctesibio funcionaban según diversos principios. El reloj de bola hacía tintinear hora a hora una bola que caía sobre una escudilla; otro hacía cantar pajaritos mecánicos a la manera de un reloj de cuco. Las anotaciones del genial inventor permiten presumir que estaba muy próximo a inventar la máquina de vapor. Cuesta imaginar lo que habría sucedido si al alejandrino le hubiese resultado esta picardía de su ingenio.

Tolomeo Soter llegó a los ochenta y cuatro años, pero de acuerdo con una antigua costumbre faraónica, aún en vida nombró corregente al hijo de su segunda esposa, Berenice. Se llamaba también Tolomeo y le pusieron como segundo nombre *Filadelfo* (amante de la hermana) por haber desposado a su hermana Arsinoe II. Siguiendo el ejemplo de su padre, Tolomeo Filadelfo fomentó la literatura y las ciencias. Durante su reinado el Museo y la Biblioteca de Alejandría alcanzaron su mayor florecimiento.

Un hombre llamado Calímaco de Cirene gozó de un gran prestigio, así como de la estima del segundo Tolomeo. Apareció en el barrio de Eleusis como maestro elemental, pero pronto el rey lo mandó llamar en virtud de su arte como literato y lo nombró poeta de la corte y director de la Biblioteca. En ambas funciones, Calímaco se convirtió en maestro de toda una generación de gramáticos. Sus aparatosas poesías ensalzaban el dominio de su rey en la cumbre del poder, que pretendía extenderse a

un dominio universal.

A pesar de que los macedonios eran de refinado gusto artístico, amantes del saber y estaban muy orgullosos de su cultura griega, la influencia del Oriente que los rodeaba era aún mayor: se regían por costumbres egipcias, adoptaron el boato oriental y, tal como hacían los grandes faraones del Antiguo y el Nuevo Reino, ponían en manos de subordinados la ejecución de todas las tareas, a la manera de los dioses.

Tolomeo Filadelfo simpatizaba aún más que su progenitor con los naturales de Judea. Basta echar una mirada al mapa para entender por qué: Judea constituía un cojineté entre el desmedido reino de los seléucidas en el este y el reino de los faraones. Tolomeo no sólo les otorgó los mismos derechos que a los *encorioi* (los nativos), sino que también liberó a 100.000 judíos (eso dice al menos un papiro que se encontró) llegados a Alejandría durante el curso de las luchas de los diádocos y los indemnizó uno a uno por la injusticia sufrida. Filadelfo envió al sumo sacerdote Eleasar regalos sagrados para el templo y le prometió ayuda económica. A su vez, Eleasar retribuyó al soberano con la cesión de 72 traductores para su Biblioteca: presumiblemente, fueron los autores de la versión griega de la Biblia.

El segundo Tolomeo engendró a un tercero que llevó el mismo nombre de la dinastía y al que, por razones inescrutables, se llamó: Evergetes, *el Benefactor*. Este faraón celebró triunfos militares y procuró al reino su máxima expansión territorial. Su padre Filadelfo urdió el compromiso de su hijo con la niña Berenice, hija del virrey Magas de Cirene y su resoluta esposa Apama. El viejo Magas, hermanastro del segundo Tolomeo mal podía negarse, pero Apama, hija del seléucida Antíoco I, se opuso violentamente a la proyectada alianza y, al morir Magas, declaró nulo el compromiso de Berenice con el Tolomeo y ofreció la mano de su hija a Demetrio, a quien llamaban *el Hermoso*, hijo de su propio amante. Sin embargo, la princesita tenía amigos en la armada y preparó una insurrección popular en la que Demetrio halló la muerte. Apama tuvo que huir y Berenice se convirtió en virreina de Cirene. Aportando como dote un reino sátrapa, ya podía casarse con Tolomeo Evergetes.

Fue un matrimonio dichoso que duró veinticuatro años, muy loado por el poeta de la corte, Calímaco. Cuando Evergetes partió para Siria, Berenice se cortó su larga melena ondulada y se la ofrendó a la diosa Afrodita en su templo. Cierta día, el brillante y dorado cabello desapareció y, a modo de justificación, los sacerdotes del templo explicaron que la propia Afrodita se había apoderado de esos cabellos de oro. Los astrónomos de Alejandría descubrieron en el cielo boreal un grupo de estrellas centelleantes de mil galaxias, entre la Virgen y el Gran Carro y llamaron a la constelación *La cabellera de Berenice*.

Los triunfos de Evergetes en los campos de batalla (cruzó el Éufrates y avanzó hasta los límites de la India) y el abnegado amor de Berenice parecieron motivo suficiente para venerarlos a ambos como dioses aún en vida. Nunca volvería a alcanzar el reino de los Tolomeos tal expansión. Sus súbditos vivían en gran bienestar, y las artes y las ciencias habían alcanzado logros insólitos.

Doscientos treinta y ocho años antes del nacimiento de Cristo, los astrónomos alejandrinos introdujeron una forma de calendario del año solar. En esa misma época, el sínodo de sacerdotes de Cánolpo, un lugar al este de la capital, emitió un decreto por el cual confirmaba el culto divino de la pareja real. A fin de que la noticia fuera accesible a la mayor cantidad posible de personas, redactaron el escrito en tres formas distintas de escritura e idiomas: los jeroglíficos de los sacerdotes egipcios, los caracteres demóticos del egipcio corriente y el griego. Dos mil años más tarde, este decreto trilingüe iba a tener insospechada trascendencia: gracias a él se lograron descifrar los olvidados jeroglíficos.

La era de Tolomeo Evergetes concluyó trágicamente. Del matrimonio con Berenice nacieron cuatro hijos: Tolomeo, Arsinoe, Berenice y Magas. Al expirar su padre a los sesenta y tres años, Tolomeo, el primogénito, reclamó el trono. Era muy joven y Berenice, su madre, insistió al menos en una corregencia. La situación atizó las suspicacias de los dos poderosos ministros Sosibio y Agátocles, quienes, para la consecución de sus propios fines, prefirieron un rey débil que una reina divina. Por tal motivo envenenaron a Berenice, asesinaron en el baño a Magas, el otro heredero varón del trono, y llamaron al cuarto Tolomeo *Filopator* («que ama a su padre»).

Decadente, dipsómano, sensual y dado al lujo, así describen los historiadores a Tolomeo IV. Su reinado no estuvo favorecido por los astros. Por primera vez se rebelaron los habitantes de Egipto, sojuzgados por la dinastía macedonia. El esplendor de Alejandro Magno pareció apagarse y Tolomeo Filopator tuvo que apelar a todas las fuerzas para dominar las dificultades de la política interna. El fin de los Lágidas parecía inevitable.

Mientras el ministro de Finanzas, Sosibio, conducía los negocios del gobierno, el cuarto Tolomeo bogaba aguas arriba y aguas abajo por el Nilo en una nave de madera de cedro y velas purpúreas, protegido del sol por balaustradas sostenidas por columnas. Fiel a la antigua tradición faraónica, desposó a su hermana Arsinoe, quien enseguida dio a luz a un varón a quien no podían llamar sino Tolomeo, el quinto, con el cognomento Epífanés, *el Dios aparecido*.

Este quinto Tolomeo tenía apenas seis años cuando su padre obeso, debilitado por la gula, la bebida y la fornicación, halló la muerte a los treinta y cinco años, durante una expedición a Siria.

De acuerdo con el probado procedimiento, el ministro de Finanzas, Sosibio, envenenó a la viuda y se hizo cargo de la tutoría del menor, apoyado por sus colegas Agátocles, Tlepolemo y Aristómenes.

No hubo mucho digno de mención durante el reinado del infortunado Tolomeo Epífanés. Falleció a los treinta años, envenenado. No fue coronado rey hasta que cumplió los diecisiete, y la coronación no se produjo en Alejandría, sino en Menfis, la antigua capital del reino de Egipto, lo cual evidenció que la influencia egipcia se estaba imponiendo y la estrella de Alejandría empezaba a declinar. Tolomeo V perdió en batalla la sureña Siria, Palestina y las posesiones en Asia Menor a favor del

seléucida Antíoco III, de modo que, aparte de Egipto, no le quedaron sino Chipre y Cirene. Pero, en cambio, conquistó la simpatía de la única hija de Antíoco. Su nombre era Cleopatra.

No contaba más de diez años cuando le fue entregada por mujer a Tolomeo y las crónicas guardan silencio acerca de su vida. Es curioso, pues la huella que Cleopatra I dejó en los Tolomeos fue tan profunda que, a partir de entonces, todas las reinas de Egipto llevaron su nombre y los reyes con el nombre Tolomeo pierden importancia frente a sus resolutas consortes.

Desde 180 a. C. Cleopatra I condujo los negocios del gobierno en nombre de su hijo Tolomeo VI, menor de edad. En Egipto imperaban el asesinato y la violencia cuando éste asumió el gobierno al cabo de diez años, y casi parece un milagro que la dinastía de los Tolomeos no decayera entonces. Sin duda, el mérito fue de su hermana Cleopatra II, que gobernó como corregente y hasta pidió ayuda a los romanos cuando los alejandrinos tramaron una rebelión. También ella gobernó cierto tiempo en nombre de su hijo, el séptimo Tolomeo, pero al percatarse de su incompetencia, lo mandó matar sin miramientos con el buen gusto de hacerlo precisamente el día en que obligó a su hermano menor, Tolomeo VIII, a casarse con ella.

Del matrimonio con el hermano menor de Tolomeo VII, Cleopatra II tuvo otra hija que, como no podía ser de otro modo, recibió también el nombre de Cleopatra. Tolomeo VII, que solía salir de paseo medio desnudo, envuelto en velos transparentes, y al que el pueblo conocía como *el Barrigón* o *el Malhechor*, le echó el ojo a la pequeña y, muy pronto, llevaron vida marital en trío. Oficialmente, llamaba a mamá Cleopatra *gine* (esposa) y a Cleopatra hija *adelfa* (amiga).

Eso fue causa de una guerra civil. Tolomeo y su «amiga» huyeron de la ira de la «esposa» y pidieron ayuda a los seléucidas de Chipre, que se la concedieron. Junto con Antíoco VIII conquistaron Alejandría, pero mamá Cleopatra II no fue tomada prisionera, ni asesinada. No, madre e hija, así como esposa y amante se abrazaron, se amaron y continuaron gobernando en trío. Antíoco quedó a un lado, algo molesto. Debió de sentirse ridículo tras haber recorrido más de 1.000 kilómetros por mar y tierra simplemente para ver cuán bello era el amor de a tres. Para consuelo del seléucida le fue entregada otra Cleopatra, nacida de la unión de tío y sobrina. *Difficile est satiram non scribere*, decía Juvenal: a veces es realmente difícil no escribir una sátira.

*El Barrigón* mantuvo el matrimonio de a tres bastante tiempo. Por fin falleció en el año 116 a. C., a los sesenta y seis años, y Cleopatra II y su hija, la tercera, gobernaron conjuntamente un año más, hasta que Cleopatra III consiguió eliminar a su madre. Ya nos encontramos en el año 115 a. C.

Lo que distinguió a Cleopatra, además de su dominio y astucia, fue sobre todo su fecundidad. Trajo al mundo dos hijos, ambos llamados Tolomeo, y tres hijas llamadas Cleopatra. Al principio reinó la madre con su hijo, Tolomeo IX, pero las cosas sólo funcionaron durante un par de años, al cabo de los cuales lo echó de palacio. El hijo

huyó a Chipre y Cleopatra III se llevó consigo al trono a su hijo predilecto, Tolomeo X. El décimo Tolomeo no honró el magnánimo gesto de su progenitora y, después de seis años de compartir el trono, mandó que la asesinaran y se casó con su hermana Cleopatra IV, que hacía catorce años había sido repudiada por su esposo y hermano, Tolomeo IX.

La quinta portadora de este nombre se convirtió en esposa-hermana del duodécimo Tolomeo después de que el undécimo, aquel que mandó matar a su suegra, Cleopatra Berenice III, cuando apenas faltaban diecinueve días para que gobernaran conjuntamente, sucumbió a manos de los alejandrinos. El duodécimo Tolomeo, llamado Teo Filopator Filadelfo Neo Dioniso Auletes, lo cual significaba tanto como «*Dios, amado de su padre, amante de su hermana, nuevo Dioniso y flautista*», fue el padre de aquella legendaria Cleopatra, de la que nos ocuparemos en este libro. En el año 76 fue coronado rey en Alejandría y en el 69 se casó con Cleopatra V.

El país del Nilo y su caprichosa dinastía de soberanos inquietaba desde hacía mucho a los romanos. Egipto no era una provincia romana, pero mantenía con Roma una cierta relación de dependencia en cuanto a la política exterior. A través de su propio endeudamiento, los Tolomeos se hicieron a sí mismos y a su reino dependientes de Roma porque no dejaban de reclamar su ayuda cuando a uno de ellos le iba mal. Y un romano no movía un solo dedo sin pensar en su propio provecho. Tolomeo X, por ejemplo, expulsado por los alejandrinos en 88 a. C. pidió dinero prestado a los romanos para organizar una nueva flota. A cambio, legó por testamento todo el reino a los romanos, un procedimiento insólito que su hijo Tolomeo XI, obligado a huir a Roma en busca del amparo de Sila, confirmó en su momento. Lucio Cornelio Sila, desde 82 a. C. dictador irrestricto en Roma, dejó en claro por primera vez que los hilos del reino del Nilo se movían desde el Tíber. De acuerdo con el deseo de Sila, el undécimo Tolomeo se convirtió en rey de Egipto y debió desposar a su madura suegra, pero, como queda dicho, no la aguantó más de diecinueve días. Seguidamente, los indignados alejandrinos apalearon al rey hasta darle muerte.

Dado que Tolomeo XI era el favorito del dictador romano, lo sucedido despertó en los egipcios legítimos temores. Lo acontecido daba a los romanos todo el derecho a anexar el reino del Nilo. Horrorizados, los alejandrinos recordaron la guerra contra Mitrídates, la devastadora expedición de Sila a Grecia, tras la cual Atenas quedó reducida a cenizas y escombros. Sin embargo, nada de eso sucedió. Sila había envejecido y había optado por retirarse a la vida privada para escribir sus memorias.

De tal manera, Egipto siguió siendo lo que era: un país deteriorado por los desórdenes de sus soberanos, situado al margen del dominio de influencia romana.

Tolomeo Auletes, *el Flautista*, fue sin duda tan incompetente como sus antecesores en el desempeño de sus funciones como faraón, pero cuando el sol de la historia se hunde en el ocaso, hasta los enanos proyectan sombras largas, y Tolomeo supo sacar provecho de la debilidad de sus rivales. Mientras, en Roma, donde los

pobres eran cada vez más pobres y los pocos ricos cada vez más opulentos, las miradas codiciosas se dirigían cada vez más a Egipto, un país rebosante de riqueza, de tesoros naturales, frutos y especias exóticos, dos cosechas anuales y con un proficuo comercio con el Oriente. Sin embargo, en el Senado romano imperó por mucho tiempo la pragmática idea de que el reino tolomeico bien podía ser anexado, pero de ninguna manera mantenido. Finalmente, los egipcios no ocultaron su aversión contra los romanos y los injuriaron llamándolos un pueblo brutal y sin cultura, pero no por ello dejaron de vivir en el constante temor de ser tomados por sorpresa, despojados de sus monumentos culturales como lo habían sido los griegos, y degradados a la condición de colonia, obligada a pagar tributo.

Por supuesto, la estricta negativa del Senado a considerar cualquier plan de conquista de Egipto provocó, como era habitual en aquellos días, un movimiento popular: se tenía la esperanza de lograr, con tal conquista, un considerable aumento de poder, además de proficuos negocios.

Quien mayor interés demostraba tener en Egipto era Craso. La noticia de que en poco tiempo había hecho una fortuna mediante especulaciones con el suelo, inquilinatos y la explotación de minas de plata llegó hasta Egipto. Pero el segundo triunviro también había puesto el ojo en el ámbito mediterráneo. Respaldado por el favor que le dispensaba el pueblo, consiguió obtener del Senado un cargo que hasta entonces no había existido y que despertó gran interés en el Nilo.

Como pretexto, Cneo Pompeyo solicitó que se le concediera durante tres años el mando supremo de todo el Mediterráneo y las comarcas costeras con el fin de combatir la piratería. De hecho, eso fue lo que hizo Pompeyo. En tres meses erradicó del Mediterráneo occidental todos los nidos de piratas, y luego se dirigió al este. Fue entonces cuando se vio con toda claridad que su lucha contra los piratas no había sido más que una excusa, pues atacó a Mitrídates VI, rey del Ponto, y a Tigranes, su yerno, el rey de Armenia, quien regía sobre una parte de Mesopotamia, Siria superior, Cilicia y Capadocia, e infligió a ambos una derrota aniquiladora. Los restos del antiguamente tan poderoso reino de los seléucidas, rivales de los Tolomeos, se confundieron con la provincia romana de Siria. Como último de los herederos de Alejandro quedó Tolomeo *el Flautista*: ya sólo parecía cuestión de tiempo que Pompeyo extendiera el dominio romano hasta Egipto.

El fuego romano ya había invadido Judea, el reino que había pertenecido en el pasado al dominio tolomeico, que había caído bajo la influencia seléucida hacia 200 a. C. y que había recuperado su total autonomía bajo los hasmoneos y macabeos. Al convertirse esa provincia en territorio romano, el reino romano y el tolomeico tuvieron una frontera común.

¿Qué podía hacer Tolomeo Auletes? Seguramente en un acceso de pánico resolvió salir al encuentro de Pompeyo con 8.000 jinetes egipcios, aunque no para contenerlo, sino como tropa de refuerzo, como si al veterano estratega romano le hubiera hecho falta. Además invitó al enemigo a un banquete al aire libre, consciente



de que la mano que sostiene una copa no puede tomar la espada. Tolomeo contó mil invitados y alardeó con más de mil copas de oro que presentaba a los romanos para cada nueva bebida. Y Pompeyo perdonó a Egipto.

## Capítulo dos

Cleopatra VII vino al mundo en el año 69, en una época de angustia e inseguridad. Debió de sentir un profundo afecto por su padre, Tolomeo XII, pues no en vano se le otorgó más tarde el nombre *Filopator*, «la que ama a su padre». En cambio, jamás conoció a su madre, pues Cleopatra V falleció el mismo año que dio a luz.

Cleopatra era pequeña y esmirriada; su nariz, al parecer demasiado grande, sólo podía calificarse de aguileña, y el mentón se proyectaba exageradamente hacia delante. La niña distaba de ser una belleza. Dos centurias y media de relaciones incestuosas habían dejado mella en los Tolomeos.

Los reyes de esta dinastía todavía habitaban en aquel entonces en su palacio, en el nordeste de Alejandría, rebosante de oro, rodeado de palmares y con zoológico propio. Disfrutaban aún de la riqueza de los siglos pasados, que parecía inagotable; pero, visto con objetividad, ya podía predecirse el destino de aquella doncella. Si el oráculo de Siva hubiera pronosticado entonces que a temprana edad Cleopatra se casaría con su padre o con su hermano y pronto acabaría sus días envenenada, ningún ser humano hubiese dudado de la profecía.

Sin embargo, si los sacerdotes de la predicción hubieran vaticinado que esa niña insignificante hechizaría algún día al hombre más poderoso del Imperio romano, provocaría una crisis mundial y llevaría el reino al borde de la escisión, todo el mundo se hubiera echado a reír, habría manifestado que en otros tiempos las predicciones del oráculo del oasis de Siva eran más acertadas y habría aconsejado consultar a los sacerdotes de Dídima o a las pitonisas de Delfos. Ciertamente, era más que improbable que se cumpliera uno u otro vaticinio. Y, sin embargo, así sucedió.

Sobre la infancia de Cleopatra, nada indica que transcurriera de manera distinta a la que era habitual en aquellos tiempos. Su elevada educación, su temprana iniciación en las bellas artes, la danza y el canto están fuera de toda duda. Sin duda, la séptima Cleopatra fue testigo de las inclinaciones musicales de su progenitor, el Flautista, quien tenía predilección por acompañar a sus cantantes con la flauta, algo que requeriría hoy mayor virtuosismo que en el antiguo Egipto, pues el canto no era en realidad sino un pretexto o estímulo para las relaciones sexuales.

Y, si de vez en cuando la hija debía rendirse a la voluntad de su padre, esto no era reprochable ni oprobioso de acuerdo con la moral egipcio-tolomea, sino todo lo contrario: las relaciones padre-hija y hermano-hermana tenían un carácter divino y su función era mantener la sangre de la dinastía pura de toda influencia extraña. Aun cuando de origen greco-macedonio, los Tolomeos se consideraban herederos del trono de Horus y, por consiguiente, descendientes de los dioses y, como ya se ha dicho, se hacían adorar en vida como tales. El incesto se justificaba con el lema: lo

divino con lo divino genera divinidad.

*Filopator*, el atributo de la séptima Cleopatra, «la que ama a su padre», probablemente fuera una alusión a este tipo de relación. Pero lo notable en la niña que más tarde se convertiría en reina era algo del todo diferente: su rara inteligencia, que con el tiempo se trocó en sagacidad y, por último, en astucia. Fue la primera de las reinas tolomeas en aprender la escritura y la lengua egipcia antiguas. Forzosamente, eso la llevó a tener contacto con los sacerdotes egipcios y sus milenarias enseñanzas secretas, una mezcla de ocultismo y conocimientos científicos, como los que se enseñaban en el Museo de Alejandría. En aquel tiempo la medicina, la física y la química experimentaron un gran florecimiento, y los frutos de esas disciplinas eran considerados milagros por el pueblo y elogiados como tales por los sacerdotes, por demás interesados en mantener ese halo misterioso. La mezcla de los dioses griegos y sus cultos con los de las divinidades egipcias también contribuyó a que la magia, en la que triunfaba lo seudorreligioso, alcanzara gran significación.

Una de las enseñanzas de los sacerdotes era el erotismo, desde antiguo celebrado en Egipto como arte y como ciencia. Hátor, la diosa del amor libre, llevaba el *menat*, una cadena que provocaba deseo sexual en todo aquel que la tocaba. Las formas y aberraciones de este impulso eran enseñados en los templos de Hátor, en nada comparables a las prácticas de las hieródulas griegas, aquellas «esclavas sagradas» que se entregaban en nombre de Dios a la prostitución sacra en el templo de Afrodita de Corinto, pues eso ocurría en beneficio de la institución del templo. En Egipto tampoco se desconocía esa fuente de ingresos pecuniarios, pero una doncella que buscaba educarse en el templo de Hátor lo hacía en su propio beneficio y provecho, para eludir el «gran pecado» de la castidad y la esterilidad. Participaba a tal fin de curiosos ritos, abrazaba enormes falos, se entregaba a tercios machos cabríos o al sagrado toro Apis de Menfis.

Cuán libre y emancipada vivía la mujer en el Egipto tolomeico lo demuestra el hecho de que gobernaron siete reinas —como corregentes o simplemente como regentes, según fuera el poder del hermano o del padre-esposo—, y eso en tiempos en que todo el Imperio romano se subordinaba a un puro dominio de los hombres. Para Egipto esto no significaba nada nuevo, pues ya a mediados del segundo milenio antes de Cristo, durante el nuevo reino, una soberana se había apropiado del trono de los dos países, el Alto Egipto y el Egipto inferior, y pronto le salieron imitadoras. Sin embargo, desde entonces habían trascurrido casi mil años sin que mujer alguna alcanzara ni por aproximación la importancia y la sagacidad de Hachepsut, Nefertiti o Tausret. Pero volvieron a regir las mujeres, aun cuando no fueran egipcias.

Aunque su físico era poco atractivo, y las pocas efigies que se han encontrado no permiten extraer otra conclusión, Cleopatra aprendió desde temprana edad el arte de la cosmetología: delineaba sus ojos con pasta negra de pizarra, sombreaba sus mejillas y coloreaba sus labios con minio, empleaba silicato de cobre para azular las córneas de los ojos y cinabrio rojo brillante para realzar los pezones. Cleopatra ya se

servía de estas técnicas cuando, de acuerdo con la escala europea, era todavía una niña.

La magia, el elevado arte de los egipcios, era enseñada por especialistas y, en este terreno, desempeñaba un papel decisivo el hechizo amoroso. Sortijas mágicas y amuletos llevaban reproducciones de deidades griegas o egipcio-helenísticas, como Isis y Anubis, con leyendas coercitivas del tipo «Cumple mi deseo», misteriosas fórmulas mágicas como «Abanathanaba» o raros números místicos. Pero estas fórmulas mágicas sólo alcanzaban su poder mediante una ceremonia de iniciación, sacrificio o conjuro practicado por un sacerdote, para quien la telepatía y la hipnosis eran conceptos corrientes.

Es evidente, y las ulteriores formas de comportamiento de Cleopatra en su trato con los hombres no dan lugar a otra conclusión, que la princesa fue instruida en la magia egipcia del amor en todas sus variaciones y supo aplicarlas todas con acierto, puesto que el límite entre la autosugestión y el efecto hipnótico es muy fluctuante.

En la Edad Media, habrían quemado a Cleopatra por bruja si se hubiese servido de objetos misteriosos como «la espada de Dárdano», un antiquísimo y olvidado hechizo redescubierto por Demócrito, para quien el pensar era una mera forma de presentación de la materia. La habrían flagelado si se hubiera metido en la boca una piedra imán con la figura de Afrodita y la hubiera movido con la lengua mientras profería conjuros. Las piedras imán contenían energía; en todo caso tenían la propiedad de atraer objetos metálicos. ¿Por qué no iba a ser transmisible ese poder al espíritu humano? Habría acabado en la hoguera si se hubiese conocido su curiosa práctica de hacer, con una lámina de oro cubierta de conjuros, un bollito que le daba a comer a una perdiz, la cual era sacrificada justo cuando iba a tragarse la bolita de oro, que podía así ser recuperada. Colgada del cuello, esta bolita debía de conferir poderes, en especial sobre los hombres esquivos.

Esta magia no era condenable, no era algo por lo cual hubiera debido ocultarse; al contrario, una mujer experta en cosas de la magia amorosa parecía más codiciable que la inexperta. Además, todo hechizo involucraba algo de divino, al menos así lo creían los egipcios.

De esta manera, la infancia, la educación y el adiestramiento de Cleopatra no difirió sensiblemente de los de su madre y su abuela, pero influencias imprevisibles coadyuvaron a que su vida siguiera un curso del todo diferente.

Su padre, que había tenido que sofocar una insurrección tras otra en su propio reino, todavía era tolerado por Roma, pero de manera alguna reconocido como rey de Egipto. Sin embargo, consciente de su herencia alejandrina, se aferró a su trono, y finalmente consiguió merecer el reconocimiento romano, si bien el Flautista hubo de ofertar para ello una suma elevada. César no discutió mucho, exigió 6.000 talentos para sí y para su amigo Pompeyo. Craso desistió.

La suma de 6.000 talentos era exorbitante. Representaba más de la mitad de las recaudaciones impositivas anuales del reino del Nilo. ¿De dónde iba a sacar Auletes

tanto dinero?

Desesperado, Tolomeo trató de negociar pagos diferidos, pero César se mantuvo inflexible: o bien el Flautista (así llamaba César al soberano) pagaba enseguida, o perdía su reino. Al fin y al cabo podía pedir prestado el dinero. Y Tolomeo así lo hizo. El gran banquero romano Cayo Rabirio Póstumo adelantó la sideral cantidad y Auletes fue reconocido como rey de Egipto, amigo y aliado del pueblo romano.

Cuando se celebró este fatal acuerdo, Cleopatra ya contaba diez años y, sin duda, supo de las despiadadas represalias del político romano que habían empujado a su padre al borde del abismo. Éste cavilaba entretanto cómo explicar a su pueblo la necesidad de un drástico aumento de los impuestos. Para crear previamente un clima favorable, decretó una amnistía general, abrió las puertas de las cárceles y suspendió todos los procesos pendientes. Sin embargo, sus acciones resultaron demasiado transparentes como para rendir fruto, y el pueblo, que sólo respaldaba al rey Tolomeo en una ínfima parte, fue muy crítico con la situación y la posición de Auletes empeoró día a día. El futuro de Cleopatra se auguraba muy sombrío.

Corría el año 58. Catón había conquistado la isla de Chipre, situada a sólo dos días de navegación, y depuesto al hermano de Tolomeo Auletes. Los egipcios, exasperados por el drástico incremento de los tributos decretado por el Flautista, se hartaron definitivamente de su dominio, tanto más cuanto que no había realizado el menor esfuerzo para ayudar a su hermano a defender de los romanos la opulenta isla de Afrodita. La cosa degeneró en una revolución abierta, y el Flautista optó por abandonar el país.

Tolomeo Auletes huyó en un barco rumbo a Rodas, de allí se trasladó a Atenas y, por último a Roma. Hasta el presente no se han dilucidado los detalles de esta huida. ¿Se llevó el Flautista consigo a su hija menor Cleopatra Filopator? Esto sólo se puede suponer. No tenía a la sazón sino once años. Pero ¿por qué abandonó a la mayor, a Cleopatra Trifaina?

Lo cierto es que a Cleopatra Trifaina los alejandrinos la sentaron en el trono después de la fuga de su padre. Es de suponer, por consiguiente, que ya no se especulaba con el retorno del monarca, o bien se intentaba impedir que se produjera. Debieron de imperar entonces circunstancias caóticas. Algunas inscripciones de esa época mencionan también la ausencia de Auletes, reinante junto con su hija Cleopatra Trifaina; otras, ven a la citada Cleopatra compartir el trono con su hermana Berenice, pero nada se dice de Cleopatra Filopator, de modo que la suposición de que huyera con su padre es plausible.

En Rodas, el rey fugitivo se encontró con Catón... en un excusado. El inaudito encuentro se habría desarrollado así: Catón rechazó la invitación que le hizo Tolomeo para que fuera a visitarlo, pues estaba con diarrea, y sugirió que el Flautista se desplazara hasta donde él se encontraba. Auletes accedió y encontró al romano sentado en su letrina, de la que no se levantó siquiera para dispensarle un saludo, lo cual habría sido admisible si Catón hubiera ingerido excesivos purgantes, pero, según

el partido comprado por César, acérrimo enemigo de Catón, eso era más que improbable. De cualquier manera, entre pujos y gemidos, Catón aconsejó a Tolomeo que se fuera por donde había venido, pues en Roma sólo podía esperar encontrar ayuda quien viajaba con riquezas.

El repudiado rey egipcio no las tenía todas consigo, y al pensar con más serenidad en su situación llegó a la conclusión de que había saltado de la sartén para caer al fuego, pues en Roma los años cincuenta no transcurrían con más calma que en Alejandría. Al encontrarse César en la lejana Galia, Clodio, el tribuno, pudo implantar un régimen de terror que llegó a afectar al propio Pompeyo. El poderoso general vivía retirado con su joven esposa en una de sus fincas rurales, apartado de la política del día. A Craso, la política sólo le interesaba en cuanto fuese proficua y, en consecuencia, Clodio pudo hacer y deshacer casi sin impedimentos. Hasta consiguió ridiculizar ante el pueblo al otrora temido Pompeyo mediante toda clase de bufonadas. Después de una brecha abierta entre adeptos de Pompeyo y esclavos de Clodio, aquél anunció que, mientras Clodio fuese tribuno, no aparecería más por el mercado.

Visto de este modo, para Pompeyo debió de significar un cambio bienvenido la llegada a Roma de Tolomeo Auletes con su séquito. Craso no se interesó por el real huésped del Nilo, pero Pompeyo le ofreció al Flautista su villa, en las montañas de Alba, como hospedaje. Rabirio concedió nuevos créditos: ¡qué otra alternativa le quedaba! Sólo un monarca que reinara en Egipto podría cancelar sus deudas. Tolomeo firmó de buen grado hipotecas y pagarés. Ya no tenía nada que perder.

Si Cleopatra acompañó realmente a su padre en aquella ocasión, la niña se enfrentó por primera vez con la realidad romana, la brutalidad del dinero y el poder a los once años. Seguramente miró hacia el futuro angustiada y temerosa, pero quizá también se preguntara si, en realidad, debía desear volver a Alejandría.

La noticia de la llegada de Tolomeo a Roma llegó hasta Egipto y los enemigos del Flautista encomendaron enseguida al erudito Dión una misión política explosiva. En compañía de cien alejandrinos escogidos, Dión viajaría a Roma para convencer al Senado y al pueblo romano de que Tolomeo Auletes no era querido en Egipto, donde no se deseaba su regreso. La delegación sólo llegó hasta Puteoli, en la Campania. A poco de atracar la nave alejandrina, los egipcios fueron asaltados: la mayor parte de ellos murieron y sólo Dión y algunos miembros de su comitiva consiguieron escapar y abrirse camino hasta Roma.

En el Foro y en los mercados se extendió el secreto a voces de que había en la ciudad enemigos del rey egipcio, pero nada sucedió. Daba casi la impresión de que los adversarios de Tolomeo habían ido a hacer una visita de cortesía. Dión, ensalzado filósofo, vivió contemplativamente en casa de un amigo romano, Lucceo, y a los demás miembros que escaparon con vida se les tapó la boca con abundantes sobornos. Pero la calma era engañosa: una mañana, Dión fue encontrado muerto en la casa de Lucceo.

El dinero gobierna al mundo: el aforismo no ha estado nunca tan vigente como en esos días.

Auletes se percató de que en medio de la indiferencia, las intrigas y las tácticas de aplazamiento, sus posibilidades eran hartamente limitadas, e incluso tal vez llegó a temer ser víctima de un atentado. Lo cierto es que hacia finales del año 57 desapareció de Roma, si bien dejó en la ciudad a un representante llamado Hamonio, con el encargo de recorrer las calles con la bolsa abierta a fin de ganar simpatizantes para su amo. El Flautista y su corte se refugiaron, entretanto, en el santuario de Artemisa en Éfeso, a cuatro días de viaje de Alejandría.

En un principio, Léntulo Espínter, gobernador designado de la provincia de Cilicia, debía llevar de regreso al Tolomeo depuesto. Sin embargo, como los optimates vieron en el retorno del soberano egipcio un robustecimiento de los tres poderosos, César, Pompeyo y Craso, protestaron contra ese plan. Quien más lo atacó fue Marcos Favonio, un orador adiestrado en Rodas, adepto de Catón y enemigo declarado de los triunviros. Finalmente, ya no pudo impedirse que Aulo Gabinio, viejo seguidor de Pompeyo, llevara a cabo la misión de traer de vuelta al real egipcio. Gabinio había investido el cargo de cónsul junto con Lucio Calpurnio Pisón en el año 58 y era, en ese momento, candidato al puesto de gobernador de la joven provincia de Siria. Por la irrisoria suma de 10.000 talentos se mostró dispuesto a dar el golpe. Entretanto, las deudas de Tolomeo Auletes habían crecido hasta tal punto que su acreedor Rabirio manifestó el mayor interés en que el Flautista ocupara de nuevo el trono; puso en juego todos sus contactos y, por último, quiso acompañar en persona a Auletes hasta Egipto.

En Alejandría se habían producido eventos desconcertantes: Cleopatra Trifaina, la sexta de ese nombre, sólo había gobernado durante un año. Falleció en 57 (tal vez fuera eliminada por su hermanastra), y el dominio del trono pasó a Berenice. Había un hermano con el cual, de acuerdo con la tradición, habría tenido que desposarse Berenice, pero no era más que un niño de cuatro años, y la reina tuvo que buscar consorte en otro lado.

Un príncipe seléucida pareció adecuado, pero el primero falleció inesperadamente, al segundo le prohibió su partida el procónsul sirio Gabinio, y, en cuanto al tercero, tenía un origen dudoso y hasta sospechoso. El candidato fue calificado como un muchacho rústico y llamado por los alejandrinos «mercader de pescado salado». A los tres días de la boda Berenice lo mandó estrangular. Era menester buscar un nuevo consorte.

En aquel entonces, el príncipe sacerdote Arquelao vivía del favor romano en la costa nororiental de Asia Menor, en la Comana Póntica. El propio Pompeyo había instituido a este personaje que se decía hijo de Mitrídates I. En la proposición de Alejandría, Arquelao vislumbró la gran oportunidad de su vida, así que sin pedir autorización a Roma resolvió convertirse en rey de Egipto y, dado que el procónsul sirio no impidió su paso por su territorio ni puso objeción alguna a los planes del

póntico, es de suponer que los romanos lo dejaron ir al encuentro de la muerte. Pues, apenas Arquelao subió al trono, Gabinio anunció que el rey egipcio proyectaba atacar la provincia de Siria y se había aliado con los piratas contra Roma. Desde Judea marcharon a Egipto legiones romanas integradas casi exclusivamente por bárbaros. En aquella expedición militar participaron dos hombres que merecen especial atención: Rabirio, el gran banquero, que quería ser uno de los primeros en acercarse a las orillas de Egipto, y Marco Antonio, un capitán de caballería de veintiséis años a quien se le atribuía, por igual, gran afición por los placeres y valentía. Gabinio lo había mandado llamar a Palestina hacía apenas un año y, en ese momento, había tomado sin combate la ciudad fronteriza de Pelusio, facilitándole el avance hacia Alejandría. El ejército egipcio no contaba con nada que oponer a la maquinaria bélica de los romanos, y Arquelao cayó en batalla; Tolomeo Auletes mandó entonces ejecutar a su hija Berenice, y se convirtió de nuevo en el rey de Egipto.

La suposición según la cual Cleopatra acompañó a su padre a Roma y en el exilio en Éfeso, prácticamente se convierte en certeza: la jovencita de trece años se salvó de la venganza del Flautista al igual que su hermano Tolomeo, de cinco, el decimotercero que llevó ese nombre. A pesar de su fama de exaltado, Marco Antonio se ganó en aquellos días grandes simpatías entre los egipcios, porque refrenó los deseos de venganza del Flautista, que había amenazado de muerte a todos los prisioneros y adeptos de Berenice. Ignoramos si por aquel entonces Marco Antonio conoció a la joven Cleopatra, pero si así fue, sus caminos volvieron a separarse por más de veinte años.

Rabirio desconfió de la fortuna política del Flautista y se hizo nombrar ministro de Finanzas del reino del Nilo. Junto con Gabinio, administró con habilidad el propio bolsillo y, dado que, a pesar de las duras represalias, no se podía pensar en una cancelación de las deudas, despachó a Roma cargamentos enteros de bienes suntuarios egipcios. Sus tropas de mercenarios recorrieron el país y lo devastaron con sus robos y saqueos: el odio contra los usurpadores extranjeros fue creciendo cada vez más. ¿Por qué tenía que pagar el pueblo las deudas que había contraído un rey incapaz? Finalmente, Rabirio y Gabinio empezaron a sentirse inseguros en Alejandría y se marcharon a Roma a toda prisa.

Allí se habían consolidado las relaciones de poder: la triple alianza entre César, Pompeyo y Craso había sido renovada y reafirmada en Luca en 56. Al año siguiente, Pompeyo y Craso asumieron su segundo consulado. Todavía subsistía la vieja enemistad de los optimates, y a pesar de que César no había vuelto a ver Roma desde el fin de su consulado, su poder en la capital crecía ininterrumpidamente. Como procónsul, Julio había tomado, desde la Galia Narbonensis, toda la Galia, hasta el Rin, y había vencido a los helvecios en Bribracte y derrotado a los suebos encabezados por Ariovisto; en 57 se le sometieron los belgas y, poco más tarde, cayeron en sus manos Normandía y Bretaña. Los belgas y helvecios, informó César más tarde, eran por buenas razones los más valientes de todos: los belgas, por ser los



que más alejados vivían de la civilización y la cultura del Imperio romano, los helvecios, porque casi a diario sostenían combates con los germanos que amenazaban sus fronteras.

El tribuno Trebonio logró imponer en abril de 55 una ley por la cual se adjudicaban a Pompeyo y a Craso las provincias de España y Siria, respectivamente. A Pompeyo, Egipto pudo haberle sido indiferente, pero a Craso le interesaba. Ya pisaba los sesenta, una edad en la que hacía unos años un romano se hubiera llamado a sosiego, pero se veía a sí mismo muy eclipsado por la sombra desmesurada de Pompeyo y aún más por la de César. En consecuencia, tomó la fatal decisión de partir hacia Siria y, desde allí, combatir a los partos. Con el rey de los armenios Artavasdes como aliado, Craso condujo a siete legiones y 4.000 hombres de caballería a través del Éufrates.

Todas las luchas contra los partos habían sido para los soberanos seléucidas malas experiencias, pero el romano sexagenario, en su afán de realizar una proeza histórica, sobreestimó sus propias fuerzas y aptitudes. No había sido en el pasado un mal comandante, pero de su triunfo sobre Espartaco y el ejército de esclavos hacía ya casi veinte años, y de su batalla victoriosa junto a la Porta Collina, casi treinta. Cegado de furor, se lanzó contra los partos: el joven Surena le infligió una aplastante derrota y, durante su retirada, Craso halló la muerte cerca de Carras. El propio rey de los partos, Orodes, se había vuelto contra Artavasdes y cuando supo de la derrota romana pidió que le presentaran la cabeza y la mano de Craso durante una representación teatral en la corte. El emperador Augusto sería quien lograría recuperar por la vía diplomática las insignias romanas capturadas entonces.

En ese momento, los egipcios pusieron la mira en Pompeyo. Muerto Craso y estando César en la lejana Galia, el pueblo romano exigió un brazo fuerte y, por primera vez, manifestó a viva voz el deseo de tener un dictador. Los optimates se opusieron. Toda votación, toda elección en Roma venía acompañada de refriegas callejeras y merodeaba el espectro de una guerra civil, pero en tanto los romanos se despedazaran entre sí, los egipcios no tendrían que temer tanto por su futuro.

Casi a diario, Roma era inundada por las noticias procedentes de las Galias acerca de nuevos triunfos y, tras pasar de boca en boca, acababan alcanzando proporciones exageradas que nada tenían que ver con los hechos. Pompeyo no se atrevía a pensar qué sucedería si Julio regresaba, pero los egipcios temían menos a César que a Pompeyo, pues, como nada tenía que hacer en las provincias del norte, era lógico suponer que intentaría una ofensiva sobre Egipto para equipararse con su rival. Sin embargo, Pompeyo había escogido pasear por las comarcas más bellas de Italia con su esposa Julia y dejar que la política siguiera su curso.

Julia era treinta años menor que su marido y, por celos o porque la amaba por encima de todo, Pompeyo jamás le quitaba el ojo de encima. Pero tuvo que dejar su casa como resultado de una elección para ediles, si bien encargó a sus sirvientes que velaran por la esposa encinta. En alguna parte de la ciudad se produjo una lucha

callejera, hubo muertos y heridos y la sangre salpicó las vestiduras de Pompeyo. El general se quitó entonces la toga y mandó a sus esclavos que la llevaran a su casa y le trajeran una túnica limpia. Cuando Julia vio la toga ensangrentada de su esposo sufrió un desmayo y, al volver en sí, abortó. Al año siguiente, Julia volvió a quedar embarazada, pero murió al dar a luz y la criatura sobrevivió sólo unos pocos días.

A través de sus intermediarios en Roma, Tolomeo se enteraba de todo cuanto acontecía en la capital del Imperio. Así fue como supo que, al efectuarse las exequias de Julia en el Campo de Marte, el pueblo tributó mayores honras a César, el padre ausente, que al viudo presente. Pompeyo no era tan torpe como para no percatarse del cariz de la atmósfera. Esta reacción debió de ser el desencadenante de la hostilidad que Pompeyo empezó a manifestar y que lo convirtió en ex aliado, en enemigo. Lo notable es que esta enemistad contribuyó a aproximar los destinos de César y Cleopatra.

En cualquier momento podía estallar en Roma una nueva guerra civil. El tribuno Cayo Lucilio Hirro instaba al pueblo a elegir a Pompeyo como dictador, pero Catón, que había vuelto como pretor, se opuso y opinó, no sin mala intención, que un hombre de las aptitudes de Pompeyo podría restablecer la tranquilidad aun sin plenos poderes dictatoriales. Sin embargo, Lucio Domicio Ahenobarbo y Marco Valerio Mesala, los cónsules de ese año, no consiguieron mantener la paz restablecida por Pompeyo mediante la fuerza brutal de las armas. Al poco tiempo, el clamor en demanda de la dictadura se hizo más sonoro y Catón puso en escena una novedosa y picaresca estrategia: en el Senado, Bíbulo, desde hacía muchos años acérrimo enemigo de Pompeyo se levantó y propuso elegirle como *consul sine collega*, cónsul único. Argumentó que, de este modo, concluiría el caos y, aunque finalmente no fuera así, Roma estaría sometida al menos al mejor hombre.

La moción en sí ya resultaba bastante fuera de lo común, pero la estupefacción que causó su promotor fue aún mayor. En el Senado se hizo un gran silencio. Todas las miradas se dirigieron a Catón, de quien se esperaba oír una encendida réplica, pero éste se levantó meditabundo y dijo que él jamás hubiera presentado tal proposición, pero, ya que estaba sobre la mesa, recomendaba seguirla. Y cuando vio los rostros desconcertados de los senadores, añadió que prefería cualquier forma de gobierno legal a la anarquía. Pompeyo era a su juicio el único que podía asumir una posición conductora en las confusas circunstancias imperantes. Con esta sagaz jugada de ajedrez, Catón atrajo a Pompeyo a su lado. Después de la elección, Pompeyo aclaró que le debía a Catón inmensa gratitud y le pidió su colaboración en tan pesado cometido.

El proyecto Pompeyo tenía debilidad por las mujeres jóvenes y todavía no se había cumplido el año de luto cuando el general cincuentón puso sus ojos en la lozana Cornelia, hija de Metelo Escipión, ya viuda. Su esposo Publio, un hijo de Craso, había encontrado la muerte junto con su padre en Carras. Gracias a Plutarco sabemos que Cornelia tenía muchas otras virtudes que ofrecer además de su belleza. Había

sido educada, nos dice, en las bellas ciencias, la música y las matemáticas y, por añadidura, acostumbraba leer escritos filosóficos. Una rareza en el mundo romano. Además, no adolecía de la extravagancia que solía ser propia de las mujeres de su condición en esos tiempos.

La pesada escoba con la que Pompeyo había empezado a barrer Roma no hizo concesiones ni aun con su suegro Metelo Escipión. Denunciada una irregularidad, Pompeyo se vio obligado a hacer comparecer ante él a los 360 jueces romanos para insinuarles la inocencia de su suegro, pero, cuando el acusador observó que Metelo Escipión se paseaba por el Foro en compañía de todos los jueces de Roma, retiró la petición. En un acto demostrativo, Pompeyo tomó a su suegro como segundo cónsul durante los últimos cinco meses de su mandato. Concluido su consulado, consiguió confirmar por otros cuatro años el mantenimiento de sus proficuas provincias y un estipendio anual de 1.000 talentos para el mantenimiento de sus tropas.

Por supuesto, las maquinaciones de Pompeyo llegaron a oídos de César, pero éste se sentía todavía seguro y confiado. Pidió que se le permitiera presentar la candidatura para el consulado del año 48 sin tener que desplazarse a Roma, pues aún tenía cosas que hacer en las Galias. Pompeyo no se negó: un César en las Galias le pareció mucho menos peligroso que un elocuente general dentro de los muros de la ciudad.

Catón, el viejo rival, volvió a invocar una vez más la letra de la ley: primeramente, César debía volver a la condición de civil y deponer las armas para poder presentar su candidatura. La moción fue rechazada y, al mismo tiempo, el Senado exigió que César y Pompeyo cedieran cada uno una de sus legiones para la guerra contra los partos. El rey Tolomeo de Egipto sin duda no veía con indiferencia todo cuanto sucedía. Era algo evidente: una vez que los romanos pacificaran la frontera oriental del Imperio, los días de libertad del reino del Nilo estarían contados.

Da la impresión de que Cayo Julio César no se había percatado entonces de la amenazadora confrontación con Pompeyo. Éste estaba convaleciente de una grave enfermedad, y vio llegada la ocasión de aventajar al conquistador de las Galias. En Nápoles, donde acababa de dejar su lecho de enfermo, hizo celebrar una opípara fiesta en acción de gracias. Por muchos días abundaron gratuitamente manjares y vino. Pompeyo fue aclamado y los vítores se propagaron de ciudad en ciudad, de aldea en aldea. Fuese donde fuese, lo cubrían de flores. En el tránsito de las calles y los puertos del país se produjo un caos, pues todos pretendían participar de los orgiásticos festines. Pompeyo interpretó esta psicosis masiva como simpatía, creyó de veras que la gente lo celebraba como al salvador de la patria en una época tan difícil; se reía de quien osara advertirle que si César se sentía provocado por los incidentes podía estallar una guerra civil y, en un alarde de peligrosa autosuficiencia, opinó: «En cualquier lugar de Italia donde golpee con mi pie, se levantarán tropas de infantería y caballería.»

En ese momento César comprendió que su presencia en Roma era mucho más

importante que la conquista de nuevas provincias. Ciertamente, los puentes tendidos sobre el Rin y su permanencia de dieciocho días en las temidas tierras bárbaras de Germania, su aventura en Britania, que le permitió llevar por primera vez el águila romana a una tierra de cuya existencia dudaban muchos de sus conciudadanos, todo eso había contribuido a glorificarlo como *imperator*, pero la fama de la fuerza e invencibilidad se iba extinguiendo en los confines septentrionales del Imperio mientras en la capital eran otros los que celebraban triunfos. ¿Por qué César no regresaba a Roma?

Cuando por fin emprendió el retorno, le llevó dos meses abrirse camino hasta Roma. En las ciudades rurales encontró resistencia, no así en Roma. Pompeyo y sus adeptos habían huido hacia el sur. Al principio, Pompeyo quiso contener a Julio en la fortificada ciudad de Brundisium, pero inmediatamente desistió de su plan: envió a los cónsules, con 30 cohortes, a sus naves y los mandó zarpar rumbo a Dirraquio, en las costas de Epiro. Él los seguiría. Envío a su joven esposa Cornelia a Lesbos, donde la creyó más segura. Pompeyo contaba con 500 navíos de guerra y reconocimiento, su caballería se componía de 7.000 hombres e integraban la infantería los más diversos elementos, pero su número se calculaba en 50.000 soldados.

Para tener al menos una oportunidad, Julio debía reclutar nuevas tropas. Por consiguiente, se marchó a España sin dilaciones y el 2 de agosto de 49 obligó a capitular a las fuerzas de Pompeyo. Dejó en libertad a los comandantes y ofreció suculentos salarios a los legionarios, quienes, sin pensarlo dos veces, se volcaron al bando de César. Su regreso a Brundisium coincidió con el solsticio de invierno.

Si bien contaba con 22.000 hombres armados, no bastaba aún para hacerle frente a su adversario Pompeyo. Y, lo más importante: César carecía de suficientes barcos. Era demasiado arriesgado trasladar todo el ejército al Epiro. ¿De dónde vendrían los refuerzos en la época invernal? Llegado al Oricon, Julio le envió a Pompeyo su amigo Vibulio, a quien había tomado prisionero, para que le hiciera llegar una proposición. Celebrarían un encuentro al tercer día, se jurarían eterna amistad, darían de baja a las tropas y regresarían juntos a Roma.

Pompeyo desconfió de las palabras de César, pensó más bien en una trampa y se procuró una posición inexpugnable en Dirraquio. Evitó una confrontación directa, tal vez por miedo al genio estratégico de su rival, o quizá con la idea de que el tiempo obraría contra César, preocupado por resolver las crecientes dificultades del aprovisionamiento.

En la mañana del 9 de agosto de 48 César colgó su manto rojo frente a su tienda y los soldados gritaron jubilosos y golpearon sus escudos con las espadas. Era la señal de entrar en combate.

Al este de Farsalia, en las llanuras de Tesalia, se enfrentaron ese 9 de agosto dos ejércitos poderosos, pertrechados con igual armamento, portadores de las mismas insignias, formados por soldados adiestrados en las mismas tácticas. El orden de batalla se dividió en tres partes: en el centro, el suegro de Pompeyo combatió contra

Cneo Calvino, partidario de César desde hacía sólo cuatro años. En el ala izquierda, el joven Marco Antonio se enfrentó al casi sexagenario Pompeyo, mientras que en el flanco derecho, César avanzó con la décima legión contra Lucio Domicio y su aguerrida caballería. La batalla iba a decidirse en el ala derecha. César lo sabía y para Pompeyo era notorio. La décima legión de César tenía fama de invencible, pero la experiencia acumulada durante sus cincuenta y dos años le habían enseñado al general que jamás debía tenderse demasiado el arco. Intuyó que su adversario reuniría a lo mejor de su ejército para oponerse a la décima legión. En consecuencia, mantuvo seis cohortes en la retaguardia, ocultas a la vista del enemigo, y que avanzarían sólo cuando hubiera comenzado el combate para relevar a la décima legión.

Y, en efecto, así sucedió. La repentina retirada de esa unidad ya había confundido a la caballería de Pompeyo, y quedó prácticamente paralizada cuando 3.000 soldados con armas ligeras aparecieron de súbito, se lanzaron en medio de la caballería enemiga, pasaron a degüello a los nobles brutos con sus brillantes espadas y arrojaron sus lanzas con inmejorable puntería a los ojos de los jinetes. La matanza fue horrenda, y ni el propio Pompeyo pudo evitar la desbandada. Cuando reconoció que la batalla estaba perdida, tiró de las riendas de su corcel y huyó seguido de unos pocos fieles. Llegó exhausto al valle del Tempe y allí se embarcó en una canoa que surcó el río rumbo al mar. Finalmente, un carguero lo llevó a Lesbos, donde pudo reunirse con su esposa Cornelia.

Tanto temía a su vencedor que rechazó la oferta de los lesbios de permanecer en Mitilene. Se dirigió entonces a Atalea, en la Panfilia, acompañado de su mujer, su hijo Publio y sus leales. Allí se le unió una parte de la flota y algunos trirremes procedentes de Cilicia, y en ese momento se percató de la sagaz jugada de César: buscar la decisión en tierra en lugar de en el mar. Entonces pidió más barcos y refuerzos a las grandes ciudades de las provincias circundantes y, al mismo tiempo, discutió con sus hombres, a los cuales se habían sumado entretanto 60 senadores, adónde debían retirarse para recuperar fuerzas y dar una nueva batalla.

Se les ofrecían dos posibilidades: el reino de los partos o Egipto. Los primeros tenían fama de imprevisibles. Además, los romanos refortalecidos tendrían que librar contra César otra batalla campal junto al Éufrates. En consecuencia, Pompeyo decidió buscar refugio en Egipto. Ése fue el momento en el que entró en escena Cleopatra.

## Capítulo tres

Tolomeo Auletes se mantenía en Egipto sólo con la ayuda de aquella aguerrida tropa de mercenarios que le había facilitado el retorno a Alejandría. Con los años se había vuelto cada vez más raro, se presentaba como bailarín, cantante o mago vestido con ropas femeninas y llama la atención que Cleopatra, quien ya había dejado atrás la infancia, se mantuviera aún leal a su padre. Consumido, desgastado, cansado de la vida, el Flautista había dejado escrito en su testamento que el trono de Egipto lo heredaría su hija Cleopatra y su primogénito Tolomeo, el decimotercero. Un ejemplar de dicho testamento había quedado en Alejandría y un segundo ejemplar fue remitido a Roma.

En el año 51 Auletes enfermó de gravedad. Antiguos papiros informan de que, en aquel tiempo, gobernó un par de meses junto con su hija Cleopatra. El faraón Tolomeo, Teo Filopator Filadelfo Neo Dioniso Auletes, el duodécimo Tolomeo, falleció en mitad de la primavera. Pero la sucesión al trono parecía estar en regla. Cleopatra tenía dieciocho años, era educada, honrada y, por lo tanto, apta para gobernar, pero su hermano Tolomeo Filopator Filadelfo sólo tenía diez años. Ese niño era su candidato como consorte.

Según los cognomentos que llevaba el pequeño Tolomeo, amaba a su padre (*Filopator*) y tenía también inclinación por su hermana (*Filadelfo*). Sin embargo, el amor no debía de ser muy grande y el conflicto se preveía. Cleopatra también llevaba el apelativo *Filopator*. Realmente debió de amar a ese hombre, pues cuando faltaban varios años para su muerte aparecieron monedas con la efigie de Cleopatra y el nombre de su progenitor. Cleopatra se dio cuenta muy pronto de lo mucho que ayudaban las efigies de las monedas a la hora de acrecentar la propia popularidad. Probablemente a esta circunstancia debemos agradecer que hayan llegado hasta nuestros días un gran número de sus retratos, con certeza hermosos, cuando la época, no precisamente creadora en cuanto a cultura, no aportó estatuas, ni relieves.

En algún momento del año 51 a. C. la adolescente debió de contraer nupcias con su hermano de diez años, primeramente según el rito griego y, a continuación, según el egipcio, como era costumbre. Sin embargo, no hay ninguna crónica, ni tampoco un solo testimonio, que se refiera a tal acontecimiento. Tal vez la ceremonia coincidiera con la coronación y la joven reina le hubiera restado significación. Sin embargo, tal celebración tenía gran importancia: en Egipto, con cada nuevo faraón, empezaba a contarse el tiempo desde un principio.

Hasta su mayoría de edad, Tolomeo debía ser representado por un consejero de la Corona, pero entre Cleopatra y los tres regentes, Potino, Teodoto y Aquilas, hubo tensiones. Potino era un eunuco que se llamaba padre adoptivo de Tolomeo porque lo había criado, Teodoto era oriundo de la isla de Onios y se había dedicado al niño

desde su temprana infancia como maestro de retórica, y Aquilas era egipcio y comandante supremo del ejército.

Mancomunada, esta terna disponía de tanto poder que en el año 50, después de una disputa, Cleopatra se vio precisada a huir Nilo arriba, hacia el Alto Egipto, donde sin duda encontraría adeptos entre los sacerdotes. No se conoce el lugar exacto de su refugio, pero lo cierto es que, un año más tarde, fue destituida por instigación de los tres regentes. Cleopatra se vio entonces obligada a abandonar Egipto y esconderse en un lugar secreto del desierto sirio.

El rey niño y sus regentes enviaron un ejército al este para perseguir a la reina depuesta y establecieron su campamento en Pelusio, junto a la desembocadura del brazo oriental del Nilo. Entretanto, Cleopatra había encontrado ayuda en la ciudad-estado de Ascalón, en el borde meridional de Palestina, cuyo monarca le prometió a la joven fugitiva que la ayudaría a recuperar el trono. Los nabateos vecinos se unieron a la expedición guerrera y el enfrentamiento bélico pareció inevitable.

*28 de septiembre de 48*

Procedente de Chipre, se aproximaba a la costa egipcia la flota de Pompeyo. Un emisario se adelantó para presentarle a Tolomeo, el infante, la petición de asilo del romano. Hubo disparidad de opiniones. Unos abogaron por el rechazo de Pompeyo, mientras que otro grupo consideró una obligación de los egipcios aceptar al romano. Teodoto soltó entonces una interminable perorata y rechazó las dos posibilidades, pues si decidían dar asilo a Pompeyo, César se convertiría en su enemigo y el otro, en su amo. Por otro lado, si lo echaban, Pompeyo se quejaría de haber sido repudiado y César de que lo hubieran dejado escapar. No les quedaba sino una alternativa: dejar entrar a Pompeyo en Egipto y luego darle muerte.

Aquilas se encargó del operativo. En compañía del ex tribuno de guerra Septimio, el centurión Salvio y cuatro esclavos, subió a una embarcación para ir al encuentro del trirreme seléucida, desde el cual Pompeyo comandaba su flota. Los romanos, anclados frente a la bahía, observaron con desconfianza que, apenas la embarcación se hubo adentrado en el mar, en la ribera tomaron posición un grupo de hombres muy pertrechados. La barca se arrimó a la embarcación romana.

El ex tribuno Septimio saludó a Pompeyo en latín y lo trató de *imperator* en tanto Aquilas lo recibió con expresiones griegas e invitó a Pompeyo a descender a la barca. Al parecer, el general intuyó la conspiración pues se despidió de su esposa y de su hijo. Cornelia rompió a llorar. Pompeyo pasó a la barca en compañía de dos centuriones, un liberto llamado Filipo y el esclavo Escites.

Pompeyo preguntó a Septimio si no había sido ya su camarada en la guerra y el aludido se limitó a asentir. Nadie pronunció una palabra. Cuanto más se acercaban a

la costa, mayor era la certeza del romano de que se tramaba algo malo.

Presa de pánico mortal, Pompeyo extrajo de su túnica un rollo sobre el cual había escrito en griego su discurso para Tolomeo, el discurso que él iba a leerle a un chiquillo de trece años. La barca crujió al entrar en contacto con la arena de la playa.

Pompeyo se levantó, se apoyó en Filipo y, en ese mismo instante, la espada de Septimio se le hundió en el torso. Enseguida atacó Salvio y luego, Aquilas. El general romano se desplomó silenciosamente y, al caer, se cubrió el rostro con la toga.

Uno de los tres conjurados cercenó la cabeza de la víctima y la llevó a Alejandría. Filipo permaneció junto al cadáver de su amo, levantó una pira con la madera que el agua dejó sobre la playa y lo incineró. Entretanto, la flota romana huyó y se dispersó a los cuatro vientos.

Al cabo de cuatro días, César desembarcó en Alejandría en busca de su adversario. Cuando las dos legiones bajaron a tierra se vio que la batalla de Farsalia también había cobrado tributo a las huestes de Julio. No quedaba sino un tercio de su potencial original. Contaba sólo con un puñado de 3.200 hombres. Por consiguiente, el romano no estaba en una posición de fuerza cuando pisó por vez primera suelo egipcio. Sin duda había buscado una confrontación con Pompeyo, pero con certeza no en el campo de batalla, y menos aún en el mar, donde su inferioridad era todavía mayor. César aspiraba a llegar a un arreglo con su rival, tal vez a repartirse el Imperio romano.

En las inmediaciones del puerto les salió al encuentro una delegación del rey niño Tolomeo, encabezada por Teodoto. El maestro de retórica dio la bienvenida al cónsul del Imperio romano y, al mismo tiempo, le entregó como presente un anillo de sello. César lo reconoció sin proferir una palabra, pero cuando a una señal de Teodoto sus acompañantes levantaron el velo que cubría la cabeza de Pompeyo, Julio no pudo reprimir el llanto. Los egipcios habían desbaratado sus planes y lo obligaban a pensar en un nuevo planteamiento, a apelar a nuevas tácticas. César tomó una rápida decisión.

Ofreció todo cuanto aún tenía a su disposición: sus soldados bien guarnecidos, acompañados del son de timbales, en estricto orden de marcha romano. Los seguían no más de 800 jinetes galos y germanos con sus cabalgaduras de centelleantes arreos y, cerrando el desfile, doce lictores, portadores de las fasces en alto. Al final, el propio cónsul romano envuelto en su esplendorosa toga púrpura. Así se abrieron paso los romanos hasta el palacio real de Alejandría, y fue un arduo camino, pues los alejandrinos se percataron enseguida del significado de esa presentación: el déspota de Roma tenía intención de apoderarse de Egipto.

Sin embargo, se veía de lejos que el ostentoso desfile de los romanos no era sino un gran engaño. Las tropas de los egipcios, los intrépidos gabinius, superaban en mucho a los intrusos, de ahí que no se tomara muy en serio a los soldados romanos de arrogante presencia. Sólo unos pocos alejandrinos les salieron al paso: hubo manotazos, aquí y allá refulgió alguna espada y, antes de que llegaran al palacio real,



quedaron unos cuantos romanos tendidos en el suelo.

Cayo Julio César, el estratega del olfato infalible para lo provechoso, hizo en aquella situación exactamente lo correcto: se atrincheró en el desierto palacio de los Tolomeos, el único lugar en todo Egipto donde podía estar algo seguro. Entretanto, estalló en la ciudad de Alejandría una rebelión abierta, los egipcios protestaron y reclamaron el retorno de Tolomeo y sus tropas de Pelusio, pues se imponía expulsar por la vía más rápida a los intrusos.

César jugó un poco. Le hizo saber a Teodoto que Tolomeo, sucesor de su padre Auletes, le debía a él, Cayo Julio César, *imperator* del Imperio romano, una considerable suma de dinero. La mitad de esas deudas contraídas por el Flautista con Rabirio Póstumo y todavía no canceladas alcanzaba los 10 millones de dracmas, mientras que la otra mitad había sido graciosamente perdonada al fallecer el faraón. Además, en calidad de albacea del nombrado, se sentía en el deber de cumplir la última voluntad del extinto soberano y devolver el trono a Tolomeo y a Cleopatra en calidad de regentes comunes.

De este modo, Julio dejó claramente establecidos sus propósitos y, consciente de que no sería nada fácil hacerlos prevalecer, envió clandestinamente un emisario a Siria para pedir dos legiones de refuerzo a Cneo Domicio Calvino, su gobernador. No se sentía seguro en el palacio de Alejandría. Según Plutarco, César debió de temer tanto por su vida que comenzó a beber y pasaba noches enteras de parranda por miedo a ser asesinado si se entregaba al descanso.

El primero en regresar de Pelusio fue Potino, pues el desembarco de César en Alejandría había relegado a segundo plano el conflicto con Cleopatra. Se presentó ante el romano y le exigió abandonar Egipto con la promesa de que se ocuparía personalmente de la liquidación de las deudas, pero Julio le respondió que no aceptaba consejos, y menos aún de los egipcios, y lo mandó salir de su presencia.

A partir de ese momento, Potino se opuso abiertamente a la ocupación romana. A cuenta de las deudas egipcias, los soldados extranjeros recibieron grano de inferior calidad, en parte deteriorado, y ante cualquier protesta, el eunuco respondía con la observación de que habían de darse por satisfechos cuando necesitaban ser alimentados en mesa extraña. En la corte de Tolomeo ya sólo se llevaban a la mesa utensilios de madera y barro, y el eunuco hizo circular el infundio de que César se había incautado de todo el oro y la plata en cancelación de las deudas pendientes. Todo esto avivó el odio recíproco y sólo fue cuestión de tiempo que la mecha encendida hiciera explotar el barril de pólvora.

Tal como lo exigiera César, primeramente apareció el pequeño Tolomeo para negociar en presencia de Potino la retirada de los romanos. El muchachito dio evidentes muestras de arrojo, pues debió de suponer que los romanos iban a tomarlo prisionero o a darle muerte, pero Potino confiaba en la fuerza del ejército egipcio, muy superior en número a las huestes de mercenarios romanos, y estaba seguro de que César era consciente de esa superioridad. Desde hacía mucho, los sitiadores

habían pasado a ser sitiados, los alejandrinos emplazaron alrededor del palacio cinturones de hombres bien armados y cerraron la salida al mar mediante pesados veleros atados unos a otros con cadenas. Debían obligar a los romanos a rendirse.

Una noche de mediados de octubre los vigías anunciaron la llegada de un mercader griego llamado Apolodoro, quien manifestó tener urgencia en hablar con César: portaba un mensaje de Cleopatra. Cuando los estupefactos egipcios le preguntaron cómo había burlado el bloqueo del puerto, el griego procedente de Sicilia les explicó que había usado una pequeña barca. Más tarde, supieron que los centinelas, tras recibir un suculento soborno, le habían facilitado el acceso a Apolodoro.

Sin embargo, ni los vigías egipcios apostados en los navíos ni los soldados romanos de palacio prestaron atención al extraño equipaje que traía consigo el extranjero: un saco de dormir liado con correas. En aquellos tiempos no era raro que un viajero, librado a incómodas posadas, desenrollara sus propias sábanas, sus mantas y su almohada para pasar la noche. Así pues, llevado a la presencia de César, el mercader de Sicilia dejó su hato a los pies del general, ignoró sus preguntas acerca del motivo de su visita, manipuló en silencio las correas de su saco de dormir, lo desenrolló con cuidado y, como en un cuento, Cleopatra surgió de la envoltura. Seguramente César jamás se figuró semejante encuentro con la última heredera de Alejandro. Plutarco informa que sólo con esa ocurrente y astuta artimaña Cleopatra ya debió de conquistar el corazón del romano. Pero lo que lo rindió por completo a sus pies fue la gracia y el encantador trato de la reina.

Aun cuando parece probada su apariencia poco llamativa, está fuera de toda duda que Cleopatra fue una mujer plena de encantos y seducción. Esto lo menciona también el historiador Dión Casio en su historia romana, que data del siglo III. Cleopatra, escribe, dirigió primeramente a César una misiva personal, pero luego se convenció de que le sería más fácil persuadir al romano con sus hechizos.

De improviso, ambos quedaron frente a frente: Cleopatra, la frágil joven de veintiún años, con su cabello rizado sujeto en la nuca en un nudo, era una mujer en la flor de la edad, y César, un cincuentón, alto, de piel blanca, rostro enjuto, oscuros ojos vivaces, frente despejada y cabello ralo, y el cuerpo perfectamente rasurado, incluso piernas y brazos. Así lo describe Suetonio.

Es difícil decir quién de ambos ejerció mayor atracción en el otro. Caso omiso del continente de ambos, la juventud de la griega no debió de carecer de seducción para el maduro romano. No es raro que a los cincuenta un hombre se sienta atraído de repente por una mujer joven. Cleopatra habría causado un vuelco radical en las preferencias del *imperator*, pues hasta entonces siempre había buscado más bien el tipo de mujer maternal, la casta mujer casada, de origen distinguido.

Lo que en Roma se decía abiertamente de los romances de César con venerables señoras había alcanzado proporciones casi mitológicas. Se le atribuían relaciones con Postumia, esposa de Servio Sulpicio; con Lolia, casada con Aulo Gabinio; con

Tertula, mujer de Marco Craso, y con Mucia, la amante de su rival Cneo Pompeyo; y con la madre de Marco Bruto, Servilia, con la que compartió gustoso el lecho largo tiempo durante su primer consulado, y a la que pagó por el favor el precio de un aderezo de perlas de seis millones de sestercios y varias quintas. Los regalos también le franquearon más tarde la puerta de los aposentos de Eunoé, la hermosa cónyuge del rey Bogud de Mauritania, pero en este caso el marido engañado exigió su parte. El tribuno Helvio Cenna aseguraba, además, que César preparó muy en serio una ley que le permitiera acostarse con cualquier mujer que se le pasara por la cabeza con el fin de perpetuar la especie.

Un hombre a quien precede semejante fama —y fama que sin duda llegó hasta Alejandría— no ejerce atracción en todas las mujeres. ¿En que consistía la fascinación de Julio? Sin duda, sus éxitos militares influyeron en el campo erótico. Cayo Julio César era tenido por un hombre que se solazaba en la fama de la invencibilidad del *imperator*, un superhombre que algún día rompería la barrera de su calidad de hombre. Bajo esta óptica, rodeaba a César una especie muy peculiar de atracción, la del único, el superior.

Aunque todos estos atributos pudieron provocar una explosión de emociones, no hay duda de que la visita de Cleopatra respondía a un plan. Para ella la alternativa estaba clara: César o la muerte. Pues —de eso no cabe duda— la oportunidad de vencer al rey hermano y a sus cortesanos eran por demás escasas; aunque, con la ayuda de los judíos, hubiese logrado lo improbable, habría tenido que reconocer muy pronto que no eran los militares quienes estaban en su contra, sino también el pueblo. Éste no había olvidado que su tan amado padre había dejado a Egipto a merced de los romanos. Cleopatra sólo podía esperar recibir ayuda de César, y por tal motivo prefirió luchar con las armas de una mujer. Es la primera mujer conocida de la historia universal de la que se dijo eso. De ahí que se la ignorara, se la calificara de vampiresa del trono faraónico. Sin embargo, en realidad sólo compartió su lecho con dos hombres. Uno fue César y aconteció la misma noche de su encuentro.

Ninguna crónica revela cuál fue el comportamiento de Cleopatra, ni cuál de los dos asumió la parte más activa. Pero no fueron menester grandes reflexiones: Cleopatra necesitaba a César. Es cuestionable que Julio se abandonara a ella hasta el punto de que pueda hablarse de esclavitud sexual. De cualquier manera, el altivo general cincuentón, adorado por las mujeres y venerado por los hombres, sucumbió durante nueve meses a los encantos eróticos de la joven Cleopatra hasta que sus propios soldados, que lo amaban como a un padre, se rebelaron. Por esa mujer que podía calificarse de extraordinariamente bella, una reina de provincia destituida, el cónsul romano, llegado a las riberas del Nilo en persecución de su adversario político, se olvidó de que en Roma las insurrecciones se sucedían sin interrupción, en Campania se amotinaban las legiones de veteranos, en la provincia hispana amenazaba una nueva sedición y en África, el ejército del derrotado Pompeyo I había formado de nuevo para ir contra Roma.

Entre octubre del 48 y julio del 47 César no conoció sino dos metas: el afecto de Cleopatra y la restitución de su trono. Aparentemente, se dejó manejar sin voluntad, involucró a sus soldados en luchas aventureras y cosechó fracasos estratégicos que pusieron en ridículo al conquistador de las Galias e Hispania. Quien allí actuaba no era un *imperator* romano, sino el espíritu soñador de un flautista egipcio.

César y Cleopatra no ocultaron sus relaciones. Ciertamente, el palacio de Alejandría tenía descomunales dimensiones, amplias alas y numerosos pabellones, pero el marido de trece años, el amante adúltero cincuentón y la esposa y amante vivieron por lo menos al alcance de la vista o del oído.

Tal vez Cleopatra llegó a provocar al rey niño, pues un buen día Tolomeo perdió la paciencia, pasó como una exhalación junto a los soldados, salió del palacio y vociferó ante los estupefactos alejandrinos que la causa egipcia estaría perdida si el pueblo no lo ayudaba a combatir a los romanos y a su infiel consorte. Airado, se quitó la corona de la cabeza y la pisoteó. Rápidamente, un grupo de mercenarios romanos redujeron al real rapazuelo enfurecido y lo obligaron a entrar en palacio, pero la escena bastó para que se rebelara toda Alejandría.

César preparó con generosidad una pomposa fiesta de reconciliación. Para serenar al pueblo apeló a un gran gesto: la isla de Chipre, anexada al Imperio romano en el año 58 bajo Catón, sería puesta de nuevo bajo la soberanía de los Tolomeos y regida por los hermanos menores de Tolomeo y Cleopatra: Arsinoe y Tolomeo. ¿Creyó realmente Julio que podría regalar provincias romanas a su capricho? ¿Olvidó las dificultades que habría de arrostrar en Roma por la realización de ese plan? ¿O había ya dejado de ser dueño de su voluntad?

De cualquier manera el gesto no tuvo ningún provecho, es más, provocó un fallido atentado detrás del cual estaban Potino y Aquilas. ¡Jamás confíes un secreto a tu peluquero, pues inmediatamente lo conocerá la ciudad entera! El barbero de César descubrió la conspiración y el *imperator* tomó prisionero a Potino y lo mandó matar. Aquilas huyó en dirección a Pelusio, donde tenían su campamento las tropas egipcias.

Durante unos días reinó una calma tensa; luego los exploradores anunciaron que Aquilas se acercaba a Alejandría con 20.000 mercenarios y 2.000 jinetes, una fuerza seis veces superior a la romana. César titubeó y envió al agresor dos mediadores, pero no tuvo éxito; el palacio fue rodeado, los legionarios romanos defendieron el bastión con todos sus hombres. Finalmente, el interés de ambos bandos se volcó en el puerto, donde tres docenas de barcos que los romanos reunieron sin orden ni concierto vigilaban a los 72 navíos de la flota egipcia, mejor equipados.

Tanto César como Aquilas sabían que el primero que lograra obtener el control de la flota tendría la ventaja estratégica decisiva. La flota se le antojaba al romano menos útil como herramienta bélica que como medio de transporte de refuerzos. Su punto fuerte —ya lo había probado infinidad de veces— era la clásica batalla campal, la táctica perfeccionada, el combate cuerpo a cuerpo.

Los mercenarios romanos apresaron a la flota en un ataque por sorpresa, pero, una

vez que tuvo en su poder a los 72 navíos extranjeros, Julio reconoció que habría de emplear muchas de sus fuerzas para defenderlos y necesitaba hasta el último de sus hombres para los combates de defensa del palacio. La flota no debía caer en manos del enemigo y, por consiguiente, César la mandó quemar. En un abrir y cerrar de ojos los barcos de madera quedaron convertidos en una hoguera y los romanos se retiraron a la isla de Faros.

Noviembre, época del tempestuoso viento del norte. Desde las ventanas de su palacio, Cleopatra debió de contemplar cómo empujaban los navíos incendiados contra las murallas del muelle, cómo las llamas lamían las instalaciones portuarias, cómo el fuego invadía el mercado, alcanzaba las primeras hileras de casas y avanzaba voraz, a una velocidad vertiginosa, sobre la ciudad. No respetó siquiera las dependencias del palacio. La gran Biblioteca real, donde todo el saber de aquella época estaba catalogado en 700.000 rollos de papiros, ofreció abundante pasto a las llamas.

Generaciones de hombres necesitaron siglos para reconstruir con arduo trabajo y paciencia, a menudo en forma incompleta, mediante rodeos y traducciones de lenguas extranjeras, lo que en ese aciago día de otoño se convirtió, en pocas horas, en humo negro. Mucho de lo que talentosos poetas y preclaros genios aportaron alguna vez a la Tierra ascendió irrecuperable hacia el cielo del olvido; más de un enigma de la historia, cifrado en unívocos caracteres gráficos, desapareció para siempre.

Entre las cenizas no quedaron sino los cimientos para una reconstrucción de la Biblioteca alejandrina. Más tarde, Marco Antonio envió 200.000 volúmenes de la Biblioteca de Pérgamo; en 272 d. C., bajo el emperador Aureliano, y en 295, bajo Diocleciano, la Biblioteca volvió a ser destruida y, cien años más tarde, bajo el obispo cristiano Teófilo, condenada a su definitiva destrucción. No obstante, el fondo debió de haber sido aún bastante grande, pues cuando en el año 641 d. C. el califa Omar I conquistó Alejandría, halló suficiente combustible para caldear los baños públicos y pudo evitar así recurrir al material que habitualmente empleaba para tal fin, la bosta de camello, muy maloliente.

Omar aplicó un patrón simple para disponer de los restos de la biblioteca: si los escritos griegos coincidían con el Corán, eran inútiles y no se requería conservarlos, y si disentían del Corán, merecían ser destruidos por el peligro que entrañaban.

Julio, hombre más bien de acción que de ideas sublimes, jamás hizo comentarios sobre el mayor de los daños que hombre alguno causara jamás a la historia intelectual de la humanidad. Aulo Hircio, su secretario y confidente, quien describió la guerra de Alejandría, tampoco menciona el infierno. Combatió junto a César en Galia, en 50 fue con él a Hispania y en 47 lo acompañó a Antioquía. Por supuesto, no estuvo en Alejandría. El épico romano Lucano, sobrino del filósofo Séneca y amigo del emperador Nerón, quien dio a su descripción de la guerra civil romana el título de *Farsalia*, tampoco hace mención del incidente. Su obra se interrumpe en el volumen décimo con la rebelión egipcia contra César y no cita el incendio originado por la

quema de las naves.

Del hecho de que los cronistas más próximos al suceso no mencionaran el incendio de la Biblioteca, los historiadores modernos han deducido que tal hecatombe no ocurrió y que sólo se quemó una nave cargada de rollos de papiro que Cleopatra la había regalado en aquel entonces al *imperator*. Naturalmente, tal conjetura contradice que historiadores posteriores como Plutarco, Dión Casio, Orosio, Gelio y Amiano Marcelino se refirieran al incendio de la Biblioteca. Asimismo, la generosa donación de libros de Marco Antonio no puede interpretarse sino como un signo de voluntad de reparación. Y que los enemigos personales de César no pudieran sacar provecho del vandalismo se explica seguramente porque la consternación que causó el suceso después de conocerse originó una especie de sentimiento colectivo de culpa. Los romanos, considerados un pueblo sin cultura, no querían reforzar esa fama por la destrucción de la Biblioteca, famosa en todo el mundo civilizado del momento.

Si en aquella ocasión no quedó convertida en cenizas toda Alejandría, ello se debió a que las anchas calles que atravesaban de este a oeste la mundana metrópoli actuaron a modo de brechas y a que las casas de la opulenta ciudad estaban edificadas de piedra y no de madera como en Roma y Atenas. Los combates se desplazaron a la isla de Faros: el concepto estratégico era claro: quien dominara el faro podría cortar el camino por mar desde Alejandría y hacia la capital. La lucha por la isla debió de durar varios días, tal vez incluso semanas y causado terribles víctimas, tanto más cuanto que los egipcios contaban con el séxtuplo de las fuerzas.

Durante las luchas, Arsinoe, la hermana menor de Cleopatra, y su chambelán, Ganímedes, lograron huir del palacio. Los alejandrinos la recibieron jubilosos y Ganímedes prácticamente no tuvo que desplegar sus grandes dotes de persuasión para que Arsinoe fuera aclamada reina. En cuanto a él, se convirtió en el hombre fuerte de los egipcios y Aquilas, quien se sublevó contra el advenedizo, pagó con la vida su despecho. A partir de entonces, César hubo de vérselas con Ganímedes.

El nuevo comandante egipcio puso a los romanos en un grave aprieto: estrechó más aún el cerco en torno al palacio, hizo agostar las fuentes en el interior y luego se propuso reconquistar el heptastadio y la isla. De noche, los mercenarios de César cavaron nuevas fuentes y empezaron a levantar barricadas sobre el malecón que unía la isla con tierra firme. Ganímedes se percató de la táctica, se apoderó de algunos barcos de poco calado, tal vez en el lago Mareotis, unido con el mar mediante un canal, y desembarcó detrás de las barricadas de los romanos.

Esta empresa también debió de realizarse de noche, sin el conocimiento del enemigo, pues cuando los mercenarios romanos advirtieron la estratagema del adversario el pánico se apoderó de ellos. Los soldados se precipitaron en loca carrera hacia los pocos navíos amarrados junto al heptastadio y, con gran alboroto, se apiñaron en su interior hasta el punto de que los barcos no pudieron ser maniobrados. Y en medio de los soldados estaba César. Fue el primero en reconocer cuán desesperada era la situación y saltó a la dársena con todos sus navíos de guerra. En

aquella ocasión perdió su manto rojo, que fue escamoteado por los egipcios y, más tarde, exhibido como precioso botín de guerra. Nadó unos centenares de metros por las gélidas aguas del mar, bajo una lluvia de picas y flechas egipcias, manteniendo fuera del agua una mano en la que sostenía importantes papeles, hasta que alcanzó el grueso de las naves romanas ancladas proa al mar. La suya se había hundido, junto con todos sus soldados, durante las luchas.

Finalmente, tras sufrir grandes pérdidas, los romanos consiguieron volver al palacio. Entonces César ideó un ardid: despidió al pequeño Tolomeo, que, como supuso, no podía ser prisionero en su propio palacio, sino comandante de sus tropas. Presumiblemente Tolomeo partió con lágrimas en los ojos. Ignoramos la razón que las motivó. Sólo sabemos que la concesión del romano tuvo consecuencias indeseables. No se equivocó al creer que el rey niño sembraría discordia entre Arsinoe y Ganímedes. El rey fue vitoreado en medio de los egipcios como su verdadero conductor, Ganímedes fue destituido de su cargo y el niño de trece años juró vengarse de Cleopatra.

El *imperator* del Imperio romano habría de lidiar con un chiquillo que casi podía ser su nieto; pero César se contuvo. ¿Las refriegas que habían tenido hasta ese momento habían diezmando su tropa hasta el punto de tener que limitarse a la defensa? ¿O lo tenía Cleopatra tan hechizado que sólo quería defenderse? A principios de 47 Cleopatra ya sabía que esperaba un hijo de César. Estaba en el tercer mes de su embarazo.

Si Tolomeo hubiera atacado a los romanos en ese momento, César no habría podido oponerse a la poderosa supremacía del enemigo. Llegó la primavera y nada aconteció. A principios de marzo una noticia corrió como un reguero de pólvora por el país: un poderoso ejército de mercenarios romanos procedentes de Asia, Siria, Judea y Arabia, bajo el mando de Mitrídates de Pérgamo, marchaba hacia la frontera oriental de Egipto.

El concurso de las tropas judías podría sorprender, porque los habitantes de Judea habían estado de parte de Pompeyo durante la guerra civil, pero el romano no se había comportado allí con la debida moderación: profanó el templo y, dado que era evidente que los de Judea habían montado al caballo equivocado, quisieron recuperar lo perdido.

Al cabo de ocho días de marcha por el desierto, los mercenarios llegaron a la fortaleza fronteriza de Pelusio. Mitrídates supuso que tendría que mantener una confrontación con los egipcios, pero para su sorpresa las tropas contrarias se habían retirado y los habitantes del lugar se entregaron sin resistencia. ¿Qué se traía el joven rey entre manos? Primeramente, Mitrídates se dirigió al sur, hacia Menfis, en la bifurcación de los brazos del Nilo, a fin de evitar tener que cruzar los afluentes, y luego marchó con rumbo noroeste hacia Alejandría.

Entretanto, bajo la desconfiada mirada de las tropas egipcias, los romanos llevaron los últimos navíos que les quedaban al lago Mareotis, a través del canal. Una

vez allí, enfilaron hacia el este, y Tolomeo presumió, por tanto, que César se reuniría con el ejército de refuerzo en la orilla oriental del lago. Sin embargo, al caer la noche, los romanos apagaron todas las luces a bordo de sus naves, dieron la vuelta y navegaron en medio de la tenebrosa noche rumbo al oeste. Cuando amanecía, César se encontró con Mitrídates.

El 27 de marzo de 47 a. C. el general romano, junto con sus ejércitos confederados, infligió al rey niño Tolomeo XIII una demoledora derrota en la batalla junto al Nilo. Rodeados por todos lados, los egipcios huyeron a la desbandada hacia su cuartel principal, pero, en lugar de encontrar su salvación, allí los esperaba la muerte, al menos a la mayoría, pues las tropas romanas irrumpieron en el campamento y lo arrasaron.

¿Dónde estaba Tolomeo? Los egipcios cautivos señalaron el Nilo sin pronunciar palabra. Los legionarios romanos iniciaron su persecución. Alcanzaron a ver aún cómo el monarca y sus últimos leales se arrojaban dentro de una barca para alcanzar a remo la otra orilla, pero, a poco de soltar amarras, la sobrecargada embarcación naufragó y todos sus ocupantes se ahogaron.

César no concedió al rey niño una muerte como la de Osiris, que hubiese podido motivar mitos y especulaciones: de ahí que hubiera ordenado cambiar el curso del río que ocultaba el cadáver de Tolomeo. Tal vez no se tratara sino de un afluente, o quizá sólo tuvieron que desagotar un estanque; en cualquier caso, los romanos descubrieron el cuerpo del difunto el mismo día. El faraón accidentado llevaba una armadura de oro.

César la expuso como trofeo cuando entró en Alejandría en cortejo triunfal como *imperator*, una ceremonia que sólo conocían los romanos, una glorificación del genio del vencedor coronado de laureles, erguido sobre su carro de combate mientras agitaba la mano benévolo, complacido por aquello que en Roma se le había negado. Los alejandrinos bajaron la cabeza desesperados. En casi tres centurias ningún conquistador hostil había pisado su ciudad y el inflexible orgullo de los alejandrinos era proverbial. En ese momento, vencidos, humillados, llevaron a los romanos las imágenes de sus dioses en señal de sometimiento.

En Hispania o en la Galia, el romano hubiera arrasado a una ciudad tan rebelde y nadie lo hubiera acusado de particular brutalidad: ésa era la costumbre general entre romanos, griegos y bárbaros. Pero Alejandría era la ciudad de Cleopatra; Julio había luchado por ella y en ese momento se complacía en poner a sus pies la urbe conquistada, el reino recuperado.

No cabe duda alguna, amaba a la Tolomea y ni siquiera su embarazo pudo contener su pasión. Cleopatra estaba aún en su sexto mes. Para legalizar su reinado, César puso en escena una boda felliniana: la grávida Cleopatra de veintidós años se desposó con su hermano menor de sólo doce años, Tolomeo XIV. No era más que una farsa, pero, de acuerdo con la ley, le permitía a su amada gobernar y ya nadie tendría derecho de disputarle el trono. El romano nombró al nuevo rey niño *socius et*



*amicus*, (corregente y amigo de la reina), y de este modo delineó claramente sus atribuciones. El decimocuarto Tolomeo tampoco volvió a hacerse oír y los cronistas sólo se limitan a comunicar su deceso en 44, el mismo año en que murió César.

Como si hubiese intuido que no viviría sino treinta y seis meses más, César osó dar un paso que no coincidía de manera alguna ni con él ni con su vida; hizo algo inconcebible: se tomó diez semanas de vacaciones. El *imperator* y la reina emprendieron un viaje por el Nilo a bordo de la suntuosa embarcación real.

Mientras en Roma Cicerón auguraba que la cuestión en torno de la estancia de César en Alejandría se presentaba tan mal que incluso se avergonzaba de informar de lo que ocurría en aquel lugar, Julio, en compañía de su amante embarazada, subía a bordo de la barca real: una embarcación de unos cien metros de longitud, construida en madera de cedro y ciprés, y cuya aparición sobre las aguas del Nilo embelesó a los propios egipcios, acostumbrados a fabulosos cultos religiosos. De hecho, desde finales de diciembre, César no había enviado más noticias a Roma, por un lado porque tal vez no hubiera nada grato de lo que informar y, por el otro, porque, una vez lograda la victoria, Cleopatra volvió a capturarlo.

En Roma se sucedían las tumultuosas refriegas callejeras, en el Foro se masacraron 800 personas y el joven Marco Antonio, a quien César había encomendado el cuidado de sus intereses, se volcó, tanto física como ideológicamente, ora hacia el tribuno Dolabela, ora hacia el antagonista Trebelio, voluble como una pluma al viento. Mientras los dispersos pompeyanos volvían a unirse y Domicio Calvino, el gobernador de Asia Menor, impuesto por César, era derrotado por Farnaces, el rey de los partos, Julio se desperezaba en la cubierta rodeada de columnas de la barca real, junto a la amada reina encinta, disfrutando del sol primaveral de Egipto.

Al lado de esa mujer, que para César representaba el milenarismo reino faraónico, el *imperator* se sentía como un soberano oriental... fuera de la realidad.

Preso del asombro, se aproximó a los templos de la antigua capital, Menfis, las primeras pirámides escalonadas de Sakkara; contempló las vastas llanuras de Amarna, donde Nefertiti, la reina de fascinación análoga a la de Cleopatra, había tenido su corte antes de ser castigada con el olvido por sus descendientes; admiró en Abidos los esplendorosos templos de Seté I y Ramsés II, y luego la Tebas de las cien puertas, la ciudad de Aigypto (como canta Homero, donde las casas son ricas en tesoros), a sólo un milenio y medio de su época de mayor florecimiento, pero donde todavía se sentía la presencia de Amón, y observó su avenida flanqueada por esfinges, los pilones que defendían el acceso, los obeliscos incrustados de oro que señalaban al cielo. Al hechizo de la amada se sumó entonces la fascinación del paisaje.

La excursión de los amantes por el Nilo no careció de efecto político. Cleopatra no era querida por los alejandrinos ni por la población seis o siete veces mayor que ocupaba el resto del territorio del reino. Para los no alejandrinos Cleopatra era sobre

todo desconocida y, por supuesto, esa animosidad también valía para César, y aún en mayor medida. Pero el hecho de que el conquistador se mostrara al lado de la reina, y de manera alguna se comportara como un invasor, sino más bien como un visitante embelesado, le valió simpatías tanto a Julio como a la Tolomea, de manera que poco a poco la flota que escoltaba a la suntuosa nave de la reina (una fuente habla de 400 navíos) perdió su función protectora y, finalmente, no sirvió sino a los fines de la representación.

Adscribirle a la excursión motivos puramente políticos sería equivocado, pues seguramente una gira de buena voluntad aguas arriba del Nilo no habría durado diez semanas. Lo contradice sobre todo el abrupto final del viaje: quizá César y Cleopatra lo hubieran prolongado otro tanto si las tropas que acompañaban al general romano no se hubiesen amotinado. Los valientes legionarios probados en combate se negaron a proseguir la navegación por el Nilo. Quizás el propio César había expresado el deseo de visitar Abu Simbel, con lo que los legionarios habrían tenido que jalar por tierra las embarcaciones hasta dejar atrás los rápidos de la primera catarata. De cualquier manera, el crucero de los olvidados de sí mismos concluyó sin haber alcanzado una meta importante o seguir un propósito claro.

Evidentemente, a los historiadores romanos posteriores les costó informar que en tiempos de intranquilidad el gran Cayo Julio César se había comportado como un extraño que se apea indiferente de la barca en peligro, cuando su patria clama por él. Por esta razón no se sabe si el niño que Cleopatra dio a luz en el verano de 47 nació durante el crucero por el Nilo, si lo hizo en Alejandría, o si para entonces César ya había abandonado la capital de Egipto.

Tolomeo César Teo Filopator Filometor, éste era el nombre del vástago tolomeico-julio: Tolomeo César Dios, *que ama a su padre, que ama a su madre*. Con ello quedaban cubiertas todas las relaciones de parentesco, condiciones e inclinaciones. Naturalmente, en Egipto nadie habló del príncipe Tolomeo; los originales alejandrinos llamaron al hijo de Cleopatra simplemente Cesarión, *el Cesarito*, que sin duda no era un nombre cariñoso, sino tal vez un mote burlón.

Se ha especulado mucho en torno de si Cayo Julio César pudo ser en verdad el progenitor del hijo de Cleopatra, y las dudas no son del todo infundadas. A pesar de sus innumerables aventuras amorosas, César sólo había engendrado, en sus cincuenta y dos años de vida, a una hija, Julia, y eso cuando tenía dieciséis años. Bien es cierto que las meretrices de la Antigüedad ya conocían muchos medios anticonceptivos, como por ejemplo las vejigas de pescado y tripas de animales, que el legendario rey Minos de Cnosos habría usado a modo de preservativo, pero entre las mujeres decentes, como las que Julio escogía preferentemente, no se estilaban tales procedimientos. ¿Realmente no engendró César ningún hijo en los mejores años de su virilidad?

Sus enemigos, que en el curso de su existencia fueron bastantes, opinaban, como se menciona más arriba, que ante él no se salvaba una sola falda. ¿No habrían

aprovechado esos enemigos con sumo placer cualquier desliz del *imperator* para provocar un escándalo? Los sobornos tampoco hubieran servido para ocultar tal secreto. Roma se nutría de los rumores y no hubo nunca ninguno lo suficientemente infame, soso o increíble como para no ser divulgado. ¿César el padre de un bastardo? Ni siquiera circuló el menor infundio al respecto. Toda la ciudad sabía de sus ataques epilépticos y, si Julio hubiera sido estéril, podemos tener la plena certeza de que los frívolos romanos lo hubiesen escarnecido por esta deficiencia en sus epigramas. Es y será un enigma que en el curso de treinta y seis años sólo engendrara dos hijos.

O el secreto residió en Cleopatra. Bien se la puede creer capaz de haberle endosado ese hijo al percatarse de la incapacidad procreadora de su amante, y puede que el *imperator* aceptara con orgullo en la creencia de haber recuperado su virilidad. ¿Tuvo relaciones Cleopatra con Tolomeo, su hermano de trece años, mientras los romanos luchaban por su trono? En la época de los Tolomeos, un niño de esa edad ya era absolutamente apto para engendrar. ¿Qué ironía se oculta tras el cognomento de Cesarito el que ama a su padre?

César desconfiaba de los alejandrinos y, al partir a Siria, dejó al mando de Rufio, hijo de un liberto, tres legiones para protección de la reina. Julio lo consideró un hombre leal, incapaz de involucrarse en egoístas intervenciones políticas. Lo que llevó a Asia al *imperator* fue la rebelión del rey del Ponto. El hijo de Mitrídates y ex partidario de Pompeyo había sojuzgado en el ínterin a todas las tribus entre el Kuban y el Don, Tanae y Fanagorea, y se había proclamado Gran Rey. Un año antes había ocupado Cólquida, Armenia Menor y una parte de Capadocia. En Nicópolis había vencido a Domicio Calvino, quien condujera la mitad del ejército cesáreo en Farsalia: en consecuencia, sólo César podía salvar la situación. Apenas traspuestas las fronteras de Egipto, volvió a despertar en él el viejo guerrero, el temido estratega, el político acostumbrado a ponderar fríamente. Como salido de un sueño interminable, como si hubiera querido subsanar en corto tiempo sus omisiones, recorrió las provincias a toda marcha, restableció el orden y la tranquilidad, repartió elogios y censuras, estableció nuevos impuestos o concedió privilegios. Había vuelto a ser el Cayo Julio César que todos conocían.

A Antipáter, hasta entonces sólo administrador de Judea, lo convirtió de un plumazo en *epimeletes*, gobernador, de manera que podría dividir su poder entre sus hijos, uno de los cuales era el legendario Herodes. Para ahorrarse el largo camino por tierra, César se embarcó rumbo a Chipre y Cilicia, se detuvo en Tarso, asiento del gobernador romano, y se encaminó hacia el norte con tres legiones a través de la meseta de Anatolia, hacia el Ponto.

El 2 de agosto de 47, rodeó al Gran Rey Farnaces cerca de Zela, aniquiló por completo su ejército y desterró al levantisco rey de reyes. Con la parquedad del lenguaje telegráfico comunicó a Roma: *Veni, vidi, vici* («¡Vine, vi, vencí!»).

## Capítulo cuatro

César retornó a Italia con sus legiones, pasando por Atenas y Patras. El 24 de septiembre de 47 desembarcó en Tarento y llegó a Roma en los primeros días de octubre, pero sus conciudadanos no le tributaron una bienvenida demasiado jubilosa.

Desde finales de 49, tiempo en el que abandonara la capital en persecución de su adversario Pompeyo, habían transcurrido dos años, y en ese lapso se habían exacerbado todavía más los conflictos políticos y sociales. La guerra civil no concluyó con el asesinato de Pompeyo. Catón y Escipión pudieron escapar de Farsalia y refugiarse en África y, mientras César se entretenía en Egipto, organizaron diez legiones completas con la ayuda de Juba, rey de los numidios. El ejército contó además con 120 elefantes y los dos fugitivos volvieron a disponer también de una considerable flota aliada. Por lo tanto, César dejó sus legiones en Campania y se adelantó para ordenar la situación en Roma.

Ya no le quedaban muchos amigos allí, y debía agradecerse a tres hombres en particular, empeñados en representar a Julio: su amigo Mario, de su misma edad, quien, aunque exteriormente representaba el papel de un comprensivo mediador, en realidad sólo se preocupaba de su propio bolsillo; el joven oportunista Publio Cornelio Dolabela, en ese momento tribuno del pueblo; y, por último, Marco Antonio, el *magister equitum* tan a menudo borracho, el provocador ávido de placeres que comía en vajilla de oro y conducía, a la manera del dios Baco, un carro tirado por leones, el que se tambaleaba en el Foro, ajeno al mundo, en compañía de prostitutas en obscena desnudez. En esa misma época centenares de miles de romanos ya no sabían cómo pagar sus alquileres.

César se distanció de Antonio, consiguió que le eligieran cónsul por tercera vez en el año 46 y, desoyendo la protesta de los propietarios de casas, comenzó por instituir una exención de los alquileres por un año; supo eludir, sin embargo, la sanción de una amnistía de los deudores, pues tal medida le hubiera valido la protesta masiva de los ricos y los nobles.

El dinero, una vez más el dinero, determinó el curso de la historia. César había vuelto de las Galias siendo enormemente rico, pero la guerra civil consumió su fortuna en efectivo y le dejó sin un centavo: no podía siquiera pagar el sueldo de los legionarios que regresaban a casa, ni qué decir los premios que se habían prometido por las tres gloriosas batallas. Los viejos guerreros se amotinaron; hasta los de la décima legión, la veterana y favorita del *imperator*, le negaron obediencia, y cuando envió a Campania dos pretores para serenar a los mercenarios indignados, éstos mataron a los emisarios y se formaron para marchar sobre Roma. La situación parecía en extremo peligrosa. Completamente desarmado y sin protección alguna, César salió al encuentro de los legionarios alborotadores, apostados en el Campo de Marte, frente

a las puertas de la ciudad. Conocía a sus soldados y sabía que ésa era la única manera de impedir una inimaginable masacre. En efecto, cuando los legionarios lo vieron con esa apariencia más bien ecuánime se acallaron los clamores sediciosos, sus cabecillas se acobardaron y en toda la vastedad del Campo de Marte no se escuchó el menor murmullo de protesta. Silencio.

Cayo Julio César alzó entonces su mano, como lo había hecho infinidad de veces en el campo de batalla para pedir atención, y empezó a hablarles con voz serena: «Vosotros, ciudadanos...» Sí, no se dirigió a ellos como de costumbre, no los llamó «soldados», sino «ciudadanos». Y la palabra hizo su impacto. Les anunció que habían sido dados de baja: recibirían su paga y sus premios, pero les pedía paciencia. A cada uno le daría lo suyo cuando regresara victorioso de África con sus tropas recién reclutadas.

Esas palabras conmovieron tanto a los veteranos que rodearon bulliciosos a su *imperator*, se disculparon por haberle sido infieles y le suplicaron que los llevase a ellos, sólo a ellos, sus viejos legionarios, a África. El gran táctico titubeó como si hubiese necesitado reflexionar una vez más y luego se declaró graciosamente dispuesto a llevar a cabo con ellos y otras tres legiones más la expedición al continente negro.

En el año 46 César tuvo a su lado a Marco Emilio Lépido, un segundo cónsul que encajaba con sus propósitos como anillo al dedo; era un hombre insulso, complaciente, el mandatario ideal del favor de César. Julio pudo ponerse tranquilamente en camino hacia África al llegar el solsticio de invierno. La travesía debió de organizarse de un modo caótico. Cuando Julio desembarcó en Hachrumetum, no tenía consigo sino 3.000 infantes y 150 jinetes, así que dio media vuelta para reunir a las ligas restantes, que estaban en el mar. Aunque con algunas dificultades, lo logró.

Para que sus legionarios, muy inferiores en número, no dudaran del triunfo, se valió de un ardid. Les dijo que había llegado a sus oídos que los enemigos, guiados por Metelo Escipión, confiaban en un viejo oráculo según el cual en África la victoria siempre estaba reservada a un Escipión. Hizo avanzar entonces a un legionario de la última fila y le preguntó su nombre frente a toda la guarnición reunida. «Escipión Salvidio», le respondió el soldado. En efecto, descendía de la estirpe del Africano. César lo nombró en el acto general, con la atribución de luchar en combate en el frente más avanzado de las tropas.

Era un hecho que el romano no podría mantenerse allí mucho tiempo con sus tropas. Hubo problemas con los refuerzos, los víveres escasearon, y los caballos tuvieron que ser alimentados con algas lavadas en agua dulce y mezcladas con un poco de heno. César, además, volvió a sufrir algunos de sus ataques epilépticos: lo asaltaban estremecimientos cada vez más intensos y finalmente se veía obligado a retirarse. Las pequeñas escaramuzas iniciales resultaron favorables a los pompeyanos y, cuando César vio huir a su gente, se dice que tomó del cuello a uno de los

portadores del águila, lo hizo virar en dirección contraria y le gritó: «¡El enemigo está allí!»

Catón, que tenía ocupada Utica, la vieja ciudad portuaria fenicia, debió de ponderar todo esto y decidió finalmente mantenerse lejos de la batalla. Metelo Escipión había levantado su campamento a pocos pasos de un lago, cerca de Tapso, en tanto que Juba, el rey numidio, y el general Afranio armaron su campamento aparte. Lucio Afranio inspiraba en César un particular enojo, porque ya se había enfrentado más de una vez con este viejo pompeyano. En la batalla de Ilerda había tenido que abandonar la lucha; de allí escapó con algunas cohortes hacia Dirraquio y en Farsalia volvió a pelear contra él sin éxito. Hasta entonces, César siempre lo había dejado huir y, en esa ocasión, lo tenía de nuevo como adversario.

*6 de abril de 46 a. C.*

Todo se desarrolló con vertiginosa celeridad: las tropas de César emergieron de un bosque y avanzaron sobre el campamento de Escipión, rodearon al enemigo y, de manera absolutamente imprevisible, lo atacaron por atrás. Los pompeyanos fueron derrotados antes de que pudieran formarse para el combate. Entusiasmadas por el triunfo, las legiones de César se lanzaron al ataque de los campamentos del numidio y de Afranio. Éste fue tomado prisionero y ajusticiado. Sin embargo, Suetonio observa expresamente que no fue César quien ordenó la ejecución. Al parecer, durante esta acción sorpresiva el *imperator* no se encontraba siquiera a la cabeza de sus tropas. Tal vez porque estaba debilitado por sus ataques o porque creía en un triunfo seguro, siguió el desarrollo del combate desde una torre y dio sus órdenes a través de mensajeros. La poca importancia que, de hecho, dio a esa batalla se desprende de los informes en los cuales menciona que enfrentó a sus jinetes con los elefantes africanos únicamente para familiarizar a los caballos con el olor de los paquidermos.

Al enterarse de la victoria de Julio, el estoico Catón, empeñado en no cortarse el cabello ni dejarse rasurar la barba desde que Pompeyo huyó de Italia, anunció que, en señal de duelo, en adelante no se reclinaría para comer, como era de rigor según la costumbre romana, sino que se sentaría erecto. Todavía alentaba la esperanza de que él, gobernador de Utica, podría infligir por su lado una derrota a su rival. Pero entre sus propios soldados hubo resistencia. Sabían que, a pesar de su inferioridad numérica, César había aniquilado la aplastante supremacía de los pompeyanos y temían su genio estratégico, ante el cual se habían doblegado hasta entonces todos cuantos se habían puesto en su camino. Cuando Catón, republicano convencido que todavía no había llegado a los cincuenta años, reconoció que la causa de los pompeyanos era desesperada, abandonó sus esperanzas en Utica. Impidió el saqueo

de sus soldados, pero luego mandó llamar a su hijo y le arrancó la promesa de que pediría la merced de Julio. Él, nacido y criado en libertad, no se sentía capaz de hacerlo. Acto seguido, se hundi6 la espada en el vientre.

De camino a Utica, César se enteró del suicidio de Catón y se dice que exclamó: «Catón, tienes bien merecida esa muerte, pues no me concediste el conservar tu vida.»

El norte de África sufrió una nueva organización. Después de la caída de Cartago, en 146 a. C., los romanos ya habían fundado la provincia de África. Al anexarle el reino de Numidia, César la llamó África Nova. Su gobernador fue Salustro. Una parte de Numidia fue entregada al equite Sitio de Campania, quien contrató mercenarios en África y ayudó abnegadamente a César en sus luchas. Después de la derrota, Juba, el brutal partidario de los pompeyanos y rey de los numidios aborrecido por César, huyó a Zama, al sudoeste de Cartago y, tras ser expulsado de la ciudad por sus habitantes, se suicidó junto con el pompeyano Marco Petreo. César impuso duros tributos a todas las ciudades que no se pusieron de su lado desde un comienzo: grano, aceite y oro. En aquel entonces debió de tener su romance con Eunoé, la bella esposa del rey Bogud de Mauritania, cuyos favores compró con caros regalos, tanto para la mujer como para su complaciente consorte.

El 25 de julio de 46 Cayo Julio César regresó a Roma. Un censo de la población evidenció las profundas huellas que había dejado en la capital la guerra civil: de 320.000 habitantes no quedaba sino una escasa mitad: 150.000. Para borrar los deprimentes recuerdos de las luchas intestinas y, por supuesto, para aumentar su propio prestigio, a finales de septiembre, Julio puso en escena cuatro cortejos triunfales y anunció que había conquistado países de tal magnitud que en el futuro cada año afluirían al Estado 200.000 fanegas de grano y tres millones de libras de aceite. El Senado y el pueblo de Roma, por tanto, podían mirar hacia el futuro con esperanza.

Los romanos no tenían motivo alguno para dudar de las promesas de César, pues a la ciudad habían llegado carretas repletas de botines de guerra entre los que se contaban 20.414 libras de oro, presuntas «donaciones» de las ciudades provinciales. César ofreció banquetes públicos, encargó 22.000 triclinios, carretadas de carne, 6.000 anguilas gordas y vino de Falerno. Sus legionarios recibieron un sueldo retroactivo tres veces mayor que el que había pagado Pompeyo. Todo eso le valió nuevos amigos. Cuando le preguntaron qué haría con tantas riquezas, César respondió que se esforzaría en ser rico con los romanos.

Para que en el pueblo no afloraran recuerdos de la guerra civil, en la que habían luchado romanos contra romanos, César organizó sus cortejos triunfales como victorias sobre la Galia, Egipto, el reino de Ponto y África. En ocasión del triunfo galo se presentó por primera vez flanqueado por 72 funcionarios de alto rango, dos docenas de hombres por cada una de sus tres dictaduras.

En tiempos difíciles, un político era nombrado dictador, por un período variable, a

propuesta del Senado. Originalmente, sólo se lo llamaba *magister populi* (conductor del pueblo) y a su lado estaba el *magister equitum* (comandante de la caballería), cargo que, sin embargo, había caído en el olvido desde hacía mucho. Sila lo había utilizado nuevamente como instrumento constitucional para la salvación del Estado decadente. El pretor Marco Emilio nombró a César dictador por primera vez. Fue en el año 49. César, sin embargo, sólo desempeñó el cargo en Roma durante once días y enseguida partió tras Pompeyo, rumbo al Epiro. Después de su victoria en Farsalia, Julio obtuvo la segunda dictadura, en aquella ocasión por un año, y esta vez le había sido otorgada la tercera, nada menos que por diez años.

El triunfo en una batalla se consideraba mayor cuanto más espectacular y exótico fuera el solemne desfile que lo conmemoraba. En el triunfo galo, un esclavo sostuvo sobre la testa de César una pesada corona de oro, y en un carro se exhibió una estatua encadenada, también de oro, que simbolizaba el océano, en alusión a la aventura en Britania. Un eje del suntuoso carro de César se quebró y, al punto, cundió el desasosiego entre los espectadores: los supersticiosos romanos temieron una inminente desgracia por el desafío del triunfador a los dioses. Pero éste se las ingenió para echar polvo sobre el suceso: a fin de reconciliarse con los dioses subió de rodillas las gradas del Capitolio hasta el templo de Júpiter.

Sin embargo, quien acaparó la mayor atención en el cortejo triunfal galo fue Vercingetórix, el príncipe de los averneces y otrora el más peligroso enemigo de Roma. Este héroe celta de la libertad, quien en 52 a. C. provocara el gran levantamiento de los galos contra César, había sido tomado prisionero por el *imperator* después de la caída de Alesia, como ya se dijo, y, desde entonces, había estado encerrado en el *tullianum*, la mazmorra subterránea de la cárcel mamertina, a los pies del Capitolio. Concluido el desfile, Vercingetórix fue conducido nuevamente a la prisión estatal, donde fue estrangulado.

A los tres días hubo un nuevo cortejo triunfal: el egipcio. Representaciones de los difuntos Aquilas y Potino despertaron aún cierto entusiasmo, pero el sentimiento unánime que inspiró la visión de esa tierna joven, una princesa egipcia en cuerpo y alma, cargada de cadenas, fue de compasión: se trataba de Arsinoe, la hermana de Cleopatra. Este sentimiento que conmovió a los romanos de todas las capas sociales obligó al dictador a perdonarle la vida en contra de la costumbre generalizada. César le otorgó un salvoconducto para la provincia de Asia, donde Arsinoe encontró refugio en el santuario de Artemisa, en Éfeso, tal como había hecho en otra ocasión su padre, Tolomeo.

Del triunfo pónico sólo se han conservado referencias de dos escenas: fueron exhibidos el gran rey Farnaces, que huyó de los romanos, y un escudo de bronce con las tres famosas palabras: *Veni, vidi, vici*.

En el triunfo africano se omitió toda alusión a Escipión, pero César no quiso renunciar a mostrar al pueblo la derrota de su mayor enemigo romano. Una escena del suicidio de Catón agitó los ánimos y contribuyó a crear una leyenda. La figura



central del cortejo fue, en cambio, Juba, el rey numidio. Su hijo, de apenas cuatro años, llamado también Juba, simbolizó la victoria de Julio y la expulsión del reino de su padre. Más tarde, el pequeño Juba gozó de una excelente educación, fue nombrado rey de Mauritania y se casó con una hija de Cleopatra.

Como digno broche de los festejos se habían organizado luchas de gladiadores, lidias entre animales para las cuales se contaba con 400 leones y jirafas que Salustio había enviado desde África. Debían realizarse en un lago artificial excavado para tal fin, pero súbitamente se anunció un nuevo espectáculo del todo inesperado: Cleopatra, la reina de Egipto había desembarcado en Italia y se aproximaba a la capital con un importante séquito.

Precedía a la Tolomea una fama legendaria que oscilaba entre la admiración por sus fabulosas riquezas y la aversión hacia la impenetrable soberana oriental. Los oponentes republicanos de César fueron principalmente quienes achacaron a Cleopatra haberlo embrujado y fascinado con sus prácticas mágicas. La extraordinaria visita no se produjo en respuesta a una invitación de Julio: después de cuatro cortejos triunfales y estando a las puertas de una nueva expedición a Hispania, sin duda la presencia de la reina egipcia debía de resultarle hartamente inoportuna. Además, daba la impresión de que en el ínterin el dictador se había propuesto desembarazarse de Cleopatra. Sus amoríos con Eunoé podrían ser un indicio en tal sentido.

Sin embargo, dado que la reina egipcia había entrado en Roma en compañía de su consorte Tolomeo XIV, el niño de trece años, y el hijo de César, que a la sazón tenía cuatro meses, no le quedó a Julio otra alternativa que ponerle al mal tiempo buena cara. A pesar de que Cleopatra, según lo anunció oficialmente, había viajado a Roma en una misión política para renovar el pacto de apoyo o prolongarlo, César se esforzó en restarle trascendencia a la visita de la reina: la albergó junto con su comitiva en su quinta vecina al Janículum y la aisló en la medida de lo posible de la vida pública.

César selló el deseado contrato de un plumazo, pero quien creyera que Cleopatra, alcanzados ya sus deseos, emprendería el regreso a su país, se vio defraudado. Tanto le agradaron los jardines que se extendían al otro lado del Tíber que se instaló allí, decidida a pasar el invierno inadvertida por el público. En ese momento debió de haber ganado nuevamente a César para sí. Lo cierto es que no hay al respecto ninguna información escrita, pero algunos de sus actos no permiten sacar otra conclusión.

Desde hacía cinco años el dictador construía un foro propio adicional, precisamente detrás de la Curia que durante los disturbios de la guerra civil había resultado seriamente afectada. En el Foro Romano, con sus templos, mercados, columnas conmemorativas y estatuas, reinaba en algunos momentos tal congestión que no se podía pensar en dar asambleas o discursos para el pueblo. Por esta razón, Cayo Julio César proyectó su foro propio, el Foro Julio, con su plaza de mercado, su recinto de reunión y sus templos votivos.

Antes de Farsalia, cuando durante un buen tiempo Marte pareció vacilar acerca de

a quién favorecer en la guerra, si al superior Pompeyo o al inferior César, Julio prometió solemnemente erigir en su foro un templo en honor de la madre original de su familia, la Venus Genetrix. Con tal propósito hubo de comprar por mucho dinero hileras enteras de casas, pues el lugar escogido se encontraba en una zona de densa población. El templo había quedado concluido.

La imagen de la diosa, una Venus Genetrix de túnica transparente en uno de cuyos hombros reposaba Cupido, fue obra del escultor griego Arcesilao, mientras que el pintor Tinómaco, de igual origen, decoró el pórtico del templo con escenas mitológicas. Otro griego, Stéfano, fue el autor de una fuente de mármol situada enfrente del templo, y alrededor de cuyos chorros de agua, que se elevaban al aire, se agrupaban delicadas nereidas, las llamadas *apiadas*.

La inauguración del templo degeneró en un reverendo escándalo. En el interior del majestuoso edificio los devotos visitantes se encontraron con la estatua de oro de una mujer de atrevidas formas que todos conocían: Cleopatra. Lo que consternó a los romanos no fue que Julio pusiera públicamente en ridículo a su cuarta esposa, Calpurnia, veintitrés años menor que él, sino la desatinada ocurrencia en sí misma. Hasta ese momento jamás se había expuesto en un templo romano la estatua de un rey o un hombre de Estado. Tal vez fuese usual en Egipto, donde el faraón era venerado como un dios ya en vida, pero Roma no era Alejandría. ¿Cómo podía consentir el Pontifex Maximus semejante profanación?

Sobre el particular se quejaba más tarde Ovidio en su *Arte de amar*: «Aun los mercados, ¿quién hubiera pensado?, sirven al amor. Y a menudo en el ruidoso mercado encontramos su fuego. Donde las apias se adosan al templo de mármol de Venus y se remonta en el aire el borboteante chorro, allí es a menudo sometido el versado en derecho por Amor. En el lugar, al elocuente a menudo se le corta la palabra; le sucede algo nuevo, debe conducir el proceso propio. Desde los templos, se ríe de él la cercana Venus. Quien una vez fuera patrón, desea ahora ser una cliente.»

Ignoramos las circunstancias que condujeron a la exposición de la estatua de Cleopatra. ¿Fue una prueba de amor del dictador o un honor reclamado por la Tolomea? Ciertamente, la reina egipcia era considerada en su país como la encarnación de la diosa del amor, Isis; Afrodita e Isis tenían un templo en Alejandría y lo que Afrodita era para los griegos, lo era Venus para los romanos. Estas concatenaciones explicarían la exposición de la estatua de Cleopatra en el templo, pero no la justificaron y la osada decisión habría de tener aún gran significación durante el Imperio romano.

Posiblemente, Cleopatra influyó también en la reforma del calendario romano. Tal vez el *imperator* concibiera el plan durante su permanencia en Alejandría tras haberse convencido del elevado nivel de los astrónomos alejandrinos; tal vez Cleopatra insistiera en ello porque mediante un cálculo del tiempo unitario quería aproximarse, tanto ella como su reino, al Imperio romano; quizás el *imperator*, que ya había colocado su estatua en un templo de dioses romanos, quiso regalar a su

amada el tiempo. Un rey habría conquistado el corazón de una mujer con oro, pero al gran dictador eso se le antojó demasiado mezquino, así que detuvo el tiempo. Es un hecho real: el año 46 a. C., en el que César y Cleopatra estuvieron en Roma, es el único año de la historia universal que cuenta 445 días.

También formaba parte del séquito de la reina Tolomea el astrónomo Sosígenes, al que sólo podemos describir como el mayor desgraciado de la historia, pues aunque todavía hoy hacemos uso de su obra, la fama no la cosechó él sino Cayo Julio César. Los antiguos egipcios ya conocían el calendario tres milenios antes de la era cristiana: distinguían tres estaciones, el desborde del Nilo, el invierno y el verano, y dividieron su año lunar en 354 días, aunque eso había acontecido en tiempos muy remotos.

Los astrónomos alejandrinos, maestros absolutos en su especialidad, se basaban desde hacía mucho en el año solar de 365 días. Hasta 153 a. C. los romanos también contaron según años lunares, al principio de diez meses y luego, de doce. Para concordar con la trayectoria del Sol, cada dos años debían agregar un mes variable de 22 y 23 días, el *mensis intercalaris*. La consecuencia fue una irremediable confusión en la búsqueda de fechas y períodos.

Para los cálculos que le encomendó César, Sosígenes buscó referencias en la obra de Calipo de Císico, un contemporáneo de Aristóteles, quien ya en el siglo IV a. C. estimó el año en 365 días y un cuarto. A partir de entonces en el Imperio romano habría de contarse a ese ritmo. Sosígenes propuso agregar dos meses intercalares adicionales de 28 y 29 días entre noviembre y diciembre. De todos modos, el 46 fue un año bisiesto con un mes adicional, de suerte que en definitiva ese año llegó a tener 445 días. En honor de César al mes *quintilis* se lo llamó Julio y al nuevo calendario, Juliano.

Desde entonces los años de Occidente se contaron según ese calendario, pero en las postrimerías de la Edad Media los astrónomos se percataron de que los cálculos de Sosígenes tampoco habían sido del todo exactos: en realidad el año juliano se excedía por un 0,0078 de día. A finales del siglo XVI, la diferencia ya sumaba diez días y el papa Gregorio XIII hizo correr el tiempo algo más aprisa para poder fijar con exactitud la Pascua. Al 4 de octubre de 1582 lo sucedió en forma inmediata el 15. En consecuencia, al año 1582 le faltaron los días comprendidos entre el 5 y el 14 de octubre inclusive. Mientras César había intercalado un día en el mes de febrero de los años divisibles por cuatro, el papa Gregorio cambió el sistema del siguiente modo: sólo serían años bisiestos aquellos que fueran centurias completas, como 1600 o 2000, cuyas primeras dos cifras fueran divisibles por cuatro. De este modo tendrán que pasar aún 2.500 años antes de que nuestro calendario difiera en un día de la órbita del Sol.

César también estuvo bajo la influencia de Cleopatra o, al menos, bajo la influencia egipcia, en cuanto a otros proyectos a los que se había abocado en aquellos días. En Alejandría y en el Egipto Medio, Julio había podido observar el ramificado sistema de canalización de los egipcios, que en muchos lugares era la condición del

bienestar económico. Despertó gran admiración en el *imperator* el gigantesco canal artificial, abierto por los Ramésidas a través del desierto, tal vez ya en tiempos muy remotos, para comunicar el mar Rojo con el Mediterráneo. La arena había cubierto de nuevo el canal en vastos tramos, pero lo que vio le bastó para despertar su ambición y emprender proyectos similares.

Un canal debía desecar los pantanos pónticos y el istmo de Corinto, ese estrecho de seis kilómetros de ancho entre el Peloponeso y el continente, debía ser perforado para que los romanos se vieran libres de rodear la península griega cuando fueran a Atenas o la provincia de Asia, o de llevar sus veleros sin carga a rastras por un diolcos, un carril pavimentado de seis kilómetros de longitud que cruzaba el territorio, mientras la carga era transportada en carretas. Los tiranos griegos habían fracasado en este proyecto, pero él, Cayo Julio César, ¿habría de darse por vencido frente a seis kilómetros de roca, cuando los faraones habían tendido su canal a lo largo de 100 kilómetros por el desierto?

Simultáneamente, César concibió un plan que despertó recuerdos de su aventura en Egipto: la construcción de una gran biblioteca pública. El proyecto fue encomendado al septuagenario Marco Terencio Varrón, un historiador prestigioso que había luchado al lado de Pompeyo y escarnecido el primer pacto de los triunviros en su malévolo libelo *Tricéfalo*. De cualquier manera, César logró conquistar a Varrón para su *Lex Julia* de reforma agraria y, desde entonces, el antagonismo entre ambos fue decididamente crítico, pero ya no hostil. La misión de Varrón consistió en buscar todas las obras griegas y romanas que pudieran rescatarse, archivarlas, catalogarlas y hacerlas accesibles al público.

La propensión de César a la megalomanía se hizo cada vez más notoria. Impresionado por el esplendor de la capital egipcia, decidió estampar en Roma su propio cuño. Tal como informa Suetonio, esta resolución condujo a que concibiera cada día más proyectos, a cuál más grande. ¿Pretendía eclipsar las gigantescas obras del país de Cleopatra, fruto de milenaria historia? Se propuso erigir el templo más grande del mundo, mayor que el santuario de Artemisa en Éfeso, mayor que la ciudad de los templos en la Tebas de las cien puertas.

Más grande. Descomunal.

Estaría dedicado a Marte, el dios de la guerra, y se levantaría en el lugar donde poco antes había hecho construir un lago artificial para las naumaquias. Y, junto al templo, recostado sobre la roca Tarpeya desde la que se solía despeñar al malhechor que hubiera violado a una vestal, se erigiría un teatro de mayores proporciones que el teatro de Epidamo, obra de Policleto, construido, como éste, de piedra, hasta la más alta de las gradas.

Con su ostentación y público despliegue de boato oriental, en tanto que en el dominio privado exigía sobriedad, el dictador se creó muchos enemigos. Asimismo, esa notoria distancia del soberano respecto al pueblo respondía a la tradición egipcia, según la cual el ciudadano era ignorado como individuo y sólo se tenía en cuenta el

pueblo en su totalidad. Con los plenos poderes dictatoriales de los que disponía, César prohibió una mala costumbre específicamente romana: el transporte en literas. Todo aquel que se preciara ya no iba en aquellos tiempos a pie a ninguna parte, sino que se hacía llevar por dos o cuatro esclavos en una litera con las cortinas corridas. La congestión producida por estos medios de transporte en las angostas calles de Roma era terrible.

El dictador prohibió también las túnicas de color púrpura, las costosas telas fenicias de pecaminoso y encendido color rojo, así como también los collares de perlas. Sólo ciertas personas de una determinada edad estaban exentas de este rigor en ciertos días. Otra ley atacó las mesas opíparas. No todo cuanto se ofrecía tenía que ser comprado y devorado. Sin nombrar manjares de lujo concretos, Suetonio hace mención de los inspectores policiales que confiscaban «manjares vedados» en los mercados y, por si a estos inspectores se les pasaba algo por alto, los distinguidos romanos, a la hora de acomodarse en el triclinio, recibían en algún momento la visita de los lictores para efectuar un control de los platos servidos y su eventual confiscación.

Pero la vida que llevaba Cleopatra en la finca rural de César estaba en grosero contraste con todo esto. De la correspondencia de Cicerón con su amigo Ático se desprende que la Tolomea vivía con verdadero boato oriental: organizaba fiestas costosas y regalaba preciosos presentes a hombres influyentes de Roma. A Cicerón le indignaba la desvergüenza de la reina extranjera que derrochaba el dinero a manos llenas mientras a los romanos se les imponían leyes de ahorro. Sin embargo, no osó exteriorizar esta crítica en vida de César, pues el gran abogado de los débiles estaba muy lejos de ser un valiente.

De todos modos, Cicerón tenía dificultades con las mujeres y llevaba a sus espaldas dos matrimonios fracasados, de modo que una mujer sexualmente agresiva como Cleopatra y, por añadidura, griega e inteligente, le provocaba un rechazo total. Pero cuando la Tolomea le prometió regalos de «naturaleza literaria» (según solía expresarse), que además nunca le hizo, cuando hombres de Estado menos importantes que él regresaban de la otra orilla del Tíber cargados de ricos presentes, el rechazo de Cicerón se convirtió en abierta aversión. A esta aversión debemos algunas observaciones sobre la permanencia de la reina en Roma, pues, por lo demás, las fuentes se muestran reservadas sobre el particular y en gran parte debemos basarnos en suposiciones.

El propio César, a quien volvió a despertársele el afán de recaudar dinero para sus proyectadas campañas, vivía con extrema modestia. Uno de los motivos por los cuales combatía la ostentación de riquezas era el peligro que emanaba de los grandes antagonismos sociales, un foco latente de disturbios intestinos.

Junto a la dictadura decanal, la prioridad de la palabra en el Senado y el derecho de nombrar a todos los magistrados, también se le otorgó a Julio el título de *praefectus morum*. Era una función nueva e involucraba plenos poderes censores, y,

por lo tanto policiales, con cuya ayuda habrían de impedirse las orgías desenfundadas y el lujo provocativo.

Pero la conducta de Cleopatra no fue lo único que habría de causar irritación en Roma y modificar radicalmente los propósitos originalmente vinculados al cargo del guardián de las costumbres. Las propias empresas de César lo aislaron en creciente medida de los romanos. Así, a la clase media le resultó difícil entender por qué debía actuar económicamente con mesura y prescindir del uso de túnicas púrpura mientras Julio emprendía obras gigantescas que, como su estatua de bronce en un carro triunfal de oro que había sobre el Capitolio, eran del todo inútiles, salvo, quizá, para conseguir su propia exaltación. Paulatinamente, los romanos tampoco comprendieron qué necesidad tenía el Imperio de crecer cada vez más mediante la conquista de nuevas provincias, cuando los problemas de la capital seguían sin resolverse.

Precisamente, para la solución de esos problemas se habían otorgado a Cayo Julio César los plenos poderes que, hasta ese momento, no se habían conferido a ningún romano. La situación desesperada del Estado fue la responsable de que César se extralimitara mucho más allá de lo conveniente y, cuando lo advirtieron, ya fue demasiado tarde para ambos lados: para el Senado y el pueblo, pues ya habían legalizado las pretensiones de César, y para el dictador, porque se sentía omnipotente, como un dios, distanciado e imprevisible para el hombre de la calle.

Circularon rumores. Unos decían saber que Cleopatra había persuadido al dictador de trasladar la capital del Imperio a Alejandría, otros propagaron el infundio de que César se proponía gobernar en el futuro el *regnum* desde Troya, entre cuyos reyes, el divino buscaba a sus antepasados. ¡*Regnum...*! ¡Qué palabra tan abominable! Los romanos no lo interpretaban en su acepción original de gobierno o reino; ellos asociaban el concepto *regnum* con la autocracia y el despotismo de un tirano, y si a algo temían los romanos, era a la tiranía. Una vez sembrada, la semilla de la desconfianza empezó a germinar.

A principios de noviembre, Cayo Julio César reunió con mucha premura nueve legiones con el fin de pacificar las provincias hispanas. La brusca y precipitada empresa habría podido interpretarse como un intento del *imperator* de huir de Cleopatra, pero ningún contemporáneo sugiere tal posibilidad. De todos modos, sorprende que César dejara a su amante en Roma para librar una batalla en Hispania, cuando no había razón apremiante para ello, y menos en aquel momento. Al fin y al cabo, había celebrado cuatro triunfos con una fiesta de catorce días de duración, sabedor de que los hijos de Pompeyo, Sexto y Cneo se habían atrincherado con sus secuaces en Hispania y habían destituido al gobernador de la provincia occidental. ¿Y súbitamente le había entrado prisa?

Además, el Senado y el pueblo de Roma le otorgaron al dictador, en su arduo camino, un cuarto consulado; es más, se lo designó cónsul *sine collega*, aunque todo esto no aconteció más que para cumplimentar las leyes. Un dictador que ya reunía en sus manos plenos poderes no necesitaba del cargo de cónsul. ¿Y quién iba a querer

actuar como *collega*?

El dictador tenía prisa. Al cabo de veintisiete días llegó a la Hispania meridional por tierra. Estaban a finales de diciembre. Durante más de ochenta días no sucedió nada. El 17 de marzo de 45 a. C. Cayo Julio César se encontró con Cneo y Sexto, los hijos de Pompeyo, y su antiguo adversario Labieno, antes su amigo, pero desde hacía tres años integrante de las huestes pompeyanas. Una vez más la supremacía del enemigo fue notoria. La ciudad en la cual se enfrentaron los dos ejércitos se llamaba Munda, cercana a la actual Córdoba. Munda ya había sido escenario bélico en otra oportunidad. Fue en el año 214 a. C., cuando Cneo Escipión derrotó allí a los cartagineses.

Al principio, las perspectivas no fueron muy halagüeñas para César y sus abigarradas legiones, y los pompeyanos los aventajaron. El frente de las tropas julianas empezó a tambalearse y los primeros soldados se volvieron para emprender la huida, pero entonces el *imperator* se lanzó vociferante entre las filas de combate y amonestó a sus soldados. Debían avergonzarse por librarlo a las dagas de aquellos imberbes. El airado griterío motivó hasta tal punto a los soldados que dieron media vuelta y se lanzaron con auténtico encarnizamiento contra el enemigo.

Plutarco informa que ese 17 de marzo las legiones de César habrían aniquilado a 30.000 hombres de las filas contrarias y perdido sólo 1.000 de los suyos. Cneo Pompeyo escapó y halló la muerte durante su huida, Labieno cayó en combate y Sexto Pompeyo logró evadirse. Tenía apenas veintidós años y distaba de darse por vencido. César, por su parte, al abandonar el campo de batalla, manifestó que había luchado por la victoria en muchas ocasiones, pero ésa había sido la primera en la que había peleado por su vida.

Como consecuencia de la victoria en Hispania, César fundó en la provincia nuevas colonias de ciudadanos, ciudades en las que se instalaron veteranos de su ejército, pero también proletarios romanos que no encontraban en la capital ningún medio de vida. Con tal propósito, el dictador se sirvió, en primer lugar, de las tierras de aquellas ciudades que se habían adherido voluntariamente a los pompeyanos. En cambio, las que se pusieron de su lado fueron distinguidas con la ciudadanía romana. Las fundaciones romanas de Valencia, Córdoba e Itálica adquirieron impulso a través de las colonias de Tarraco, Cartagonova, Urso e Hispalis. Al atravesar la provincia de la Galia Narbonensis, César fundó la colonia Arelate (Arlés), abierta tanto a nativos como a veteranos, y Forum Julii (Fréjus), un importante puerto de guerra.

Para contribuir a la formación de una nueva clase superior provincial, el dictador acordó aplicar el derecho latino en algunas ciudades escogidas, es decir, los funcionarios y empleados estatales de esas ciudades obtuvieron la ciudadanía romana absoluta y el derecho de legar sus privilegios a su descendencia, un primer paso tendiente a la descentralización del Imperio, con lo cual se daba mayor preponderancia a las provincias. A esto se sumó que en el Senado, cuyo número de miembros Julios se elevó a 900, también fueron admitidos hombres de las clases

rectoras de la Galia, miembros del consejo de las ciudades provinciales, o sea, la selecta minoría de la provincia. Los aristócratas romanos de la capital se horrorizaron.

Desde lo de Munda, Cayo Julio César volvió a padecer intensos ataques de epilepsia, cefaleas y desmayos que, a menudo, lo dejaban fuera de combate durante varios días. Sin embargo, el alevoso mal tampoco logró que el *imperator* acelerara su regreso: César se demoró seis meses y medio en retornar a Roma.

Ningún cronista menciona cómo pasó Cleopatra sus días en ausencia del dictador. Era joven y podía esperar. Sin embargo, también es posible que en aquellos diez meses ya se iniciara un romance con Marco Antonio, cuyas consecuencias políticas no se verían sino más tarde. Antonio, caído temporalmente en desgracia, no acompañó al *imperator* en su campaña a la península ibérica. Asimismo, llama la atención que a su regreso, a finales de septiembre de 45 a. C., César fuera a alojarse a su finca de Lavicum, al sudeste de Roma, como si pretendiese castigar a la Tolomea con su desdén.

Sólo después de su muerte se hizo evidente que algo había sucedido entre ambos, pues en aquellos días de octubre, en la precitada finca vecina a Lavicum, el dictador reputado de saludable y robusto redactó su testamento. Nadie supo cuál era su contenido: fue sellado bajo supervisión y, como era habitual, las vestales custodiaron el explosivo documento en su santuario.

En aquellos días de octubre, Cayo Julio César volvió a disponer de una inmensa fortuna personal, estimada en un séptimo del tesoro del Estado romano. Trasladada la circunstancia a las condiciones modernas, quien hacía su testamento no era un millonario; no, quien asentaba su última voluntad era un *multibillonario*. Sin embargo, lo importante de este testamento no son los billones, sino los nombres que en él afloraron o, lo que es aún más interesante, los que se omitieron. Si por una indiscreción se hubiese conocido entonces su contenido, quién sabe si no se hubiese desencadenado otra guerra civil. Pero lo más asombroso es que en el testamento no aparecen ni el nombre de Cleopatra ni el de su hijo Tolomeo César.

De acuerdo con la ley, un romano no podía instituir como heredero a un provincial y menos aún a un extranjero. Cleopatra y su hijo eran extranjeros, sin duda, pero un solo gesto de César habría bastado para que por lo menos el niño pudiera sucederle. Al fin y al cabo, los funcionarios provinciales de Hispania habían obtenido la ciudadanía romana de la noche a la mañana. En este aspecto, la relación César-Cleopatra se hace cada vez más misteriosa. La reina Tolomea tampoco conocía el contenido del testamento, pero el dictador no era el tipo de hombre que halagaba a una mujer cuando en realidad ya se había distanciado de ella interiormente. Debemos presumir, pues, que en octubre de 45, la relación del romano con la egipcia ya había concluido. Si Cicerón no hubiese mencionado la precipitada fuga de Cleopatra al mes de ser asesinado César, podría haberse supuesto que la reina hacía ya tiempo que había dejado de vivir en Roma. Es, pues, notorio que sus caminos se separaron



cuando todavía vivían cerca uno del otro. Evidentemente, el dictador marcado por la enfermedad consiguió separarse de la egipcia y, llegado a la cima de su poder, quiso olvidar esa fase de su vida. ¿Qué retuvo entonces en Roma a Cleopatra? ¿Por qué César no la mandó a paseo? Eso seguía siendo un secreto.

De todos modos, el testamento establecía como principal heredero a su sobrino nieto Cayo Octavio. Este muchacho alto y de orejas sobresalientes era hijo de Atia, sobrina de César. Se había quedado huérfano de padre a los cuatro años y, a los doce, había pronunciado la oración fúnebre para su abuela Julia. Fue en esa ocasión cuando César se fijó en él. Hacía un año, César había llevado al adolescente de diecisiete años al cortejo triunfal africano, a pesar de que, por sus pocos años, no había participado en el combate. Y Octavio fue a Hispania a visitar a su tío abuelo cuando supo de su mal estado de salud y lo cuidó abnegadamente. A este mozo le legó Cayo Julio César las tres cuartas partes de su fortuna, más aún, lo adoptó en forma testamentaria.

Un hombre calculador como César pensaba en todo: el cuarto restante habrían de recibirlo los nietos de su hermana. Pero de producirse después de su deceso el nacimiento de una criatura procreada por él, le estaría destinada esa cuarta parte. Así lo dejó escrito el dictador en su testamento. En consecuencia, Cayo Julio César no era tan estéril como muchos suponían. Y, de este modo, también se eliminan las dudas respecto a la paternidad del pequeño Tolomeo César, lo cual vuelve a traer a colación el interrogante de por qué el *imperator* trató a su hijo carnal como un padrastro.

Para ello no hay sino una aclaración: Cesarión era para el romano la personificación de Cleopatra, y en el ínterin no había llegado a sentir por la Tolomea más que indiferencia, en el mejor de los casos.

A principios de octubre, el dictador se permitió un nuevo triunfo, una mirada retrospectiva a la victoria de Hispania, en la cual, de no haber escapado Sexto Pompeyo, habría extinguido casi por completo la antiquísima familia de los pompeyanos. Los romanos, asegura Plutarco, habrían interpretado ese triunfo como la más amarga de las ofensas, porque, en forma unívoca, César no venció esa vez a un general extranjero o a un rey bárbaro, sino a un romano, uno de los mejores de su pueblo, independientemente de cuál fuera la orientación política a la cual perteneciera. Al decir de Plutarco, testimoniaba poca nobleza jactarse de la desgracia de la patria y alegrarse de acciones para las cuales no había justificación ni ante los dioses ni ante los hombres. Sin embargo, en Roma había una mayoría que lo eligió dictador vitalicio y lo endiosó.

## Capítulo cinco

César, ya fuese por la influencia de Oriente que desplazó las tradiciones de la antigua Roma o porque se dejara embriagar por sus propios éxitos y la posición preponderante que logró alcanzar, fue perdiendo más el sentido de la realidad. Su estatua era transportada en los juegos circenses junto con las imágenes de los dioses y también se expuso en el templo de Rómulo, el fundador de la ciudad. Finalmente el Senado pidió que César fuera acogido como Júpiter Julius con su cuerpo de sacerdotes particular, entre los dioses nacionales. En una época en que crecían las dudas respecto de los dioses vernáculos, tal conducta le creó nuevos enemigos, ante lo que Plutarco formuló abiertamente el interrogante de si «semejantes abusos» habrían sido provocados en esencia por los aduladores del dictador o por sus detractores.

Después de haber derrocado a sus adversarios y de haberse procurado una situación en apariencia inexpugnable, César se mostró clemente para con sus antiguos enemigos. La *clementia Caesaris* se volvió proverbial. En ello debieron de desempeñar también algún papel las consideraciones tácticas.

Por supuesto, César sabía que el número de sus enemigos superaba al de los amigos y necesitaba en forma apremiante granjearse simpatías.

Acordó, pues, generoso perdón a los adeptos de los pompeyanos que habían esgrimido armas en su contra y otorgó cargos y puestos honoríficos a los más valientes; por ejemplo, invistió a Bruto y a Casio con el cargo de pretores. También mandó erigir de nuevo las estatuas de Pompeyo, derribadas por su propia gente durante la guerra civil, lo cual mereció un comentario de Cicerón, que hacía notar que, al volver a levantar las columnas estatuarias del adversario, Julio aseguraba las propias.

En aquellos días, los pocos amigos del dictador lo asediaron para que se rodeara de una guardia personal, pues sabían que había empezado a formarse la oposición. César, sin embargo, rehusó. El amor de los ciudadanos, opinaba, era para él la más segura y bella protección. ¿No se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor? Al menos, pensaba que un ataque a su persona le dañaría más al Estado que a él mismo, y por esa razón anunció públicamente que no conocía el miedo y si así debía ser, prefería morir de una vez a estar a la espera de la muerte. Sin embargo, para que todos supieran con cuánta indulgencia y generosidad trataba a sus enemigos, Cayo Julio César promovió un decreto senatorial por el cual se erigiría un templo conjunto al Divino Julio y a *Clementia Caesaris*, la divina clemencia, en el cual ambos se daban la mano.

Las monedas de plata acuñadas con el templo y la inscripción *Clementia Caesaris* (la clemencia de César) anunciaron el acontecimiento hasta las provincias más

remotas, pues también estaban incluidas en su estrategia de la simpatía. Cartago y Corinto, alguna vez dos florecientes ciudades que los romanos destruyeron y asolaron cien años atrás, volvieron a reconstruirse al mismo tiempo y fueron pobladas por 80.000 veteranos. Quien no consiguiera permiso para entrar en las ciudades de los colonizadores estaba autorizado a participar en Roma de las comidas públicas o reclamar raciones gratuitas de grano.

A fin de mantener satisfecho al aparato burocrático ya sobredimensionado, se crearon nuevos puestos, se promocionaron los ya existentes y se duplicaron las altas magistraturas. De pronto, hubo 40 cuestores y 16 pretores con autoridad dividida. Palabras textuales de Plutarco: «A nadie dejó sin esperanzas, pues le importaba mucho dominar a hombres que se le sometieran voluntariamente.»

El historiador de la griega Beocia caracteriza de la siguiente manera el estado psíquico de César un año antes de su muerte: «La naturaleza le había dado la ambición y un altanero afán de realizar proezas, de modo que ni sus numerosos triunfos lograron inducirlo a gozar en paz de los frutos de su labor; por el contrario, lo estimularon, y robustecieron su confianza en el futuro. Su fantasía forjaba planes cada vez más grandiosos, anhelaba más fama, como si la ya conquistada se hubiera dilapidado y deslucido. Lo colmaba un apasionado desasosiego, sentía celos de sí mismo como de un rival y lo dominaba el deseo de superar en el futuro sus hazañas del pasado.»

En cambio, Suetonio, el historiador romano, calificó su conducta de «soberbia despótica» y censuró sobre todo sus manifestaciones en el Estado. La República, habría afirmado César, no era nada, un mero sustantivo sin cuerpo ni forma visible. Y Sila ignoraba el abecedario de la política cuando renunció a la dictadura.

César ya no se tomaba siquiera en serio las advertencias de los arúspices en cuanto a presagios desfavorables, ellos que durante siglos habían decidido sobre la guerra y la paz; y cuando éstos se mesaron los cabellos al no encontrar el corazón entre las vísceras de un animal propiciatorio, lo cual auguraba terrible desgracia, el dictador hizo un movimiento desdeñoso con la mano y expresó que, si a él le venía en gana, la suerte vendría.

Tenía cincuenta y cinco años, pero aparentaba más edad. Lo evidencian sus retratos ulteriores. La guerra de las Galias, en particular, habría surcado su rostro de profundas arrugas; sufría ataques de cefalea y la epilepsia lo ataba al lecho días enteros. No obstante, César forjaba nuevos planes de conquista, una empresa que incluso eclipsaría al *Bellum Gallicum*: la conquista del reino de los partos. Se alzaba, en el fondo de ese sueño, el ejemplo de Alejandro Magno. El gran macedonio había conquistado un imperio que abarcaba desde las costas de África hasta la India y el romano se proponía igualar su proeza. Las legiones bajo su mando cruzarían el Éufrates y avanzarían hasta la India, allí donde el océano demarcaba el fin del mundo. Todavía no tenía claro cómo financiaría la empresa, pero sí cuál sería la fecha de la iniciación de la expedición, el 17 de marzo de 44, y también el itinerario: iría

por Corinto, rumbo a Armenia, Éufrates y Tigris arriba, y luego al sur, hacia Partia. El camino de regreso después del combate victorioso (no debía haber duda alguna al respecto) habría de pasar por Hircania, junto al mar Caspio, el Cáucaso y la tierra de los escitas, desde donde habrían de conquistarse, Danubio arriba, los países germánicos vecinos. Entonces, así pensaba el dictador, el océano sería el límite natural del Imperio.

El plan de este proyecto presenta aún hoy ciertos enigmas. Por fascinante que fuera la influencia del Imperio de Alejandro sobre César, asombra que un hombre de su inteligencia, consciente de su precariedad física, pretendiera hacer la temeridad de emprender una campaña que, según se estimaba, iba a prolongarse unos cinco años. En definitiva, sabía que a su vuelta, si todo salía bien, tendría sesenta años, si bien lo más probable era que no sobreviviera a la expedición. Jamás habría regresado, afirma Cicerón. Pero sobre todo era de prever que, en los cinco años de ausencia del dictador, Roma habría de precipitarse en un caos único.

La aventura en Partia, por tanto, llevaba más bien el sello de la huida. ¿El delirio de Alejandro empujaba al divino dictador a ansiar la muerte? ¿Anhelaba terminar sus días como el divino macedonio en algún lugar junto a las riberas del Éufrates o entre el Indo y el Ganges?

Durante el invierno, Cayo Julio César reclutó 16 legiones y 10.000 jinetes y arqueros, delegó de antemano todos los cargos que ocupaba en Roma y las provincias por dos años y nombró a Marco Emilio Lépido, un sumiso partidario de quien no emanaba riesgo alguno, para que lo reemplazara. En 46 había sido segundo cónsul junto con César y, durante su ausencia, había conducido los negocios del gobierno en calidad de *magister equitum*. En los años 44 y 43 César le confió las provincias de Galia Cisalpina e Hispania Citerior, lo cual le proporcionó los consiguientes ingresos y una nueva amistad. A Marco Antonio le adjudicó Macedonia y a Dolabela Siria.

En el siglo I a. C. un hombre como César podía permitírsele casi todo, con excepción de dos cosas: aspirar a la dignidad de dios y a la de rey. Sin embargo, Julio parecía tener especial propensión a ambas y eso significó para él el principio del fin.

Los romanos reaccionaron al título real con mayor aversión que a la deificación. Ya se habían hecho a la idea del Divino Julio, si bien con desagrado, pero de pronto la diadema real se cernió sobre la ciudad de Roma como una amenaza. Los adeptos del dictador propagaron el rumor de que en los *Libros Sibílicos* que contenían las grandes predicciones políticas estaba escrito que sólo un rey podría dominar al reino de los partos.

Aun cuando, en general, César se mostraba adverso a las predicciones, en este caso en particular las consideró convenientes para sus fines. En 83 a. C., durante la ausencia de Sila, los libros que acabamos de citar fueron quemados en el sur de Italia, pero habían quedado copias y los romanos exploraron Troya, Samos, Sicilia, África y Eritrea en su afanosa búsqueda.

Por fin fueron hallados en la isla de Quios, cerca de la costa de Jonia y en el año

76 los enviados romanos transportaron las copias de los *Libros Sibílinos* a la capital en medio del más estricto secreto. Sólo quince hombres conocían su contenido. Estas misteriosas circunstancias dejaron expedito el camino a la especulación. Un tal Lucio Cotta anunció a voz en cuello que, para que la expedición a Partia resultara coronada por el éxito, propondría al Senado en la próxima sesión la proclamación de Cayo Julio César como rey. La agitación de los romanos fue en aumento.

*15 de febrero de 44 a. C.*

Fiesta del Fauno. El dios de los pastores y los rebaños tenía un templo en la isla de Tíber y, una vez al año, al finalizar el invierno, se celebraba en su honor y en honor de Luperco, el dios de los rebaños de los antiguos itálicos, la Lupercalia, una fiesta durante la cual aun los romanos distinguidos, jóvenes patricios y magistrados, disfrazados de harapientos pastores o desnudos corrían por las calles y, en broma, atizaban a la gente con látigos y pieles. De preferencia, los golpes iban dirigidos a las mujeres, para dar fertilidad a las estériles y para propiciar un fácil alumbramiento a las embarazadas, una especie de exorcismo.

César, investido con las insignias del triunfador, presenció el festivo cortejo desde el Foro. Había tomado asiento en un dorado sillón, colocado en la tribuna del orador, frente a la Basílica Julia, que él mismo había mandado erigir. A su alrededor, el Foro era una negra masa humana. En la mascarada participó también Marco Antonio, a la sazón cónsul, en persecución de un plan en extremo refinado a su juicio. Con una diadema rodeada de laureles, provista de una cinta blanca, el símbolo de la divinidad real, Antonio se abalanzó sobre la tribuna y colocó la corona sobre la cabeza de César. En cuestión de segundos, se aplacó la desbordante algarabía para dar paso a un gélido silencio. Los romanos, como hechizados, fijaron la vista en el dictador coronado. Un grupo de alabarderos pagados aplaudieron con frenesí, pero enseguida abandonaron sus esfuerzos al advertir lo inútil de su cometido. Reinó de nuevo un silencio ominoso.

En tan fatal situación Cayo Julio César conservó la calma: con un gesto de indiferencia se quitó la diadema y se la devolvió a Marco Antonio. Una lluvia de atronadores aplausos premió su actitud, pero la manifestación se interrumpió abruptamente cuando Antonio intentó de nuevo coronar a César. Entonces Julio se levantó y clamó que la diadema debía ser llevada al Capitolio y entregada como ofrenda al supremo Júpiter. El pueblo suspiró aliviado. Dos tribunos, Cesecio Flavo y Epido Marulo, se encargaron de la misión y llevaron la diadema al templo de Júpiter. Una vez allí, comprobaron horrorizados que todas las imágenes divinas de César, y había varias, estaban adornadas con coronas reales y, con resolución, decidieron arrancarlas. Cuando César se enteró de lo sucedido destituyó ese mismo día a los

tribunos tal vez, según comenta Suetonio, disgustado por el curso desafortunado de los acontecimientos tras la sugerencia de su nombramiento como rey, o, como él mismo hizo valer, porque lo habían privado del privilegio de retirar él mismo las coronas reales.

La sesión del Senado durante la cual debía votarse en relación con la coronación de César como rey se fijó el 15 de marzo de 44. Este emplazamiento en la Curia de Pompeyo, vecina a su teatro, apremió a los adversarios del dictador: César no debía anticipárseles con la aceptación de la odiada monarquía, símbolo de arbitrariedad y tiranía. Pero el divino parecía invencible. «Al dios invicto», rezaba en caracteres dorados, al pie de su imagen en el templo de Quirino. Fue menester, por tanto, la unión de más de sesenta hombres firmes, tanto pompeyanos como ex cesarianos, que se alentaron mutuamente para aceptar la idea de que el Estado romano sólo podía salvarse del despotismo de un individuo mediante un cruento sacrificio.

En Roma, donde los ociosos vivían de la propagación de rumores, ya era harto difícil guardar un secreto entre dos, de modo que pretender que un secreto compartido por 60 custodios no iba a trascender hubiera sido una insensatez. En consecuencia, en los primeros días de marzo de 44 se habló abiertamente sobre los planes atentatorios. Se habló mucho, pero se sabía poco, al menos nada preciso, y floreció el negocio de los presagiadores.

De la colonia de Capua llegaron noticias: al parecer los colonos, mientras edificaban sus casas, habían tropezado con el monumento funerario de Capys, a quien se consideraba fundador de Capua, y hallado en la sepultura una placa de bronce con una inscripción en caracteres griegos que anunciaba: «El día en que se encuentren los huesos de Capys, un descendiente de los Julios será asesinado por sus propios parientes, pero su muerte será vengada por las terribles tribulaciones que sufrirá Italia.»

Una ciudad de una provincia norteña informó que los corceles que César había entregado como ofrenda a los dioses después de cruzar el Rubicón, y que desde entonces habían corrido libres por los prados, ya no querían comer. Violentas tempestades de primavera, acompañadas del retumbar de truenos, hicieron cundir el pánico en la ciudad y, una vez más, después de observar las entrañas de la víctima matutina, el arúspice alzó su voz para proferir una advertencia: el dictador debía cuidarse de los Idus de marzo.

*14 de marzo de 44 a. C.*

El día previo a los Idus. Se cernía sobre la ciudad una calina preñada de tensión. Los esclavos barrían la Curia pompeyana, donde al día siguiente se habrían de reunir los 900 senadores. Se escucharon graznidos de aves procedentes de un bosquecillo vecino: pájaros negros perseguían a un pequeño reyezuelo que llevaba en su pico una rama de laurel, y le dieron caza

precisamente cuando sobrevolaba la Curia. Los perseguidores atacaron al fugitivo, hubo un revuelo de plumas y, poco después, el reyezuelo ensangrentado y deshecho se desplomó sobre el pavimento.

A la hora del crepúsculo, el dictador fue a visitar a Marco Lépido, acompañado de un escriba y algunos esclavos. Lépido lo había invitado a cenar. ¿No conocía el miedo el divino? Eso parecía; al menos el miedo no lo acometió en ese momento. Durante la comida se mostró relajado en su triclinio, departió con su amigo y, simultáneamente, como era su costumbre, dictó algunas cartas y las firmó. Por supuesto, se habló de los proyectos atentatorios: la ciudad estaba llena de rumores. César hizo un ademán despectivo. Lépido quiso saber cuál era la mejor muerte y el dictador le contestó presto, como si hubiera meditado con frecuencia al respecto: «¡La inesperada!»

César regresó a su casa. Plutarco pretende saber que «como siempre se acostó junto a su mujer, Calpurnia». Hacia medianoche se despertó sobresaltado: todas las ventanas y puertas del aposento se habían abierto brusca y simultáneamente y la pálida claridad de la luna invadía la estancia. Julio intentó conciliar de nuevo el sueño, pero se lo impidió el llanto en sueños de Calpurnia. Finalmente, consiguió sumergirse en un sueño intranquilo, poblado de pesadillas.

*El 15 de marzo del 44 a. C.*

César se levantó al rayar el día, dispuesto a asistir a la sesión del Senado. Calpurnia le suplicó a su esposo que abandonara su propósito, pues en sueños había visto que se desmoronaba el frontispicio de su casa y que unos esbirros se precipitaban sobre él con sus dagas. Por primera vez, Julio se mostró meditabundo y confesó haber tenido también un sueño extraño: flotaba sobre las nubes y le tendía la mano a Júpiter.

Calpurnia fue presa de gran agitación, algo inusual en una mujer en absoluto histérica ni supersticiosa. Llamaron al arúspice doméstico y le preguntaron acerca de los signos del naciente día: sólo malos presagios. Entonces, el dictador mandó decir a Marco Antonio que se sirviera aplazar la sesión.

Entretanto, en la Curia de Pompeyo los senadores se habían reunido casi en su totalidad. La atmósfera allí era tan tensa que parecía que iba a rasgarse. Los purpurados esperaban al divino Julio. ¿Por qué se demoraba? Cuanto más se prolongaba la espera, tanto más crecía el desasosiego. La inquietud de unos, en realidad de la mayoría, se debía a que sospechaban algo, aunque no sabían exactamente qué; la de los otros surgió cuando vieron sus planes desbaratados.

Los conspiradores hacía más de un año que seguían con su proyecto de matar a César; sin embargo, no habían hallado a nadie dispuesto a esgrimir el puñal. Y el

dictador debía de saberlo, pues nunca se tomó en serio los rumores respecto a un atentado, si bien no ignoraba por qué lado le amenazaba el peligro. Cuando circuló un rumor tendencioso, destinado a desprestigiar a Marco Antonio y Dolabela a fin de desviar la atención de los verdaderos autores del atentado, César manifestó no temer a aquellos corpulentos señores de abundante cabellera, sino más bien a los pálidos y delgados.

Bruto y Casio lo eran. Marco Junio Bruto, abogado de cuarenta y un años, según los rumores hijo de César, pero en verdad vástago del tribuno del mismo nombre, al que Pompeyo mandó asesinar, y de Servilia, durante mucho tiempo amante de César, había iniciado su carrera política como tesorero, luego fue cuestor en Cilicia y acababa de ser distinguido por César con la pretoría urbana. Su tendencia política es imposible de definir, pues ora estaba de un lado, ora de otro. En la guerra civil había luchado junto a Pompeyo, quien había dado muerte a su padre; durante un tiempo fue amigo político de Cicerón y, a partir de 48, se lo consideró partidario de César, quien ya había pensado en él como cónsul para el año 41.

Desde que Julio invistiera la dictadura vitalicia, Marco Bruto no conoció sino un propósito: eliminarlo. Sin embargo, al principio hizo oídos sordos a las sugerencias de los conspiradores para que fuera el autor material del atentado. No era en absoluto el hombre desalmado que se nos ha hecho creer que era. Instruido en la escuela de filósofos de Atenas, sus intereses estaban cifrados en las artes, la ciencia y la historia, y aun cuando marchaba a la guerra llevaba consigo sus libros. Al parecer, durante el prolongado sitio de Farsalia, estudió los libros del historiador griego Polibio.

Este Polibio, que vivió en el siglo II a. C., parece haber influido en el pensamiento de Bruto. Además, fue el primero que estableció en el curso de la historia la diferencia entre el motivo interior y la causa exterior, pero, sobre todo, se mostró admirador del poder y la grandeza de Roma, basados en su Constitución, una forma mixta de monarquía, aristocracia y democracia. Y el dictador vitalicio había anulado por completo precisamente esa Constitución. Por lo tanto, la eliminación de César se le antojó a Bruto una medida inevitable para la restauración de la ley magna.

Más radical e inescrupuloso era su cuñado Cayo Casio, el auténtico instigador del atentado. Se ignora su origen exacto, pero tenía fama de ser un excelente soldado, si bien codicioso y sin escrúpulos. Él también había sido partidario de Pompeyo, había merecido el favor de César después de Farsalia, y en aquel momento se desempeñaba como pretor. De acuerdo con sus convicciones, no sólo debía eliminarse a Cayo Julio César, sino que Marco Antonio figuraba asimismo en la lista mortal. En cierta ocasión, César se había burlado de ese «paliducho» que no le agradaba en lo más mínimo: tal vez eso pudo fomentar su aversión.

En su calidad de pretor trató de convencer a sus colegas pretores de que debían encargarse de la ejecución del atentado y fue también el iniciador del psicoterror del que fue objeto Bruto. Todas las mañanas, cuando éste ponía los pies en la sala de justicia y ocupaba su silla de juez, se encontraba con tablillas y pergaminos con



consignas tales como: «¡Bruto, duermes!» o «Tú no eres un Bruto», esto último referido a Bruto, fundador de la República romana, quien había destronado al rey Tarquino Superbo.

Finalmente, los conspiradores se pusieron de acuerdo. Cada uno portaría un puñal y Bruto sería el primero en atacar. Los esbirros llevaban esperando ya más de una hora, inquietos por la tardanza de la víctima. ¿Habría alguien desvelado sus planes? ¿Por qué no venía el dictador?

Décimo Bruto, no emparentado con Marco Bruto, era considerado amigo de César, que no podía saber que confraternizaba desde hacía mucho con los conspiradores. A Décimo le encomendaron ir en busca de Julio. No podía dejar plantados a los senadores sin más ni más; después de todo, se habían reunido por indicación suya. El Senado se lo tomaría como una grave afrenta, sobre todo en ese momento, cuando los purpurados habían llegado por fin al acuerdo de otorgarle a César el título de rey en las provincias extraitálicas y de entregarle la diadema para que la llevara allí donde se encontrara, en mar o tierra. ¿Qué debía comunicar él, Décimo Bruto, a los que aguardaban? ¿Que se marcharan a sus casas y regresaran cuando Calpurnia tuviera un sueño más feliz? Ya que pensaba levantar la sesión del Senado, reunido a pleno, Julio debía al menos presentarse ante los ilustres magistrados y anunciarles su propósito.

César se incorporó de mala gana. Se dice que Bruto lo habría tomado por la fuerza y arrastrado consigo. Habían pasado aproximadamente cinco horas, o sea, que eran alrededor de las diez de la mañana. El dictador no ignoraba en qué situación se encontraba, sabía que tenía en su contra a la mayoría dominante, no sólo en el Senado. Julio el Divino se había apartado del pueblo, los romanos ya no lo comprendían. ¿De qué servía dominar un Imperio sin súbditos? La historia enseña: los dioses son amados o aborrecidos, pero rara vez se los soporta. ¿Qué otra alternativa le quedaba, pues, al divino, sino tenderle la mano a Júpiter... como en su sueño?

Ya en la calle, le salió al encuentro su amigo Artemidoro de Cnido, quien le hizo entrega de un rollo con la sola observación de que su contenido era importante y debía tomar conocimiento del mismo enseguida. Enterado de los planes del atentado, el sabio griego instalado en Roana había anotado todos los detalles en aquel mensaje. César le dio las gracias y no entregó el rollo al esclavo de su escolta, como de costumbre. Sin embargo, cada vez que intentaba echarle un vistazo alguien se le acercaba para distraerlo, entre ellos el agorero Espurina. Después de todo, chanceó el dictador, los Idus de marzo habían llegado sin gran infortunio. Sin embargo, Espurina alzó las manos en ademán defensivo y observó que, si bien habían llegado, todavía no habían pasado.

El atentado había sido preparado cuidadosamente: después de que Marco Antonio recibiera al dictador en lo alto de las gradas de la portentosa Curia de Pompeyo, Bruto Albino Antonio debía darle conversación y entretenerlo frente a la entrada.

Cuando César apareció en la Curia, los senadores se levantaron y no volvieron a tomar asiento hasta que éste hubo ocupado su escaño sobre el pedestal de mármol blanco situado en el frente. El repetido ritual del sacrificio empezó a desarrollarse.

Un hombre llamado Tulio Cimbro pidió merced para su hermano exiliado, pero el dictador se la negó. Tulio insistió, se arrodilló ante César, se aferró a su toga y se la arrancó de los hombros. Era la señal convenida que esperaban los alevosos asesinos. Publio Servilio Casca avanzó por detrás. Temblaba de pies a cabeza, pero al ver fijos en él tantos ojos anhelantes, suplicantes, desafiantes, acabó por clavar su puñal en la espalda del dictador.

La víctima lanzó un gemido, se volvió y, al reconocer a Casca, gritó: «Infame Casca, ¿qué haces?», y con el cincel le atravesó el brazo a su agresor.

César creyó vérselas con un solo individuo, intentó levantarse para atacar a Casca, quien llamó a su hermano en demanda de auxilio, pero en ese preciso momento los demás conjurados recobraron el dominio y se abalanzaron sobre el dictador con dagas y espadas, como gladiadores sobre una bestia feroz.

Julio se debatió entre sus atacantes, trató de alcanzar la salida para escapar, pero sólo llegó hasta la estatua de su enconado adversario Pompeyo y su sangre la salpicó. Tambaleante, reconoció a Bruto, el hijo de su amante Servilia, y, en alusión a su educación griega, César clamó en esa lengua: «¿Tú también, mi hijo Bruto?» El interpelado no se amilanó ni desistió de su cometido y, con fiera saña, hundió su espada en el vientre del dictador. César alcanzó a cubrirse la cabeza con el extremo de su túnica, una señal de duelo para un romano, y luego se desplomó en silencio. Cayo Julio César había muerto.

En el caos general que se produjo al querer cada cual asestar una puñalada al caído, los conjurados, más de sesenta, se hirieron entre sí. En medio de los senadores paralizados por el horror, corrieron hombres ensangrentados. En un principio, quienes eran ajenos al suceso no pudieron adivinar quién peleaba contra quién, y huyeron.

Bruto no tuvo ocasión de pronunciar la perorata preparada con el fin de fundamentar y justificar la fechoría. Plutarco informa que entre los senadores que se marcharon sigilosamente y buscaron refugio en casas extrañas se encontraban también Antonio y Lépido, los mejores amigos de César.

La febril planificación del hecho, del cual Cicerón opinó que había sido cometido por corazones viriles, pero con el entendimiento de un niño, no previó un ordenado desarrollo de la toma del poder. Bien mirado, hubiera sido menester asesinar también a Marco Antonio y a Lépido, pues ambos eran órganos ejecutores del dictador, aquél como cónsul, éste, el suplente designado. Ambos disponían de sobrada fuerza militar para vencer a cualquier adversario.

Originalmente, según informa Suetonio, se habría previsto arrojar el cadáver de César al Tíber, confiscar sus bienes y derogar todas sus leyes y disposiciones, pero, temerosos de Antonio y Lépido, los asesinos dejaron el cuerpo donde había caído, envainaron sus espadas y con cara alegre se dirigieron al Capitolio para anunciar al

pueblo la libertad. Luego se dispersaron.

Calpurnia mandó tres esclavos con una litera para que trajesen a su casa los restos del occiso. Según el relato de Suetonio, mientras era transportado, los brazos de César se bamboleaban fuera de la litera. Triste final para un divino.

Contrariamente a lo esperado, imperó la calma en la ciudad. No hubo manifestaciones de aprobación, aunque tampoco protestas. Con su silencio, según dice Plutarco, los romanos dieron a entender que la suerte de César les había tocado el corazón, pero que, por otro lado, no querían negar su respeto a Bruto y a Casio. El Senado se reunió. Sus resoluciones no podrían parecer más grotescas:

1. César habría de honrarse como Dios por toda la eternidad.
2. Ninguna de las leyes promulgadas durante su gobierno sería tocada.
3. En el año venidero se adjudicaría a Bruto la provincia de Creta y a Casio, la provincia de Cirenaica.

Estos insólitos decretos se originaron probablemente bajo la conmoción en que se encontraba toda Roma. Al día siguiente, se había girado la tortilla. En casa de Marco Antonio se procedió a la apertura del testamento redactado por el dictador el 13 de septiembre de 45 en su finca lavicana.

Causó gran asombro que legara las tres cuartas partes de su herencia a Cayo Octavio, pues César había citado a menudo como su heredero a Cneo Pompeyo. Que favoreciera a los nietos de su hermana, Lucio Pinaro y Quinto Pedio, con el cuarto restante se consideró justo, pero que en caso de nacer después de su muerte un niño engendrado por él se nombrara tutor del mismo a alguno de sus asesinos, despertó conmiseración hacia su persona. Cuando los romanos se enteraron de que César había legado al pueblo sus famosos jardines junto al Tíber y adjudicado a cada individuo 300 sestercios, pareció quebrarse la conmoción que hasta ese momento los había tenido presos. Por todas partes resonaron vítores en honor del difunto dictador, el divino, y se alzaron las primeras voces en demanda de castigo para los conspiradores.

La pira se levantó cerca del monumento funerario de los Julios, en el Campo de Marte. Frente a ella, se instaló una tribuna para los oradores fúnebres y un catafalco dorado que remedaba el templo de Venus Genetrix. En su interior se encontraba el féretro de marfil, cubierto de un palio púrpura con orlas de oro, cuyo uso estaba vedado a los ciudadanos ordinarios. Sobre él yacía el cuerpo de Cayo Julio César, desfigurado por las heridas.

Precedió a la ceremonia una agitada discusión acerca de si debían incinerar a Julio en el templo de Júpiter Capitolino o en la Curia de Pompeyo, donde el dictador había exhalado su último suspiro, pero mientras se desarrollaban aún las honras fúnebres que comprendían la representación de piezas de teatro y la actuación de coros, justo cuando un heraldo anunciaba el decreto del Senado por el cual se

otorgaban al extinto todos los honores divinos y terrenales, en el momento en que Marco Antonio se disponía a pronunciar el discurso fúnebre, dos desconocidos armados se adelantaron y prendieron fuego al catafalco que contenía el féretro del dictador.

En pocos segundos, se alzaron grandes llamaradas hacia el cielo y daba la impresión de que los corazones de los allí presentes ardían también con ellas, de que precisamente en ese instante, a la vista de la pira funeraria, los romanos tomaban conciencia por fin de la magnitud de tan brutal fechoría. Motivados por una ardiente cólera arrastraron hasta el lugar los sitiales de los pretores y los arrojaron al fuego. También quemaron los bancos del tribunal, y las mesas y barandas de los edificios públicos.

De repente, los romanos tomaron leños encendidos de la pira y corrieron por las calles en busca de los conjurados. Los actores arrojaron a las llamas sus disfraces, los veteranos sus armas y las matronas sus alhajas.

Al percatarse de la intención de la turba, Bruto y Casio buscaron refugio en un escondite, pero la ira popular clamaba por una víctima. Preguntaron a un hombre que circulaba por la calle si no era Cinna y, como el infeliz asintiera, los enfurecidos romanos lo golpearon y apuñalaron, luego lo decapitaron y pasearon su cabeza por la ciudad sujeta en el extremo de una lanza. Ese Cinna fue la trágica víctima de una confusión de nombres. El día anterior, un tal Cornelio Cinna había ofendido al dictador en una asamblea pública y supusieron que ese hombre debía de formar parte de los conjurados. De hecho, el asesinato se llamaba Cornelio Cinna, pero, aunque compartía con aquél el nombre, disentía de sus convicciones.

Muy pronto, la muerte de César (falleció a los cincuenta y seis años) dio origen a leyendas y fue motivo de las más variadas especulaciones. Suetonio escribe que, en ocasión de los festivales que organizó en su honor su heredero Octaviano, apareció en el cielo un cometa durante siete días seguidos, siempre a la misma hora: las once de la mañana. Los romanos interpretaron el fenómeno como la ascensión al cielo de César y adornaron todas sus imágenes colocándole una estrella sobre la calva. La Curia de Pompeyo, donde fuera asesinado, fue tapiada, los Idus de marzo recibieron el nombre de «Día del Parricidio», y en su memoria los romanos erigieron una columna de mármol de Numidia, de unos seis metros de altura, con la inscripción: «Al padre de la patria.» A sus pies hicieron sacrificios y promesas y juraron por el santo nombre del deificado Cayo Julio César.

Cuando los conspiradores desenvainaron sus puñales no sospecharon que su crimen provocaría resultados contrarios a los previstos. En realidad, no sólo le asestaron un golpe mortal a César, sino también a la República, a la que habían querido conservar a cualquier precio. Sin embargo, esa República había vivido ya demasiado tiempo, llevaba intentando superar sus achaques casi un siglo, y se había mantenido con vida a duras penas por miedo a los tiranos. El asesinato de Julio se convirtió en unívoco augurio del fin de la República, en la dramática apertura de una

nueva forma de Estado y de gobierno que respondía exactamente a la idea de César. El nombre del difunto se convirtió en programa para el devenir de la historia.

No cabe duda, Cayo Julio César había ido demasiado lejos y había acabado distanciándose de ese pueblo al que siempre había tratado de salvar con ademanes joviales y resoluciones populares. Sus ideas y reformas necesarias habían adquirido carácter revolucionario, una palabra que los romanos ni siquiera conocían. Calificaron su hacer sencillamente de inmoral. Por supuesto, el renombre inmortal que César consiguió post mórtem es el renombre del genio inconcluso, el del ídolo al que una muerte prematura obstaculiza el perfeccionamiento de sí mismo. Al fin y al cabo, su sentencia de muerte se debió a que los romanos aborrecían tanto la monarquía como la tiranía; pero lo irónico de la historia reside en que, por miedo al sustantivo *rey*, los nuevos soberanos se dieron el nombre de *César*, sinónimo de *emperador*.

Ya entonces hubo especulaciones según las cuales Julio habría ido voluntariamente a la muerte, en su busca, porque no quería atribuírsele tanta ingenuidad como para entregarse simplemente a los conspiradores. Lo cierto es que César había dominado situaciones más difíciles y para él habría sido cosa fácil desembarazarse de esos 60 enemigos. A juicio de Suetonio, no quiso vivir más porque lo aquejaba una grave enfermedad.

En posteriores efigies de monedas, el dictador presenta un aspecto alarmante. No es su rostro el de un dinámico *imperator*, sino la fisonomía de un hombre decrepito y senil. Algunas personas intuían el fin de sus días y César había expresado con anterioridad su horror a sufrir una muerte lenta. La vida de Ciro, el rey persa, de la cual tuviera conocimiento a través de los escritos de Jenofonte, fue siempre un terrible ejemplo para él.

Marco Antonio vistió ropas de esclavo en señal de duelo y aunque César estableciera a Octaviano como heredero testamentario, reclamó la herencia política. Con toda astucia invitó a Casio a cenar en su casa para explicarle su bosquejo político. Bruto, a quien consideraba menos importante, fue recibido por Lépido. Hubo acuerdo.

Antonio convocó al Senado y propuso una amnistía general; Bruto y Casio obtendrían asimismo las provincias prometidas. Los purpurados votaron en forma unánime. Y como Antonio era cónsul, gozaba de las simpatías del pueblo y contaba con sus dos hermanos, Cayo y Lucio, que desempeñaban los importantes cargos de pretor y tribuno respectivamente, pudo gobernar sin inconvenientes en medio del caos de los primeros días, después del atentado.

Además, a ello se sumó el hecho de que Calpurnia, la viuda de Julio, le tenía confianza al joven y puso a su disposición su peculio de 4.000 talentos y los legajos, proyectos y anotaciones del extinto. De tal manera, al realizar sus indiscutidas acciones de gobierno —proceder a la liberación de los exiliados y al nombramiento injustificado de funcionarios—, Antonio pudo aducir que así lo había dispuesto César

en sus notas.

En tono de mofa, los romanos llamaron «caronitas» a aquella gente que alcanzó indeseada vigencia, en alusión a Carontes, el servidor del dios de la muerte. Marco Tulio Cicerón, quien después de ser indultado en el año 57 había decidido mantenerse alejado de la política y dedicarse a la retórica, la filosofía y la historia, opinó que si bien el tirano había muerto, la tiranía seguía con vida.

A las cinco semanas del deceso del dictador, Cicerón le escribió desde Puteolano a su amigo Ático: «Temo que los Idus de marzo no nos han producido sino alegría y la sensación de haber tomado venganza por nuestro odio y nuestro dolor. ¡Qué escucho en Roma! ¡Qué debo experimentar aquí! ¡Ah! Fue una magnífica hazaña, pero no se la consumó hasta el final.» Las últimas palabras aluden a la eliminación de Marco Antonio, indispensable a juicio del orador. Empezó a nacer una nueva enemistad.

Cleopatra, la reina de Egipto, vivió en Roma el atentado, inadvertida por el público. Ninguna fuente de aquellos días proporciona información acerca de la conducta de la Tolomea frente al luctuoso episodio. ¿Manténía aún relaciones con César? Si observamos el desarrollo de la historia, parece seguro que no estuvo del lado de los conspiradores, pero surge un nuevo interrogante: ¿qué hacía aún en Roma Cleopatra?, ¿qué esperaba? Reducida a lo esencial, la respuesta podría ser tal vez: la creación de un Imperio romano-egipcio. Las numerosas amistades que se esforzó en cultivar, evidentemente estaban destinadas a preparar el terreno. En este sentido, el encuentro de César con Cleopatra reunía las condiciones políticas ideales: el Imperio de Alejandro Magno fascinaba por igual al romano y a la egipcia y ambos anhelaban restaurarlo. ¿Hubiera habido para todos los problemas una solución más sencilla que el matrimonio de estos dos ambiciosos? Quizá Cleopatra se percató de ello enseguida; César tal vez lo hizo bastante más tarde, y cuando adivinó los planes de la reina puede que se sintiera objeto de abuso. Ante todo, no era hombre dispuesto a compartir el dominio de semejante Imperio con una mujer. ¿Fue ésa la razón causante de su acentuado distanciamiento?

Sabemos, de forma indirecta, que Cleopatra partió precipitadamente. Con fecha 15 de abril de 44, o sea, a las cuatro semanas exactas del asesinato de César, Cicerón le decía en una carta a su amigo Ático que no tenía nada que objetar a la huida de la reina. La palabra «huida» indica con claridad que tuvo que haber una razón de gran peso para su súbita partida: el asesinato de César.

Aunque esta referencia de Cicerón parece útil para la reconstrucción de los caóticos sucesos de aquellos días, cuatro semanas más tarde el orador hace una observación cuya interpretación exige, aún hoy, acrobacias especulativas a los historiadores. Cicerón le comenta a Ático el 11 de mayo de 44: «Espero que sea cierto lo que se oye decir sobre la reina y ese César.» El gran orador no menciona lo que se oía decir. No fue sino al cabo de más de cien años cuando el poeta Lucano apostó una interesante referencia acerca de «ese César» en su *Farsalia*, la obra en la

cual describe la guerra civil. Posee información de hijos extramatrimoniales del dictador. Esto podría significar que Cleopatra estuvo embarazada de nuevo y abortó como consecuencia del ajetreo de la huida. Esto daría visos de lógica a la frase ciceroniana: «Esperamos que sea cierto lo que se oye decir de la reina y ese César.»

Se ignora cómo y en qué circunstancias llegó Cleopatra a Egipto. Sin embargo, el hallazgo de un papiro de contenido intrascendente confirma su ausencia del país en julio de 44. Es asombroso que durante el prolongado alejamiento de Cleopatra reinara la tranquilidad en el reino del Nilo. Después de todo, pasó en Roma un año y medio. A su regreso, la Tolomea habría impuesto un severo régimen de gobierno, obstaculizada al parecer por su esposo-hermano Tolomeo XIV Filopator, que en aquel tiempo tenía sólo quince años y al que César había nombrado corregente para cubrir el expediente.

Su nombre fue obliterado de los anales en septiembre del mismo año. Tal vez fuera víctima de una enfermedad, o, lo que es más probable, lo mandara eliminar la resoluta soberana. Flavio Josefo, el cronista de la guerra judía, aseguraba, a más de una centuria, que Cleopatra había envenenado al decimocuarto Tolomeo.

El mismo año de la muerte de César, Cleopatra nombró corregente a su hijo Tolomeo César. Su Alteza Real contaba ya tres años. El párvulo sentado a su lado en el trono de los faraones significaba más que una postura tradicional, destinada a legalizar su propia aptitud para gobernar: respondía a un plan. Esa criatura de apenas tres años mandaba sobre Egipto y era un hijo del divino Cayo Julio César, así como descendiente del divino Alejandro: Tolomeo XV César Teo Filopator Filometor (Tolomeo César, «el divino que ama a su padre y a su madre»).

Para Cleopatra, el capítulo «César» había quedado concluido. Tuvo que admitir su propia derrota, pero no tenía más de veinticinco años, su poder e influencia se habían acrecentado y sabía que cuanto más duro se peleara por la herencia del dictador asesinado, mayores serían las oportunidades para ella y su hijo de imponer sus pretensiones de poder. Las noticias que llegaban a Alejandría casi a diario por vía marítima a través del Mare Internum intranquilizaban a Cleopatra; por el contrario, cuanto más se despedazaran los romanos en las disputas políticas por la herencia, tanto más se consolidaba su propia posición.

Es de suponer que la egipcia no se había adherido en aquel entonces a ninguno de los partidos a la espera de ver cuál de ellos probaría ser el más fuerte. Había tres agrupaciones de poder: Bruto y Casio, junto con sus prosélitos, se sintieron estafados en cuanto a la recompensa por su acción. Desde el otoño aguardaban en Asia para reconquistar de nuevo las provincias de Macedonia y Siria que les habían sido adjudicadas y, más tarde, arrebatadas. Una vez en Roma, después de haber pasado un tiempo en la ciudad griega de Apolonia, Octaviano exigió hacerse cargo de la herencia cesárea. Había cumplido ya diecinueve años y, aunque el propio Cicerón, un hombre que parecía simpatizar con él, lo definió como un chico, todavía bastante pueril, Octaviano demostró tener madurez suficiente para reconocer el conflicto que

se había desatado: reclutó un ejército de veteranos para «devolver la libertad al Estado oprimido por el despotismo de un grupo político de poder». Éstas fueron sus palabras. Y, por último, estaba el ágil Marco Antonio, a quien, con sus treinta y ocho años, la mejor edad viril, no se podía subestimar; era un indiscutido caudillo de los cesarianos, pero, desde que se malquistara con el Senado y el joven Octaviano en el verano de 44, se encontraba en medio de todos los frentes y Cicerón lo combatía en extremo en sus catorce filípicas.

Al principio, Antonio no se tomó para nada en serio a ese muchachito provinciano venido de Apolonia y manifestó que había sido dejado de la mano de todos los buenos espíritus y mal aconsejado por ellos al pretender cargar sobre sus endebles hombros la herencia de César; es más, llegó a amenazar con hacerlo encerrar en prisión por sus maquinaciones demagógicas, pues había querido exponer públicamente el dorado sitial del divino. Cuando le echó en cara no ser sino el hijo de un cordelero liberto y nieto de un vil cambista, Octaviano se limitó a replicar que provenía de una sedentaria estirpe de equites y, tal como lo disponía el testamento, asumiría el nombre del divino. A partir de entonces se hizo llamar Cayo Julio César Octaviano.

En un principio, Cleopatra pudo observar con indiferencia y desde la distancia todas aquellas maquinaciones que habrían de concluir en una nueva guerra civil.



## TERCERA PARTE

# Antonio y Cleopatra

*No por haber perdido sus velas las naves de los Estados habrán sacrificado sus anclas.*

JEAN PAUL

# Capítulo uno

La obra sigue siendo la misma; tampoco cambian los escenarios; la única diferencia es que los protagonistas son otros, hay nuevos papeles secundarios, y un nuevo director que da mucho que hablar. Orador genial, político fracasado y un pusilánime: Marco Tulio Cicerón. Su ideal del hombre libre en un Estado libre tampoco llegó a materializarse al desaparecer César.

Resignado, el entonces sexagenario comentó la situación política desde Puteolano, en el golfo de Nápoles, y fue con el gran dictador mucho más indulgente que en vida de éste. Admitió también que los Idus de marzo ya no le traían consuelo alguno. De hecho, se había percatado de lo inevitable de una nueva guerra civil: Antonio contra Octaviano. Tal vez creyó asimismo en una campaña de venganza contra los asesinos, pero en aquellos momentos, a finales de 44, ningún romano sospechaba que estaban a las puertas de cinco guerras de romanos contra romanos: la mutinense, la filípica, la perusina, la siciliana y la de Accio. Iba a ser un drama en cinco actos.

Cayo Julio César Octaviano había nacido el 23 de septiembre de 63 en el décimo distrito de la ciudad, bajo el consulado de Cicerón y Antonio. El primero, según nos cuenta Plutarco, conoció al niño años después de su nacimiento, en curiosas circunstancias. Cicerón había soñado que Júpiter había convocado en el Capitolio a los hijos de los senadores para elegir entre ellos el conductor de Roma. Los jóvenes, ataviados con togas púrpura, desfilaron frente a Júpiter y él los observó detenidamente y en silencio; pero, de pronto, al avanzar uno de los efebos, Júpiter gritó con voz estentórea: «Romanos, cuando éste se haya convertido en vuestro conductor, concluirán vuestras guerras fratricidas.» Días más tarde, Cicerón se encontró en el Campo de Marte nada menos que con el muchacho que había visto en sueños; le preguntó por sus progenitores y el interpelado informó ser hijo de Octaviano y Atia, la sobrina de César. Eso había acontecido mucho tiempo atrás, pero, de acuerdo con el historiador griego, a partir de aquel encuentro, Cicerón se preocupó con fervor por el muchacho. A diferencia de César, el abogado creía a pies juntillas en los presagios y premoniciones, más aún, veía en ellos una prueba de la existencia de los dioses, y a la facultad de predecir el futuro la llamó *vis divinandí*.

Cicerón había estudiado la filosofía y la historia de los griegos, pero también la *mántica* de los estoicos y había hallado ejemplos insignes de creyentes en el destino: Heráclito, Pitágoras, Empédocles y Sócrates, sobre quienes sin duda no pesó la sospecha de ser genios no críticos. En su propia obra *De divinatione* explicitó todas sus tesis.

De pronto, ese joven empezó a llenar las condiciones de su sueño: «Cuando éste se convierta en vuestro conductor...», y, como siempre, el orador titubeó ante la

exigencia desmedida de la política concreta.

Puteolano, 2 de noviembre de 44. Cicerón a su amigo Ático: «Tan pronto sepa cuándo iré a Roma, te lo haré saber. Se me han presentado algunos impedimentos y además mi servidumbre ha enfermado. El 1 de noviembre, al anochecer, recibí una carta de Octaviano. Se propone grandes cosas. Se ha ganado a los veteranos que se encuentran en Casilinum y Calatia. No es de extrañar, teniendo en cuenta que les paga a cada uno 500 denarios. De momento, lo embarga la idea de visitar las demás colonias. Esto desencadenará claramente en una guerra con Antonio. Por lo tanto, veo que en pocos días estaremos sometidos a las armas. ¿A quién adherirse?

»Piensa: ¡Su nombre! ¡Su juventud! Me pide una entrevista a solas y me propone como lugar de reunión Capua. Es pueril creer que tal entrevista pueda hacerse en secreto, por eso le expliqué por carta que tal encuentro no es necesario, ni tampoco posible. Acto seguido me envió a un tal Cecina de Volaterrae, su confidente, con la noticia de que Antonio se dispone a marchar sobre la capital con la quinta legión de César, imponer tributos a las ciudades campesinas y tener la legión pronta para entrar en combate.

»Ahora bien, me pregunta si sería aconsejable iniciar la marcha sobre Roma con sus 3.000 veteranos o tomar Capua para cortarle a Antonio el camino a la capital, o si ir al encuentro de las tres legiones macedonias que marchan por la carretera costera superior y que confía en que le serán leales. Según cuenta Cecina, quedaron resentidos con Antonio por la exigua paga y lo abandonaron.

»Por lo tanto, escapa a toda duda que Octaviano se confiesa abiertamente como conductor y cree poder contar conmigo incondicionalmente. Le he aconsejado marchar sobre Roma porque, a mi juicio, si consigue ganarse su confianza, tendrá de su parte al pueblo bajo de la capital y, llegado el caso, también a los patriotas. ¡Oh, no, Bruto! ¿Dónde te encuentras en este momento? ¡Qué halagüeña oportunidad dejas escapar!

»Ahora, Ático, recabo tu consejo. ¿Debo ir a Roma, debo quedarme aquí, en Puteoli, debo huir a Arpino, que me ofrece seguridad? ¡Jamás me encontré en mayor dilema. Bríndame, tú, una salida!»

Aun cuando vacilara, en esta oportunidad Cicerón pareció montar sobre el caballo acertado. La coalición de republicanos y cesarianos mesurados con el heredero de César prometía un futuro. En Roma querían a Octaviano, el simpático «muchacho de al lado», pero no deificado como el Divino Julio. Además, tenía dinero y bienes y los repartía con generosidad. A las legiones que César había reclutado en Macedonia para la expedición contra los partos les ofreció el quíntuple del sueldo, de modo que holgaba preguntar por la inclinación política. Dos de las tres agrupaciones se pasaron a su bando incondicionalmente.

Octaviano mandó llamar a Roma a Cicerón, pues necesitaba su apoyo en el Senado. El orador echó mano de excusas y asedió a Ático: no confiaba ni en la juventud de Octaviano ni en su ideología, temía la mayor experiencia de Antonio y,

por otro lado, no quería quedar a un lado cuando en Roma se tomaran las grandes decisiones. ¿Qué debía hacer? La guerra se acercaba cada día más.

Ático le contestó: ¡Ven! Y Marco Tulio Cicerón siguió su consejo. Regresó medroso a la capital sabedor de que el asesinato del dictador no había hecho resucitar a la República y animado por la intuición de que ésa era su última oportunidad de restablecer el antiguo orden republicano. El abogado brilló en el Senado con su agudeza oratoria y les habría hablado a los mismos astros de la bóveda celeste si con ello hubiera asegurado la resurrección de la República.

Sólo con tal propósito respaldó a Octaviano, puso a disposición de su juventud su propia y extraordinaria experiencia política y persuadió a los senadores para que otorgaran al joven cargos que, según la ley, no le correspondían en virtud de sus pocos años. Cicerón estaba convencido de que Octaviano podía necesitar esos cargos para la realización de sus propias ideas, y no se daba cuenta de que era ese Octaviano, el talento del siglo, quien, con astucia y falta de escrúpulos, lo había colocado a él, a Cicerón, en su puesto para la consecución de sus fines.

En sus *Filípicas*, patéticas censuras a las que Cicerón dio ese nombre porque el griego Demóstenes, el mayor orador de su época, había pronunciado contra Filipo de Macedonia tres discursos en los que lo presentaba como el enemigo más peligroso de la libertad, fustigó a Marco Antonio como el nuevo tirano y el mayor peligro para el Estado. Mientras en Roma los partidarios de la distintas facciones ya se entregaban a las luchas callejeras a instancias de Cicerón, el Senado declaró a Antonio enemigo del Estado, encargó a los cónsules Cayo Pansa y Aulo Hircio que lo expulsaran de Italia y Cicerón lo calificó de «espantajo».

El 21 de abril de 43 los dos cónsules Pansa e Hircio atacaron con sus legiones a Marco Antonio. La batalla se libró en Mutina, la actual Módena. Antonio, el derrotado, quedó con vida y los vencedores, Pansa e Hircio, murieron, lo cual fue para Octaviano un bienvenido motivo que le permitió hacerse nombrar cónsul. El superviviente escapó con el resto de sus tropas hacia la Galia Transalpina, donde su amigo y futuro suegro Lépido, quien había gozado de muchos privilegios gracias a su amistad con César, comandaba un fuerte ejército provincial. Harapientos y sin provisiones, los derrotados cruzaron los Alpes alimentándose de raíces, cortezas, frutos silvestres y animales salvajes que en circunstancias normales no se consideraban comestibles.

Al llegar al campamento de Lépido, Marco Antonio no halló sino frío rechazo. La vieja amistad parecía olvidada, así como la circunstancia de que sus hijos se habían prometido en matrimonio. En los malos tiempos los amigos escasean. El vencido trepó el cerco del campamento y suplicó clemencia a los soldados que le salieron al paso. Sin la ayuda extranjera, él y sus hombres quedarían librados a la muerte. Los legionarios se apiadaron de ellos y cuando Lépido lo advirtió, hizo tocar las trompetas para apagar la voz del demandante. No obstante, por la noche, los legionarios mandaron a Antonio un mensaje instándolo a atacar el campamento al día

siguiente en la seguridad de que ninguna mano se levantaría contra él, y, si ése era su deseo, Lépido moriría. Antonio rechazó esta última proposición y, aliado con aquél, condujo a sus soldados hacia Italia. En la Galia Transalpina sólo quedaron seis legiones para mantener el orden. Marco Antonio regresó con 17 legiones y 10.000 hombres de caballería. Al verse al frente de semejante fuerza de combate, pareció olvidar su destierro y Octaviano marchó precipitadamente hacia el norte al encuentro del veterano estratega sin prestar oídos a las advertencias de Cicerón.

En una pequeña isla en medio de río Reno, afluente de la margen derecha del Po, Cayo Julio César Octaviano y Marco Emiliano Lépido celebraron una entrevista rodeados de agua y aislados de sugerencias y consejos de dudosos asesores. Por espacio de tres días discutieron la manera de salvar a la República. Luego se dividieron el Imperio entre los tres, según Plutarco, como una herencia paterna: el oeste para Octaviano, y el este para Antonio, en tanto Lépido gobernaría en la capital. El 27 de noviembre de 43 se suscribió el segundo triunvirato. ¿Un instante de lucidez?

Quien observara de cerca las circunstancias en las cuales se llegó a este nuevo pacto tripartito debió de temer cosas peores de las que habían acontecido hasta entonces. El verdadero problema no consistía en el reparto de las provincias, ni en las discusiones respecto al gobierno del Imperio, ni la herencia cesárea de la cual cada uno se consideraba más digno que el otro. En los debates de esas tres jornadas importó sobre todo cuáles de los adeptos de cada cual quedaban sentenciados. Se decretaron proscripciones y se confeccionaron listas de nombres que luego se publicaron por toda Roma. Sila les había enseñado la lección. Según Plutarco, integraron esa lista 200 nombres, pero, en realidad, hallaron la muerte 300 senadores y 2.000 equites.

Las discusiones más violentas se suscitaron en torno de Cicerón. Antonio reclamaba su cabeza, pues de lo contrario sería imposible todo procedimiento conjunto ulterior. Durante dos días, Octaviano se mostró inflexible, pero al tercero condenó a Cicerón. A cambio, Antonio le entregó a su tío Lucio César y autorizó a Lépido para que matara a su aborrecido hermano Paulo. Palabras textuales de Plutarco: «En verdad, no pudo haber nada más horrendo y monstruoso que ese trueque. Se intercambiaron asesinato por asesinato, mataron por igual a quienes entregaron como a quienes se les adjudicó y cometieron la mayor injusticia aun contra sus amigos, a quienes hicieron matar sin odiarlos.»

Cicerón se enteró de la proscripción estando en su finca de Tusculum. ¿Qué le sucedía a ese hombre, que era un dotado orador cuando volcaba ideas y pensamientos en palabras y era en cambio tan desafortunado cuando se ocupaba de la política concreta?

Su hermano Quinto, más desesperado que el propio condenado, le aconsejó huir a la finca de Astura, situada en la costa. Desde allí podría embarcarse en cualquier momento rumbo a Macedonia, donde Bruto podría brindarle ayuda. Cada uno de los

hermanos se acomodó en su litera, pero a mitad de camino les acometió a ambos una profunda nostalgia, ordenaron a sus respectivos esclavos colocar las literas una junto a la otra y, a través de las ventanas, intercambiaron sus quejas. Quinto pensó en regresar para proveerse de víveres y reservas, pero a Cicerón le pareció demasiado peligroso. Y llevaba razón, pues al emprender su inesperado retorno, Quinto y su hijo fueron asesinados.

Entretanto, el sexagenario Cicerón logró embarcarse, pero navegó irresoluto a lo largo de la costa en la esperanza de que tal vez Octaviano retirara la conformidad que les había dado a los otros dos triunviros. Luego reflexionó si no sería mejor volver a Roma, introducirse clandestinamente en la casa de Octaviano y clavarse allí un puñal frente al altar de los penates, los dioses protectores del hogar, para provocar su venganza. También desechó esa idea y «bamboleándose de aquí para allá entre confusas decisiones» (palabras de Plutarco) se dirigió con sus esclavos a Cajeta (Gaeta), donde tenía otra de sus fincas. Allí lo descubrieron los esbirros: el teniente Herenio y el tribuno bélico Popilio.

Herenio le cortó la cabeza (así rezaba la orden de Antonio) y también ambas manos, la izquierda y la derecha, con la que había escrito las catorce *Filípicas*. Marco Antonio hizo exponer la cabeza y las manos del ilustre orador en la tribuna del Foro Romano y, según informa el cronista, lanzó varias carcajadas sonoras. Octaviano era demasiado joven y Lépido, demasiado débil. El hombre fuerte de Roma se llamó, por tanto, Antonio. Hábil, astuto, impredecible, fastuoso, vanidoso. ¿Un segundo Divino Julio? Había transcurrido exactamente un año desde la muerte del divino y los romanos empezaron a temer de nuevo la arbitrariedad de la tiranía y a odiar el comportamiento desdeñoso de Antonio, que vedaba la entrada a su casa a oficiales, generales y enviados, mientras acogía en ella a comediantes, bufones y aduladores. La mansión donde entonces se fraguaban complots y se celebraban orgías había pertenecido antes al gran Pompeyo, un modelo de mesura y vida sencilla.

El lema del segundo triunvirato rezaba: «Venganza a los asesinos de César.» Octaviano y Lépido se adhirieron a él con poco entusiasmo, de modo que fue Marco Antonio quien puso en movimiento el mecanismo de la venganza. Dispuso que Lépido permaneciera en Roma para la protección de la capital, mientras que Octaviano y él aunaban todas las tropas para partir al encuentro de Bruto y Casio.

En agosto, Bruto tuvo noticias del vuelco operado en Roma y de su sentencia. Para entonces, ya había reconquistado las provincias de Iliria y Macedonia y se encontraba en el Helesponto con una tropa experimentada, perteneciente a un hijo de Cicerón, en su calidad de legado, y al poeta Horacio, como tribuno de guerra.

Casio fue menos afortunado: había conquistado Siria y estaba a punto de tomar Rodas y, a continuación, sanear de enemigos la provincia de Asia. Si Bruto y Casio tenían alguna oportunidad, era marchar juntos.

A principios del año 42 los asesinos de César fusionaron sus tropas en Sardes, la ciudad de Asia Menor donde en una ocasión el rey Cresos, creyente del oráculo,

gobernó sobre Lidia. Se reunieron allí 19 legiones, o sea, 80.000 hombres, para marchar al norte. Su divisa rezaba: «La mejor defensa es el ataque.»

Antonio y Octaviano se enfrentaron con Bruto y Casio en Filipo, una comarca macedonia rica en oro, situada entre los ríos Estrimón y Nestos.

*Octubre de 42*

Bruto derrotó a Octaviano y Antonio venció a Casio, quien halló la muerte o se suicidó. Al parecer, Cayo Julio César Octaviano habría estado enfermo en aquella ocasión, pero es plausible la sospecha de que los historiadores hayan querido hermosear la vida del futuro emperador, ya que una derrota en su primera campaña era algo impropio de un divino.

Decenios más tarde, el derrotado escribió en sus *Res gestae*: «A aquellos que mataron a mi padre, los mandé al exilio y vengué su crimen mediante una justa y legal persecución y, cuando iniciaron una guerra contra el Estado, los vencí en doble batalla.»

La segunda batalla se libró en noviembre. Antonio comandó los dos ejércitos y triunfó, y Bruto escapó y al día siguiente se quitó la vida. Era un buen soldado y Marco Antonio tendió sobre su cadáver un suntuoso manto púrpura.

Las derrotas son anónimas; la victoria, en cambio, tiene muchos padres: Octaviano regresó a Roma y, como un vencedor, arrojó la cabeza de Bruto ante la columna estatuaria de Cayo Julio César. Antonio volvió la vista a Oriente: él, el nuevo César, el verdadero César, no un Cesarito como el debilucho Octaviano, vislumbraba una meta que demostraría que era el legítimo heredero de Julio. Antonio quiso hacer en realidad lo que Julio César había proyectado, pero la voluntad de los dioses no le había permitido realizar: la conquista del reino de los partos.

Y Octaviano acogió la idea complacido. ¡Que el viejo militar fuera a pelear a las estepas de la Mesopotamia, así no le causaría problemas en Roma! Quizá no regresara con vida y entonces... *videant consules*, como solía decirse en Roma: «entonces se verá...».

La expedición al Asia Menor llevó a Antonio a Grecia, precedido al parecer por su fama de derrochador y vividor a la manera oriental, pero también por la de tirano ávido de dinero. La hiel amargó la feliz embriaguez del vino. Los reyezuelos asiáticos rindieron homenaje al vencedor de Filipo y sus concubinas compitieron con sus encantos por su favor. Allí donde aparecía, Antonio se presentaba en escena de una manera pintoresca. Según Plutarco, hizo su entrada en Éfeso acompañado de bacantes, hombres y donceles disfrazados de sátiros que, coronados con ramas de hiedra, agitaban tirsos, la vara con hojas de parra, emblema de los sacerdotes de Dioniso. El propio Antonio se contoneaba como el dios del vino y la fecundidad, como «dispensador de placeres» y «dador de gracias», medio desnudo, ebrio, en

éxtasis, empujando delante de sí a la chusma asiática de la diversión. Hombres como Anaxenón, el cantante, Xudios, el flautista, y Metrodoro, el bailarín, eran objeto de absurdos homenajes principescos. Sin embargo, entre los numerosos calificativos de Dioniso figuraban también los abominables de *agrionios* (el terrible despiadado) u *omestes* (el terrible glotón), y Antonio hacía honor a esos nombres: despojaba a los ricos de sus fortunas a fin de llenar sus arcas para la guerra o para pagar los servicios de meretrices y efebos. Se jactaba de tener relaciones con ambos sexos, y tal vez lo hizo plenamente consciente, para pasar por un nuevo Divino Julio.

Los tributos que pagaron las ciudades de Asia Menor se estimaron en 200.000 talentos, una fabulosa suma de dinero, y, no obstante, muy exigua para Antonio Dioniso. Los mandó incrementar al doble, lo cual excedió la capacidad de las provincias y provocó una protesta de los afectados, cuyo abogado, Hibreas, informó al romano que si en un año recaudaba dos impuestos, bien podía disponer también de dos veranos y dos cosechas anuales.

Antonio no pudo refutar el argumento y, en su búsqueda de nuevas fuentes de dinero, recordó a la reina egipcia que había desempeñado un papel dudoso en la guerra contra los asesinos de César.

¿Qué otra cosa hubiera podido hacer Cleopatra? De regreso a su tierra, la reina se vio frente a la alternativa de ponerse del lado del asesino de César, Casio, o apoyar a Publio Cornelio Dolabela, su adepto. Ambos se habían enfrentado en Siria y cada cual pidió ayuda a la Tolomea. La soberana optó por el segundo, como veremos, la peor elección, pues Dolabela fue derrotado por Casio, se suicidó y, después de perder sus cuatro legiones, Cleopatra debió temer la venganza del romano triunfante. Filipo fue su salvación. Casio se vio obligado a reunirse precipitadamente con las tropas de Bruto y, al mismo tiempo, cursó a Alejandría una segunda petición de ayuda.

La situación para la reina de Egipto cambió. No simpatizaba con ninguno de los adversarios que se habían enfrentado en Filipo, pero a quien más odiaba era ciertamente a Cayo Julio César Octaviano, quien, aunque sólo adoptado, se ufanaba ante todo el mundo de ser el hijo del Divino Julio, cuando el único hijo carnal del dictador era el primogénito de Cleopatra Tolomeo. Sin embargo, los triunviros realizaron una prudente jugada de ajedrez y enviaron a Alejandría emisarios con la nueva de que, en agradecimiento por la ayuda prestada a Dolabela, estaban dispuestos a reconocer a su hijo Tolomeo César, de sólo cinco años, como corregente. Una vez más, Cleopatra se vio frente a una grave decisión.

El Nilo no había desbordado en los años 42-41, y una tremenda hambruna azotaba todo el país. Fue menester exonerar a los egipcios del pago de impuestos y se hizo, por tanto, un gran vacío en el tesoro público: la Tolomea tuvo que comunicarle a Casio que, aun lamentándolo mucho, no podría prestarle su cooperación. Apiano, el historiador griego de Alejandría, asegura, no obstante, que Cleopatra aparejó una flota para apoyar a Octaviano y a Antonio, y tomó el mando en persona; sin embargo, al soltar amarras la flota naufragó y la reina enfermó. En épocas más recientes se



llamó a ese mal una enfermedad diplomática. El tiempo cura y también lo hizo en este caso. Cuando Cleopatra sanó, la batalla se había librado y las relaciones de poder habían quedado aclaradas.

El dominador de las provincias de Macedonia, Aquea, Asia, Ponto, Siria y Cilicia mandó llamar a la Tolomea. Marco Antonio envió a Egipto el historiador Quinto Delio, otrora adepto de Dolabela, luego de Casio y, en ese momento, del vencedor, con la misión de llevar a la soberana a Tarso, Cilicia, donde él se encontraba. Situada en el valle inferior del Cidno, con fácil acceso para las embarcaciones marítimas pequeñas, Tarso era una importante estación en la ruta mercantil que arrancaba de la siria Antioquía hasta la costa del Asia Menor, y, al mismo tiempo, punto de partida de la ruta del comercio transcontinental que unía el Mediterráneo con el mar Negro.

A los ojos del cuarentón Antonio, Cleopatra seguramente seguía siendo la joven muchachita que había conocido en ocasión de su primera estancia en Egipto, quizá también la abandonada amante de César. De todos modos, la mandó buscar y la invitación no significaba nada bueno.

Cleopatra impresionó de tal manera al enviado que al principio la cortejó con galantería y, después de pasado cierto tiempo, la escoltó a Cilicia. Durante ese intervalo, le describió a Antonio como el más encantador y amable de los generales de todos los tiempos, de quien no debía tener miedo. Luego Delio y Cleopatra desarrollaron juntos la estrategia que le permitiría a la reina presentarse «adorablemente adornada»: con su equipaje repleto de joyas, regalos y dinero, Cleopatra emprendió la travesía por mar hacia Tarso, acompañada de un gran séquito.

Rara vez un acontecimiento histórico ha sido narrado con tanto colorido y relieve como la llegada de la Tolomea a la capital de Cilicia. Escribe Plutarco que Marco Antonio presidía en la plaza del mercado de Tarso el tribunal del día cuando empezó a correr de boca en boca el rumor de que Afrodita, la diosa del amor, venía remontando el río en una barquilla de oro. Poco a poco, la gente fue abandonando el tribunal y, al final, Antonio se acabó quedando solo, preguntándose quién sería la extraña visitante.

La ciudad entera se puso en marcha. Acuciados por la curiosidad, los tarsios se lanzaron hacia el río, cada cual deseoso de ser el primero en ver las naves. La brisa marina hinchaba la majestuosa vela púrpura de la embarcación real, de elevado espolón y cuyo espejo de popa, filigranado e incrustado de oro, brillaba al sol. Remeros de piel negra movían los larguísimos remos plateados al son sugestivo de la música de flautas, cítaras y chirimías. En el centro de la barca, bajo un baldaquín adornado con guarniciones de oro, yacía reclinada en un lecho Cleopatra, como Afrodita, envuelta en una túnica larga y vaporosa y cubierta de joyas rutilantes, mientras, a ambos lados, bellos donceles la abanicaban para frescarla.

Del timón y de los cabos del velamen no se encargaban groseros marineros, sino las más hermosas siervas, vestidas como nereidas, las bellas vírgenes marinas del dios Nereo y las delicadas diosas de la gracia. Desde las naves que formaban la

escolta ascendían al cielo seductoras nubes de perfume que hicieron caer en éxtasis a la gente de Cilicia: no había reina que tuviera ese aspecto. Era una diosa. Afrodita había acudido para unirse a Dioniso en una orgía para gozo de Asia.

En realidad, la exótica aparición de Cleopatra respondía sólo a su posición en calidad de personificación de la diosa Isis. En el Nilo, donde la heredera del trono faraónico siempre fue considerada la encarnación de la madre de todos los dioses egipcios, el fastuoso aparato de la Tolomea no habría causado tanta sensación, pero los griegos y los asiáticos, no así los romanos, desconocían la deificación. En consecuencia, Cleopatra obró con harta habilidad cuando, como encarnación de una diosa, se encontró con Antonio, ansioso de que se le tributaran honras dionisiacas. Los egipcios levantaron en el borde de la ciudad un campamento para el que habían traído su propio mobiliario, alfombras y preciosa vajilla. Cleopatra no pretendió en ningún momento ir a visitar a Antonio, pero le cursó una invitación para que cenara con ella y el triunviro aceptó.

Numerosas lamparitas de aceite dispuestas en círculos o en cuadrados dieron la bienvenida a los romanos. Era una fiesta para los ojos: Cleopatra vestida con fabulosa suntuosidad, Antonio en el papel de Dioniso. El romano, un hombre de cuarenta y un años de viril estampa, cuerpo musculoso y bien ejercitado, y cabeza poderosa, propia de Hércules; la egipcia, un mujer de veintiocho, más bien pequeña y, según escribe Plutarco, «en una edad en la que la mujer resplandece en toda su hermosura y su intelecto ha alcanzado la madurez». Ambos eran casados, él en terceras nupcias con Fulvia, mujer que, al decir del cronista, no tenía en sí de femenino sino sus características genitales. Cleopatra, de acuerdo con la tradición, en segundas nupcias con su propio hijo Tolomeo César, de cinco años.

Y aconteció lo inesperado: desde el primer encuentro Marco Antonio se quedó prendado de la egipcia, tal como le sucediera a Julio César, quien compartió su lecho con ella la primera noche de su encuentro. Podría suponerse que en su afán de convertirse en un segundo César, Antonio sólo tratara de reafirmarse a sí mismo, pero el curso de los acontecimientos muestra que aquella relación echó raíces mucho más profundas.

Naturalmente, dada la situación, cabe preguntar cómo logró Cleopatra conquistar tan pronto y de manera tan intensa a un hombre.

A diferencia del primer encuentro con Julio César, esta vez el cronista aporta algunos detalles que evidencian que, ante todo, la reina egipcia tenía dos cualidades dominantes: por un lado, sabía corresponder a un hombre, sometérsele y transmitirle la supuesta sensación de vigor, y, por el otro, ponía sus propios atractivos bajo la luz adecuada.

Palabras textuales de Plutarco: «Dado que Cleopatra reconoció en las bromas de Antonio al soldado y al hombre simple, muy pronto usó con él ese tono desenfadado y llano. Pues en sí, su belleza, como se dice, no era tan incomparable ni de la naturaleza que tocara a primera vista, pero en su trato hacía gala de un encanto

irresistible y su figura unida a su atrayente conversación y la gracia que desplegaba en todo dejó clavado un agujón. También era un placer escuchar la armonía de su voz. Sabía adaptar fácilmente su lengua como un instrumento polifónico a cualquier idioma y no empleaba intérpretes sino en el trato con muy pocos bárbaros. A la mayoría les respondía en su propia lengua, así a los etíopes, los trogloditas, nubios, hebreos, árabes, sirios, medos y partos. Debió de entender la lengua de muchos otros pueblos, mientras los reyes que la precedieron no lograron siquiera dominar el idioma egipcio y algunos hasta olvidaron el macedonio.»

Cleopatra desplegó conscientemente su exótica riqueza, una fama que siempre la precedió. Hizo tender doce mesas con vajilla de oro y copas llenas de joyas. Cubrían las paredes preciosos tapices realzados con bordados en oro y plata. Antonio se mostró subyugado y la Tolomea le respondió que era todo un regalo para él.

El historiador griego Sócrates de Rodas, autor de una historia de la guerra civil en el siglo I a. C. y, de este modo, más cercano a los hechos que Plutarco y Suetonio, cuenta que al percatarse del entusiasmo de Antonio, Cleopatra organizó un segundo festín al día siguiente al cual también fueron invitados sus oficiales y amigos. De nuevo puso en la mesa preciosa vajilla, al parecer más pomposa que la de la víspera. El suelo estaba cubierto por una capa de pétalos de rosa de más de medio metro de altura y de las paredes pendían guirnaldas de flores. La fiesta concluyó con un espectáculo inimaginable: cada cual pudo llevarse lo que más le gustara; los oficiales, los asientos reclinados sobre los cuales se habían echado durante la cena; los amigos, mesas y tapices; y los invitados preferidos recibieron como regalo un caballo enjaezado con arreos de plata. De camino a casa, los invitados fueron acompañados por un esclavo etíope, portador de una antorcha, y, para quienes amenazaban no poder mantenerse sobre sus propios pies, hubo disponibles literas iluminadas.

Marco Antonio trató en vano de superar la magnificencia de la egipcia y no le quedó otra alternativa que mofarse de su propia falta de gusto. Mientras la exaltación de los sentimientos ablandaron al curtido soldado como si hubiera sido de cera, Cleopatra conservó la mente clara y aprovechó el momento propicio para exigir su tributo de sangre al que Antonio accedió inerte: en el santuario de Artemisa, en Éfeso, vivía aún la hermana de Cleopatra, Arsinoe, que una vez le había disputado el trono. Entre los brazos del romano, Cleopatra exigió su cabeza y también la del sumo sacerdote por haberla acogido y, lo que era peor, por haberle brindado los honores de reina de Egipto. Asimismo, habría de morir Serapio, el infiel gobernador de Chipre, un asiático atrevido que un buen día se había presentado en Alejandría asegurando ser un hermano de Cleopatra.

El romano había mandado llamar a la reina para que se justificara ante él, y quien se presentó fue una soberana cuyos deseos Antonio no pudo dejar de cumplir. Satisfecha, Cleopatra partió de Cilicia, no sin haber obtenido de labios de Marco Antonio la promesa de que pasaría el invierno de 41 al 40 en las orillas del Nilo.

Antonio no faltó a su palabra, a pesar de que llegaron a sus oídos noticias

alarmantes: algunos desertores habían informado a los partos acerca de los planes de conquista de los romanos y, en esos momentos, sus temidos lanceros de a caballo, acorazados de la cabeza a los pies, sus arqueros, igualmente a caballo, y los camellos destinados a llevar la carga estaban entrando en la Mesopotamia. Irreflexivamente, Quinto Labieno, el gobernador romano, se pasó al bando enemigo.

En Roma, donde la señora Fulvia defendía a viva voz y por la vía de los hechos los intereses de su marido, imperaba una abierta rebelión contra Octaviano, quien, mediante las expropiaciones destinadas a favorecer a sus veteranos, se había creado muchos enemigos. No se puede deducir si la mano de Fulvia cooperó desde un segundo plano para provocar de este modo el retorno de su marido, pero se sabe que la devoraban los celos.

Imperturbable, Antonio se fue a Alejandría. Lo hizo en privado, sin tropas, como un turista, dice Plutarco, como un desocupado, que disponía de mucho, mucho tiempo. La semejanza con la situación que vivió Julio César se impone. A la vista de la reina Tolomea, Marco Antonio también pareció perder el sentido de la realidad, olvidar el pasado y el presente y desplazar el futuro. Cleopatra quedó encinta.

El lujo que Cleopatra prodigó a su huésped debió de haber sido placentero. Un cocinero real de la corte de Alejandría informa haber asado ocho jabalíes para doce personas, a fin de que en todo momento Antonio tuviera a su disposición un cerdo recién cocido, ya deseara comérselos en el acto, algo más tarde o después de una prolongada conversación.

A diferencia de la autoritaria Fulvia, Cleopatra se mostraba zalamera como una gata del santuario de Bastet: no se apartaba de su lado ni de día ni de noche, jugaba a los dados, participaba en las juergas, cazaba con los soldados y lo observaba con admiración durante sus ejercicios militares. Sin vacilar, tomaba parte en las tontas y groseras bromas que eran el deleite del veterano soldado. Disfrazados de esclavo y sierva recorrían de noche las calles de Alejandría, golpeaban a las puertas y ventanas de gente desconocida y se divertían como locos cuando no los reconocían. Si el *imperator* quería ir de pesca, la reina lo acompañaba; si trataba de vencerla en astucia, ella echaba mano de ocurrencias más insólitas aún. Así por ejemplo, cuando Antonio no tenía suerte en la pesca, los buzos se encargaban de prender a su anzuelo, bajo el agua, magníficos ejemplares que se habían pescado anteriormente. Cleopatra, a quien no se le pasaba inadvertida la treta, también tenía sus buzos encargados de colgar del anzuelo del romano pescados ahumados. Tales bromas divertían mucho a Marco Antonio, pero Cleopatra le hacía notar que era mejor dejarle a ella la caña de pescar y que él se dedicara a otras presas, como las ciudades, los reinos y los continentes. Esas palabras sonaban como un reto.

Cuando en la primavera de 40 llegaron noticias de que las propias tropas de la provincia de Siria se habían pasado a las filas de los partos, Antonio se puso en camino precipitadamente. En Tiro, volvió a hacer entrar en razón a las legiones y prosiguió la marcha rumbo al Asia Menor para reclutar un poderoso ejército contra

los partos. En ese momento recibió cartas de su mujer en las cuales le informaba que, entre los adeptos de Octaviano y los suyos propios, se había llegado a enfrentamientos militares. Su cuñado Lucio Antonio y algunos voluntarios la habrían apoyado, pero en Perugia le habían infligido una derrota. ¿Qué debía hacer?

Antonio probablemente se mesó los cabellos al enterarse de que su propia esposa luchaba contra los miembros de la alianza. De todos modos, consideró que ese problema era más apremiante que la expedición contra los partos y se puso en camino con 200 naves. En Grecia, se encontró con la fugitiva Fulvia y con Julia, su madre, pero las dejó atrás y continuó solo la travesía hacia Italia.

A duras penas, Antonio logró convencer a Octaviano de que Fulvia había obrado sin su conocimiento, pero finalmente los contrincantes se reconciliaron y, en Brundisium, confirmaron en forma contractual el triunvirato pactado en el año 43, que en realidad no era sino un diunvirato, pues Lépido, a quien Octaviano había nombrado entretanto gobernador de África, no fue consultado. Antonio y Octaviano reconocieron el mar Jónico como límite de su área de influencia y se repartieron el territorio por mitades: el oriental para el primero y el occidental para el segundo.

Una noticia necrológica procedente de Grecia facilitó esta reconciliación: Fulvia, la promotora del conflicto, murió en Sición, una ciudad vecina a Corinto. Inmediatamente, Octaviano ofreció al aliado en matrimonio a su hermana mayor Octavia, viuda y madre de tres hijos (dos niñas y un varón) y, además, mujer de gran belleza. Su hermano, que le profesaba gran afecto, juzgó que ella ayudaría a ahuyentar la desconfianza entre los triunviros y, en consecuencia, hubo boda.

Desde un principio este enlace puramente político estuvo condenado al fracaso. El Senado expidió precipitadamente un permiso excepcional, pues *de iure* Octavia no podía contraer nuevas nupcias sino al cabo de diez meses de haber enviudado, una ley que no regía para los hombres. Todavía no había transcurrido la luna de miel cuando la pareja tuvo noticias de la doble paternidad de Antonio. En Alejandría, Cleopatra había dado a luz gemelos: una niña y un varón, a los que puso por nombre Cleopatra y Alejandro respectivamente.

Aunque Antonio se había ausentado de Alejandría sin desavenencias con la reina egipcia, no se ocupó para nada de los gemelos. Dejó embarazada a su novel esposa, fue padre de una niña, Antonia, en 39, y se llevó a la madre y a la pequeña a Atenas. Allí pasó el invierno y se preparó para su campaña contra los partos.

Marco Antonio ordenó a Publio Vencidio, un viejo partidario de Cayo Julio César, que se adelantara con once legiones para contener el avance de los partos. Este Vencidio, veterano sexagenario, ya había estado en las Galias con César, y, de mercader de ganado y carruajes, había logrado acceder honradamente a la dignidad de senador, una carrera extraordinaria en la antigua Roma. Después del asesinato de Julio se unió a Antonio. Era un hombre leal y valiente que sabía combatir, y, mientras en su cuartel de invierno, en Atenas, Marco Antonio asistía a la escuela de pugilato y gimnasia vestido a la usanza griega, Vencidio, en una primera batalla, derrotó a los

partos y a su aliado Quinto Labieno. El veterano libró tres batallas consecutivas, volvió a expulsar a los partos fuera de los límites de la Mesopotamia y, teniendo al alcance de la mano conquistar su reino, renunció a tal oportunidad por temor a la ambición de Antonio.

El triunviro ya le había hecho saber que no debía negociar con Antíoco, el rey de Comagene, aun cuando éste ya se había entregado, había puesto sus tropas bajo el mando del romano y anunciado el pago de 1.000 talentos. La acción habría de llevar el nombre de Antonio. De este modo, con los partos no se pasó de un statu quo, error estratégico por parte de Marco Antonio, pues advirtió al enemigo de lo que le esperaba y, por supuesto, éste no iba a esperar la concreción de la amenaza de Occidente con los brazos cruzados.

Naturalmente, los enemigos de Antonio no sólo estaban en el este. En Roma tenía a sus adversarios más peligrosos y Octaviano, cuya desconfianza hacia su cuñado fue atizada por indiscreciones intencionales, no ocultó su aversión de siempre hacia el rival. Después del nacimiento de una segunda hija, Antonio regresó a Italia con Octavia, si bien escoltado por 300 naves, para dar mayor énfasis a los deseados diálogos aclaratorios.

A la vista de la poderosa flota, los habitantes de Brundisium fueron presa del pánico, temieron una nueva guerra civil y negaron el derecho de desembarco. Las naves tuvieron que anclar en Tarento y, una vez allí, la situación se había tensado hasta tal punto que Antonio envió a Octavia para que oficiara de mediadora ante su hermano. La mujer logró ganarse la compasión de Octaviano, pues argumentó que fuese cual fuere el curso de los eventos, fuese quien fuere el vencedor, si se llegaba a un conflicto abierto, ella sería desdichada.

Octaviano se dirigió a Tarento. Por supuesto, no lo hizo solo, sino acompañado de un poderoso ejército. Al fin y al cabo, él también debía hacer alarde de poder. Contrariamente a las expectativas, fue un encuentro pacífico. Plutarco cuenta que fue un magnífico espectáculo: 300 naves meciéndose apacibles en el puerto, y las tropas ociosas de Octaviano acampadas en tierra. Si embargo, hubiera bastado una sola chispa para provocar la explosión.

A instancias de Octavia, los contrincantes se reconciliaron una vez más, se juraron amistad, admiraron mutuamente su respectivo potencial militar e hicieron algunos intercambios. Antonio obtuvo de Octaviano dos legiones para su guerra contra los partos y cedió a cambio 100 naves con espolones de bronce. Octavia quedó al cuidado de su hermano y Antonio regresó a Asia.

«Pero aquel terrible mal —escribe Plutarco desde Queronea—, largo tiempo dormido, el amor por Cleopatra que parecía sofocado y aplacado por mejores reflexiones, volvió a llamear y creció en intensidad a medida que se acercaba a Siria.»

## Capítulo dos

En Tarso, Marco Antonio había pasado días inolvidables con Cleopatra y, en opinión de Plutarco, en esa ocasión el romano también reprimió todos los pensamientos razonables y saludables. Envió al *consul suffectus* Cayo Fonteio Capito a Alejandría para ir en busca de Cleopatra por la vía más expeditiva. Se encontraron en la siria Antioquía, a un día de viaje de Tarso. No se habían vuelto a ver en tres años y su antigua pasión pareció inflamarse de nuevo. Pasaron juntos todo el invierno.

El romano se mostró generoso y, aunque estaba casado, celebró con la egipcia una especie de contrato matrimonial. No se sabe a ciencia cierta si ése fue el precio por el amor de Cleopatra. Antonio no tenía escrúpulos en tal sentido, pero tal vez sintió la necesidad de comprar a la amante con regalos no pedidos. De cualquier manera, la conducta de Antonio no se puede medir según parámetros normales. Le regaló Fenicia, Siria, grandes partes de Cilicia y Judea, Chipre y las comarcas costeras que unían a estas colonias con Egipto. En Roma, esto causó pésima impresión y se empezó a dudar de que Antonio estuviera en su sano juicio. Al fin y al cabo, el deber de un *imperator* era conquistar nuevas provincias y no regalar las que ya se tenían.

Antonio intentó una vez más librarse de Cleopatra y, al menos por corto tiempo, envió a la amante a Alejandría para poder encargarse de la campaña contra los partos, proyectada desde hacía ya mucho tiempo. No le faltaron ni gente ni material, pues todos los reyezuelos aliados con Roma tuvieron que aportar contingentes. Artasvasdes envió 7.000 infantes y 6.000 jinetes y, en total, Antonio dispuso de más de 60.000 infantes romanos, 10.000 jinetes españoles y celtas y 30.000 mercenarios extranjeros, o sea, un ejército de 100.000 hombres que —según observa Plutarco— asustó a los indos e hizo trepidar a Asia. Con Marco Antonio a la cabeza, el estratega más experimentado de su época, los días de Partia parecían estar contados.

Y, sin embargo, lo que se presentaba tan seguro como el cambio de las estaciones se convirtió en una catástrofe, en una derrota personal del *imperator* y costó la vida a 32.000 almas, sin conseguir conquistar siquiera un metro cuadrado de tierra, al contrario. Plutarco culpa a Cleopatra, pues, a su juicio, Antonio inició la campaña prematura e irreflexivamente, alentado por el solo pensamiento de pasar a su lado el invierno siguiente. Más tarde, Octaviano aseguró que Antonio ya no era dueño de su razón a causa de las drogas y, una centuria más adelante, Plutarco también escribía: «No se encontraba en poder de sus sanas facultades mentales, sino bajo la acción de filtros o cualquier otro hechizo que lo hacían volver constantemente los ojos hacia ella y pensar más en un pronto retorno que en vencer al enemigo.»

Plutarco manifestó asimismo la sospecha de que Cleopatra sabía emplear afrodisíacos y recursos mágicos para subyugar a sus amantes. Ningún cronista osó

relacionar a César con el uso de drogas, tal vez sólo por la circunstancia de que en tiempos de redactarse todos los informes ya había sido acogido en el Panteón romano. En cambio, a Marco Antonio le fue negada esta deificación. No fue un mártir como César y acabó sus días en forma muy profana, tal como los había vivido.

Fuese lo que fuere lo que lo estimuló a adoptar una conducta a menudo incomprensible, Antonio partió de Armenia con su gigantesco ejército rumbo a las tierras de Atropateno, cerca del mar Caspio. Era la primavera de 36 y los carros, poco adecuados para el terreno y cargados con las pesadas máquinas de sitio, dificultaron el rápido avance de los romanos. Para ahorrarse la pérdida de tiempo que significaba la ardua construcción de caminos pavimentados, Marco Antonio dejó atrás 300 carros. Una fatal decisión, pues, antes de que pudiera llegar a Partia, el *imperator* fracasó al intentar sitiar la ciudad meda de Fraaspa y, por último, se vio obligado a realizar deshonrosas negociaciones con el rey Fraates IV.

Este Fraates debió de ser un hombre sin escrúpulos y ávido de poder, pues para acceder al trono de Fraaspa no dudó en matar primeramente a su progenitor y luego a sus 29 hermanos, uno tras otro. Su mejor aliado fue el invierno mesopotámico, al que no podía sobrevivir ningún sitiador, y, como octubre ya se anunciaba con frío, al romano no le quedó otra alternativa que una vergonzosa retirada.

Aun cuando esto era de por sí bastante deprimente, la retirada fue además una catástrofe. Las ventiscas, los caminos anegados, el hambre y los constantes ataques partos dificultaron las cosas para los legionarios de Marco Antonio. El pan de cebada valía su peso en oro, sus principales alimentos eran las raíces y las hierbas, entre ellas una planta desconocida cuya ingestión provocaba la locura y luego la muerte. Obnubilaba la memoria y causaba un extraño comportamiento: a menudo se veía a centenares de soldados desenterrar piedras del suelo y revolverlas como si cumplieran una importante actividad. Poco después vomitaban bilis y perecían.

El hambre y la desesperación empujaban a cometer actos demenciales a aquellos que se resistían a la hierba del diablo. De noche, mataban a sus camaradas, saqueaban, robaban los víveres que acarreaban las bestias de carga y ni siquiera respetaban el equipaje de Antonio. En medio del alboroto de una de esas noches intranquilas, el *imperator* creyó ser víctima de un ataque enemigo. Personalmente había perdido todo su valor, dudaba de poder alcanzar la orilla salvadora del Arajes que constituía el límite entre Media y Armenia, y le hizo prometer a su guardián Ramno que lo atravesaría con la espada tan pronto le diera la orden. Asimismo le cercenaría la cabeza para que su cadáver fuera irreconocible.

Cuando se aclararon las causas de los disturbios nocturnos y se propagó cuál era el último deseo de Antonio, los legionarios se avergonzaron, y muchos de ellos lloraron. Sin embargo, llegado el momento, sacaron fuerzas de donde pudieron e hicieron frente a los nuevos ataques partos con la llamada «táctica de la tortuga». Con sus escudos formaban un gran techo protector para defenderse de la lluvia de flechas.

A pesar de las constantes ofensivas, alcanzaron el río Arajes. Después de una



retirada de veintisiete días, reunieron sus últimas fuerzas para cruzarlo y, al llegar a la orilla opuesta, se lanzaron llorosos unos en brazos de otros y besaron el esquilado suelo de Armenia, como si se encontraran en los floridos prados de Campania.

Todavía estaba lejos la provincia romana de Fenicia. Con la imagen de su amante ante los ojos, el *imperator* condujo sus legiones a marchas forzadas hacia el sur, sin tener en cuenta el frío y las escarpadas montañas. Se quedaron en la nieve otros 8.000 soldados extenuados, hambrientos, empujados a la muerte. En Siria, Antonio dejó a su ejército en el cuartel de invierno y envió mensajeros a Alejandría para invitar a la reina a acudir presto a Fenicia, donde él la esperaría en un pintoresco lugar llamado Leuke Kome, la aldea blanca, situado entre Beritos y Sidón (Beirut y Saida).

Cleopatra se hizo esperar y el romano fue presa de la impaciencia y las dudas, lo cual lo indujo a beber. La travesía por mar desde Alejandría a Fenicia no duraba ni dos días. Aun en medio de sus festines Antonio se levantaba para acercarse al mar y caminar con paso inseguro por la costa a la espera de Cleopatra. Por fin, un día se perfilaron en el horizonte las velas egipcias.

Sin duda, la Tolomea supo del estado en que se encontraban los romanos, pues llegó con cargamentos de ropa para los soldados y dinero para lo más necesario. Ése había sido el motivo de su retraso. Ya entonces los cronistas sospecharon que el dinero no provenía del arca de la reina egipcia, sino de las propias fuentes pecuniarias de Antonio, que hizo pasar a Cleopatra como benefactora para presentarla ante sus soldados bajo una luz más benigna.

En cambio, no hubo duda alguna respecto al origen del niño recién nacido que la Tolomea traía consigo. Antonio era su padre y Cleopatra le puso por nombre Tolomeo Filadelfo, el del segundo Tolomeo que 250 años atrás había gobernado el reino del Nilo en su mayor expansión. El nombre reflejaba un programa de vida.

Antonio y Cleopatra vivieron una segunda Tarso, lejos de la extenuante política mundial. Si bien Octavia debió de sentirse herida por las reanudadas relaciones con la egipcia, su hermano Octaviano no vio con desagrado el romance, pues en tanto Antonio estuviera enamorado de Cleopatra, no sería peligroso para él. Al heredero de César le faltaba experiencia como estratega, pero ¿de qué servía la experiencia si no se ponía en práctica? En consecuencia, el vínculo con la egipcia redujo la distancia entre el inexperto Octaviano y Antonio, curtido en el campo de batalla.

Sin embargo, Octavia no estaba dispuesta a tolerar aquello de brazos cruzados. Con la autorización de su hermano se encaminó a Asia. Viajó en compañía de una pequeña flota cargada de animales de tiro, ropa, dinero y regalos, pero en especial de 2.000 soldados escogidos, agrupados en cohortes pretorianas. Octavia sólo llegó hasta Atenas. Allí recibió un mensaje de su marido en el que la instaba a regresar, pues él estaba a punto de partir nuevamente hacia Partia. Ésos eran realmente los planes que pensaba llevar a cabo Antonio, pero, por el momento, se encontraba aún en brazos de la egipcia y Octavia lo sabía. ¿Qué debía hacer? En una carta que le llevó al *imperator* su amigo Niger, Octavia le suplicaba que aceptara al menos los equipos y

los soldados. Antonio accedió.

Por miedo a perder a Marco Antonio, Cleopatra recurrió a todas las argucias de la astucia femenina. Dejó de comer y adelgazó. Cuando él iba a su encuentro, se mostraba radiante y cuando la abandonaba, fingía que trataba de ocultar sus lágrimas cuidando que él las advirtiera. Pagó a personas para que le reprocharan a Antonio su dureza e insensibilidad por llevar a la reina a la muerte, para que le hicieran ver que, a diferencia de Octavia, con quien se había desposado únicamente por razones de Estado, Cleopatra lo amaba de veras, pues incluso se daba por satisfecha con su condición de amante mientras la otra se arrogaba con orgullo el título de esposa, para que le advirtieran de que ella no sobreviviría si él persistía en su idea de abandonarla una vez más.

La táctica surtió efecto. En lugar de marchar hacia Partia, Marco Antonio se fue a Alejandría con Cleopatra. El enamoramiento, dice Ortega y Gasset, es una angina psíquica, pero en Marco Antonio más bien parecía una difteria psíquica, pues a principios del año 34 a. C. llegó a perder del todo el control de sus actos.

Si bien, de acuerdo con el derecho romano, Antonio ya había incurrido en bigamia, su actitud llegó al colmo de la desfachatez cuando legó a los tres hijos de Cleopatra, tanto al hijo de César como a los suyos propios, países que no le pertenecían. Como el dios y benefactor Dioniso-Osiris, proclamó, en forma teatral, a su esposa Isis-Cleopatra, soberana de Oriente. Plutarco cuenta que la Tolomea vistió para la ceremonia el traje de Isis, que siempre usaba cuando se mostraba ante el pueblo. En la cabeza llevaba la corona de cornamenta vacuna y el disco solar, con el cabello oculto bajo alas de buitre, y una larga túnica vaporosa la cubría el cuerpo.

No se dice cómo estaba ataviado, o, mejor dicho, disfrazado, Antonio, pero Plutarco describe la ceremonia con bastante exactitud: «Hizo reunir al pueblo, colocar dos tronos de oro sobre un estrado de plata, uno para él, el otro para Cleopatra, y unos más bajos para los dos hijos varones, y declaró a Cleopatra reina de Egipto, Chipre, Libia y Koile-Siria, en tanto Cesarión, hijo del viejo César, sería corregente. A sus propios hijos de Cleopatra los denominó “reyes de reyes” y adjudicó Armenia, Media y el reino de los partos a Alejandro (el último país, cuando fuera conquistado), y a Tolomeo, Fenicia, Siria y Cilicia. A Alejandro le hizo vestir el atuendo de los medos, con tiara y turbante, y a Tolomeo, capa macedónica, botas y una cofia adornada con una diadema; ése fue el atavío de los reyes sucesores de Alejandro, el de los reyes medos y armenios.»

Con este proceder incomprensible para los romanos, Marco Antonio perdió en su patria las últimas simpatías que aún le quedaban. Octaviano le exigió a su hermana que abandonara la casa de su marido a fin de provocar el divorcio que ella misma no podía pedir, pero Octavia rehusó, pues no sólo debía cuidar de sus propios hijos, sino también de los de Fulvia. Además, recibía a los emisarios y funcionarios que le enviaba Antonio desde Alejandría e intercedía por ellos ante las reparticiones y las autoridades, lo cual era muestra, para los romanos, cada día más indignados, del

modo flagrante en que abusaba del amor de su esposa.

Entre los enviados que llegaban regularmente de Egipto, figuraron también dos amigos de Antonio: Marco Ticio y su tío Lucio Munacio Planeo, cónsul del año 42. Ambos fueron los encargados de llevar a Roma el testamento de Marco Antonio y entregárselo a la custodia de las vestales. O bien su amistad hacia Antonio era tan grande que estuvieron presentes cuando redactó el testamento y, por ende, conocían su contenido, o bien —y esto es lo más probable— violaron el rollo que contenía la última voluntad del romano durante la travesía. Lo cierto es que entregaron el testamento de acuerdo con su cometido, pero enseguida se presentaron ante Octaviano para ponerlo en conocimiento de sus últimas disposiciones.

Detrás de la traición había un acendrado odio contra Cleopatra, quien, a su juicio, hasta participaba en la discusión de cuestiones estratégicas de la campaña contra los partos y desdeñaba la experiencia de soldados veteranos. Incluso el mismo Octaviano se consternó al enterarse de la última voluntad de su aliado. Al principio se resistió a darles crédito, pero luego recurrió a las vestales en contravención de todas las reglas para cerciorarse y, por último, convocó al Senado. El Senado y el pueblo debían conocer las verdaderas intenciones de Marco Antonio.

El *imperator* quería ser inhumado en Alejandría. Si moría en Roma, su cadáver habría de ser llevado en solemne cortejo por el Foro y transportado a Alejandría. Como herederos nombró a Cleopatra y a sus hijos. A pesar de lo parcial y pérfido que pudiera parecer este testamento, los senadores se sintieron molestos durante la lectura que hizo de él Octaviano, pues, según Plutarco, resultaba contrario a toda costumbre y totalmente inaudito que alguien tuviera que rendir cuentas en vida por algo que deseaba se hiciera después de su muerte.

Dado que muchos senadores vacilaron en condenar a Antonio y no quisieron ponerse del lado de Octaviano, el heredero de César hizo comparecer ante el Senado a su amigo Cayo Calvicio Sabino, un ex cónsul y amigo de Julio. Calvicio trató de explicar a los senadores que la relación de Marco Antonio con la Tolomea era tan lesiva para las costumbres y la moral del Estado romano como para sus intereses materiales. Al fin y al cabo, Antonio había regalado a su amante la Biblioteca de Pérgamo con su fondo de 200.000 rollos. Su conducta tampoco se correspondía con la dignidad de un *imperator* romano. A raíz de una apuesta, había frotado los pies de la Tolomea durante un banquete; sentado en el tribunal por encima de tetrarcas y reyes había recibido y leído cartitas de amor grabadas en tablillas de ónix o cristal e interrumpido un discurso en el momento en que debía ser transportada Cleopatra, para colgarse repentinamente de su litera y acompañarla.

Suetonio informa que en aquella ocasión los dos triunviros se echaron en cara mutuamente sus amoríos, pues Octaviano no llevaba vida de célibe, aun cuando en él (apreciación del cronista) la voluptuosidad jugaba un papel menor que la política. Así, Antonio criticó por escrito el precipitado enlace con Livia y calificó de penoso un episodio con la esposa de un hombre de rango consular a quien condujo al

dormitorio mientras el marido se quedaba en el comedor y la trajo de vuelta con los lóbulos de las orejas enrojecidos y el cabello revuelto. A su esposa Escribonia la repudió después de un año de matrimonio y de haber dado a luz una niña, por quejarse de la influencia de su amante Drusila que luego se convirtió en su mujer. Tampoco daba testimonio de moral y buenas costumbres usar a los amigos como alcahuetes. Éstos se encargaban de buscar mujeres casadas del agrado de Octaviano y las desnudaban para apreciar sus formas y dictaminar si le serían gratas al sobrino de César.

Una carta que reproduce Suetonio bien podría ser la última reacción a la campaña de Octaviano contra Antonio. Marco Antonio respondió: «¿Qué te ha hecho cambiar en mi contra? ¿Acaso que me acueste con la reina? Después de todo es mi mujer. ¿Acaso empecé a tener algo con ella ahora o lo hago desde hace nueve años? Y en cuanto a ti, ¿de veras duermes sólo con Drusila? Apuesto por tu vida que al recibo de esta carta ya habrás estado con Tertula, Terentila, Rufila, Salvia, Titisenia o con todas ellas juntas. ¿Acaso importa algo dónde y con quién satisface uno su lujuria?»

*Uxor mea est* (Después de todo, ella es mi mujer). Ésta es quizá la frase más importante de esta carta, pues las aventuras de Octaviano se conocían en toda la ciudad. *Uxor mea est...* Naturalmente, esto podría significar: «¿Es ella acaso mi mujer?» Los romanos desconocían el signo de interrogación. Dada la construcción de la carta, una sucesión de preguntas, esa interpretación sería posible. Pero ¿tiene sentido? «Después de todo ella es mi mujer» es, por el contrario, una justificación de su conducta, aunque, por supuesto, de escaso poder de convicción, pues Antonio todavía seguía casado con Octavia, quien no había recibido de él ninguna acta de divorcio. Además, según el derecho romano, Marco Antonio no podía desposarse con una extranjera, y Cleopatra lo era. Plutarco escribe que Antonio habría tenido simultáneamente dos esposas, algo que ningún romano se había permitido hasta entonces. No fue hasta el año 32 a. C. cuando consumó su separación, tal vez apremiado por la amante.

La desavenencia de ambos triunviros llevó sin duda a un conflicto, pero tanto uno como otro habían tenido ya con anterioridad problemas en sus propios dominios de poder. Octaviano hubo de enfrentarse con Sexto Pompeyo, el hijo del gran Pompeyo, de asombroso parecido con su progenitor y dotado asimismo de su talento estratégico. El nombre de este joven arrebatado figuró en el año 43 en las listas de proscriptos de los triunviros, pero con ayuda de una flota que luego conservó logró escapar a Sicilia. Desde entonces, Sexto Pompeyo ejerció desde la isla el control de todos los envíos de grano realizados desde África; actuaba a su antojo y provocó en Roma una hambruna mediante un bloqueo. Octaviano, todavía inexperto tanto en la guerra naval como en los combates terrestres, mandó a luchar contra él a Quinto Salvidieno Rufo, quien sufrió una derrota en el estrecho de Mesina. Con rechinar de dientes, el heredero de César hubo de celebrar en Misenum (Miseno) un acuerdo por el cual se le asignaba a Pompeyo, a cambio del levantamiento del bloqueo, la gobernación de Córcega,

Cerdeña y Sicilia. Para reforzarlo, la hija menor de Pompeyo fue prometida a un sobrino de Octaviano.

Sin embargo, a pesar del compromiso, el pacto tuvo corta duración. Al año, Sexto Pompeyo volvió a bloquear las rutas de navegación y Octaviano se vio obligado a actuar. Mandó construir nuevos barcos, los equipó con 20.000 remeros libertos y nombró comandante de la flota a su viejo amigo Marco Vipsanio Agripa. Desde sus días compartidos en la escuela de pretores de Roma, este Agripa, oriundo de Dalmacia, apoyó con todas sus fuerzas a su amigo Octaviano; en calidad de *praetor urbanus*, protegió el país de los ataques de Sexto Pompeyo y emprendió la empresa de construir el puerto de Bayas para adiestrar a la nueva flota durante el invierno.

Y, como quedó demostrado, lo logró: en el año 36 derrotó a Sexto Pompeyo cerca de Milea y lo obligó a replegarse con sus adeptos en el nordeste de Sicilia. Pompeyo buscó la definición. En agosto de 36 resolvió con Agripa librar una batalla. El escenario elegido fue la bahía de Nauloco. El combate naval concluyó con la derrota total de Pompeyo, quien huyó hacia Lesbos con 17 naves e inmediatamente empezó a rearmarse de nuevo.

Cayo Julio César Octaviano sumó la victoria a sus banderas. Como estratega inepto necesitaba éxitos militares para enfrentarse a Antonio, pero, apenas librada la batalla, trascendió cuál había sido su deplorable conducta durante la acción. El heredero de César se había comportado como un cobarde: aterrorizado por la presencia del enemigo, se había quedado tendido sobre las tablas de la cubierta, con la vista fija en el cielo, y no se atrevió a incorporarse de nuevo hasta que las naves de Pompeyo hubieron huido. Marco Antonio se rió a carcajadas de la proezas guerreras de su rival.

En la lucha contra Sexto Pompeyo, Octaviano recibió el apoyo del triunviro Marco Emilio Lépido. El gobernador africano había mandado unas veinte legiones y —según cuenta Suetonio— le hizo saber a Octaviano, con violentas amenazas, que quería ser él quien representara el papel principal. Esto le pareció a Octaviano muy peligroso, sobre todo porque el viejo zorro se inclinaba preferentemente hacia Antonio, el tercero de la liga. Además, éste había promovido su elección para Pontifex Maximus y, como signo de amistad, había comprometido a una de sus hijas con el hijo de Lépido. Eso se llamaba actuar deprisa.

Octaviano no deseaba llegar necesariamente a un enfrentamiento militar con Lépido y, en consecuencia, trató de debilitar sus fuerzas. Sobornó con grandes sumas de dinero tanto a altos oficiales como a simples soldados, hasta que estuvo seguro de haber logrado colocar a Lépido en una situación de inferioridad respecto a él. Entonces lo destituyó de su cargo de triunviro, puso fin a su carrera política y lo desterró a Circea, una pintoresca villa isleña frente a la costa latina.

Embriagado por los triunfos militares y políticos, Octaviano volvió la mirada a Iliria, la vieja manzana de la discordia de los Balcanes. Desde los tiempos de Sila, Illyricum fue perteneciendo ora a la provincia de la Galia Cisalpina, ora a Macedonia:

la comarca no consiguió su autonomía hasta el mandato de Julio César. Desde entonces no dejaron de sucederse las insurrecciones. Las fuerzas de Octaviano eran tan superiores que los ilirios no tuvieron ninguna oportunidad y, de ese modo, el heredero de César cosechó un nuevo triunfo y se sintió robustecido y capaz de enfrentarse a Antonio.

Las hostilidades entre ambos se limitaron al principio al intercambio de notas: Marco Antonio le reprochó a Octaviano haber despojado a Pompeyo de Sicilia y no cederle a él parte alguna. Por otro lado, le había pedido prestadas naves que aún no le había devuelto, había destituido a su aliado Lépido en contravención de todos los contratos y se había apoderado de sus tropas, de su provincia y de los ingresos resultantes. Para indemnizar a sus soldados, había dividido toda Italia, sin dejar nada para sus propios hombres, los de Marco Antonio.

La respuesta de Octaviano no se hizo esperar. Lépido había sido destituido por haber incurrido en graves errores. De buena gana compartiría con Antonio las tierras que había ganado en la guerra, si éste se avenía a repartir con él la Armenia conquistada. En cuanto a los soldados de Antonio, no tenían derecho a reclamar Italia cuando se habían repartido Media y Partia.

De la reproducción que hace Plutarco de estas imputaciones no se desprende en qué momento se hicieron, pero, lo que está claro es que la respuesta de Octaviano es un acerbo, malévolo e irónico tratado en el que se burla de los fracasos militares de su aliado en Oriente. Antonio acababa de fracasar en Media y la conquista del reino de los partos no pasó de un sueño. ¿Cómo iba a repartir ambos reinos entre sus soldados?

La espina de esa derrota se le había clavado muy hondo, demasiado para un hombre como Marco Antonio. Desde hacía tiempo forjaba planes para emprender una nueva expedición a las estepas asiáticas. Hay opiniones distintas acerca de lo que lo abstuvo durante un año entero de llevarlos a la práctica: el lecho de Cleopatra o el plan de Pompeyo.

Expulsado de Sicilia, Sexto Pompeyo reunió nuevas fuerzas en la costa del Asia Menor y formó un ejército de tres legiones y una flota. Al ver declinar la estrella de Antonio, se alió con los partos. A Antonio esta nueva alianza no se le pasó inadvertida y la actitud de Pompeyo se le antojó particularmente pérfida: al mismo tiempo había negociado con él una alianza a través de mediadores. No le faltaban motivos para desconfiar de este hombre. Cuando Pompeyo movilizó su ejército en dirección a Armenia, Antonio mandó tras él a Marco Ticio, quien lo tomó prisionero y lo hizo ajusticiar en Mileto. Al menos en la parte occidental de su zona de influencia ya no hubo razón que impidiera la expedición al Asia.

Entre los medos y los partos había conflictos porque sus respectivos reyes, Artavasdes y Fraates, no lograban ponerse de acuerdo en el reparto del botín que habían dejado los romanos. Después de todo, se trataba de centenares de carros y maquinaria de sitio, tiendas, mantas y armas de gran calidad y técnica. La querrela

entre los reyes se agudizó hasta tal punto que el medo Artasvasdes pidió ayuda a su mayor enemigo, Marco Antonio, y le prometió apoyarlo en su lucha contra el aborrecido parto. El frente del asiático empezó a desmoronarse y las oportunidades de Antonio fueron mejores que nunca.

En su euforia, trató de atraer también a su lado al rey de los armenios, Artasvasdes (tocayo del medo): le ofreció como yerno a su hijo Alejandro Helio, de sólo cinco años, y lo invitó a celebrar un encuentro en Alejandría para sellar el pacto. Esperó en vano. Artasvasdes de Armenia no contestó y Antonio lo interpretó como una señal de que se había inclinado en favor de Octaviano. Sin embargo, no se ha demostrado que hubiera contactos entre el armenio y el romano. Antonio no abandonó por ello sus planes de invasión. Necesitaba con más apremio que nunca una victoria en esos momentos en que Octaviano se anotaba triunfos estratégicos.

Cleopatra no sólo propició los planes de conquista de su amante, sino que le ofreció su activa participación. ¿Por qué? Basta con echar una ojeada al mapa para entender la razón. Alejandría, situada al sur, en una posición descentralizada, lograría ocupar una posición más céntrica si el Imperio oriental se expandía sobre Media y Partia, y conseguiría comunicación terrestre con todas las provincias. Además, en virtud de la tradición alejandrina, la ciudad estaba predestinada a ser la capital de un Imperio del Oriente. Por consiguiente, en la primavera del año 34, Cleopatra partió con Marco Antonio hacia Siria.

Por motivos inescrutables, los cronistas no mencionan para nada esta segunda expedición del romano en Asia o se limitan a dedicarle unas pocas palabras; sin embargo, fue una empresa exitosa en comparación con la primera. Tal vez ésa sea la causa del silencio de los historiadores. Posiblemente Octaviano quiso que sólo quedaran registradas las derrotas de su adversario. Gracias a la gran obra *La guerra judía*, del historiador judío Flavio Josefo, fallecido en Roma en el año 100 d. C., nos enteramos más bien por casualidad que Cleopatra acompañó al romano hasta el Éufrates, y allí, en el curso superior del río que constituye el límite con Armenia, sus caminos se separaron: Antonio atravesó Armenia hasta alcanzar el río Arajes y sitió la capital Artaxata.

El armenio no se doblegó ante la intimación romana: no se rindió, ni tampoco entregó los tesoros del reino; por lo tanto, fue tomado prisionero junto con toda su familia. Antonio mandó trasladar el precioso botín a Alejandría. Las tropas del rey cautivo proclamaron nuevo rey a Artajes, hijo de Artasvasdes, pero el flamante monarca tuvo que ceder a la presión de las legiones romanas y buscó refugio entre los partos. Contrariamente a lo esperado, Antonio no atacó ese pueblo, sino que hizo tocar a retirada rumbo a Egipto, quizá porque recordó la derrota que había sufrido en el invierno de hacía dos años. De todos modos, dejó en el lugar un fuerte contingente de tropas al mando de Publio Canidio Craso, uno de sus más fanáticos partidarios, que había peleado por él en el *Bellum Parusinum*, en los años 41 y 40, cuando su esposa Fulvia marchó contra Octaviano.

¿Dónde se encontraba Cleopatra en el ínterin? Flavio Josefo informa de que la Tolomea se dirigió a Judea a través de Apameia (sin duda esa ciudad a orillas del alto Éufrates) y Damasco. «Aquí —dice el historiador judío textualmente— era Herodes quien le disipaba su mal humor mediante considerables regalos, también le arrendó tierras apartadas de su reino por 200 talentos anuales y luego la escoltó hasta Pelusio sin faltar a ninguna forma de respeto.»

Este historiador, el más importante de su época, no se explaya más acerca del presunto mal humor de la reina de Egipto ni del respeto por parte de Herodes. Naturalmente, esto responde a una razón. Judíos y egipcios eran vecinos, pero sus reyes llevaban enemistados desde que los Tolomeos habían anexado Judea a su reino en 312 a. C. Lo cierto es que a los judíos no les fue mejor bajo el dominio romano: debieron pagar al fisco tributos por el templo, además de un impuesto per cápita. Con estos tributos, sin embargo, adquirieron al menos cierta independencia en su política interna.

Cleopatra ya había puesto el ojo en Judea en los tempranos días de su reinado, y desde que en el pacto de Antioquía se le habían adjudicado todas las tierras de los alrededores, el reino de Herodes aparecía como un cuerpo extraño en su dominio. Y, de pronto, se produjo ese encuentro en extremo raro, cargado de tensión, inesperado. Cabe suponer que el soberano judío debió de poner en alerta a sus tropas.

Este Herodes, el bíblico soberano a quien más tarde se le atribuyó el infanticidio de Belén, era ciudadano romano en virtud de su ascendencia paterna y, por sugerencia de Marco Antonio, el Senado romano lo había impuesto oficialmente como rey de los judíos. Herodes tuvo que pagar cara la simpatía de los romanos. En momentos de dificultades pecuniarias, estuvo obligado a fundir sus joyas y los tesoros de su palacio para acuñar monedas destinadas a financiar su contribución a la aventura de Marco Antonio en Asia.

«Con eso sólo —comenta Flavio Josefo— no logró ponerse a salvo de todos los inconvenientes, pues Antonio, ya desquiciado por su amor por Cleopatra, quedó sojuzgado por completo al dominio de sus caprichos. A la egipcia ya no le quedaban consanguíneos con los que satisfacer su sed de sangre y, por ende, había llegado el momento de cebarse en los de afuera. Lo hizo al calumniar ante Antonio a las personalidades más importantes de Siria e inducirlo a eliminarlas a fin de poder embolsarse sus bienes sin impedimentos. Su codicia tampoco conoció contención ante los judíos y los árabes, y, secretamente, no escatimó esfuerzos para llevar a la muerte a los reyes de ambos pueblos: Herodes y Maleo.»

El cronista judío dejó a Cleopatra de vuelta y media, aun cuando su falta de escrúpulos no era nada comparada con la brutalidad de Herodes. El trasfondo de su ira fue la cesión que dispuso Antonio de regiones en favor de Egipto, como el palmar de Jericó, proveedor del codiciado bálsamo, y otras ciudades de esa orilla del río Eleutero.

Josefo tampoco dilucida los auténticos motivos de ese memorable encuentro. En



otro pasaje, el historiador judío da a entender que Cleopatra trató de seducir a Herodes, pero mereció su rechazo; por otro lado, Herodes habría acariciado la idea de mandarla matar, pero sus amigos más íntimos lo habrían disuadido de la empresa. Esto también es una mezcla de especulación y propaganda, no probada e ilógica.

Un romance con el rey de los judíos no habría podido mantenerse oculto y habría significado el final de su relación con Antonio. Cleopatra lo sabía, además amaba al romano e iba a necesitarlo si persistía en materializar sus ambiciosos planes de un nuevo y vasto Imperio tolomeico; Herodes, en cambio, no era más que un pequeño e insignificante perturbador. Por otra parte, éste sólo podía afirmar su posición con el apoyo de Marco Antonio y no podía permitirse el lujo de arriesgarla. A la postre, este episodio resulta, pues, oscuro e infructuoso.

En el otoño de 34 a. C., Cleopatra y Marco Antonio regresaron a Alejandría con poco tiempo de diferencia. En esa ocasión, el romano lo hizo como vencedor, y los egipcios, así como el mundo entero, debían enterarse. Como era usual en Roma, un interminable cortejo triunfal se paseó por Alejandría. Con redobles de tambores, los mercenarios victoriosos avanzaron con aspecto marcial, equipados con escudos y corazas, armados hasta los dientes: una imagen impresionante del poderío romano. Artavasdes, el rey de los armenios, su mujer y sus dos hijos menores, cargados de cadenas de oro, avanzaban con los romanos y fueron injuriados y escarnecidos por los egipcios que se apiñaban a la vera del camino. Y luego, apareció el *imperator* triunfante, que, ataviado no con las ropas de soldado, de general, sino con la túnica amarilla del Pater Liber, como si fuese Dioniso en persona, y una corona de hiedra sobre el cabello ondeante, iba saludando con condescendencia.

Este triunfo debió de dar la impresión de un último resurgimiento del poder tolomeico, que recordaba las victorias del Gran Alejandro. Sin embargo, a los egipcios no podía causarles ningún gozo, puesto que el triunfador, a pesar de que hubiera sustituido su uniforme por el hábito del gran dios del mundo helenístico, era un extranjero, un romano, un invasor. En lugar de encaminarse al templo de Júpiter Capitolino, como habría hecho en Roma, el cortejo triunfal enfiló hacia uno de los grandes edificios de la ciudad, tal vez hacia el palacio real a orillas del mar, donde Cleopatra recibió a Antonio ataviada con el atuendo de Isis, como era usual: Dioniso-Osiris y Cleopatra-Isis, auténticas encarnaciones de los dioses helenísticos.

Con este triunfo, el *imperator* perdió las últimas simpatías que le quedaban en Roma. El Senado, hasta entonces dividido, condenó su conducta en forma unánime: a un general victorioso sólo le estaba permitido celebrar su triunfo en Roma, donde el vencedor solía distribuir parte del botín entre los romanos. El pueblo de Roma, por tanto, se sintió estafado.

Por supuesto, la situación en Roma era demasiado tensa como para celebrar allí un triunfo y a Cleopatra probablemente la habrían lapidado. Ante semejante situación, parecía inevitable un enfrentamiento militar si no se quería que el Imperio romano se quebrara en dos facciones enemigas. Convencida de la superioridad

estratégica de Marco Antonio, la Tolomea estimuló al romano para que mantuviese una lucha abierta contra Octaviano. Dado el creciente desacuerdo, bastaría con una breve y violenta ráfaga de viento para transformar las llamas en un fuego abrasador: la guerra civil.

Los dos partidos realizaron en Roma las debidas campañas propagandísticas, si bien Antonio tuvo más dificultades para infundir fe en sus agentes, toda vez que se le había privado de la posibilidad de justificarse a 2.000 kilómetros de distancia. En cambio, Octaviano no desperdició oportunidad alguna para difamar a Antonio ante el Senado: leyó en voz alta sus cartas y dio a conocer las novedades que había averiguado su servicio secreto.

Marco Valerio Mesala Corvino, un orador adiestrado en Atenas y victorioso combatiente de Bruto en Filipo, desarrolló pródigas acciones difamatorias contra Antonio, destinadas a perjudicar su prestigio y poner en su contra a la opinión pública. Se habló en ellas de derroche oriental, ostentación y afición a la bebida y a las drogas, así como del uso de orinales de oro por parte del *imperator*; mientras, Octaviano era presentado como un dechado de buena crianza, moral, templanza y austeridad. Ese Marco Antonio, que, hechizado por la egipcia, se tenía a sí mismo por la encarnación de Dioniso, había desdeñado la posición y dignidad del Senado y disgregó el territorio romano entre la prole de la Tolomea.

Como medida de precaución, Marco Antonio le ordenó a su general Publio Canidio Craso, a quien había dejado en Armenia con 16 legiones, que se dirigiese al Asia Menor, mientras que él se marchó a Éfeso con Cleopatra. Antonio había escogido la ciudad costera de Caria como punto de convergencia de sus fuerzas. Presumiblemente, se acordó de que, por si la situación empeoraba, la reina se retiraría a Egipto y aguardaría allí el resultado de la guerra. «Pero —escribe Plutarco—, preocupada por la posible reconciliación con su esposa Octavia, Cleopatra sobornó a Canidio con una suma sideral para que le aclarara a Antonio lo siguiente: no era justo excluir de la lucha a una mujer que había hecho tan importante contribución a la guerra, ni acertado restar valor a los egipcios cuando formaban la mayor parte de sus efectivos navales. Tampoco podía reconocer cuál de los reyes intervinientes en la campaña superaba a Cleopatra en inteligencia y astucia, a ella, que gobernaba desde hacía mucho un gran reino, convivía con él desde tanto tiempo atrás y había aprendido a superar los grandes problemas.»

Cleopatra proveyó 200 de las 500 naves que componían la fuerza naval antoniana, además de 20.000 talentos y el aprovisionamiento total de todas las fuerzas. Los siguientes reyes le habían prometido su colaboración y le enviaron tropas: Bokio de África, Tarcondemo de la Cilicia superior, Arquelao de Capadocia, Filadelfo de Paflagonia, Mitrídates de Comagene, Sadalas de Tracia, Polemon del Ponto, Maleo de Arabia, Amintas de Licaonia, Deirotaro de Galacia y Herodes de Judea. Según informa Flavio Josefo, Herodes quiso marchar al Asia Menor para combatir en las primeras filas junto a los romanos, pero Cleopatra le sugirió a Antonio que lo

impidiera. La Tolomea no tenía duda alguna de que el resultado de la empresa sería la victoria y no entraba en sus planes que en ella participara personalmente Herodes: su contribución, por tanto, se limitó a un moderado contingente de soldados.

La reina egipcia fue todavía más lejos, influyó también en la planificación estratégica y arrancó al romano la promesa de no decidir la acción en tierra, sino en el mar, porque allí era mayor la participación egipcia en las armas. El táctico, de ordinario tan desapasionado, obedeció aun cuando sabía que el poderío de sus fuerzas terrestres era muy superior, que la tripulación de las naves era insuficiente y que necesitaría enrolar a burreros griegos, vagabundos, segadores y «jovencitos inmaduros». Dice Plutarco: «No era más que un apéndice de esa mujer.»

De hecho, es por demás sorprendente con qué desaprensión se tomó Marco Antonio la inminente guerra civil. ¿Sabía que Octaviano sólo disponía de 250 naves de guerra? Debiera haber sabido entonces que la reducida flota estaba perfectamente tripulada con hombres bien ejercitados y que las naves eran de extraordinaria maniobrabilidad en comparación con sus pesados armatostes de ocho a diez hileras superpuestas de remeros. Antonio debiera haber sabido entonces que su ejército de 100.000 hombres se enfrentaría a 19 legiones, a los 10.000 legionarios de Octaviano; que la caballería integrada por 12.000 hombres y cabalgaduras estaban en igualdad numérica. En número, Antonio podía estar seguro de su superioridad, tanto más cuanto que disponía de 300 unidades de transporte marítimo destinadas a hacer llegar los refuerzos desde las provincias, en especial desde Egipto. El veterano *imperator* no consideró al joven heredero de César lo bastante crecido para ganar esa guerra y en sueños ya se veía vencedor, soberano absoluto del Imperio romano, con la egipcia a su lado.

Cleopatra le infundía fuerza y confianza en sí mismo, pero también una autoestima excesiva. Olvidó la guerra, viajó con la Tolomea a la vecina isla de Samos, próxima a la costa, esa isla fecunda que se eleva por encima del mar y que estuvo bajo la soberanía egipcia antes de ser adjudicada a la provincia de Asia. Los reyes, príncipes y tetrarcas de las comarcas comprendidas entre Macedonia, Arabia, Media y Egipto no sólo enviaron tropas, armas y provisiones. Antonio ordenó asimismo que le mandaran a Samos los mejores artistas de la escena.

Plutarco no pudo resistirse a hacer un cáustico comentario: «Cuando a su alrededor llenaban la faz de la tierra lamentos y quejas, en esa única isla se escuchó días enteros música de flautas y cítaras, se colmaron los teatros y compitieron los coros. Cada ciudad aportó un buey y participó en el sacrificio y los reyes trataron de aventajarse los unos a los otros en la magnificencia de sus servicios y ofrendas, por lo cual la gente se burló: ¿Qué harán quienes ahora celebran con tanto entusiasmo el comienzo de la guerra cuando llegue el momento de festejar la victoria?»

Disipadas orgías, generoso agradecimiento: los artistas fueron enviados a Priene, exentos de impuestos para celebrar en la ciudad de la bahía de Mileto el espectáculo más grande del mundo después de lograda la victoria. Antonio y Cleopatra se

marcharon a Atenas, la segunda patria del romano. Allí lo amaban y respetaban, pero los griegos repudiaron a su nueva esposa. Cleopatra no era una Octavia. ¿Por qué?

La romana había enviado a la ciudad generosas donaciones y, por otra parte, los atenienses no mostraron comprensión por el cambio de vida de Cleopatra. Sin embargo, con dinero se consigue hacer bailar al diablo: la egipcia también hizo magníficas donaciones. Al principio, los griegos quedaron estupefactos, y luego se vieron precisados a prodigar a la reina los mismos honores que a Octavia. Una delegación ateniense portadora de títulos y honores y encabezada por Marco Antonio en su carácter de ciudadano ilustre de Atenas visitó a la Tolomea. El romano se adelantó y pronunció la *laudatio* en nombre de la ciudad. ¿No era la conducta del cincuentón ingenioso y presumido más bien la de un escolar enamorado? Atribuía más importancia a las cosas secundarias que a la guerra. El juego fue fácil para Cleopatra.

Le exigió a Antonio que rompiera el último lazo con Roma y se separase de Octavia de acuerdo con el derecho romano. El *imperator* también obedeció esta vez. Octavia recibió el acta de divorcio y los portadores del documento cumplieron su cometido de expulsar de la casa a la esposa repudiada. Aun en ese momento, Octavia evidenció su proverbial bondad. Abandonó la casa profundamente preocupada no sólo por sus propios hijos, sino también por los del matrimonio de Fulvia y Marco Antonio. No se la oyó llorar ni tampoco lamentarse por su suerte; Octavia se sabía inocente, y atribuyó su situación a la inminente guerra civil.

Cayo Julio César Octaviano consideró el repudio de su hermana Octavia como una afrenta personal y ese proceder, junto con el pérfido testamento y la vida licenciosa del *imperator*, le sirvieron de motivo para obtener del Senado la siguiente resolución: el Senado y el pueblo de Roma destituyeron a Marco Antonio de todos sus cargos, puesto que los había cedido a su mujer Cleopatra. Al mismo tiempo, el Senado y el pueblo de Roma calificaron a Marco Antonio de enemigo del Estado y declararon la guerra a Cleopatra, reina de Egipto.

## Capítulo tres

Antonio no intentó buscar pretextos para justificarse por el definitivo estallido de la guerra, pero Octaviano, en cambio, trató desesperadamente de achacarle la culpa a su adversario. A finales de septiembre del año 32 la situación era la siguiente: Antonio y Cleopatra trasladaron su cuartel principal a Patrae (Patras), en el golfo Caledonio, un lugar escogido con brillante estrategia, pues lo protegían las islas Leuca y Cefalonia, situadas en el mar Jónico, y estaba abierto en dirección a Italia. Octaviano reunió a la flota y al ejército en Tarento y en Brundisium. Inseguridad en ambos campamentos. Las fuerzas de Octaviano todavía no estaban completas; en cuanto a Antonio, se sentía desganado y no deseaba combatir; la egipcia, sin embargo, lo instigaba.

Grotescas escaramuzas en ambos bandos: Octaviano mandó a un emisario para que le dijera a Marco Antonio que no dejara pasar el tiempo inactivo y fuera a su encuentro. Él, Octaviano, pondría a disposición de la flota enemiga atracaderos y puertos, retrocedería con su ejército una distancia equivalente a la que un caballo cubriría a la carrera en un día y esperaría hasta que Antonio desembarcara. Respuesta de la parte contraria: Propongo un duelo. Tengo más edad, pero no importa. Exijo por el contrario una repetición de Farsalia, donde se midieron César y Pompeyo. Así dice Plutarco.

Con la supremacía de sus tropas, Marco Antonio formó una cadena de puntos de apoyo estratégicos destinados a impedir la irrupción de los escuadrones de la Roma occidental en el dominio romano oriental. En el norte se emplazó una guarnición en Corfú, en aquel entonces, Corcira, y el punto terminal en el sur lo constituía un comando fronterizo en la Cirene norteafricana. Entre estas dos cabeceras se alinearon las bases militares instaladas en todos los puntos de importancia estratégica: Accio, frente al golfo de Ambracia; la isla Leuca; al alcance de la vista, Patras, puerta de acceso a Grecia central y custodia del golfo de Corinto; Xacinto, una isla frente al Peloponeso; Metone, cabo suroccidental de Grecia; el cabo Tainaron, el punto más meridional del continente; y, por último, la isla de Creta.

A raíz de esta planificación estratégica, Octaviano hubo de reconocer que su rival no se preparaba para el ataque, sino que se proponía defender su persona y su dominio. Bien mirado, el auténtico adversario de Octaviano no era Marco Antonio, sino Cleopatra. Octaviano había destituido a Antonio siendo plenamente consciente de las consecuencias y lo declaró enajenado para evitar que cundiera entre el pueblo el aborrecido clamor de la guerra civil. Los romanos le habían declarado la guerra a Cleopatra; su enemiga era la egipcia, aun cuando todo el mundo sabía que sólo Antonio estaba en condiciones de conducir esa lucha. El romano pasó un tranquilo invierno en brazos de su amante; los suministros llegaban con regularidad y el

ridículo heredero del gran César podía venir cuando se le antojara.

No cabía duda alguna de que Octaviano disponía sólo de un talento muy exiguo como general, pero, en cambio, se distinguía por sus elevadas dotes de político. Sin embargo, un hombre de Estado es tan bueno o tan malo como lo sean sus más estrechos colaboradores y Octaviano disponía en la persona de Marco Vipsanio Agripa del más eficiente almirante de su época. Aquilatado en muchos combates, vencedor de Sexto Pompeyo, no sólo le precedía la fama de valiente soldado, sino también la del hábil planificador y táctico.

Dio prueba de ello en marzo del año 31 a. C., cuando al cruzar con su flota el mar Jónico, no puso proa al este, donde esperaban el cuartel principal y la flota del enemigo, sino al sur para tomar Metone, el punto más occidental del Peloponeso. El ex rey de Mauritania, expulsado por los partidarios de Octaviano, comandaba la guarnición local y parece ser que el inesperado ataque lo anonadó más que a Marco Antonio. Sucumbió a la primera ofensiva y Agripa ocupó la península.

Con este golpe, el almirante puso patas arriba todo el plan estratégico de Marco Antonio y, a partir de entonces, Agripa ejerció el control de los refuerzos provenientes de las provincias orientales y Egipto. Los transportes desde ese ámbito debieron tomar, pues, la vía terrestre, mucho más costosa y larga.

Llegó la primavera griega, pero no el trigo egipcio. Peor aún: la alianza de Marco Antonio empezó a desmoronarse. A medio día de distancia del cabo Metone se encontraba Esparta, ciudad-estado autónoma bajo la conducción caprichosa de Euricles, hijo del pirata Lajares. Ese Lajares había sido apresado por Antonio durante la lucha contra la piratería en el Mediterráneo oriental y también ajusticiado. Euricles, por tanto, aprovechó para ponerse del lado de Octaviano. Cubiertas por el norte y el este, las tropas y escuadras de mar que Agripa había dejado en Metone pudieron realizar nuevos ataques a los demás baluartes del enemigo. Antonio se vio obligado a tapar un agujero con otro: toda guarnición que venía en ayuda de otra dejaba un espacio vacío. La defensa, pues, se tornó desordenada.

Entretanto, Agripa puso velas de regreso al sur de Italia y preparó la gran ofensiva. Quería ir sobre seguro y no confió sólo en su flota, sino que hizo llegar a Epiro, en transportes de profundo calado, a todo el ejército seguido por la flota. Desde Torino, así se llamaba el lugar de desembarco, Agripa tomó la isla de Corfú, la antigua Corcira. El comando naval de Marco Antonio allí emplazado se había desplazado hacia el sur, pues los baluartes de la isla necesitaban ayuda contra los ataques provenientes de Metone.

Los estrategas afirmaron más tarde que Antonio y Cleopatra ya habían perdido la partida en esa temprana fase. Lo cierto es que a partir de ese momento Antonio no pudo hacer otra cosa que reaccionar: ya no le quedaba espacio para acciones y planes propios, pues antes de que pudiera darse cuenta, Octaviano ya había levantado un cuartel en la lengua de tierra opuesta del golfo de Ambracia. El ritmo del adversario lo irritó; no había contado con un ataque tan repentino y, cuando al rayar el alba, vio

emerger en el horizonte las velas del enemigo, sus marinos todavía estaban durmiendo en su campamento, en tierra firme.

Antonio reconoció la imposibilidad de pertrechar las naves antes de la llegada de su adversario y, con presencia de ánimo, les ordenó a los remeros que habían pasado la noche a bordo, hombres vigorosos, pero combatientes inexpertos, que tomaran las armas y se apostaran en cubierta. En apretada formación, la flota aguardó la avanzada de Agripa a la entrada del golfo de Ambracia. Al almirante de Octaviano esta situación debió de antojársele demasiado peligrosa como para arriesgar un ataque y, en consecuencia, ordenó a su flota pasar de largo ante las naves enemigas, aparentemente preparadas para el combate. Podemos imaginar a los remeros de Agripa, fuertemente armados, apartar la vista y bizquear con tedio bajo el sol. La comedia concluyó y Antonio evaluó ese primer encuentro como un triunfo estratégico; sin embargo, hubo de renunciar inesperadamente a su prevista celebración al enterarse, por los mensajeros, de que el astuto almirante había tomado la isla de Leuca y, acto seguido, el baluarte de Patrae.

Con la captura de Leuca, Agripa frustró las últimas posibilidades estratégicas de Marco Antonio, al que ya no le quedó otra alternativa que la batalla dentro del golfo de Ambracia o frente a él.

Es curioso que Antonio no se propusiese atacar en ningún momento. ¿Por qué se limitó a la defensa? Tal proceder no era propio de su idiosincrasia. Casi daba la impresión de que los caracteres de ambos rivales se habían invertido: de repente, Antonio se había transformado en un indeciso, incapaz de llevar a cabo un ataque; Octaviano, en cambio, era ahora el que llevaba la iniciativa, el valeroso, el arrojado, el resuelto a forzar una definición. Ninguno de los antiguos historiadores se refiere a este fenómeno. Plutarco reproduce sin comentarios la opinión de Octaviano: Antonio, afectado por las drogas, ya no estaba en su sano juicio. Afirma también que no fue él el conductor de la acción, sino Cleopatra, el eunuco Mardonio, su peinadora Eiras y cierto Carmión, encargado también de llevar los negocios del gobierno, y un tal Potino, pero no el que fuera tutor y preceptor de Tolomeo XIII, responsable del asesinato de Pompeyo y que, en el ínterin, había fallecido, sino un desconocido del mismo nombre. Sea como fuere, la conducta de Marco Antonio da lugar a otra conclusión. Ya no era él en persona quien estaba tras esa insensata planificación estratégica.

Para Antonio y Cleopatra la situación se tornaba cada vez más desesperada. En esa tierra de marismas, la malaria provocó un gran número de bajas entre la tripulación de los barcos. Canidio, el general de los efectivos terrestres, sobornado por Cleopatra, ya no pudo guardar silencio por más tiempo y asedió a Marco Antonio para que enviara de regreso a la egipcia, retirara el ejército a Tracia o Macedonia e intentara allí llevar a cabo una batalla campal. Dicomedes, un príncipe tribal tracio, había prometido aportar un ejército. Era descabellado que Antonio, probado en tantos combates, no hiciera uso de su valioso y diestro ejército y tuviera que cifrar sus

esperanzas en una flota sin experiencia.

Sin duda, ésta fue la última oportunidad de imprimir un curso distinto a la historia universal. Si en el verano de 31 Antonio hubiera aceptado la proposición de su general Canidio, la victoria no sólo hubiese sido posible, sido factible. Pero Cleopatra obligó a su amante a perseverar en la táctica que ella había elegido. Insistió en la batalla naval.

Los historiadores se han devanado los sesos intentando dilucidar la razón por la cual la Tolomea se aferró inflexible a una definición en el mar: una mujer de su inteligencia debió de evaluar en forma realista la situación. Todos los motivos racionales contradecían un combate naval, así que el único argumento rezaba: la mitad de una victoria naval sería suya en virtud de la participación de su flota. ¿Y si se producía una derrota?

Antonio y Cleopatra no pudieron compartir la derrota: significó el fin para los dos. Una victoria habría acercado a la reina egipcia a la meta de un gran Imperio tolemeico, quizás habría significado la concreción de ese sueño. Pero ella ambicionaba más, quería un Imperio que abarcara desde Hispania a la India del que Alejandría, situada en el centro geográfico, sería la capital.

La egipcia llevaba bregando por ese sueño desde los veintiún años. Al encontrarse con César reconoció por primera vez las posibilidades políticas que podían trascender de su relación erótica: si él aportaba el oeste y ella el este del mundo conocido en aquel entonces, ambos podían amalgamar Oriente y Occidente en un solo Imperio que excedería al del mismo Alejandro Magno. Sin embargo, era menester para tal fin que sucumbiera primeramente la antigua Roma republicana con su anticuada tradición y resurgiera de nuevo en un orden mucho más vasto, unificada con los dominios orientales.

César, al principio un compañero contemporizador, fracasó en su idea y, de vuelta en Roma, se reconcilió con sus propias tradiciones. Antonio, un pálido reflejo de Julio, tenía análogas ambiciones, pero era demasiado inestable para realizar la idea, aunque sólo fuera en parte. Cleopatra tenía entonces treinta y ocho años y durante más de dos décadas y media había aguardado la oportunidad de vencer a los romanos. Si lo lograba, Cleopatra Filopator sería la emperatriz del mundo: por eso lo apostó todo a una carta.

Impotente, Antonio tuvo que ver cómo Amintas, rey de Licaonia, y Deirotaros, rey de Galacia, se pasaban al bando de Octaviano. También lo hizo, en una canoa, el fugitivo Cneo Domicio Calvino, entonces atacado de malaria y en el pasado victorioso general de César en Farsalia. El *imperator* tuvo una extraña reacción. Envió sus amigos, sirvientes y todo su equipaje al desierto.

Los legionarios buscaron de manera inusual convencer a Antonio, imprevisible y versátil, de la necesidad imperiosa de librar una batalla campal. El jefe de una cohorte, un hombre cubierto de cicatrices, le interceptó lloroso el paso y, cuando Antonio inquirió la causa de su aflicción, el soldado respondió: «¡Ay, *imperator*! ¿Por



qué no tienes confianza en estas heridas y este escudo y pones tu esperanza en mala madera? ¡Que egipcios y fenicios luchen en el mar! A nosotros danos la tierra, pues en ella nuestra planta pisa con firmeza y sobre su faz estamos acostumbrados a morir o vencer al enemigo.» Según informa Plutarco, Antonio consoló al soldado con un simple gesto, sin darle una respuesta.

En el campamento de Antonio y Cleopatra la moral bajó a cero. El calor húmedo del verano había favorecido la epidemia de malaria, el bloqueo que Octaviano levantó en el norte, el oeste y el sur se hizo más denso y estrecho, quedaron interrumpidas las comunicaciones con Egipto para la llegada de refuerzos y fracasaron los intentos de evasión, informa Dión Casio. Agripa se dispuso a poner bajo control todo el golfo de Corinto, incluidas las ciudades de Corinto y Patras. La situación del aprovisionamiento se tornó cada vez más crítica y aumentó el número de desertores. En su desesperación, y sin mediar una reflexión estratégica ni una planificación, Antonio trasladó su ejército o parte de él a la península septentrional del golfo de Ambracia, donde Octaviano había levantado su cuartel.

El propósito de este procedimiento no es muy claro. Desde el punto de vista estratégico, equivalía a un suicidio. Los ejércitos enemigos se enfrentaron a pocos kilómetros de distancia uno de otro, pero nada sucedió. Ni Octaviano ni Antonio osaron atacar. Aquél no deseaba una batalla campal, pero ¿por qué no atacó Antonio?, ¿para qué entonces había cruzado hasta allí?

En caso de llegar a un combate, el heredero de César habría tenido sin duda la mejor posición: la retaguardia libre hacia el norte y, en el oeste, su propia flota. ¿Y Marco Antonio? No tenía escapatoria: el mar le rodeaba por todas partes, estaba condenado a triunfar o sucumbir. Él también se percató a tiempo y, sin más ni más, regresó a su campamento.

Agosto. La epidemia de malaria había alcanzado su punto máximo: millares de soldados moribundos, afectados por la fiebre, el calor y el hambre; condiciones sanitarias catastróficas; naves fantasmas, sin tripulación, en el puerto de Accio; cadáveres roídos por las ratas. En ocasión de la primera campaña contra los partos, Antonio había sabido motivar de forma brillante a sus soldados, liberando las últimas reservas a pesar de las considerables pérdidas. En aquel momento, al parecer, ya no intentó siquiera convocar a sus legiones para hacer frente al enemigo. Si algo escribieron al respecto los cronistas de la Antigüedad, no ha llegado hasta nosotros.

Dado que la malaria diezmó su tripulación, Antonio mandó quemar unas 70 embarcaciones propias y conservó 170 trirremes y hasta decarremes con sus remeros, 20.000 hombres de infantería pesada y 2.000 arqueros. Las naves se desplazaron con las velas desplegadas; era ésa una práctica fuera de lo común, pues los marinos de la Antigüedad iban a la batalla con las velas recogidas para reducir al máximo el peligro de incendio. Además, su peso constituía una carga y dificultaba la maniobrabilidad de los barcos. Antonio fundamentó su orden diciendo que se disponía a perseguir al enemigo fugitivo después de la batalla. Sin embargo, ¿no se preparaba más bien para

su huida?

A finales de agosto desertó aquel Delio que en el año 43 había dejado a Dolabela para unirse a Casio y, al año siguiente, abandonó a Casio para pasarse a las filas de Antonio. En aquel momento buscó su salvación junto a Octaviano. La verdad es que Delio tenía buen olfato a la hora de distinguir cuál iba a ser el futuro vencedor. Al buscar refugio en el bando contrario, aportó la información de que Antonio se preparaba con todas las velas al viento y Octaviano adivinó su intención de huir y decidió actuar.

*28 de agosto del año 31*

Una tempestad, en extremo rara en aquella época del año, impidió a Octaviano y Agripa zarpar de la bahía protectora en el norte de la península, y Antonio y Cleopatra también debieron aguardar que amainara la borrasca.

*29 de agosto del año 31*

La tempestad no se había calmado. Octaviano equipó 37.000 legionarios para las naves, casi el doble de la tripulación de Antonio. Para la nave insignia de Cleopatra, la *Antonia*, se formó una escolta propia.

*30 de agosto de 31*

Las borrascas no parecían tener fin. Absoluta imposibilidad de zarpar por ambos lados.

*1 de septiembre de 31*

Amaina el temporal. De mejorar el tiempo, debe contarse con una ofensiva de Octaviano. Todas las tropas alerta.

*2 de septiembre de 31*

Con las primeras luces del alba, el mar aparece como un espejo, calmado, como si Poseidón hubiera alisado las olas durante la noche. Casi invitaba a una batalla, pero no era lo más apropiado para huir. Como en respuesta a una orden secreta, las dos flotas se pusieron en movimiento. Cómoda y lentamente Antonio emergió del estrecho con sus pesados barcos. Octaviano cubrió la mayor distancia desde el norte con sus naves más ligeras. A rápidos golpes de remo, aventajó unos pocos estadios al adversario frente a la entrada del golfo de Ambracia y describió así un semicírculo alrededor de la flota de Antonio y Cleopatra.

Conforme al orden de batalla tradicional, cada contrincante dividió su flota en tres unidades de combate. Las respectivas unidades de Antonio y Agripa, Octavio y Arruncio, Celio y Octaviano se enfrentaron en dos semicírculos concéntricos de norte a sur. Tanto Antonio como Octaviano disponían de un comandante adicional cuya misión era posibilitar al *imperator* desplazar a toda prisa su nave a los focos del acontecer bélico. El de Antonio era Gelio Públícola; el de Octaviano, Lurio.

Detrás de la unidad media de la flota antoniana se mantenía oculta una escuadra egipcia con la *Antonia*, la nave real de Cleopatra, cargada de tesoros en oro y plata, aparejada con todas las velas. No se sabe nada acerca de la misión original de dicha escuadra. La idea de que la reina quiso aprovechar de antemano el tumulto de la lucha para escapar, como veremos, probó ser errónea. En todo caso, Antonio no pudo haber sabido de semejante plan de fuga.

Distancia entre las unidades oponentes: ocho estadios, una escasa milla marina. Hacia el mediodía sopló del oeste una leve brisa. Creciente nerviosismo por parte de Antonio. Cercado por los grupos enemigos, Sosio puso en movimiento el ala izquierda. Octaviano, su oponente inmediato, retrocedió. Su táctica consistía en hacer salir del estrecho a la flota antoniana para poder atacarla desde el norte y el sur con su superioridad estratégica. Agripa también retrocedió sobre el ala derecha, seguido por Antonio.

A una distancia de unas dos millas marinas de la costa, donde los ejércitos de ambos bandos habían tomado posición en las respectivas márgenes del estrecho, se produjo una abierta ofensiva. Los pesados barcos de Antonio probaron ser ineficaces para ese combate, pues no alcanzaban a tomar el impulso necesario para embestir y hundir las naves enemigas, más pequeñas. En las cubiertas se desarrolló una encarnizada batalla, cuerpo a cuerpo, con escudos, picas y flechas incendiarias, como en un combate contra una fortaleza. Muy pronto se manifestó la superioridad del heredero de César: tres o cuatro naves de su escuadra se abalanzaron sobre una antoniana.

Agripa desplegó entonces su unidad a lo ancho. Dada su superioridad, tal decisión no entrañaba riesgo alguno. A Públícola no le quedó más remedio que seguir el movimiento del enemigo y aumentar la distancia entre sus propios barcos. De este modo, perdió contacto con el medio y permitió que de repente Octaviano se viera frente a Arruncio. De ordinario las unidades centrales en un orden de batalla eran las más débiles, pero en esto Octaviano también pareció aventajar a Marco Antonio. En este punto, Plutarco juzgaba la batalla todavía indefinida: leve ventaja de Sosio frente a Octaviano, leve desventaja de Antonio respecto de Agripa. De manera inesperada e indeseada, se abrió un corredor en el centro y aconteció entonces algo que ninguno de los dos adversarios esperaba: las naves egipcias, con la de Cleopatra en el centro, pasaron a toda vela a través de los combatientes, proa al sur, en dirección al Peloponeso. Plutarco confirma la sorpresa que tan intempestiva partida provocó tanto en Antonio como en su rival: «A partir de entonces, Antonio probó con toda claridad

que no se dejaba guiar por el juicio de un conductor, ni de un hombre, ni siquiera de sus propias reflexiones: era arrastrado por la mujer como si hubiera crecido pegado a ella y se viera obligado a seguir todos sus movimientos (como dijo alguien en tono de mofa, el alma del amante vivía en otro cuerpo). Pues, tan pronto la vio escapar en su nave, lo olvidó todo, traicionó y dejó en la estacada a aquellos que peleaban y morían por él, subió a un barco de cinco hileras de remeros acompañado sólo del sirio Alexas y de Escelio, y se lanzó en pos de la mujer que ya se había arrojado a su ruina y habría de arrastrarlo consigo.»

Publio Virgilio Marón, llamado más comúnmente Virgilio, el filósofo y orador, tenía treinta y nueve años cuando la batalla de Accio estaba en su mayor fragor. Acababa de escribir las *Geórgicas*, sus cuatro libros sobre la agricultura, y la batalla lo inspiró y creó la *Eneida*, la epopeya nacional romana. Le dio ese nombre porque los romanos consideraban al troyano Eneas su padre original, fundador de un nuevo reino en suelo itálico por voluntad de Júpiter. En la *Eneida* describe de esta manera la batalla de Accio:

«Entre las imágenes se extendía la del hinchado mar, cuyas olas de oro se coronaban de blanca espuma; surcábanlo en torno delfines de plata, formando raudos giros y batiéndolo con sus colas.

»En medio se veían dos escuadras de ferradas proas y la batalla de Accio; toda la costa de Leucate hervía con el bélico aparato que reverberaba en las olas de oro [...] De un lado se veía a César Augusto, de pie en la más alta popa capitaneando a los itálicos, con los padres de la patria, el pueblo, los penates y los grandes dioses; de sus fúlgidas sienes brotaban dos llamas y sobre su cabeza centelleaba la estrella de su padre. En otra parte, Agripa, favorecido por los vientos y los dioses, acaudillando altanero a su gente, se ceñía las sienes con la corona rostral, soberbia insignia guerrera. En la opuesta banda, Antonio, ostentando bárbara pompa y cien varias huestes, vencedor de los pueblos de la Aurora y de los de las costas del mar Rojo, traía consigo el Egipto, las fuerzas del Oriente y los remotos Bactros y lo seguía, ¡oh baldón!, una consorte egipcia. Trabose la lid, a la que se precipitaron todos a una: el ponto entero, batido por los remos, se cubrió de espuma. Dirigiéronse a la alta mar; no parecía sino que, descuajadas las Cíclades, iban flotando por las aguas o que se estrellaban unos contra otros los altos montes: ¡con tan recio ímpetu chocaban entre sí las huestes desde las torreadas naves! Volaban las estopas encendidas, arrojadas a mano y el hierro volador de los dardos; una nunca vista carnicería enrojecía los campos de Neptuno. En medio de la lid, la Reina concitaba a sus huestes con los sonidos del sistro patrio y no vio a su espalda las dos serpientes que la amenazan. Todo linaje de monstruosas divinidades y el labrador Anubis hacían armas contra Neptuno, Venus y Minerva; en lo más recio de la pelea se vio esculpido en el hierro a Marte, ciego de ira, en cuyo contorno vagaban por el éter las tristes Furias; alborozada, la Discordia iba entre ellas con el manto desgarrado.

«Viendo esto desde las alturas, Apolo, protector de Accio, disparaba su arco, con lo que volvían la espalda, aterrados, el Egipto y los Indos y los Árabes y los Sabeos; veíase a la misma Reina, después de invocar a los vientos, dar la vela, aflojando a toda prisa y a más no poder las jarcias de sus naves. Habíala representado el ignipotente pálida ya de su próxima muerte, huyendo en medio del estrago, a impulso de la olas y del céfiro; y, en frente de ella, la gran imagen del Nilo, llorando y abriendo sus siete bocas desplegando sus anchas vestiduras, llamaba a los vencidos a su cerúleo regazo, a los recónditos abismos de sus corrientes.»

Si bien más cercano que Plutarco a los acontecimientos de la época, Virgilio describe la batalla de Accio como victoria de Octaviano, lograda en combate militar, no como huida de Antonio y Cleopatra; y no es de extrañar, puesto que Octaviano financiaba su vida bohemia y por este motivo lo veneraba. Podemos discutir acerca de si la huida de Cleopatra y Marco Antonio fue planeada de antemano. Hablaría en favor de tal suposición el hecho de que Sosio empezara las acciones en el sur, por donde luego se produjo la huida, pero de todos modos esta teoría no es lógica. Antes del 2 de septiembre la flota de Antonio nunca estuvo encerrada; en consecuencia, durante los meses de verano del año 31, había podido abandonar el golfo de Ambracia en cualquier momento y hacer escala en el cabo Tainaron, el último baluarte conservado.

Antonio quería llevar a cabo la batalla, pues respondía a la voluntad de Cleopatra. La siguiente mención es prueba suficiente de la sorpresa que le causó a Antonio el proceder de la egipcia: su barco dio alcance a la nave insignia de Cleopatra en alta mar. Según Plutarco, el *imperator* derrotado fue admitido a bordo, pero «no vio a la reina ni se dejó ver, se dirigió solo a proa y permaneció allí sentado, ensimismado, taciturno, con la cabeza entre las manos».

Es fácil de comprender la gran consternación de los partidarios de Antonio. Al principio, los soldados continuaron la lucha sin el *imperator*. Más de 5.000 hombres perdieron la vida y fueron hundidas 40 embarcaciones. Al caer la noche, 130 naves buscaron refugio a la entrada del golfo, cuidadosamente vigiladas por las naves de Octaviano, cuyas tropas pernoctaron en el mar con su comandante. La capitulación se celebró en la mañana del siguiente día.

Como no podía esperarse de otro modo, Antonio y Cleopatra bajaron a tierra en el cabo Tainaron, la punta más meridional de Grecia. Allí se produjo el cambio de palabras, pero el contenido de la discusión no trascendió. Sin embargo, el resultado fue que el romano y la egipcia decidieron a partir de entonces hacer mesa y cama aparte.

¡Cuán hondo cayó ese hombre, su orgullo llevado a la arrogancia, su altivez, el no cejar jamás, el arrastrar consigo a otros, el luchar hasta sucumbir! ¿Dónde había quedado todo eso? Antonio no pudo liberarse de Cleopatra, fue un esclavo de la

egipcia y perdió el sentido de la realidad. Ciertamente, el amor es la madre de la sabiduría, pero la pasión lo es de la estupidez. Antonio creía aún que su causa no estaba perdida, tuvo la esperanza de que los demás barcos huirían también, de que el ejército, mudo e inerte testigo de su sorprendente huida, se abriría paso hacia Macedonia y el Asia Menor, donde él podría recomponer la flota y el ejército... Sueños.

La realidad fue muy distinta: la tripulación de todas las naves se entregó, Canidio Craso intentó una retirada a Macedonia con el ejército, pero los soldados se rebelaron, la mayoría se resistió a creer que Marco Antonio, el *imperator*, había abandonado a su suerte a 19 legiones invictas y 12.000 hombres de a caballo por una mujer que evidentemente estaba loca, como si no supieran que él, según escribe Plutarco, había experimentado muchas veces los cambiantes caprichos del destino y aprendido a soportar en incontables batallas y combates el giro de la fortuna.

Octaviano mandó una división de su ejército tras Canidio. Sus enviados aprovecharon la oportunidad del momento para hacer a los legionarios de Antonio ofertas seductoras a cambio de abandonar la lucha: más paga, pero, sobre todo, tierra itálica como indemnización, una promesa que Antonio no estaba en condiciones de hacer por cuanto la tierra de la cual podía disponer estaba en Oriente.

Siete días tardaron los legionarios en tomar una decisión, pero al final se impusieron sus intereses materiales: casi la totalidad del contingente cambió de frente y Canidio huyó con sus oficiales al amparo de la noche y la bruma. Antonio, el amante sin dignidad, el hombre sin carácter, se había convertido también en un *imperator* sin ejército, un almirante sin flota, un don nadie, un fracasado.

¿Qué pudo haber pasado por la cabeza de ese hombre en aquellos días de septiembre del año 31? Junto con Cleopatra, Antonio buscó refugio en el norte de África. A escasos 300 kilómetros de Alejandría, en el puerto Paretonio se acercó a tierra con las naves egipcias, pero bajó solo, escoltado únicamente por Aristrócrates, el orador, y Lucilio, que le pagó con leal amistad su perdón en Filipo. Cleopatra reanudó la navegación rumbo a su país. Antonio pensó en el suicidio y cayó en profundas depresiones.

Con su natural sangre fría, Cleopatra mandó engalanar las naves restantes con guirnaldas, ordenó que sonaran flautas y chirimías y así hizo su entrada en Alejandría, radiante como una vencedora. Con toda intención mantuvo al pueblo ignorante de lo acontecido: no anunció victoria ni derrota, pero organizó una gran fiesta con motivo de haber alcanzado Cesarión, su primogénito, la mayoría de edad. Además, Antulo, el hijo de Marco Antonio, también había llegado a la edad del efebo romano. Esos festejos, a los cuales Antonio no fue invitado, debieron de alarmarlo y tal vez se propagó hasta Paretonio el rumor de que la Tolomea no lo había tenido en cuenta. Indiferente a la opinión pública, Antonio regresó a Alejandría, pero evitó acercarse a Cleopatra y se alojó en Faros, en una pequeña isla a la cual se tenía acceso por un terraplén levantado artificialmente. Marco Antonio, el hombre para

quien ninguna orgía era bastante bulliciosa, ninguna reunión de personas bastante grande, ningún chiste bastante tonto, vivió en solitario, en silencio, apartado del mundo y presa de un profundo desprecio por los hombres, como Timón, y, tal como había declarado ese satírico doscientos años atrás, manifestó haber recibido injusticia e ingratitud de todos los amigos y no sentir ya sino aborrecimiento por la humanidad.

## Capítulo cuatro

Cleopatra juzgó su propia situación fría y desapasionadamente: abandonó por completo sus ideas acerca de un Imperio tolomeico y preparó la huida. Tarde o temprano, era evidente, Octaviano se presentaría ante las fronteras de Egipto y degradaría al milenarismo reino de los faraones a la condición de provincia romana.

¿Cómo se comportaría el romano con ella?

La reina no podía contar con su clemencia, sobre todo porque tenía un hijo cuyo padre era Cayo Julio César. Su sangre corría por las venas del adolescente de dieciséis años, en tanto Octaviano no era sino un heredero adoptivo, un provinciano advenedizo. Cleopatra tenía la plena certeza de que en su camino a la soberanía absoluta eliminaría a Cesarión, es más, la Tolomea conocía demasiado bien el procedimiento de borrar nombres, usual en todos los tiempos. Sus propios antepasados lo habían practicado con pérfida asiduidad y los romanos lo llamaban *damnatio memoriae* (borrar de la memoria). Consistía en destruir todas las estatuas e inscripciones del condenado e incluso revisar sus decisiones políticas. Todo eso le esperaba a Cesarión, y tal vez también a ella.

Para concretar sus planes de fuga, la soberana necesitaba dinero, mucho dinero y, lógicamente, pensó en las preciosidades del tesoro del Estado, de los templos y los santuarios. Por otra parte, no debían caer en manos de los romanos. Egipto seguía siendo aún el país más rico del mundo y Cleopatra un Creso en comparación con los gobernantes de Roma, endeudados por las permanentes guerras. Y ésa era precisamente una de las razones por las que Octaviano no iba a renunciar al reino del Nilo.

¿Adónde tenía que ir un fugitivo en el año 30 a. C. para escapar de las garras de los esbirros romanos?

En el oeste y en el norte la influencia romana llegaba hasta los confines de mundo conocido. Al sur, África se consideraba territorio inexplorado y peligroso. Prevalecía la idea de que el Nilo tenía origen celestial. No quedaba pues sino el este, el lejano Oriente: la India. Allí mandó Cleopatra a su hijo Cesarión, vía Etiopía. La India se encontraba a una gran distancia, pero era factible llegar hasta allí. Desde hacía siglos los navíos mercantes egipcios comerciaban con la lejana tierra prodigiosa. En compañía de su maestro Rodón, Cesarión remontó el Nilo. Según dice Plutarco, los dos viajaron con mucho dinero, pero la promesa de Rodón según la cual Octaviano lo reconocería como rey hizo que Cesarión optara por emprender el retorno antes de haber llegado a Etiopía.

En el ínterin, su madre proyectó un éxodo a gran escala. Cleopatra, pertrechada con todos los tesoros que quedaban en el país, abundantes provisiones obtenidas en los almacenes y una tropa aguerrida a la cual prometió una elevada paga, pretendía



transportar por el desierto una flota de dimensiones desconocidas para emprender la travesía desde el mar Rojo a la India.

El canal del desierto, cavado varias veces por sus antepasados faraónicos para unir el brazo oriental del Nilo con el lago de Timsah, el gran espejo salobre, y, por último, con el golfo del mar Rojo, había sido invadido por la arena, y, por lo tanto, no hubo otra alternativa que arrastrar las naves por tierra, una empresa titánica. Según Plutarco, Cleopatra había calculado el camino desde el Mediterráneo al mar Rojo, o sea, aproximadamente la línea del canal de Suez, en unos 300 estadios: de acuerdo con los datos del historiador antiguo, 55 kilómetros de desierto por los que habrían de arrastrarse los barcos.

Es probable que Plutarco se equivocara en su estimación de la distancia (el canal de Suez, la vía de comunicación más corta entre el Mediterráneo y el mar Rojo, tiene una longitud de 161 kilómetros), aunque tal vez sólo calculó la distancia hasta el lago Timsah, desde donde todavía era navegable el viejo canal que conducía al mar Rojo. Lo cierto es que la empresa fracasó antes de haberse iniciado. Marco, el antiguo enemigo nabateo con quien Cleopatra había contado para esa empresa, atacó las naves egipcias, que esperaban en el puerto a ser cargadas para el transporte, y les prendió fuego.

Marco tenía muy presente que hacía cuatro años Antonio le había legado a la Tolomea los tributos provenientes de la región nabatea, vecina al mar Muerto, que ella por su parte arrendó al rey Herodes para acrecentar los réditos. Y cuando Marco ya no pudo o no quiso pagar los elevados tributos, Antonio y Cleopatra empujaron a Herodes a una guerra que el nabateo perdió. Quizá no fuera éste el único motivo, quizá Quinto Didio, el gobernador romano en Siria mandara al nabateo con la promesa del botín. Didio consideró extinguida la estrella de Antonio y se puso del lado del vencedor. La alianza romano-oriental empezaba a desmoronarse.

Entretanto, Cayo Julio César Octaviano fue celebrado como vencedor de Accio, pues Marco Vipsania Agripa renunció al triunfo que le ofrecieron. En lugar de eso, marchó con el *imperator* a Atenas. La ciudad, hasta hacía pocas semanas dominio de Marco Antonio, se entregó sin resistencia. Octaviano premió la bendición y distribuyó grano entre sus habitantes. Ciudades como Queronea y Anticira, que habían padecido bajo las restricciones de Antonio, merecieron un trato preferencial y respondieron a ello con la amistad.

El invierno en el territorio continental griego puede ser muy crudo y, dado que Octaviano consideró conveniente tener un pie en la puerta que había abierto bruscamente en Accio, se dirigió a Asia Menor y, desde allí, se trasladó a Samos para pasar en la isla el invierno. Desde Epiro envió la mitad de sus tropas de regreso a casa, si bien habría podido licenciar a todo el ejército, puesto que los soldados de Antonio se habían puesto a su disposición casi en forma unánime. Ni en Grecia, la provincia aquea, ni en la provincia de Asia, más allá del mar Egeo, hubo resistencia contra el nuevo amo de Oriente, y tampoco en Siria. En cambio, en Italia volvieron a

producirse insurrecciones. Los legionarios que Octaviano había dado de baja pasaron el invierno en Brundisium: se amotinaron, exigieron el premio a la victoria, muchos amenazaron con abandonar la milicia y reclamaron tierras.

A pesar de las tempestades invernales, Octaviano se embarcó rumbo a la baja Italia, escoltado por algunas galeras pequeñas. Estuvo a punto de naufragar al pasar junto a los acantilados del Peloponeso y Etolia, pero en un supremo y postrer esfuerzo, los marineros lograron poner proas al norte y pasaron por el escenario de la victoriosa batalla. Frente al cabo Acroceraunia, la elevación costera más septentrional del Epiro, la nave del *imperator* perdió el timón de mando y los aparejos, y algunas unidades de la escolta se hundieron; Octaviano, sin embargo, logró salvarse. Tan pronto se hubo calmado la tempestad, el *imperator* se trasladó a Brundisium, cumplimentó las demandas de sus soldados y, al cabo de veintisiete días, estuvo de regreso en Samos.

El rápido retorno del nuevo soberano absoluto tenía su razón de ser. Octaviano no sabía cuán desesperado estaba Antonio por su persona y por su vida, y todavía lo temía. Antonio, entretanto, había abandonado su morada solitaria y hallado refugio en el palacio de Cleopatra. Sus comilonas y bacanales en una liga secreta de los «socios de la muerte» consternó a los egipcios. El propósito declarado de la liga era beber en comunión hasta morir.

Cleopatra, quien aun después de la derrota de Accio había conservado la serenidad, pareció haber llegado también al final de su resistencia. Plutarco cuenta que preparó una colección de venenos vegetales y los administró a condenados a la pena máxima. «Pero como comprobó —según dice textualmente el historiador griego— que los de rápido efecto provocaban la muerte con dolor, en tanto los más suaves tenían un lento efecto, realizó ensayos con animales ponzoñosos. A diario presenciaba el ataque de esa clase de alimañas entre sí y obtuvo como resultado que sólo la mordedura del áspid causaba un efecto narcótico y un inevitable letargo sin convulsiones ni quejidos. Un individuo al que ha mordido un áspid pierde los sentidos con una ligera transpiración facial y muere o se lamenta cuando se lo quiere despertar, como la gente sumida en profundo sueño.»

El miedo a la muerte cundió en la corte de Alejandría y, en su angustia, Antonio y Cleopatra volvieron a unirse, se aferraron el uno al otro en busca de sostén y, de este modo, se hundieron mutuamente más en su perdición. La Tolomea olvidó su orgullo y el *imperator* su soberbia y ambos se asieron a un clavo ardiendo: en un postrer intento por salvarse enviaron a Samos a uno de sus últimos leales, el preceptor Eufronio, con una proposición para Octaviano: Cleopatra ofrecía abdicar en favor de sus hijos, en tanto Antonio se retiraría a la vida privada para vivir sus últimos días en Alejandría o Atenas, según aquél dispusiera.

El heredero de César no reaccionó a la propuesta de su rival. El Senado había declarado a Antonio enemigo del Estado y, por lo tanto, sólo cabía que hablaran con la espada. A Cleopatra se le informó que el príncipe daría muestras de su clemencia,

pero con la condición de que mandara matar al vencido o lo expulsara con desdoro e ignominia. Cuando Marco Antonio se enteró del mensaje por boca del liberto Tirso, perdió la compostura, y mandó encerrar y flagelar al inocente mensajero con crueldad; luego lo envió de regreso a Samos con su propio liberto Hiparco. Marco Antonio le había entregado a Hiparco una carta para Octaviano. En ella decía que, debido a su infortunio, se había tornado fácilmente irritable, si bien Tirso lo había provocado con su conducta osada. Si eso lo había disgustado, le mandaba a Hiparco para que lo azotara y de ese modo quedasen en paz. Una ridícula reminiscencia de la época en la que Marco Antonio era aún un par del vencedor de Accio o más aún, alguien superior a él. Hiparco encontró merced en Octaviano y eso lo decidió a cambiar de bando. De este modo, Antonio perdió a su hombre de confianza más próximo.

No pasaba un día sin que ocurriera alguna calamidad: Alexas de Laodicea, al que habían enviado a hablar con Herodes, el último aliado de los alejandrinos, para disuadirlo de que cambiara de frente, se pasó al bando del rey judío, y le informó sobre el estado en que se encontraban Antonio y Cleopatra. El monarca de Jerusalén recompensó mal al desertor, pues lo entregó a Octaviano, quien finalmente ordenó su ejecución.

Herodes comprendió entonces que el sueño del Imperio romano oriental, en el que su reino hubiera tenido una posición clave en virtud de su ubicación geográfica, se había disipado. Flavio Josefo informa de que, acto seguido, enfiló sus naves hacia Rodas, donde en esos momentos se encontraba Octaviano, para ganar nuevos amigos. Herodes se habría presentado ante el *princeps* vestido como un civil, sin corona ni diadema, y había manifestado: «César, Antonio me hizo rey y confieso abiertamente haber trabajado en todo sentido en su favor. Tampoco quiero ocultarte que en un encuentro armado tú me habrías considerado un agradecido adepto de Antonio si los árabes no lo hubieran hecho imposible. En la medida de mis posibilidades le conseguí aliados, le proveí de grandes cantidades de grano. Más aún, después de la derrota de Accio permanecí al lado de mi benefactor y lo apoyé con mi consejo en la medida de mis fuerzas, cuando ya no le serví como compañero de armas. Le expliqué que en su desesperada situación no podía ayudarlo si no con la muerte de Cleopatra. Si la hacía matar, obtendría de mí dinero, baluartes erigidos para su seguridad, tropas y mi propia alianza en la guerra contra ti, pero su pasión por Cleopatra y la divinidad que te hizo vencer cerraron sus oídos. Por lo tanto, he sido vencido con Antonio, comparto su suerte y depongo mi corona. He venido a ti con la esperanza de que mi hombría pueda salvarme. En todo caso, confío que habrás de tener en cuenta qué amigo fui y no de quién fui amigo.»

Herodes habló con la persuasiva elocuencia de un orador ateniense, por añadidura dijo la verdad y destacó su sentido de la amistad, señaló su cualidad, la hombría, virtud y eficiencia consideradas por los romanos como algo divino y para las que más tarde Octaviano instituyó un culto propio. El vencedor de Antonio no pudo menos

que recibir con los brazos abiertos a su ex enemigo.

«Considérate pues salvado —le respondió Octaviano—, y sé rey con mayor seguridad que antes, pues te mereces gobernar sobre mucha gente por haber probado ser tan excelente amigo. En adelante, pon todo tu empeño en permanecer leal a quienes tuvieron más suerte, así como por mi parte pongo de preferencia mis esperanzas en tus intenciones. Antonio hizo bien en prestar más oídos a Cleopatra que a ti, pues su insensatez ha contribuido a que te conquistara. Según veo, ya empiezas a actuar en mi beneficio al mandar a Ventidio tropas de apoyo contra los gladiadores, como él mismo me escribe. Por consiguiente, quede de este modo garantizada en todas formas la perdurable existencia de tu reinado. Yo, por mi parte, me esforzaré en brindarte en adelante mi favor para que no te encuentres en la situación de extrañar a Antonio.»

La unión de Octaviano con Herodes significó el fin de Cleopatra y Antonio, aun cuando disponían todavía de una pequeña flota y un ejército de mercenarios bien adiestrados (sólo Cleopatra era cuidada por 400 guardias personales gálatas). Sin embargo, en su estratégico aislamiento, su situación era desesperada.

¿Por qué la Tolomea no entregó a Antonio para merecer el favor de Octaviano? Hubiera estado en posición de hacerlo, ya que la flota y el ejército dependían de ella, no del romano. Hay varias respuestas posibles a este interrogante. Por un lado, Cleopatra quizá desconfiara de Octaviano. Tal vez pensara que, una vez eliminado Marco Antonio, ella correría igual suerte. Pero también es plausible que una mujer como Cleopatra, disipado ya su sueño de un Imperio, fuera demasiado orgullosa como para concederle al destructor de ese sueño el triunfo ligado a tal entrega. Sin embargo, según evidencia el curso de la historia, el motivo decisivo fue en realidad su sincero amor por el romano. Por lo demás, los tres motivos pudieron haber desempeñado algún papel, sin tener necesariamente que excluirse entre sí.

Cayo Julio César Octaviano avanzó hacia Egipto procedente de Siria. El ejército fue acompañado por la flota. En Judea, las tropas romanas se unieron a las del rey Herodes. Simultáneamente, Cornelio Galo partió de la Cirenaica occidental con una flota rumbo al país del Nilo.

Cornelio Galo, quien también participara en la batalla de Accio, era poeta como Virgilio y amigo de éste. Podemos suponer, pues, que Galo fue la fuente de Virgilio para la descripción de la acción naval en su *Eneida*. A pesar de provenir de una baja condición, Cornelio Galo hizo una considerable carrera y obtuvo de Octaviano la prefectura sobre Egipto; sin embargo, luego cayó en desgracia, porque al parecer se mostró ingrato y malévolo con el *imperator*, y se le llegó a privar del derecho de residencia.

Primeramente, Cornelio derrotó una pequeña flota de Antonio con la cual éste pensaba escapar a la guerra de dos frentes. Poco después, Octaviano tomó la fortificación limítrofe egipcia de Pelusio. Dio comienzo una insensata guerra de sostenimiento en la que Antonio y Cleopatra no tuvieron ni un asomo de oportunidad.

Pero Antonio, como romano, había sido educado en la *virtus*, la valentía que era un deber y que suponía luchar hasta morir. El caído en combate era un noble adversario a quien se le concedía el derecho de una honrosa inhumación si se había defendido con coraje. El soldado romano no se suicidaba, eso era indigno, y si llegaba a sobrevivir al intento de quitarse la vida podía ser condenado a la pena capital, de acuerdo con el peso de sus motivos. Un esclavo que no le impedía a su amo cometer suicidio era procesado.

En cambio, Cleopatra, que había crecido en el mundo greco-tolomeico de costumbres absolutamente diferentes, estaba muy familiarizada con el suicidio. Un filósofo como Sócrates había demostrado en público cuán honroso podía ser separarse de la vida por propia voluntad.

Marco Antonio, que había vivido la *virtus* y la había celebrado durante mucho tiempo, con certeza no se libró de la influencia del pensamiento de la Tolomea, muy superior a él en lo intelectual. El círculo de desenfundados amos de la liga «socios en la muerte» evidencia que la *virtus* cedía cada vez más a la influencia de la mentalidad de Oriente, en el supuesto de que sus reuniones no fueran más que orgías.

Antonio se había hecho merecedor de la muerte; no podía contar con un indulto y, en consecuencia, buscó un final espectacular. Mandó emisarios a Octaviano para retarlo a un duelo en más de una ocasión, pero éste rehusó y le mandó decir que, al fin y al cabo, le quedaban muchos caminos abiertos para morir. El heredero de César aludía con toda claridad a una muerte ignominiosa de su enemigo. Según Plutarco, Antonio comprendió por fin que no había para él forma más honrosa de dejar de existir que en combate, y decidió realizar un ataque simultáneo por mar y tierra. Durante la cena, les ordenó a sus servidores que bebieran y comieran en abundancia, pues quizás al día siguiente ya no pudieran hacerlo, o tal vez estarían sirviendo a otro señor mientras él yacía sin vida, no era más que un cadáver reducido a nada. Y cuando vio llorar a sus amigos, les dijo que no iba a conducirlos a la batalla en la cual más que la salvación y la victoria, buscaba una muerte gloriosa.

Marco Antonio se pasó la noche en brazos de Baco; fue una noche de calma espectral, pues en Alejandría imperaba el temor y la tristeza por la decisión que se tomaría en el nuevo día. Ningún historiador cuenta dónde pasó esa noche Cleopatra, tal vez porque consideraron lógico que acompañara al romano.

En cambio, Plutarco describe de forma exhaustiva otro acontecimiento de aquellos fantasmagóricos momentos. Hacia la medianoche cruzó la ciudad, en dirección a la puerta del este, un siniestro cortejo de personas que, acompañadas de música plañidera, saltaban y gritaban como sátiros y bacantes. La ruidosa comparsa abandonó Alejandría por un agujero del muro y sus habitantes pensaron que Dioniso, con quien se había identificado Marco Antonio durante toda su vida, se había marchado.

*1 de agosto del año 30 a. C.*

Con las primeras luces del alba, el ebrio *imperator* intentó formar una línea de combate en las colinas del este, frente a la ciudad. En Accio, Cleopatra había insistido en participar en las acciones bélicas, pero esta empresa debió de antojársele absurda y, por lo tanto, se mantuvo alejada del inminente combate. Octaviano temió que, convencida de lo desesperado de su situación, pudiera prender fuego al palacio y a las cámaras del tesoro, privándolo de ese modo del merecido botín. Por consiguiente, dio orden de proceder con sumo cuidado contra la egipcia y su amante.

Debió de haber sido un deplorable espectáculo ver a Marco Antonio acompañado del escaso puñado de hombres que formaban sus últimos adeptos, moviéndose de un lado a otro, incapaz de manejar su espada. Según informa Plutarco, estaba sereno y confiaba por entero en su flota. Sin embargo, lo que distinguió la vista nublada del *imperator* desde su colina debió de hacerle creer que quizás estaba todavía bajo los efectos del alcohol: sus naves enfilaban hacia la flota enemiga y los remeros llevaban las palas en alto, fuera del agua, en posición de saludo y demostración de su intención de desertar. Entonces, toda la flota unificada puso proa hacia la ciudad. Mientras Antonio presenciaba la escena, sus propios jinetes espolearon sus cabalgaduras y se pasaron a las filas contrarias. La ofensiva del enemigo era ya incontenible y no le quedó más remedio que huir y refugiarse en Alejandría convencido de que Cleopatra lo había traicionado. Presa de la agitación, clamó por la reina. La presunta traición de la Tolomea era fruto de su imaginación. En situación tan desesperada, cercada por el enemigo y sin ninguna oportunidad, Cleopatra ya no podía traicionar a Antonio. Para ponerse a salvo de su furia, la egipcia se refugió con dos siervas en el mausoleo que había mandado erigir en el centro de la ciudad, vecino al templo de Isis y cuyo interior aún no estaba terminado. Las mujeres dejaron caer la puerta-trampa, asegurada con candados y cerrojos. Para mantenerse lejos del ebrio general, la reina echó mano de un ardid, cuyas consecuencias habría podido prever de haber conservado claro entendimiento. Mandó al encuentro de Antonio un mensajero para anunciarle su deceso.

Acto seguido, el romano le ordenó a su esclavo Eros que volviera la espada contra él. Eros desenvainó, pero en lugar de clavarle la espada a su señor, la hundió en su propio vientre. Antonio intentó entonces quitarse él mismo la vida: se clavó la espada y la sangre brotó. Entre gritos y convulsiones de dolor se arrojó en el lecho e imploró el golpe de gracia a los siervos que acudieron en su auxilio, pero fue en vano. Los infelices huyeron condenándolo a una terrible y lenta agonía.

Plutarco pretende informar de todos los detalles del macabro suceso, de cada palabra de Antonio. Es poco probable que las palabras del signado por la muerte sean las auténticas, pero evidencian la emoción del historiador griego ante lo trágico del acontecimiento. La agonía del *imperator* al parecer se prolongó durante horas.

Cleopatra le encargó a Diomedes, su escriba secreto, que transportara al moribundo al mausoleo. No fue fácil convencer a Antonio de que su amante vivía aún, pero Diomedes por fin lo persuadió, el romano le exigió proceder deprisa. Diomedes cargó en sus brazos al ensangrentado Marco Antonio y lo llevó junto a Cleopatra.

La reina rehusó abrir la puerta de su mausoleo. Echó entonces algunas cuerdas por una ventana y Diomedes amarró al *imperator* agonizante. Fue un triste espectáculo, escribe Plutarco, verlo bambolearse, colgado de las cuerdas, con los brazos tendidos hacia Cleopatra, en tanto la reina y sus dos siervas tiraban de ellas con el rostro alterado.

Las tres mujeres izaron con arduo esfuerzo al herido hasta hacerlo pasar por la ventana. Dice Plutarco: «Después de recibirlo de ese modo y haberlo acostado, ella se rasgó su vestidura, se golpeó y arañó el pecho, se ensució la cara con la sangre de él, lo llamó su amo, su marido, su *imperator* y, doliéndose de su padecer, casi olvidó su propio pesar.»

Medio muerto, Antonio pidió vino, la consoló y le recomendó cuidar de sí misma: debía sobrevivir y no confiar sino en Proculeo. Su lengua se tornó torpe y sus palabras apenas inteligibles. Lo que aún pudieron escuchar fue que no debían lamentarse, que lo alabaran, a él que había alcanzado la mayor gloria. No era ignominioso para un romano ser superado por otro romano. Y un *imperator* murió.

Fue entonces cuando las legiones de Octaviano ocuparon la ciudad. Nada les ofreció resistencia. El temor que los romanos inspiraban en los alejandrinos era demasiado grande. Si bien la capital egipcia cayó en sus manos sin presentar batalla, Octaviano reconoció más tarde que los días en Egipto fueron los más importantes de su carrera política. Si al Divino Julio se le había dedicado el séptimo mes, el emperador Cayo Julio César Octaviano Augusto reclamó para sí el octavo, ese mes en el cual, a su decir, salvó al Imperio romano de su mayor peligro.

Octaviano habría llorado al saber de la muerte del triunviro. Era costumbre romana llorar el dolor de otro, pero al mismo tiempo el vencedor no escatimó reproches para dejar sentado cuán rudo y altanero había sido Antonio con él.

Proculeo fue el encargado de llevar ante su presencia a la viuda egipcia con vida: la idea de exponer a Cleopatra ante los romanos en un cortejo triunfal como cautiva, arrodillada frente a su carro, lo extasiaba. Pero lo que provocaba en el *imperator* victorioso placenteras fantasías debió de significar para la soberana derrotada la más profunda humillación: no quería caer viva en poder de los romanos, de ninguna manera.

Negoció con Proculeo a través de la puerta cerrada del mausoleo y amenazó con suicidarse si los enemigos intentaban irrumpir en él. Sólo declaró estar dispuesta a abandonar su asilo cuando le prometieran a cambio el trono real para sus hijos. Proculeo entonces se retiró y le encomendó a Cayo Cornelio Galo, el que aniquiló la última reserva naval de Marco Antonio frente a la costa, que prosiguiera con las negociaciones mientras él se valía de una escalera para entrar en el mausoleo y

reducir a la reina antes de que tuviera tiempo a clavarse un puñal. La custodia de la Tolomea fue encomendada al liberto Epafrodito.

Octaviano quiso ganarse a la egipcia para sí. Se mostró generoso, le permitió sepultar a su extinto esposo en su propio mausoleo con todos los honores, lo cual escapaba totalmente a lo usual, pues de ordinario, después de una batalla perdida, la cabeza y las manos del adversario vencido se llevaban a Roma como macabras piezas de exposición destinadas a procurar respeto al vencedor. Octaviano habló en la mayor sala de la ciudad, el gimnasio. Con sagaces argumentos trató de ahuyentar el miedo de los egipcios, admiró la grandeza y hermosura de la ciudad y elogió a sus fundadores.

No fue más que al cabo de unos días cuando se produjo el encuentro entre Cleopatra y Octaviano. La Tolomea tuvo que guardar cama: sus senos arañados estaban inflamados y una fiebre muy alta hacía estremecer a la menuda mujer, que se negaba a alimentarse y a recibir cualquier cuidado corporal.

La primera impresión dejó asombrado al *imperator*; se había formado una idea muy distinta de la mujer capaz de cautivar a César y Marco Antonio. Con el cabello enmarañado, los ojos enrojecidos y el cuerpo cubierto por una camisa de tela basta, Cleopatra se incorporó y se arrojó a los pies de Octaviano. Le temblaba la voz. El *princeps* la ayudó a ponerse en pie y la invitó a volver al lecho. Si tenemos que dar crédito a Plutarco, Cleopatra no debía de estar tan enferma como aparentaba.

La reina egipcia sabía que el *imperator* no había ido a expresarle sus condolencias. Sin pronunciar palabra, Cleopatra presentó un inventario de sus tesoros y Octaviano se lo pasó a Seleuco, uno de sus administradores, quien lo examinó detenidamente y censuró la falta de algunos tesoros que la Tolomea había escamoteado. Indignada, la soberana agarró a Seleuco de los cabellos y le propinó un par de puñetazos en el rostro. Octaviano sonrió asombrado.

Era inaudito tener que verse controlada por un esclavo, protestó la Tolomea excitada. Si había separado algunas alhajas no lo había hecho para su propio uso, sino con el fin de tener algo que regalarle a Octavia, la hermana del *imperator* y a Livia Drusila, su esposa.

Octaviano, que ya sentía compasión por la egipcia, estaba a punto de enamorarse de ella. Escribe Plutarco: «Ese encanto, ese poder de seducción de manera alguna se habían extinguido. A pesar de su deplorable estado, brotaban de su interior y se reflejaban en sus expresiones.»

Todo cuanto hacía Cleopatra lo hacía con total entrega: cuando amaba, amaba sin límites; cuando odiaba, lo hacía con fervor; cuando sufría, era con todo su corazón. Sin embargo, lo que la diferenciaba de otras mujeres que, como ella, fueran capaces de tener una intensa vida afectiva, era su razón, más despierta aún que sus sentimientos. Por poderosos que éstos fueran, casi siempre sabía hasta dónde le era lícito llegar. Cleopatra era calculadora: aun frente a frente con la muerte, se guardó de obrar irreflexivamente. Había terminado con la vida, había preparado su muerte y no



se dejaría disuadir por un joven *imperator*.

Entretanto, Octaviano aprovechó su estancia en Egipto para ordenar a sus soldados la limpieza de los cenagosos canales de riego, destinados a fecundar el valle del Nilo, a fin de que pudieran entregarse los tributos en grano que él había impuesto a la nueva provincia. En cuanto a su persona, satisfizo un anhelo largo tiempo acariciado. Mandó abrir el mausoleo de Alejandro Magno y extraer de su sarcófago los restos del macedonio para coronarlo con una corona de oro. Cuando le preguntaron si examinaría también el mausoleo de los reyes tolomeicos, Octaviano respondió que su deseo había sido el de ver a un rey, no el de contemplar cadáveres.

Cleopatra se enteró de ello a través de Cornelio Dolabela, al parecer un nieto de Cicerón que no fue indiferente a los encantos de la reina, confinada en su palacio bajo arresto domiciliario, y le proporcionó importantes informaciones. Por él supo también que Octaviano estaba ultimando los preparativos para regresar a la capital y que a los tres días de su partida ella habría de seguirlo a Roma por la penosa ruta terrestre, a través de Siria. Cleopatra dio comienzo entonces a su última jugada. A ninguna mujer de la historia universal se le han atribuido tantas y tan variadas muertes como a ella. Ninguno de los historiadores de la Antigüedad pasó por alto su deceso y la mayoría informó de más de lo que en realidad sabía. Como resultado, jamás pudo aclararse del todo la solitaria muerte de la soberana egipcia.

Cuenta Plutarco que en sus últimos días Cleopatra se echó sobre el sepulcro de Marco Antonio y allí lloró y balbuceó palabras de despedida. Luego regresó a su palacio y, después del baño habitual, se sentó a la mesa. Un labrador le ofreció una cesta de higos y eran tan grandes que los propios guardianes, que no apartaban nunca la vista de la reina, no pudieron evitar admirarlos. Concluida la comida, tomó útiles de escribir, garabateó unas cuantas líneas sobre una tablilla, selló el envoltorio y mandó a Octaviano un mensaje que contenía un ruego: «Sepultadme junto a Marco Antonio.»

El *imperator* se percató al punto de lo que eso significaba y envió enseguida guardias al palacio para evitar lo peor. Cleopatra se había encerrado con sus doncellas Eira y Carmión. Tras derribar las puertas, los enviados encontraron a la reina sin vida, yacente en una cama de oro, con el pectoral real y la diadema de los Tolomeos. A sus pies agonizaban Eira y Carmión.

Uno de los intrusos al parecer exclamó: «¡Qué cosas tan bonitas!», a lo cual Carmión replicó: «¡Ciertamente, muy bonitas, como se merece la nieta de tantos reyes!»

El griego Plutarco asegura que entre los higos se escondía un áspid que mordió a Cleopatra cuando introdujo el brazo en la cesta. Suetonio pretende saber que Octaviano mandó médicos africanos de la tribu de los psileros para succionar el veneno de la mordedura —o las mordeduras— de serpiente. Horacio habla de varios ofidios. «Osa sonreír alegremente mientras contempla su castillo que se hunde, coge sin medroso horror las frías sierpes, deja que el veneno mortal le inyecten en el altivo

seno...» Proporcio menciona también varios reptiles: «Yo mismo vi los brazos, mordidos por sagradas serpientes y cómo el sueño letal invadía paulatinamente los miembros.» Por Estrabón nos enteramos de que a finales de la era pagana y principios de la cristiana, ya había desacuerdo respecto a si la Tolomea eligió veneno de serpientes o un unguento tóxico para morir, mientras que Galeno, médico de cabecera del emperador Marco Aurelio que, durante su perfeccionamiento en Alejandría, se especializó sobre todo en mordeduras de víboras, informa con seguridad que se trataba de veneno de ofidios. Dión Casio pretende saber de dos punciones en el brazo y supone que la víbora estaba en una jarra de agua. Pero dice: «Nadie sabe nada con exactitud.» Sin embargo, concuerda con Plutarco, quien cuenta que Cleopatra llevaba consigo el veneno en una horquilla hueca para el cabello.

Los numerosos rumores en torno de que la muerte de la Tolomea la provocó la mordedura de una serpiente tienen un fondo real. Octaviano hizo sepultar a Cleopatra en su mausoleo junto a Antonio, con la esplendidez y realeza debidas, y, semanas más tarde, en Roma, al realizarse el cortejo triunfal, los esclavos acarrearón una estatua de tamaño natural de la reina egipcia. Puesto que se le había privado de la satisfacción de presentar a Cleopatra como prisionera, al menos mostraría su imagen, una escultura, que, según Plutarco, llevaba prendida un áspid. Lamentablemente, el griego no abunda en más detalles.

¿Sostenía la serpiente en la mano, junto a su seno o la llevaba enroscada encima de la cabeza, en posición de ataque?

Esto último habría asombrado a los romanos. Como entre los egipcios, en la antigua Roma la serpiente tenía aspectos divinos. Se la consideraba símbolo de los lares y penates, los espíritus protectores del hogar y la familia, pero se le daba muerte allí donde se la descubriera por miedo a su mordedura ponzoñosa. En el Nilo, la cobra era el símbolo del reinado, «el ojo de Ra», el dios supremo del panteón egipcio. La diadema con la serpiente formaba parte del adorno normal de la cabeza de los faraones y cualquier niño comprendía el contenido simbólico de la misma. Para los romanos, más realistas e irreflexivos, el áspid sobre el cuerpo de la reina sólo podía significar que el reptil le causó la muerte. Así debió tal vez de surgir la leyenda del deceso de Cleopatra. A través de una mordedura de serpiente.

Sin embargo, si se considera que, al morder, el ofidio evacua por completo sus glándulas venenosas y no vuelve a estar en condiciones de inocular hasta al cabo de cierto tiempo, habrían sido menester por lo menos tres ejemplares para matar a Cleopatra y a sus siervas Eiras y Carmión. Ahora bien, ocultar tres culebras, ya fuera en una cesta de higos o en un jarrón, debió de ser imposible, dada la vigilancia a la que tenía sometida Octaviano a su prisionera.

Es más probable, pues, la versión según la cual Cleopatra llevaba consigo el veneno desde hacía ya tiempo. Sus anteriores ensayos con esos animales permiten suponer que mandó extraer el veneno de los ofidios, tal como se hace en la actualidad para la elaboración de antídotos. La reina pudo ocultar fácilmente una redoma con

veneno y el comentario de Plutarco de que Cleopatra llevaba consigo el veneno en una horquilla hueca adquiere significación.

En esta teoría también encaja la observación de Plutarco según la cual en su cuerpo no se descubrió ninguna mancha ni otro signo de envenenamiento. El veneno de serpiente inodoro, insípido e incoloro actúa como tóxico hemorrágico, hemolítico o neural. En la ponzoña de las culebras predomina la primera acción, en la de las víboras, la segunda. A la paralización de los centros respiratorios y del corazón preceden vértigos y trastornos de conciencia. El lugar de la mordedura se reconoce por la coloración de la piel y la hinchazón, pues los vasos sanguíneos se tornan permeables y comienza la descomposición de los hematocritos.

Palabras textuales de Plutarco: «Pero nadie conoce la verdad.»

Cleopatra VII Filopator murió a los treinta y nueve años en los postreros días de agosto del año 30 a. C. Falleció de un modo impresionante, pero sola, consciente y en la plenitud de sus facultades mentales; buscó la muerte no por compulsión, sino debido a las condiciones que se impuso a sí misma, pero que el destino le negó. En resumen, murió como había vivido.

Horacio entonó cantos triunfales, celebró jubiloso la muerte del *monstrum fatale*, del demonio desgraciado empeñado en convertir en escombros el Capitolio y con él el *Imperium Romanum*, una mujer que, seguida de un rebaño de hombres en celo acometidos de una sexualidad patógena, corrió por la vida loca, desmesurada y frenética cual una ménade ebria. Embriagado tanto por el rojo vino de Falerno como por el éxtasis de los triunfos de su *imperator*, Horacio le hace tan poca justicia a la personalidad de Cleopatra como Propercio, quien califica a la Tolomea de Regina Meretrix, una reina ramera que exigía de Antonio los muros de Roma y la obediencia del Senado, que pretendía denigrar al dios fluvial Tíber a esclavo del Nilo, al Júpiter romano a lacayo de Anubis, la deidad de cabeza canina, una catástrofe nacional y religiosa.

Ésta era la disposición de ánimo de la plebe, que estaba tan ávida de cosas turbias como de ídolos. En cada combate de gladiadores se repetía la misma comedia: el ídolo de las masas destinado a triunfar se enfrentaba al oponente corpulento y vigoroso, la mayoría de las veces de pelo negro, condenado a muerte por anticipado. Cleopatra podía muy bien haber tenido cabello negro y representaba la soberbia y la riqueza. ¿Cuándo la estampa del enemigo había sido tan fascinante?

Sobre Cleopatra pesaba la extraordinaria herencia de un magno pasado. Hablaba griego y tenía antepasados y maestros helénicos, pero la virtud de la *sophrosyne*, la prudencia valorada hasta tal punto por sus antepasados como para levantarle altares, le fue desconocida. Había concebido una idea, una sola idea a la cual lo subordinó todo: su vida, su ventura personal y un fragmento considerable de la historia universal.

Fascinada por la idea de un renaciente Imperio alejandrino, desarrolló el formato de un estadista y ambiciones militares y adquirió la figura de amante más

trascendental de la Antigüedad. Son sus múltiples facetas y su carácter sorprendente lo que hace que, aun transcurridos dos milenios, los hombres se dejen arrastrar por el hechizo de esa mujer. Su final no dejó de tener consecuencias en Roma.

El año de la mayor crisis económica, a principios de la guerra civil de 40 a. C., los intereses y los precios de los comestibles se dispararon. En lugar del doce por ciento usual, los prestamistas exigieron un veinticinco por ciento, el modius de trigo de súbito pasó de valer de 4 a 200 denarios. A pesar de ello, los romanos acapararon mercancías y atesoraron dinero por temor a un bloqueo naval de Pompeyo. Ahora bien, después de la triunfal campaña de Octaviano en Egipto, el proceso sufrió una inversión: los intereses bajaron a un tercio del acostumbrado cuatro por ciento, hubo dinero en cantidad, cada romano recibió del tesoro del Estado tolomeico 400 sestercios, la valentía de los soldados frente a Alejandría fue premiada por el *imperator* con 1.000 sestercios, y 120.000 veteranos obtuvieron su paga, durante tanto tiempo esperada, además de 1.000 sestercios. Egipto envió a Roma cada año 20 millones de fanegas romanas de cereales, un tercio de las necesidades anuales: el precio del trigo descendió vertiginosamente, después de años de guerra civil se impuso el bienestar, plateros y orífices acuñaron incontables denarios con la efigie de Octaviano, Caesar Divi Filius, el hijo del divino, y se respiraba alegría, la alegría producida por el tintinear de dinero. ¡Tenía que estar loco quien no se uniera al regocijo!

Todas las estatuas de Marco Antonio fueron derribadas entre el griterío de la turba enardecida. Un enemigo declarado del Estado no tenía derecho alguno a la indulgencia. Con Cleopatra la cosa era diferente: el *princeps* podía demostrar benevolencia para con el enemigo, sobre todo cuando su derrota significaba bienestar. Todas las estatuas de la reina que se habían erigido hacía ya quince años con el descontento y las protestas de la población se mantuvieron enhiestas en sus lugares. Un tal Arquibio, ardiente partidario de la Tolomea, habría ofrecido a Octaviano 2.000 talentos para que, a diferencia de las de Antonio, no fueran destruidas.

El hijo del divino, como se hacía llamar, no tuvo compasión alguna respecto al descendiente carnal de su padre adoptivo. Tolomeo XV Cesarión fue asesinado por orden de Octaviano, al igual que Antulo, el primogénito de Marco Antonio de su matrimonio con Fulvia. La razón de semejante atrocidad es palmaria: ambos adolescentes, ya casi adultos, hubieran sido los únicos capaces de disputarle a Cayo Julio César Octaviano su posición. Su maestro Arco, filósofo estoico, hizo al respecto un lacónico comentario: «El policesarismo no es conveniente.»

En cambio, a los demás hijos de Cleopatra y Marco Antonio, el *princeps* les cobró afecto, sobre todo gracias a la intercesión de Octavia, su hermana y la esposa que Marco Antonio repudió. A pesar de ello, los mellizos Cleopatra Selene y Alejandro Helio, tuvieron que desfilar en el cortejo triunfal junto a la estatua de su madre, aunque recibieron una esmerada educación. Cleopatra Selene fue dada en matrimonio a Juba II, rey de los numidios, un erudito sentado en un trono. De la

ulterior suerte de Alejandro Helio sabemos tan poco como de la de su hermano Tolomeo Filadelfo. De cualquier modo, ninguno regresó a Egipto.

La provincia quedó bajo el dominio de Cornelio Galo, pero no como procónsul, como era usual en las provincias romanas, sino sólo como prefecto, administrador. *De facto*, eso significaba que Egipto dependía directamente del *princeps*, quien podía gobernarlo solo y esquilmarlo en su propio beneficio. Esta sagaz jugada de ajedrez tuvo expresión visible en una curiosidad: en todos los rincones del Imperio romano, los años se denominaban de acuerdo con los cónsules actuantes en los mismos; en el Nilo, en cambio, se contó según los años de gobierno del siguiente emperador, del mismo modo que en el antiguo Egipto se contaban según sus faraones. En calidad de rey de Egipto, Octaviano se sentía un faraón. Esa dignidad ejercía todavía una peculiar fascinación. Sin embargo, el reino faraónico había desaparecido para siempre con la muerte de Cleopatra.

¿Qué habría ocurrido si la soberana egipcia hubiese correspondido a las exigencias de Octaviano y expulsado o eliminado a Antonio? Habría sido desdichada y se habría convertido en una reina de segunda clase. Sin duda alguna la transformación del reino del Nilo en provincia romana era degradante y Cleopatra no podía tolerar ni lo uno ni lo otro. La muerte que se procuró con su propia mano había sido preparada con bastante antelación. No se trató de un acto de desesperación, no, fue una lógica y valerosa determinación como consecuencia de sus planes fracasados. Siempre había jugado a todo o nada, o, como expresó Flavio Josefo, bastaba con que le faltara una cosa para que Cleopatra creyera que le faltaba todo.

¿Qué habría ocurrido si...? ¿Si Antonio y Cleopatra hubieran vencido frente a Accio o si Agripa y Octaviano hubiesen huido? Con seguridad la cultura y la historia habrían tomado un curso diferente. En lugar de una reorganización del este como la que se propuso Octaviano se habría intentado una reorganización del oeste. ¿Qué aspecto habría tenido esa mera especulación? Podemos partir del hecho de que el oriente del Imperio no sólo era de mayor extensión geográfica y densidad demográfica, sino que contenía una mayor riqueza material.

El helenismo habría celebrado nuevos triunfos, quizá los mayores, y la Europa central, aparte de su poderío, habría florecido mucho más tarde que bajo la cercana influencia de la cultura romana. Al cristianismo le habría faltado el fecundo roce con el culto romano del emperador. Tolerado dentro del politeísmo helenístico-oriental, no habría pasado de ser un fenómeno entre muchos, y Europa, un árido desierto del espíritu.

No cabe duda alguna de que en la batalla de Accio librada el 2 de septiembre de 31, lo que movió a Octaviano no fue ninguna aspiración cultural, tal vez ni siquiera la definición entre Occidente y Oriente. El heredero de César necesitaba salvar su cabeza, quería triunfar como cualquier adversario en la guerra civil. Cleopatra, en cambio, supo de antemano lo que estaba en juego frente a la costa del Epiro. Por tal motivo participó en persona en la lid, por tal motivo el resultado negativo de la

empresa la determinó a poner fin a sus días.

Octaviano no tuvo conciencia de su misión hasta más tarde, después de asumir su quinto consulado en enero de 29. Para él, Accio no significó la conquista del Imperio de Oriente: Accio fue una guerra civil como Farsalia, Filipo y Nicópolis, signo de la victoria en el lugar de su campamento, una concentración de comarcas existentes bajo un nuevo nombre.

Ni el asesinato de César, ni la muerte de Marco Antonio pudieron contener la ruina de la República romana. La decadencia de la nobleza, la ineficiencia de los venales magistrados reclamaban un brazo fuerte, pero no el de un dictador, que todavía infundía miedo y angustia, sino más bien el de un *princeps*, el primero entre los ciudadanos. No se discutirá aquí si lo decisivo para esa elección fue la pericia política del joven Octaviano o si el heredero de César asumió obligado ese papel. La realidad es que Octaviano escondió el núcleo absolutista de una dictadura militar tras la tradición y las leyes de la República romana y se atrajo casi inadvertidamente un poder irrestricto. En base a poderes especiales, Octaviano se aseguró la autocracia legal, pero siempre dejó que se creyera que era el Senado quien gobernaba el Imperio y recibió de ese cuerpo cada vez más muestras de distinción. El *princeps* se convirtió en Augustus, el «excelso», el *divi filius*, hijo del divino César, en padre de la patria y Pontifex Maximus. Octaviano lo había aprendido de los discípulos de su padre adoptivo: nunca asediaba... se dejaba asediar, y de este modo a Augusto le fue impuesto el papel de emperador.

Los científicos romanos todavía estaban lejos de alcanzar el nivel de los egipcios; los artistas y filósofos buscaban aún los modelos en la vieja Grecia, pero después de haber pacificado las lejanas provincias del Imperio, Octaviano podía estar orgulloso no sólo de haber conservado la herencia del Imperio romano, sino de haberlo expandido... con Marte y Júpiter de su lado.

Todo aconteció sin un gran derramamiento de sangre. Si rodaron algunas cabezas, fueron tan sólo las de algunos príncipes menores, como la de Adiatórix de Heraclea, o la de Alejandro de Ermesa, pues la mayoría de los soberanos asiáticos desertaron a tiempo. Al rey de Tracia, Remetalces, y a Deirotaros de Paflagonia se les permitió conservar su reino y su trono. Al rey Amintas se le adjudicó Isauria y Cilicia Tracheia, que Antonio había expropiado para entregársela a Cleopatra. Arquelao siguió siendo rey de Capadocia. Chipre y Cirene pasaron a ser nuevamente provincias romanas. En Grecia, la provincia aquea, apenas hubo cambios, con excepción de que Esparta amplió su área de dominio y asumió la dirección de los Juegos Acticos celebrados en conmemoración de la victoriosa batalla. Las ciudades fenicias de Siria recobraron su independencia, así como Ascalón y Calcis. Herodes recuperó sus muy llorados huertos de bálsamo, se hizo cargo de la guardia personal de Cleopatra integrada por 400 hombres de Palestina y se dio por satisfecho.

Las ambiciones de Octaviano terminaron en las riberas del Éufrates. Artajes de Armenia no fue molestado, los partos conservaron en su poder las águilas imperiales,

al menos provisionalmente, pues a Octaviano le pareció más importante tener un Imperio pacificado, que se pudiera abarcar con la mirada y sobre todo gobernar, que un impenetrable, remoto y poco provechoso Oriente. Virgilio ensalza con las siguientes loas la naciente conciencia de Octaviano respecto de su misión:

*Otros, en verdad, labrarán con más primor el animado bronce,  
sacarán del mármol vivas figuras,  
defenderán mejor las causas,  
medirán con el compás el curso del cielo  
y anunciarán la salida de los astros.  
Tú, ¡oh, romano!, atiende a gobernar los pueblos,  
ésas serán tus artes, y también imponer  
condiciones de paz, perdonar a los vencidos,  
derribar a los soberbios.*

# Notas



# Primera parte

## Capítulo uno

El lamento de Horacio acerca de la situación del tráfico en Roma procede de una carta a Julio Floro en *Briefe des Altertums*, Zúrich y Stuttgart, 1965. Plutarco relata las batallas de Sila en Queronea y Orcómeno en *Vidas paralelas. Sila*, 16-21. Sobre el desliz homosexual de César con Nicomedes de Bitinia, Suetonio: *Vidas de los doce césares. César*, 2, 49, 73 y 76. Acerca de la vida sexual de César: Suetonio: *César*, 45 y 50; Plutarco: *Vidas paralelas. Alejandro-César*, 4; Plutarco repite también la sentencia de Cicerón; Dión Casio, 42, 34. El discurso de Cicerón «En defensa de Sexto Roscio» se halla en *Discursos*, vol. V. El comentario de Apolonio sobre Cicerón está en Plutarco: *Vidas paralelas. Cicerón*, 4.

## Capítulo dos

Acerca de la explotación de las provincias durante el proconsulado romano, Juvenal: *Sátiras*. Plutarco informa del discurso fúnebre de César por Julia en *Alejandro-César*, 5. El nombramiento como edil de César lo relata Suetonio: *César*, 10. El discurso de Cicerón contra Catilina, Cicerón: «Catilinas», *Discursos*, vol. V. Acerca de la egolatría de Cicerón: Plutarco: *Vidas paralelas. Cicerón*, 24; Cicerón: «En defensa de Arquias»; Cicerón: «En defensa de P. Sestio.» La cita en tercera persona es de César: *La guerra civil*, libro 1, cap. 72.

## Capítulo tres

La carta de Cicerón a Ático de julio de 59 está en Cicerón: *Cartas a Ático*, vol. I. La escena de César, Craso y Pompeyo ante su pueblo y lo allí conversado se ha extraído de Plutarco: *Alejandro-César*, 14. El detalle numérico de la guerra de las Galias la ofrece Plutarco: *Alejandro-César*, 15. La carta de despedida de Cicerón en Brundisium está en *Discursos*. César acerca de los germanos: *La guerra de las Galias*, VI, 21-23. El intercambio epistolar entre César y Ariovisto está en *La guerra de las Galias*, 35, 36. El lamento de Cicerón acerca del apoyo de César tras su regreso del destierro, Cicerón: *Cartas a Ático*. Cicerón sobre Léntulo en enero de 55 a. C.: *Cartas*. La carta de Cicerón a Lucio Luceo para pedirle que escribiera una biografía suya está en: *Briefe des Altertums*, Zúrich y Stuttgart, 1965, pp. 123-128.

## Capítulo cuatro

La inquietud de Cicerón por el Estado en su carta de diciembre de 50 a Ático está sacada de *Cartas a Ático*. La justificación de César sobre el ataque por sorpresa de los germanos y el genocidio posterior está en *La guerra de las Galias*, IV, 13. Plutarco relata el sitio de Vercingetórix en Alesia en *Alejandro-César*, 27. Acerca de las pullas recíprocas de César y Pompeyo inmediatamente antes del comienzo de la

guerra civil, Plutarco: *Alejandro-César*, 29. La carta del edil Celio a Cicerón está extraída de *Briefe des Alertums*, «Celio an Cicero», p. 134. César en el Rubicón: Plutarco, *Vidas Paralelas. Pompeyo*, 60. La presunta cita de César en griego que significa: «Hay que echar los dados.» «Improbe Amor...», Virgilio: *Eneida*, 4, 412.

## Segunda parte

### Capítulo dos

La advertencia de César acerca del valor de los belgas y los helvecios está en César: *La guerra de las Galias*, I, 1. Plutarco narra el sepelio de Julia en *Vidas paralelas. Pompeyo*, 55. La cita de Pompeyo: «Aunque yo siempre...» está extraída de Plutarco: *Pompeyo*, 57.

### Capítulo tres

Plutarco describe a César borracho en *Alejandro-César*, 48. Acerca del primer encuentro de César y Cleopatra, Plutarco: *Alejandro-César*, 49; Dión Casio: *Historia romana*, XLII, 34, 4. La descripción de Suetonio de las opiniones de César está en *César*, 45. Acerca del ascenso de César al trono imperial: Plutarco: *Alejandro-César*, 15.

### Capítulo cuatro

«¡Allí están los enemigos!» La escena la narra Plutarco: *Alejandro-César*, 52. Acerca de la ejecución de Afranio, Suetonio: *Vidas de los doce césares. César*, 75. La cita de Ovidio es de *Arte de amar*. Acerca de las leyes de César sobre la mesa, véase Suetonio: *César*, 43.

### Capítulo cinco

Acerca del triunfo de César tras la victoria sobre los hispanos, Plutarco: *Alejandro-César*, 56. Acerca de la veneración divina, *Alejandro-César*, 57. Cicerón a Ático: «Estos locos miserables...», *Cartas a Ático*. «Nadie yace sin esperanza...» es una cita extraída de Plutarco: *Alejandro-César*, 58. «Ante la naturaleza tuve yo ambición...», *ibidem*. Suetonio acerca de la «arrogancia despótica» de César, *Vida de los doce césares. César*, 77. La actitud de César después de que dos tribunos de la plebe arrancaran la cinta blanca de una corona real puesta sobre una de sus estatuas la relata Suetonio: *Vida de los doce césares. César*, 79. Los pormenores, presagios y detalles personales del 14 y 15 de marzo de 44 a. C. son detallados por Suetonio: *Vida de los doce césares. César*, 81, 82, y descritos por Plutarco: *Alejandro-César*, 62-66. Acerca de la creación de leyendas y especulaciones tras la muerte de César, Suetonio: *César*, 88 y 86, 87. Cicerón a Ático acerca del final de César: *Cartas a Ático*. Sobre Cleopatra, *Cartas*. Sobre «ese César», *Cartas*. La cita de Augusto procede de la *Res Gestae*.

## Tercera parte

### Capítulo uno

Carta de Cicerón a Ático de 2 de noviembre de 44 a. C., *Cartas a Ático*. Plutarco sobre el segundo triunvirato en *Vidas paralelas. Demetrio-Antonio*, 19. La entrada de Antonio en Éfeso la narra Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 24. La primera flota de Cleopatra la describe Apiano en *Historia romana. Guerras civiles*, IV, 83; V, 8. La llegada de Cleopatra a Tarso está en Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 26 y 27. Plutarco sobre el aspecto de Cleopatra en *Demetrio-Antonio*, 25. Sobre la particular habilidad de la reina, *Demetrio-Antonio*, 27. El encuentro de Antonio y Cleopatra lo narra Sócrates de Rodas en *Athenaeus*, IV.

### Capítulo dos

De la siempre ardiente pasión de Antonio y Cleopatra nos habla Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 36, 37. La sospecha de que Cleopatra usaba afrodisíacos y recursos mágicos está en Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 37 y 60. Acerca de la distribución del territorio de Antonio, Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 54. Acerca de la apertura del testamento de Antonio por mediación de Octaviano, Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 58. El reproche de las relaciones con mujeres de Octaviano y Antonio, así como las cartas de respuesta de éste proceden de Suetonio: *Vidas de los doce césares*. Augusto, 69. La referencia a la bigamia de Antonio se ha extraído de Plutarco: *Vidas paralelas. Demetrio-Antonio*, 91, 4. Flavio Josefo explica por qué Cleopatra y Antonio se extendieron hasta el Éufrates y se encontraron con Herodes en *La guerra de los judíos*, I, 18, 5. Flavio Josefo describe a Cleopatra en: *La guerra de los judíos*, I, 18, 4. Acerca del soborno de Cleopatra a los canidios en Éfeso, Plutarco: *Vidas paralelas. Demetrio-Antonio*, 56. Acerca de la influencia de Cleopatra en la planificación estratégica de Marco Antonio, Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 62. Acerca de la solemnidad en Samos, *Demetrio-Antonio*, 56.

### Capítulo tres

Acerca de la refriega verbal sobre la batalla de Accio véase Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 62. Acerca del estado mental de Antonio antes de la batalla de Accio, Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 60. Los discursos de los líderes de la cohorte están en Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 64. Virgilio describe la batalla de Accio en *Eneida*, VIII, 671-713. Por qué Antonio se comportó así en el barco de Cleopatra, Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 67.

### Capítulo cuatro

Plutarco describe la colección de venenos de Cleopatra en *Demetrio-Antonio*, 71. Acerca del acuerdo entre Herodes y Octaviano, Flavio Josefo: *La guerra de los*

judíos, I, 20, 1-2. Antonio acerca de los pensamientos suicidas en Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 75. Cleopatra ante Octaviano, *Demetrio-Antonio*, 83. Octaviano ante el cadáver de Alejandro Magno, Suetonio: *Vida de los doce césares. Augusto*, 18. El suicidio de Cleopatra se narra en Plutarco: *Demetrio-Antonio*, 85, 86; en Suetonio: *Augusto*, 17; en Horacio: «*Nunc est bibendum*», *Poemas*, I, 37; en Propertio: *Elegías*, III, IV; Estrabón XVII, 296; Dión Casio LI, 14, 1; Galeno, XIV, 237. Sobre el conocimiento de los envíos de Octaviano, Virgilio: *Eneida*, VI, 847-853.

## Magistraturas y títulos en la Antigua Roma

**Cónsul:** la dirección suprema de los negocios del Estado competía a los dos cónsules elegidos por un año. Como barrera de contención, para evitar una indeseada acumulación de poder en los cónsules, debía transcurrir un intervalo de diez años antes de poder investir de nuevo dicha magistratura. Funciones: la administración militar y civil, suprema autoridad judicial, tenía derecho a nombrar a los senadores, convocar al Senado y a las asambleas del pueblo, presidir sus sesiones, presentar proyectos de ley y votar. Ilimitado poder de mando y administración de castigos, sólo fuera de Roma. En caso de guerra, conducción de los ejércitos. Elección: a través de una asamblea popular. Edad mínima: cuarenta y tres años. Insignias: doce lictores, *sella curulis* y *toga praetexta*. La cuenta de los años en Roma se realizaba de acuerdo con los nombres del par de cónsules que cambiaba anualmente.

**Procónsul:** ciudadano romano que ejercía poder consular como comandante del ejército o gobernador de provincia, sin ser cónsul. Para el desempeño de este cargo eran nombrados los cónsules al término de su mandato o por resolución del pueblo o por un merecimiento especial. Sila estableció que al cabo de un año de mandato en Roma, los cónsules asumieran el proconsulado en una provincia. En el año 53 a. C. se exigió que entre el desempeño de los cargos de cónsul y procónsul mediara un intervalo de cinco años.

**Dictador:** originalmente, funcionario extraordinario con supremo poder estatal, hasta 200 a. C. nombrado a instancias del Senado por uno de los cónsules, por seis meses como máximo y en caso de una emergencia nacional. Sila utilizó la magistratura por primera vez como instrumento constitucional del Estado decadente. César trató de hacer de ella el fundamento de un orden monárquico de gobierno y, en consecuencia, modificar radicalmente la estructura original de la dictadura.

**Senador:** miembro del Consejo de Ancianos, ex funcionario, en la República consejero y supervisor de los magistrados. La pertenencia vitalicia al cuerpo aseguraba una conducción continuada del Estado. También tenían acceso al Senado distinguidos plebeyos. Desde 130 a. C., después de desempeñarse como ediles; desde 100 a. C., después del tribunado popular; a partir de Sila, después de la cuestura. El Senado dirigía las ramas más importantes de la administración del Estado. Podía derogar leyes por inconstitucionalidad y ejercer el control de las decisiones de los funcionarios, determinar la política exterior, entablar declaraciones de guerra y celebración de acuerdos, recibir embajadas, sellar

pactos. Reglamentaba la leva, el reclutamiento y el aprovisionamiento de las legiones, autorizaba los cortejos triunfales, supervisaba los ingresos y egresos del Estado administrados por los cuestores y censores. Convocado por los cónsules o los pretores, a partir de 287 a. C. también por los tribunos populares, sesionaba desde el alba hasta el ocaso. Una decisión del Senado no tenía fuerza de ley si no la había aprobado antes la asamblea del pueblo.

**Censor:** alto funcionario elegido entre las filas de los ex cónsules. Realizaba el censo de la población, condición necesaria para la aplicación de impuestos personales, y el reclutamiento para el servicio militar.

**Pretor:** originalmente, denominación de los magistrados supremos de la República, más tarde llamados cónsules. A partir de 367 a. C. elección anual del *praetor urbanus* (alcalde) para aliviar a los cónsules. Funciones: ejercicio de la judicatura (no podían abandonar el Estado por más de diez días). El *praetor peregrinus* atendía los procesos de los extranjeros. Para las provincias de Sicilia, Cerdeña y España se crearon nuevos cargos de pretor. Bajo el gobierno de Sila los pretores presidieron los jurados y eran nombrados gobernadores de provincia con el título de propretor. Hasta Sila hubo seis y en tiempos de César, dieciséis. Insignias: la *toga praetexta* y la *sella curulis*. En las provincias había seis lictores, en Roma, dos. Edad mínima: cuarenta años.

**Edil:** originalmente una institución de los plebeyos romanos con una esfera de cometidos de difícil definición y un año de duración: facultades de administración policial; vigilancia de calles y tráfico en el mercado, baños y lupanares; así como supervisión de inhumaciones y del suministro de agua; además, la seguridad y aprovisionamiento de Roma con alimentos e importación de grano de las colonias y la fijación de su precio; organización de juegos cuya financiación y supervisión permitían hacerse querer por el pueblo y asegurarse, por este intermedio, la elección para acceder a cargos más altos.

**Cuestor:** el más inferior de los cargos del *cursus honorum*, denominación de los funcionarios de las finanzas en Roma. En un comienzo hubo dos; a partir de 421, cuatro; a partir de 267, ocho; y bajo Sila, 20. Edad mínima: treinta y un años.

**Tribuno:** representante del pueblo (la plebe) para defender su igualdad de derechos políticos y económicos contra los excesos de los patricios y el arbitrio de los magistrados, protección a través de la inmunidad. Elegidos por un año. Podían ser elegidos los plebeyos libres o patricios que se hubieran pasado a la plebe. A partir de 149 a. C., después de concluir el desempeño de su cargo, pasaban a formar parte del Senado.

*Lictor*: funcionario romano, sirviente de magistrados de alto rango y ex sacerdotes; los precedían con los fasces y el hacha del verdugo en señal de sus facultades de poder.



## Tabla cronológica

- 100 a. C. Nace en Roma Cayo Julio César.
- 91-89 Guerra social.
- 89-85 Primera guerra contra Mitrídates. Paz de Dárdano.
- 88-81 Guerra civil. Mario contra Sila.
- 87 César es nombrado sacerdote de Júpiter.
- 84 César contrae nupcias con Cornelia.
- 83-81 Segunda guerra contra Mitrídates.
- 83 Nacimiento de Julia, la hija de César.
- 82-79 Dictadura de Sila.
- 81-78 Servicio militar de César en el este del Imperio.
- 80 César recibe la corona de ciudadano.
- 78 César en Cilicia.
- 75 Estudios de retórica. César es capturado como rehén.
- 74-64 Tercera guerra contra Mitrídates.
- 73-72 César tribuno militar. Servicio militar en Roma.
- 73-71 Rebelión de los esclavos dirigida por Espartaco.
- 69 Fallecen Cornelia y Julia, esposa y tía, respectivamente, de César. Nace Cleopatra.
- 67 Pompeyo obtiene el mando supremo para luchar contra los piratas (Lex Gabinia). César se casa con Pompeya.
- 66-63 Pompeyo contra Mitrídates.
- 65 César es nombrado edil.
- 63 César Pontifex Maximus. César cónsul. Fin del dominio seléucida.
- 62 César pretor, se divorcia de Pompeya. Nace Octaviano.
- 61 César propretor en Hispania Ulterior.
- 60 Primer triunvirato: César, Pompeyo, Craso.
- 59 César y Marco Calpurnio Bíbulo, cónsules.
- César se casa con Calpurnia. Recibe importantes provincias en su calidad de procónsul.
- 58-51 Bellum Gallicum.
- 58-55 Berenice IV gobierna con Cleopatra V en Egipto, Cleopatra VI, con Arquelaos.
- 58 Proscripción de Cicerón. Tolomeo XII huye (¿con Cleopatra?) a Roma.
- 56 Renovación del triunvirato en Luca.
- 55 César traspone el Rin e invade Britania. Tolomeo de nuevo rey de Egipto.
- 54 Deceso de la madre y la hija de César. Los romanos ocupan Egipto.
- 53 Craso muerto durante la expedición guerrera contra los partos.
- 52 Rebelión de los galos liderados por Vercingetórix.
- 51 Cleopatra VII es nombrada reina de Egipto.
- 49 El 12 de enero César cruza el Rubicón. Guerra civil contra Pompeyo.
- 48 Cleopatra es expulsada por su hermano. César vence a Pompeyo en Farsalia y éste

huye a Egipto, donde es asesinado. César bloqueado en Alejandría por sediciosos. Encuentro con Cleopatra.

47 Batalla junto al Nilo. César derrota a los egipcios. Cleopatra sube de nuevo al trono. Crucero por el Nilo. César regresa a Roma. Nace Cesarión.

46 Guerra en África contra los partidarios de Pompeyo. Muerte de Catón. Cleopatra se presenta en Roma. César dictador por un decenio.

45 César dictador vitalicio, imperator, cónsul por diez años y reelegido Pontifex Maximus.

44 Asesinato de César. Cleopatra huye de Roma. Muerte de Tolomeo XV. Cesarión, corregente de Cleopatra.

43 Triunvirato: Octaviano, Antonio, Lépido. Iniciación de la guerra contra los asesinos de César. Muerte de Cicerón.

42 Batalla de Filipo. Antonio vence a Casio y a Bruto.

41 Se encuentran Antonio y Cleopatra.

40 Mellizos para Antonio y Cleopatra.

37 Pacto de Antioquía. Contrato matrimonial de Antonio y Cleopatra.

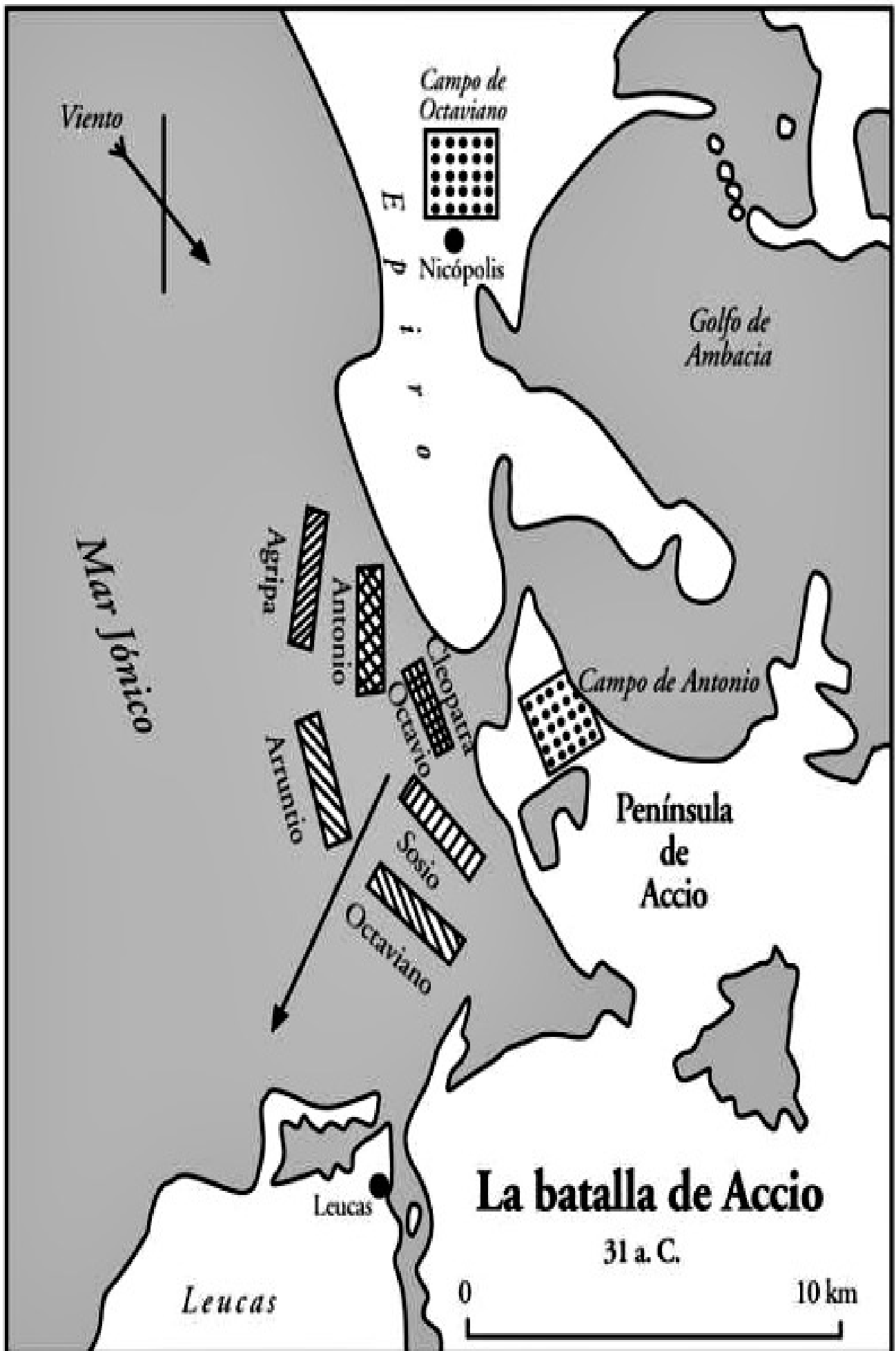
36 Infructuosa campaña contra los partos. Cleopatra da a luz a Tolomeo XVI.

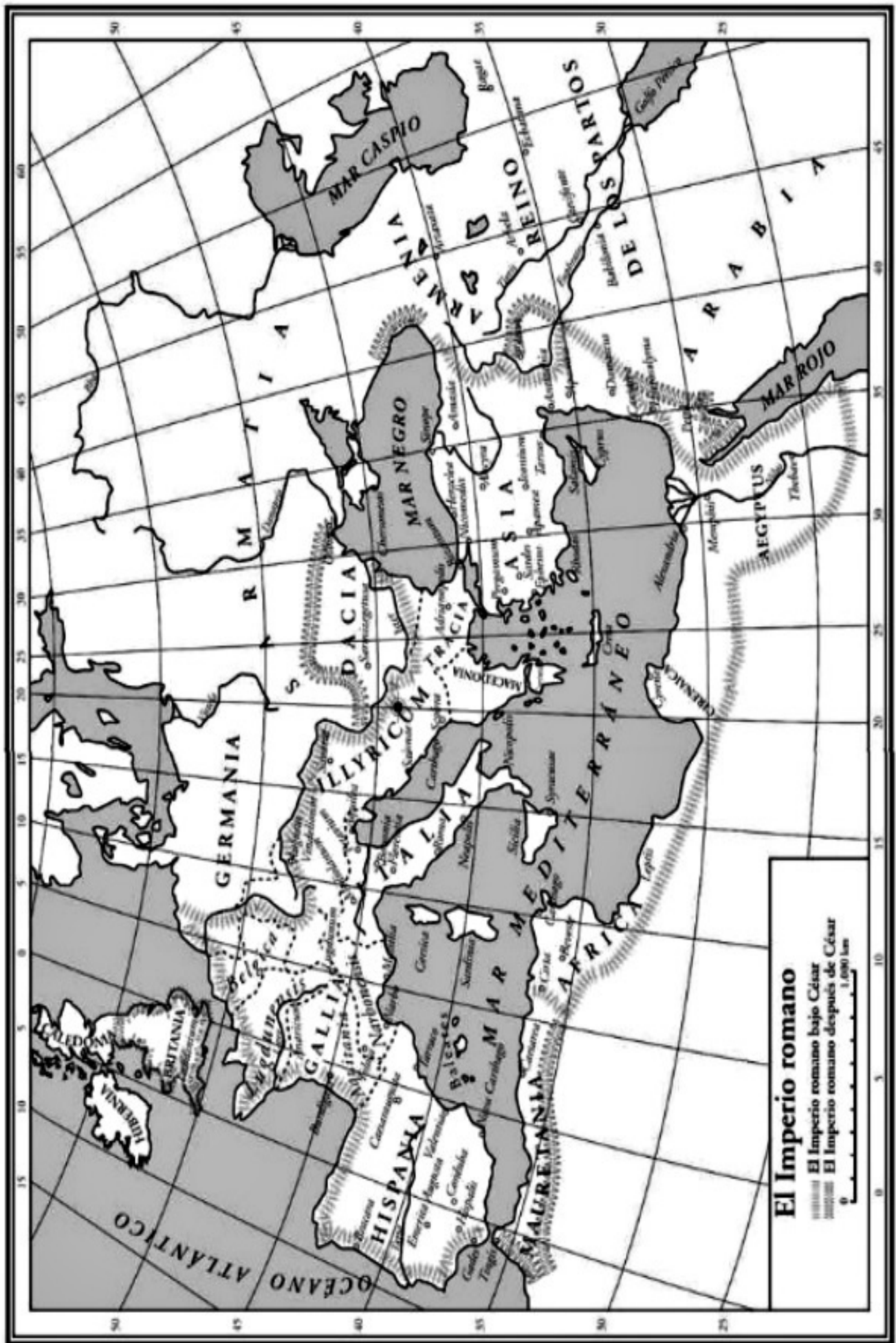
32 Octaviano declara la guerra a Cleopatra.

31-30 Guerra tolomeica.

31 2 de septiembre: batalla de Accio. Cleopatra y Antonio huyen a Egipto.

30 Suicidio de Antonio. El 29 de agosto: suicidio de Cleopatra. Egipto, provincia romana. Por orden de Octaviano es eliminado Cesarión, el hijo de César.





**El Imperio romano**  
 ..... El Imperio romano bajo César  
 ——— El Imperio romano después de César  
 0 5 10 15 20 25 30 35 40 45 50  
 1.000 km